

De Anthony Giddens en esta biblioteca

Las nuevas reglas del método sociológico



Universidad Nacional  
**Federico Villarreal**

ANTROPOLOGÍA

<http://antropologiaunfv.wordpress.com>

<https://www.facebook.com/antroposinergia>

HM403  
955  
e.2

# La constitución de la sociedad

Bases para la teoría de la estructuración

Anthony Giddens

Amorrortu editores  
Buenos Aires



Inv. 2009

SALE FOR TRES DIAS

Director de la biblioteca de sociología, Luis A. Rigal

*The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, Anthony Giddens

© Anthony Giddens, 1984 (edición original Polity Press, Cambridge, en asociación con Basil Blackwell, Oxford)

Segunda edición en inglés, 1985; tercera edición, 1986 (dos veces); primera edición en rústica, 1986; reimpresso en 1989 y 1991

Traducción, José Luis Etcheverry

Única edición en castellano autorizada por *Polity Press*, Cambridge, Inglaterra, en asociación con *Basil Blackwell*, Oxford, Inglaterra, y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos de la edición castellana reservados por Amorrortu editores S. A., Paraguay 1225, 7° piso, Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-171-X

ISBN 0-7456-0007-7, Inglaterra, edición original

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en febrero de 1995.

Tirada de esta edición: 2.000 ejemplares. •

# Índice general

- 11 Prefacio
- 13 Abreviaturas
- 15 Introducción
  
- 39 1. Elementos de la teoría de la estructuración
  - 43 Agente, obrar
  - 51 Obrar y poder
  - 53 Estructura, estructuración
  - 61 La dualidad de estructura
  - 64 Formas de institución
  - 70 Tiempo, cuerpo, encuentros
  
- 77 2. Conciencia, propio-ser y encuentros sociales
  - 77 Reflexividad, conciencia discursiva y conciencia práctica
  - 80 Lo inconsciente, tiempo, memoria
  - 86 Erikson: angustia y confianza
  - 94 Rutinización y motivación
  - 98 Presencia, copresencia e integración social
  - 102 Goffman: encuentros y rutinas
  - 107 Serialidad
  - 112 Habla, reflexividad
  - 116 Postura
  - 126 *Notas críticas: Freud sobre deslices en el habla*
  
- 143 3. Tiempo, espacio y regionalización
  - 143 Geografía histórica
  - 149 Comentarios críticos
  - 151 Modos de regionalización

- 155 Regiones anteriores, regiones posteriores
- 158 Exposición y propio-ser
- 162 La regionalización en general
- 163 Tiempo, espacio, contexto
- 170 Contra «micro» y «macro»: integración social y sistémica
- 176 *Notas críticas: Foucault sobre distribución temporal y espacial*

#### 193 4. Estructura, sistema, reproducción social

- 194 Sociedades, sistemas sociales
- 199 Estructura y constreñimiento: Durkheim y otros
- 204 Tres acepciones de «constreñimiento»
- 209 Constreñimiento y reificación
- 210 El concepto de principios estructurales
- 215 Estructuras, propiedades estructurales
- 222 Contradicción
- 228 Hacer la historia
- 235 *Notas críticas: «sociología estructural» e individualismo metodológico*
- 235 Blau: una versión de sociología estructural
- 241 Individualismo metodológico: ¿una alternativa?

#### 255 5. Cambio, evolución y poder

- 256 Evolucionismo y teoría social
- 261 Adaptación
- 264 Evolución e historia
- 271 Análisis del cambio social
- 282 Cambio y poder
- 290 *Notas críticas: Parsons acerca de la evolución*

#### 307 6. Teoría de la estructuración, investigación empírica y crítica social

- 307 A. Reiteración de conceptos básicos
- 313 El análisis de una conducta estratégica
- 318 Consecuencias no buscadas: contra el funcionalismo
- 322 La dualidad de estructura
- 329 El problema del constreñimiento estructural
- 335 La contradicción y el estudio empírico de un conflicto
- 343 Estabilidad institucional y cambio

350	B. Se reúnen los hilos: teoría de la estructuración y formas de investigación
357	Saber mutuo <i>versus</i> sentido común
366	Generalizaciones en la ciencia social
370	Las connotaciones prácticas de la ciencia social
377	<i>Notas críticas: ciencia social, historia y geografía</i>
393	Glosario terminológico de la teoría de la estructuración
401	Bibliografía



## Prefacio

Desde hace un tiempo, y en cierto número de publicaciones previas, he buscado definir un abordaje de ciencia social que diverge sustancialmente de tradiciones existentes de pensamiento social. Este volumen ofrece una síntesis de esos escritos previos, y los expone en lo que espero sea un todo armonioso elaborado y consistente. El término vago «abordaje» de ciencia social comunica empero muy bien lo que a mi juicio son las reverberaciones metodológicas de la teoría de la estructuración. En ciencia social, por razones en las que se abunda con no poco detalle en lo que sigue, proyectos conceptuales que impartan orden y forma a procesos de indagación de vida social agotan en buena medida lo que es «teoría», y su utilidad. No quiero decir con esto, desde luego, que la teoría social no tenga el propósito de iluminar, interpretar y explicar aspectos sustantivos de una conducta humana. Quiero decir que la tarea de definir y validar generalizaciones —no diré «leyes»— es sólo una prioridad entre varias otras prioridades o entre diversos propósitos de teoría social. El empeño de construir conjuntos de generalizaciones establecidas con certeza vital (quizás) en los afanes de las ciencias naturales, no representa una ambición muy alta en ciencia social. Al menos, es lo que sostengo.

Muchas personas han tenido la bondad de examinar y comentar bocetos iniciales del libro o hicieron algún otro aporte muy decisivo para su forma final. Quiero agradecer en particular a las siguientes personas: la señorita D. M. Barry, John Forrester, Diego Gambetta, Helen Gibson, Derek Gregory, David Held, Sam Hollick, Geoffrey Ingham, Robert K. Merton, Mark Poster, W. G. Runciman, Quentin Skinner, John B. Thompson y Jonathan Zeitlin.

A. G.  
Enero de 1984





## Abreviaturas

- CCHM *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, vol. 1 (Londres: Macmillan/Berkeley: University of California Press, 1981)
- CPST *Central Problems in Social Theory* (Londres: Macmillan/Berkeley: University of California Press, 1979)
- CSAS *The Class Structure of the Advanced Societies*, ed. revisada (Londres: Hutchinson/Nueva York: Harper & Row, 1981)
- NRSM *New Rules of Sociological Method* (Londres: Hutchinson/Nueva York: Basic Books, 1976)
- PCST *Profiles and Critiques in Social Theory* (Londres: Macmillan/Berkeley: University of California Press, 1982)
- SSPT *Studies in Social and Political Theory* (Londres: Hutchinson/Nueva York: Basic Books, 1977)

Todos, de Anthony Giddens



## Introducción

Una serie de elaboraciones importantes producidas en las ciencias sociales durante los últimos quince años son el telón de fondo de este libro. Una parte sustancial de ellas se concentró en la teoría social e interés en particular a la sociología, la más denostada y provocativa de las ciencias sociales. Por su misma índole, la sociología se presta a controversia. A pesar de ello, durante un extenso período tras la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en el mundo de lengua inglesa, hubo un consenso general sobre la naturaleza y las tareas de la sociología y de las ciencias sociales como un todo. Fue legítimo afirmar que existía un terreno neutral compartido por orientaciones rivales en otros aspectos, un campo que permitía librar combates de ideas. En ese período, la sociología conoció un crecimiento académico, su reputación como disciplina floreció aunque siguiera siendo hartamente impopular en muchos círculos. En el plano internacional, dominaba la sociología norteamericana, y en la teoría social descollaba la influencia de Talcott Parsons.<sup>1</sup> El prestigio de que gozaron las ideas de Parsons acaso se exagera retrospectivamente —repelía a muchos su gusto por lo abstracto y oscuro, y no le faltaron críticos y detractores—. Pero es cierto que *La estructura de la acción social*, publicada a fines de la década de 1930 pero que alcanzó vasta notoriedad sólo en el período de posguerra, fue una obra clave, en más de un sentido, para la formación de la sociología moderna. En ella, Parsons fijó un linaje sistemático de teoría social sobre la base de una interpretación del pensamiento europeo del siglo XIX y de comienzos del XX. La obra de Durkheim, Max Weber y Pareto se destacaba con generosos contornos, pero Marx desempeñaba un papel asaz escuálido. Es que se atribuía a los escritos de la generación de 1890-1920 haber superado a Marx en todas las cuestiones de importancia: habían retenido en su cedazo lo valioso a expensas de la escoria.

El libro instituyó además un abordaje muy definido de teoría social, que combinaba una versión refinada del funcionalismo y una concepción naturalista de la sociología. Los escritos posteriores de Parsons elaboraron con mucho detalle estos puntos de vista con el supuesto explícito de que la acción humana tiene atributos muy especia-

les y propios, a pesar de lo cual la ciencia social en líneas generales sigue el mismo esquema lógico de las ciencias naturales. Como Parsons escribía y trabajaba en un contexto norteamericano, su intento de situar los orígenes de su pensamiento en la teoría social europea de hecho no contribuyó sino a reforzar la posición dominante de la sociología norteamericana. Durkheim, Weber y Pareto se veían, en efecto, como precursores en el desarrollo del «marco de referencia de la acción», que alcanzaba su expresión plena en Parsons y sus colegas. Aunque la principal raíz teórica de la sociología estuviese en Europa, el posterior cultivo de la disciplina era una tarea transferida preponderantemente al otro lado del Atlántico. Es curioso que este resultado se elaborara en detrimento de lo que habría podido ser un simultáneo reconocimiento de la importancia de los aportes de teoría social oriundos de los Estados Unidos; a G. H. Mead se le concedió escasa audiencia en *La estructura de la acción social*, según el propio Parsons lo reconoció después. Lo cierto es que en nuestros días existen manuales sobre teoría social, o «teoría sociológica», escritos en los Estados Unidos, que arrancan de los pensadores europeos clásicos pero a continuación comunican la impresión de que la teoría social cesó después en Europa: todo progreso ulterior se considera un logro puramente norteamericano.

Pero aun en los debates deslindados que se originaron por línea directa en los escritos de Parsons, algunos de los principales autores eran europeos. El marxismo ha tenido una larga influencia mucho más importante en la cultura intelectual europea que en la norteamericana, y algunos de los críticos más sagaces de Parsons se inspiraron en Marx así como en lecturas de Weber asaz diferentes de las de Parsons. Dahrendorf, Lockwood, Rex y otros que compartían una postura similar tomaron el contenido teórico de la obra de Parsons mucho más en serio que sus críticos norteamericanos radicales (como C. Wright Mills y, después, Gouldner). Aquel grupo entendió que los aportes de Parsons eran de primera importancia pero unilaterales porque descuidaban fenómenos que sus integrantes consideraban esenciales en Marx: división de clases, conflicto y poder. Sin ser marxistas ellos mismos, querían alcanzar cierta fusión entre perspectivas parsonsonianas y marxistas. Aunque en este período hubo muchas innovaciones de peso dentro del marxismo —como el renacimiento del interés por el «joven Marx», intentos por unir marxismo y fenomenología y, después, marxismo y estructuralismo—, no eran bien conocidas entre los que se llamaban «sociólogos», incluso en Europa. Los que se consideraban sociólogos y marxistas tendían a compartir los supuestos básicos del funcionalismo y el naturalismo, y esto explica que se encontrara mucho terreno común para el debate.

Las fisuras en este terreno común se abrieron con notable rapidez a fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, y se hicieron muy hondas. No hay duda de que su origen fue no menos político que intelectual. Con prescindencia de su origen, tuvieron el efecto de destruir el acuerdo que antes pudo existir sobre el abordaje canónico de la ciencia social. Ocupó su lugar una desconcertante variedad de perspectivas teóricas rivales, ninguna de ellas con plena capacidad para recapturar la preeminencia de que había gozado el «consenso ortodoxo». Los que trabajaban en sociología advirtieron que en definitiva el consenso sobre la naturaleza de la teoría social no había sido tan grande como muchos creyeron. Algunas tradiciones de pensamiento, como el interaccionismo simbólico, habían recibido entretanto una adhesión considerable sin asaltar la ciudadela del consenso ortodoxo. Otras escuelas de pensamiento que se habían desarrollado en gran parte apartadas del cuerpo principal de las ciencias sociales fueron tomadas en serio por primera vez, entre ellas, la fenomenología, y la teoría crítica de los filósofos de Francfort. Ciertas tradiciones que parecían exánimes ganaron nuevo impulso. Aunque Weber había sido influido por la tradición hermenéutica y había incorporado a su obra el concepto principal de ella, el de *Verstehen* [comprensión], la mayoría de los interesados en la sociología no habría considerado ciertamente que «hermenéutica» fuera un término de su léxico. Ahora, en parte unidas a la fenomenología, tradiciones comprensivas de pensamiento social vinieron a escena. En fin, por diversos caminos se adoptaron en teoría social otros estilos de pensamiento, como la filosofía del lenguaje usual.

Con estas elaboraciones, el centro de gravedad de los aportes innovadores a la teoría social regresó a Europa.<sup>1\*</sup> Se hizo notorio que buena parte del trabajo teórico más interesante se producía allí, y casi todo él en lenguas que no eran la lengua inglesa. La teoría social estaba, y está, no sólo viva sino muy pujante. Ahora bien, ¿cuál es el resultado de estos movimientos? Porque la pérdida del terreno compartido que el consenso ortodoxo ocupaba antes parece haber dejado a la teoría social en un desorden irremediable. Más allá del murmullo de voces teóricas rivales, es posible discernir ciertos temas comunes en esta confusión aparente. Un tema es la insistencia de la mayoría de las escuelas de pensamiento en cuestión —con excepciones notables como el estructuralismo y el «pos-estructuralismo»— en el carácter activo, reflexivo, de la conducta humana. Significa esto que se unen en su rechazo a la tendencia del consenso ortodoxo a ver la conducta humana como resultado de fuerzas que los autores ni gobiernan ni comprenden.

\* La referencia se puede consultar en las págs. 36-7.

Además (y en esto se incluyen también el estructuralismo y el «post-estructuralismo»), otorgan un papel fundamental al lenguaje y a facultades cognitivas en la explicación de la vida social. El uso del lenguaje se inserta en las actividades concretas de la vida cotidiana y en cierto sentido es parcialmente constitutivo de esas actividades. Por último, se admite que el decaído peso de filosofías empiristas en ciencia natural tiene consecuencias profundas para las ciencias sociales también. No se trata de que ciencia social y ciencia natural estén más alejadas de lo que creían los defensores del contexto ortodoxo. Ahora vemos que una filosofía de la ciencia natural debe tener en cuenta justamente aquellos fenómenos en que se interesan las nuevas escuelas de teoría social: en particular, el lenguaje y la comprensión del sentido.

En estos tres núcleos temáticos y en sus mutuas conexiones se interesa la teoría de la estructuración tal como la expongo en este libro. «Estructuración» es un término desafortunado en el mejor de los casos, aunque es menos inelegante en el contexto francés donde nació. No atiné a inventar un término más atractivo para los puntos de vista que quiero comunicar. Cuando elaboro los conceptos de la teoría de la estructuración, no es mi intención presentar una ortodoxia potencialmente nueva en remplazo de la antigua. Pero la teoría de la estructuración es sensible a los defectos del consenso ortodoxo y a la gravitación de las elaboraciones convergentes que antes apunté.

Por si se presentara aquí alguna duda sobre terminología, deseo aclarar que empleo la expresión «teoría social» para abarcar cuestiones que según mi criterio son asunto de todas las ciencias sociales. Estas cuestiones atañen a la naturaleza de la acción humana y al ser que actúa; al modo en que conviene conceptualizar la interacción y su nexo con instituciones; y a la aprehensión de las connotaciones prácticas del análisis social. En cambio, no entiendo por «sociología» una disciplina genérica aplicada al estudio de las sociedades humanas como un todo, sino la rama de la ciencia social que estudia en particular las sociedades «avanzadas» o modernas. Esta definición de disciplinas no supone otra cosa que una división intelectual del trabajo. Es cierto que existen teoremas y conceptos que pertenecen específicamente al mundo industrializado, pero no hay modo de distinguir con claridad algo denominado «teoría sociológica» de los conceptos e intereses más generales de la teoría social. En otras palabras, «teoría sociológica» se entenderá, si se quiere, como una rama de la teoría social en sentido lato, pero no puede sustentar una identidad plena por sí sola. Este libro ha sido escrito con un claro sesgo sociológico, en el sentido de que me inclino a estudiar un material que se aplica sobre todo a las sociedades modernas. Pero, como introducción a la teoría de la estructuración, se propone ser también, en medida sustancial, una formu-

lación de las tareas de la teoría social en general, y es «teoría» en el mismo sentido que esta. O sea que el acento recae sobre la comprensión del obrar humano y las instituciones sociales. ]

«Teoría social» en modo alguno es una expresión precisa, no obstante lo cual resulta muy fecunda. Tal como la imagino, «teoría social» supone el análisis de cuestiones que desbordan sobre la filosofía, pero no es en principio una empresa filosófica. Las ciencias sociales se extravían si quienes las practican no las conectan directamente con problemas filosóficos. Pero pedir que los especialistas en ciencia social sean sensibles a cuestiones filosóficas no equivale a arrojar la ciencia social en los brazos de quienes acaso pretendan que ella es intrínsecamente especulativa en lugar de empírica. Es tarea de la ciencia social alcanzar concepciones sobre la naturaleza de la actividad social humana y sobre el agente humano que se puedan poner al servicio de un trabajo empírico. El quehacer principal de la teoría social es el mismo que el de las ciencias sociales en general: esclarecer procesos concretos de vida social. Sostener que discusiones filosóficas pueden hacer aportes a ese quehacer no equivale a suponer que haga falta resolver de manera concluyente esas discusiones antes que se consiga producir una investigación social valiosa. Al contrario: la prosecución de una investigación social puede en principio arrojar luz sobre controversias filosóficas tanto como puede suceder lo inverso. En particular, creo que es erróneo inclinar la teoría social demasiado definitivamente hacia cuestiones epistemológicas abstractas y de un alto grado de generalidad como si para alcanzar elaboraciones significativas en ciencia social hubiera que tener antes una solución resuelta de aquellas cuestiones.

Son indispensables algunas precisiones sobre la «teoría» en teoría social. Existen determinadas acepciones que se suele atribuir a «teoría» en las ciencias sociales de las que deseo tomar considerable distancia. Cierta concepción era popular entre algunos de los que se asociaban al consenso ortodoxo, aunque hoy ya no goce de aceptación general. Es la idea —influida por ciertas versiones del empirismo lógico como filosofía de la ciencia natural— de que la única forma de «teoría» digna de ese nombre es la que admita expresarse como un conjunto de leyes o generalizaciones en una cadena deductiva. Esta aproximación resultó ser de aplicación muy limitada aun en las ciencias naturales mismas. Si se la puede sostener, es sólo para ciertos dominios de la ciencia natural. Quien intente aplicarla a la ciencia social se verá obligado a admitir que (hasta ahora) no existe teoría alguna: su construcción es un anhelo que se pospone a un futuro lejano, es más una meta por alcanzar que una parte efectiva del actual quehacer de las ciencias sociales.



Aunque este punto de vista aún hoy sigue teniendo adherentes, está muy lejos de aquello a lo cual, a mi criterio, pudiera o debiera aspirar la teoría social —por razones que se aclararán lo suficiente en el cuerpo del libro que sigue—. Pero existe una versión más débil de ella que todavía recluta muchísimos partidarios y que motiva un examen más detenido aun en el contexto de este prefacio. Se trata de la idea de que la «teoría», en teoría social, tiene que consistir en lo esencial en generalizaciones para que posea un contenido explicativo. Con arreglo a esa postura, buena parte de lo que pasa por «teoría social» se compone más de esquemas conceptuales que (como debería suceder) de «proposiciones explicativas» de tipo generalizador.

Dos problemas se deben deslindar aquí. Uno atañe a la naturaleza de la explicación en las ciencias sociales. Daré por admitido que la explicación es contextual, la aclaración de preguntas. Ahora bien, se podría sostener que las únicas preguntas atendibles en ciencia social fueran las de una clase muy generalizada, que en consecuencia sólo se responderían por referencia a generalizaciones abstractas. Pero es poco lo que semejante concepción puede aducir en su favor porque no contribuye a esclarecer el alcance explicativo de buena parte de lo que hacen los especialistas en ciencia social (o, para el caso, en ciencia natural). La mayoría de los «¿por qué?» no reclaman en respuesta una generalización, ni las respuestas contienen la implicación lógica de que deba existir en alguna parte una generalización escondida que se pudiera invocar en respaldo de ellas. Observaciones como esta que hago se han vuelto lugar común en la bibliografía filosófica, y no he de ampliarlas aquí. Mucho más controvertible es una segunda tesis que defiendo y desplico en el libro: que descubrir generalizaciones no es el alfa y el omega de la teoría social. Si los partidarios de «teoría como generalización explicativa» han circunscrito con excesiva estrechez la naturaleza de «explicación», han redoblado ese error porque omitieron indagar con suficiente atención lo que es y debe ser una generalización en ciencia social.

Las generalizaciones se agrupan en dos polos, con un espectro y una diversidad de posibles matices entre ellos. Algunas son válidas porque los actores mismos las conocen —bajo algún ropaje— y las aplican en la puesta en escena de lo que hacen. De hecho no es necesario que el observador de ciencia social «descubra» estas generalizaciones por más que pueda darles una nueva forma discursiva. Otras generalizaciones denotan circunstancias o aspectos de circunstancias que los agentes desconocen y que efectivamente «actúan» sobre ellos con independencia de lo que crean hacer. Los que denominaré «sociólogos estructurales» se inclinan a interesarse sólo por la generalización en este segundo sentido, y es lo que se quiere decir cuando se afirma

González

que la «teoría», en teoría social, debe incluir generalizaciones explicativas. Pero lo primero es tan fundamental como lo segundo para la ciencia social, y cada forma de generalización es inestable respecto de la otra. Las circunstancias en que se verifican generalizaciones sobre lo que «les ocurre» a los agentes son mudables con respecto a lo que esos agentes pueden aprender a «hacer que ocurra» a sabiendas. De esto proviene el efecto transformador (abierto lógicamente) que las ciencias sociales llegan a tener sobre su «objeto de estudio». Pero ello explica también el hecho de que el descubrimiento de «leyes» —esto es, generalizaciones de tipo 2— sea sólo un interés entre otros quehaceres no menos importantes para el contenido teórico de la ciencia social. Entre esos otros quehaceres descuella la provisión de medios conceptuales para analizar lo que los actores saben sobre las razones por las que en efecto actúan, en particular donde no tienen conciencia (discursiva) de que lo saben o donde los actores en otros contextos carecen de esa conciencia. Estas tareas son ante todo de carácter hermenéutico, pero son parte intrínseca y necesaria de la teoría social. La «teoría» que interviene en «teoría social» no consiste sólo, ni principalmente, en la formulación de generalizaciones (de tipo 2). Tampoco los conceptos elaborados bajo el título de «teoría social» están constituidos solamente por los que puedan ser introducidos en esas generalizaciones. Muy por lo contrario, estos conceptos tienen que ser conectados con otros referidos al saber de los agentes, a los que están inevitablemente ligados.

En su mayor parte, las controversias animadas por el llamado «giro lingüístico» en teoría social y por la emergencia de filosofías pos-empiristas de la ciencia han presentado un fuerte carácter epistemológico. Se interesaron, en efecto, en cuestiones de relativismo, en problemas de verificación y falsación, etc. Se trata de asuntos importantes, pero centrar la atención en cuestiones epistemológicas distrae de los intereses más «ontológicos» de la teoría social, justamente aquellos que la teoría de la estructuración toma por eje. Más que preocuparse por querellas epistemológicas y por determinar si algo semejante a una «epistemología» en su acepción tradicional se puede formular en definitiva, los que trabajan en teoría social, según mi propuesta, se deben aplicar primero y ante todo a reelaborar concepciones sobre el ser y el hacer del hombre, sobre la reproducción social y la transformación social. En relación con esto, importa sobre todo un dualismo que está profundamente arraigado en la teoría social, una división entre objetivismo y subjetivismo. El objetivismo era un tercer «ismo» que definía al consenso ortodoxo, junto con el naturalismo y el funcionalismo. A pesar de la terminología de Parsons del «marco de referencia de la acción», no hay duda de que en su proyecto teórico el objeto (la socie-

dad) predomina sobre el sujeto (el agente humano inteligente). Otros cuyas opiniones se pudieron asociar a ese consenso fueron mucho menos refinados en este punto que Parsons. En su ataque al objetivismo —y a la sociología estructural—, los influidos por la hermenéutica o por la fenomenología consiguieron desnudar serios defectos de aquellos puntos de vista. Pero ellos mismos se inclinaron netamente hacia el subjetivismo. La división conceptual entre sujeto y objeto social se abría tan ancha como siempre.

La teoría de la estructuración se basa en la premisa de que este dualismo se tiene que reconceptualizar como una dualidad: una dualidad de estructura. Aunque reconoce la importancia del «giro lingüístico», ella no es una versión de la hermenéutica o la sociología de la comprensión. Si reconoce que la sociedad no es la creación de sujetos individuales, está lejos de cualquier concepción de sociología estructural. Pero se requiere un considerable esfuerzo conceptual para el intento de formular un relato coherente de obrar humano y estructura. En el capítulo inicial se ofrece una exposición de estos puntos de vista, cuyo desarrollo se prosigue en todo el libro. Esto desborda sobre otros temas capitales, en especial el del estudio de relaciones espacio-temporales. Las propiedades estructurales de sistemas sociales existen sólo con tal que formas de conducta social se reproduzcan inveteradamente por un tiempo y un espacio. La estructuración de instituciones se puede comprender por referencia a actividades sociales que «se estiran» por amplios segmentos de espacio-tiempo. Incorporar un espacio-tiempo en el corazón de la teoría social equivale a repensar algunas de las divisiones entre disciplinas que segregan la sociología de la historia y de la geografía. Es problemático, en particular, el concepto y análisis de la historia. Este libro se podría definir exactamente como una reflexión ampliada sobre una frase famosa y muy citada que se encuentra en Marx. A saber: Marx explica que «Los hombres [digamos enseguida, por nuestra parte, «los seres humanos»] hacen la historia, pero no en circunstancias elegidas por ellos mismos».\* Pues bien, eso

\* La frase se encuentra en los párrafos introductorios de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Fue escrita con espíritu polémico: los que desconocen la historia —dice Marx— pueden verse condenados a repetirla, acaso como una farsa. La cita exacta del original es esta: «Die Menschen machen ihre eigene Geschichte, aber sie machen sie nicht aus freien Stücken, nicht unter selbstgewählten, sondern unter unmittelbar vorgefundenen, gegebenen und überlieferten Umständen. Die Tradition aller toten Geschlechter lastet wie ein Alp auf dem Gehirne der Lebenden. Und wenn sie eben damit beschäftigt scheinen, sich und die Dinge umzuwälzen, noch nicht Dagewesenes zu schaffen, gerade in solchen Epochen revolutionärer Krise beschwören sie ängstlich die Geister der Vergangenheit zu ihrem Dienste herauf, entlehnen ihnen Namen, Schlachtparole, Kostüm, um in dieser altehrwürdigen Verkleidung und mit dieser erborgten Sprache die neue Weltgeschichtsszene aufzuführen» (Marx y Engels: *Werke*, vol. 8, Berlín: Dietz Verlag 1960, pág. 115). [«Los hombres hacen su propia historia, pero

es lo que ellos hacen. ¡Pero qué diversidad de problemas complejos de análisis social viene a poner en descubierto este pronunciamiento en apariencia inocuo!

Para formular este relato de teoría de la estructuración no he deseñado tomar ideas de fuentes muy dispares. Algunos quizá lo vean como un eclecticismo inaceptable, pero se trata de una objeción que nunca me ha convencido. Es una comodidad innegable trabajar dentro de tradiciones de pensamiento establecidas, tanto más quizás en vista de la diversidad misma de los abordajes con que hoy se encuentra el que no comparte ninguna tradición en particular. Pero la comodidad de las concepciones establecidas fácilmente puede ser un pretexto para la pereza intelectual. Si existen ideas importantes y esclarecedoras, mucho más que su origen interesa poder depurarlas para poner de manifiesto su fecundidad, aunque sea en un marco enteramente diferente del que contribuyó a engendrarlas. Así, por ejemplo, admito el llamado a un descentramiento del sujeto, y lo considero básico para la teoría de la estructuración. Pero no acepto que ello traiga consigo la evaporación de la subjetividad en un vacío universo de signos. En cambio de ello, prácticas sociales, inmersas en espacio y tiempo, se consideran situadas en la raíz de la constitución tanto del sujeto como del objeto social. Admito la importancia central del «giro lingüístico» introducido en particular por la fenomenología hermenéutica y la filosofía del lenguaje ordinario. Pero al mismo tiempo sostengo que esa expresión se extravía en un aspecto. Las elaboraciones más importantes por lo que toca a la teoría social no demandan tanto un giro hacia el lenguaje cuanto una visión distinta de la intersección entre decir (o significar) y hacer, a fin de ofrecer una concepción novedosa de la *praxis*. La trasmutación radical de hermenéutica y fenomenología iniciada por Heidegger, junto con las innovaciones del último Wittgenstein, son los dos jalones principales del nuevo sendero. Pero seguir adelante por este sendero significa precisamente apartar cualquier tentación de convertirse en discípulo confeso de cualquiera de estos pensadores.

Daré aquí un breve resumen de la organización del libro. Tras presentar en el primer capítulo un sumario de los principales conceptos

---

no la hacen a su albedrío, bajo circunstancias que ellos mismos escojan, sino bajo circunstancias con las que se encuentran de una manera inmediata, dadas y heredadas. La tradición de todas las generaciones pretéritas pesa como un incubo sobre el cerebro de los vivos. Y precisamente cuando parecen ocupados en subvertirse y subvertir las cosas, en crear lo que aún no existe, justamente en esas épocas de crisis revolucionaria hacen angustiosos conjuros para poner a su servicio los espíritus del pasado, les toman prestados sus nombres, sus consignas, su ropaje, para representar, con este vetusto disfraz y este lenguaje prestado, la nueva escena de la historia universal.]

incluidos en la teoría de la estructuración, en el segundo inicio la parte más sustantiva del volumen con un examen de la conciencia, lo inconsciente y la constitución de la vida cotidiana. Los agentes humanos o actores —empleo estos términos indistintamente— tienen, como un aspecto intrínseco de lo que hacen, la aptitud de comprender lo que hacen en tanto lo hacen. Las aptitudes reflexivas del actor humano se incluyen en general de una manera continua en el flujo de la conducta cotidiana en los contextos de una actividad social. Pero la reflexividad opera sólo en parte en un nivel discursivo. Lo que los agentes saben sobre lo que hacen y sobre las razones de su hacer —su entendimiento como agentes— es vehiculizado en buena parte por una conciencia práctica. Una conciencia práctica consiste en todas las cosas que los actores saben tácitamente sobre el modo de «ser con» en contextos de vida social sin ser capaces de darles una expresión discursiva directa. La significación de la conciencia práctica es un tema rector del libro, y se la debe distinguir tanto de la conciencia (la conciencia discursiva) como de lo inconsciente. Si bien admito el peso de aspectos inconscientes en cognición y motivación, no creo que podamos conformarnos con algunas de las concepciones más corrientes sobre esos aspectos. Adopto una versión modificada de psicología del yo pero intento relacionarla directamente con lo que, según sostengo, es un concepto fundamental de la teoría de la estructuración: el de *rutinización*.

La rutina (todo lo que se haga de manera habitual) es un elemento básico de la actividad social cotidiana. Empleo la expresión «actividad social cotidiana» en un sentido muy literal, no en el más complejo, y creo que más ambiguo, que la fenomenología ha vuelto familiar. El término «cotidiana» apresa con exactitud el carácter rutinizado propio de una vida social que se extiende por un espacio-tiempo. La repetición de actividades que se realizan de manera semejante día tras día es el fundamento material de lo que denomino la naturaleza recursiva de la vida social. (Por su naturaleza recursiva, entiendo que las propiedades estructuradas de la actividad social —por vía de la dualidad de estructura— se recrean de continuo a partir de los mismos recursos que las constituyen.) Una rutinización es vital para los mecanismos psicológicos que sustentan un sentimiento de confianza o de seguridad ontológica durante las actividades diarias de la vida social. Trasportada en principio en la conciencia práctica, una rutina introduce, para los agentes, una cuña entre el contenido potencialmente explosivo de lo inconsciente y el registro reflexivo de una acción producida. ¿Por qué los «experimentos con la confianza» de Garfinkel estimulan una reacción de angustia tan intensa en los sujetos, sin proporción alguna manifiesta con la naturaleza trivial de las circunstancias que la originan? Porque —creo— esas inaparentes convenciones de la vida so-

cial diaria tienen una gravitación esencial en tanto refrenan las fuentes de tensión inconsciente que de otro modo absorberían lo más de nuestra vida despierta.

El carácter situado de la acción en un espacio-tiempo, la rutinización de la actividad y la naturaleza repetitiva de la vida cotidiana: he ahí fenómenos que conectan el examen de lo inconsciente con los análisis que Goffman hace de la copresencia. A pesar de su evidente brillo, los escritos de Goffman se suelen juzgar quizás un poco flacos en su contenido teórico, sea porque se lo ve sobre todo como a una especie de *narrador* sociológico —el equivalente de un charlista sociológico cuyas observaciones entretienen y destellan pero que son empero superficiales y en sustancia desdeñables—, sea porque retrata algo específico de la vida social en una sociedad moderna de clase media, una sociedad cínica de amoraes actores de roles. Cada una de estas opiniones acierta en algo, y en alguna medida Goffman es vulnerable a ellas porque se abstiene de extraer, de una manera plenamente sistemática, las consecuencias de su postura. Cuando lo hace, se inclina a ligar los rituales de la vida social cotidiana con relatos etológicos de la conducta de los animales superiores, y a explicarlos en esos términos. Aun si se concede que es instructivo, no es el camino más rendidor para referir su obra a problemas de teoría social, porque no salva las insuficiencias de sus tesis. Una de estas insuficiencias es la falta de un relato sobre motivación, que es la razón principal por la que sus escritos ofrecen un flanco a la segunda interpretación mencionada antes. Intento mostrar que un análisis de esa motivación, si se lo elabora conjugado con la rutinización y lo inconsciente, puede mostrar más acabadamente el carácter sistemático de la obra de Goffman. La insistencia de Goffman en la confianza y el tacto hace reverberar de manera sorprendente temas que hallamos en la psicología del yo y genera una potente comprensión analítica del registro reflexivo del flujo de encuentros incluido en la vida cotidiana.

Fundamental para la vida social es la postura del cuerpo en encuentros sociales. «Postura» es aquí un término rico. El cuerpo adopta una postura en las circunstancias inmediatas de copresencia en relación con otros: Goffman aporta un conjunto de observaciones en extremo sutil pero elocuente sobre el trabajo facial, sobre los gestos y el gobierno reflexivo del movimiento del cuerpo, como algo intrínseco a la continuidad de la vida social. Pero postura se debe entender también referida a la serialidad de encuentros por un espacio-tiempo. Cada individuo adopta de manera inmediata una postura en el *fluir* de la vida cotidiana; en el lapso de vida que es la duración de su existencia; y en la duración del «tiempo institucional», la estructuración «supra-individual» de las instituciones sociales. Por último, cada per-

sona tiene una *postura*, en sentido «múltiple», en relaciones sociales conferidas por *identidades* sociales específicas; esta es la principal esfera de aplicación del concepto de rol social. Las modalidades de co-presencia mediadas directamente por las propiedades sensoriales del cuerpo son claramente diferentes de los lazos sociales y de las formas de interacción social que se establecen con otros ausentes en un tiempo o en un espacio.

No sólo los individuos tienen «posturas» unos en relación con otros: las tienen también los contextos de interacción social. Para el examen de estas conexiones que conciernen a la contextualidad de la interacción social, son muy esclarecedores el enfoque y las técnicas de geografía histórica que ha elaborado Hågerstrand. La geografía histórica tiene también como interés principal la situación de los individuos en un espacio-tiempo pero concede particular atención a restricciones impuestas a la actividad por las propiedades físicas del cuerpo y los ambientes en que se mueven los agentes. Pero estas referencias son sólo uno de los aspectos bajo los cuales la sociología puede extraer partido de los escritos de los geógrafos. Otro aspecto es la interpretación del urbanismo que —sostengo— tiene un papel básico por desempeñar en teoría social; y, desde luego, una sensibilidad general hacia el espacio y el lugar alcanza una importancia todavía mayor.

Goffman presta considerable atención a la regionalización de los encuentros, y a mi juicio esta noción de regionalización es muy gravitante en teoría social. Fue siempre un interés destacado en los escritos de los geógrafos, pero no quiero ver este concepto en términos tan puramente espaciales como lo ven ellos. La naturaleza situada de una interacción social se puede examinar con provecho en relación con las diferentes sedes a través de las cuales se coordinan las actividades cotidianas de los individuos. Sedes no son meros lugares sino *escenarios* de interacción; como Garfinkel lo ha mostrado de manera particularmente convincente, los actores sociales usan escenarios de manera consuetudinaria —y, en buena medida, tácita— para dar sustento a un sentido en actos comunicativos. Pero los escenarios están también regionalizados según aspectos que influyen mucho sobre el carácter serial de los encuentros y reciben la influencia de este. Una «fijeza» espacio-temporal normalmente implica una fijeza social; el carácter sustancialmente «dado» de los *medios* físicos de la vida cotidiana se entreteje con una rutina y ejerce una profunda influencia sobre los contornos de una reproducción institucional. La regionalización tiene también una fuerte resonancia psicológica y social en orden al «cercamiento» que tapa la vista de ciertos tipos de actividades y de personas, y a la «exposición» de otros. Aquí volvemos encontrar un importante punto de conexión entre ideas en apariencia dispares, las de

Goffman y de Foucault: los dos conceden gran importancia a las líneas social e históricamente fluctuantes entre cercamiento y exposición, confinamiento y mostración.

Creo que es erróneo considerar los encuentros en circunstancias de copresencia como si fueran la base sobre la cual se edifican propiedades sociales más amplias o «macroestructurales». El estudio denominado «microsociológico» no atiende a una realidad que por alguna razón fuera más sustancial que aquella en la que se interesa un análisis «macrosociológico». Pero tampoco, en contrario sentido, es la interacción en situaciones de copresencia simplemente efímera por oposición a la solidez de instituciones de vasta escala o largo arraigo. Cada punto de vista tiene sus sostenedores, pero me parece que esta división de opiniones es vacía y es apenas una versión algo más concreta del ya mencionado dualismo en teoría social. La oposición entre «micro» y «macro» se reconceptualiza mejor si se la refiere a una interacción en contextos de copresencia, estructuralmente envuelta en sistemas de extendida distancia espacio-temporal; en otras palabras: si se la refiere a sistemas que abarcan vastos segmentos de espacio-tiempo. Y esto a su vez se investiga mejor como un problema de la conexión de integración social con integración sistémica, según defino yo estos términos. Pero es preciso agregar un corolario vital. La relación de integración social y sistémica no se puede aprehender en un nivel puramente abstracto; la teoría del urbanismo es esencial a ella. Porque sólo con el advenimiento de ciudades —y, en época moderna, con el urbanismo del «ambiente creado»— se vuelve posible un desarrollo significativo de integración sistémica. •

Es que debemos ser muy cuidadosos con el concepto de «sistema social» y con la noción aneja de «sociedad». Parecen términos inocentes, y acaso sean indispensables si se los usa con los debidos recaudos. «Sociedad» tiene un fecundo doble sentido, en el que me he basado: significa un sistema unido y una asociación social en general. Insistir en la regionalización nos recuerda que el grado de «sistematicidad» en sistemas sociales es muy variable, y que las «sociedades» rara vez tienen límites especificables con facilidad, al menos hasta que ingresamos en el mundo moderno de los Estados nacionales. Funcionalismo y naturalismo se inclinan a admitir de manera irreflexiva sociedades como entidades claramente deslindadas, y sistemas sociales, como unidades que tienen un alto grado de integración interna. En efecto, esas perspectivas, aunque se desautoricen las metáforas orgánicas directas, suelen entrar en íntima alianza con conceptos biológicos; y estos, por lo común, se elaboraron en torno de entidades cuyo deslinde del mundo circundante es claro y que son dueñas de una evidente unidad interna. Pero, muy a menudo, «sociedades» no



tienen semejanza alguna con esto. Para contribuir a que se lo tome en cuenta, introduzco los términos «sistemas intersocietarios» y «bordes espacio-temporales» que denotan diferentes aspectos de una regionalización que corta transversalmente sistemas sociales discernidos como sociedades distintas. Además hago generoso uso de estas nociones para evaluar interpretaciones del cambio social, más adelante en el libro.

Cuando formulo la teoría de la estructuración, deseo escapar del dualismo asociado con objetivismo y subjetivismo. Pero algunos críticos han juzgado que no otorgamos suficiente peso a factores destacados por el primero de estos, en particular en cuanto a los aspectos restrictivos de las propiedades estructurales de sistemas sociales. Para hacer ver que no es así, indico con algún detalle el significado que se puede atribuir a «constreñimiento» en teoría social y el modo en que se entienden en la teoría de la estructuración las diversas acepciones que se pueden dar de este término. Reconocer la naturaleza y significación del constreñimiento estructural no equivale a sucumbir a las seducciones de una sociología estructural, pero tampoco acepto, como intento dejarlo en claro, un punto de vista afín a un individualismo metodológico. Tal como se la conceptualiza en teoría de la estructuración, «estructura» significa algo diferente de su acepción usual en las ciencias sociales. Introduzco además un conjunto de conceptos centrados en el concepto de estructura y trato de mostrar por qué son indispensables. Entre ellos, el más importante es la idea de «principios estructurales», que son aspectos estructurales de sociedades globales o totalidades societarias; también intento mostrar que justamente a través de la noción de principios estructurales alcanza su especificación más fecunda el concepto de contradicción en su aplicación al análisis social. Tampoco estas nociones se pueden expresar en forma puramente abstracta, y las examino por referencia a tres tipos principales de sociedad que se pueden distinguir en la historia humana: culturas tribales, sociedades divididas en clases y modernos Estados nacionales asociados con el ascenso del capitalismo industrial.

La mención de la historia recuerda el apotegma de que los seres humanos hacen su historia. ¿Qué es, exactamente, lo que hacen: qué significa «historia» aquí? La respuesta no se puede expresar en una forma tan concisa como la máxima original. Existe, desde luego, una diferencia entre historia como sucesos que ocurren e historia como escritura sobre esos sucesos. Pero esto no nos lleva muy lejos. La historia en el primer sentido es temporalidad, sucesos en su duración. Nos inclinamos a asociar temporalidad con una secuencia lineal, y por lo tanto historia, así concebida, con un movimiento en una dirección discernible. Pero muy bien puede ser esta una manera de pensar sobre el

tiempo ligada a nuestra cultura; aun si no lo fuera, de igual manera debemos evitar la asimilación de «historia» a cambio social. Por esta razón conviene hablar de «historicidad» en tanto el sentir preciso de que vivimos en un mundo social expuesto de continuo al cambio, donde la máxima de Marx forma parte de una conciencia cultural general, en lugar de ser un teorema propio de especialistas en pensamiento social. La historia como escritura de ella plantea también sus propios enigmas y dificultades. Todo lo que tengo para decir acerca de esto es que no son exclusivos; no nos permiten establecer distingos nítidos entre historia y ciencia social. Problemas hermenéuticos incluidos en la descripción exacta de formas divergentes de vida, la interpretación de textos, la explicación de la acción, de las instituciones y de la transformación social: los comparten todas las ciencias sociales, incluida la historia.

¿Cómo debemos abordar entonces el estudio del cambio social? Intento mostrar que la búsqueda de una teoría del cambio social (donde «teoría» significa en este caso una explicación del cambio social por referencia a un conjunto único de mecanismos, como lo fueron los de adaptación y selección diferencial predilectos del evolucionismo) está condenada al fracaso. La tachan defectos lógicos como los que invalidan, más en general, el supuesto de que las ciencias sociales pueden descubrir leyes universales de conducta humana. El específico entendimiento o saber que los seres humanos tienen de su propia «historia» es en parte constitutivo de lo que esa historia es y de las influencias que obran para modificarla. No obstante, es importante otorgar una particular atención crítica al evolucionismo porque en una versión o en otra ha ejercido considerable influencia en una diversidad de campos de ciencia social. Entiendo por «evolucionismo», aplicado a las ciencias sociales, la explicación del cambio social por referencia a esquemas que incluyen los siguientes rasgos: una serie irreversible de etapas que las sociedades recorren, aunque no se sostenga que cada sociedad individual deba pasar por todas ellas para alcanzar las más altas; cierta conexión conceptual con teorías biológicas de la evolución; y la especificación de una direccionalidad en la sucesión de las etapas enumeradas, medida por un criterio o unos criterios dados, como el aumento de la complejidad o la expansión de las fuerzas productivas. Se puede elevar una serie de objeciones a estas ideas, tanto por sus defectos intrínsecos como por las consecuencias secundarias que el evolucionismo casi inevitablemente se inclina a introducir en su argumentación, aunque no sean su consecuencia lógica. El «materialismo histórico», me parece, es una versión de evolucionismo con arreglo a estos criterios, al menos según una de las principales acepciones en que este discutido rótulo se ha entendido. Si se lo interpreta de esta

manera, el materialismo histórico manifiesta varias de las limitaciones principales y secundarias de las teorías evolucionistas en general, y es preciso rechazarlo por las mismas razones.

Como no creo posible comprimir la «historia» en los esquematismos predilectos del evolucionismo en general, o del materialismo histórico en particular, propongo deconstruirlos más que reconstruirlos. Quiero decir con esto que los relatos del cambio social tienen que adoptar una forma sustancialmente diferente del evolucionismo; de nada vale el mero intento de retocarlos. Además de los conceptos ya introducidos, empleo otros dos: los de «episodio» y de «tiempo mundial» (el primero se debe a Gellner; el segundo, a Eberhard). Toda vida social se puede representar como una serie de episodios; los encuentros en circunstancias de copresencia tienen por cierto una forma episódica. Pero en este contexto me refiero sobre todo a procesos de cambio de vasta escala, en los que se produce un tipo preciso de reorganización institucional, como la formación de ciudades en sociedades agrarias o la formación de los Estados iniciales. Sin duda puede ser fecunda la comparación de episodios entre ellos, aunque no con total abstracción de su contexto de origen. El influjo de un «tiempo mundial» decide precisamente sobre la medida en que aquellos son de hecho comparables. «Tiempo mundial» concierne a las variadas coyunturas históricas susceptibles de afectar las condiciones y consecuencias de episodios que parecen similares así como a los influjos de lo que *saben* los agentes intervinientes acerca de esas condiciones y consecuencias. Trato de mostrar el alcance de estas nociones con empleo ilustrativo de teorías sobre la formación del Estado.

La teoría de la estructuración no tendría gran valor si no ayudara a esclarecer problemas de investigación empírica, y en el capítulo conclusivo retomo este asunto que me parece inseparable de las consecuencias de la teoría de la estructuración como variedad de crítica. No intento esgrimir un escarpelo metodológico. Es decir, no creo que exista nada en la lógica o en la sustancia de la teoría de la estructuración que por alguna razón prohíba el uso de determinada técnica de investigación, como métodos de encuesta, cuestionarios, o lo que fuere. Algunas de las consideraciones que expongo conciernen al modo de aplicar técnicas particulares a problemas de investigación y a la interpretación de los resultados, pero esta es una cuestión muy diferente. La teoría de la estructuración se conecta con la investigación empírica en puntos que demandan extraer las consecuencias lógicas de tomar por «objeto de estudio» uno del que el investigador ya forma parte, y esclarecer las connotaciones sustantivas de las nociones nucleares de acción y estructura. Algunas de las tesis que he definido en el nivel abstracto de la teoría tienen aplicación directa en el nivel de la inves-

tigación. Buena parte de la teoría social, sobre todo la que se asocia a la sociología estructural, ha atribuido a los agentes mucho menos saber del que poseen en realidad. Los resultados de esto se ven muy cómodamente en el trabajo empírico que descuida recoger información tal que permitiera acceder a la inteligencia de los agentes en toda su amplitud, al menos en dos aspectos. Lo que los actores son capaces de decir acerca de las condiciones de su acción y de la acción de otros se reduce en perspectiva si los investigadores no reconocen la significación posible de un conjunto de fenómenos discursivos a los cuales, como los actores sociales mismos, ellos sin duda podrían prestar ceñida atención, pero que en la investigación social a menudo simplemente se dan por supuestos. Se trata de aspectos de discurso que por su forma no admiten expresión como enunciados de creencia proposicional o que, como el humor o la ironía, reciben su sentido no tanto del contenido de lo que se dice como del estilo, del modo de expresión o del contexto de preferencia. Pero a esto debemos agregar un segundo factor más importante: es imperioso admitir la expresividad de una conciencia práctica. Donde lo que los agentes saben sobre lo que hacen se restringe a lo que pueden decir sobre ello, en cualquier estilo discursivo, simplemente se oculta a la vista un vasto campo de entendimiento. El estudio de la conciencia práctica se debe incorporar al trabajo de investigación. Sería un error suponer que el estudio empírico de los componentes no discursivos de la conciencia es necesariamente más difícil que el de los discursivos, aunque los agentes mismos, por definición, no puedan hacer comentarios directos sobre ellos. Lo inconsciente, por otro lado, plantea un orden enteramente diferente de problemas, y sin duda pide técnicas de interrogación distintas de las que se emplean en una investigación social descriptiva.

El funcionalismo ha tenido suma importancia en las ciencias sociales no sólo por su envergadura como tipo de teorización sino también por la inspiración empírica que produjo. Los orígenes del trabajo de campo en antropología son más o menos coextensivos con el influjo del funcionalismo, y también en sociología el pensamiento funcionalista contribuyó a generar un importante cuerpo de trabajo de investigación. Me parece esencial comprender las seducciones del funcionalismo en este aspecto, sin empacho de sostener que conceptualmente su influjo ha sido en buena parte pernicioso. El funcionalismo concedió particular relieve a la significatividad de las consecuencias no queridas de la acción, en especial cuando esas consecuencias ocurren de una manera regular e intervienen, en consecuencia, en la reproducción de aspectos institucionalizados de sistemas sociales. Otorgar ese relieve fue un pleno acierto de los funcionalistas. Pero es enteramente posible estudiar consecuencias no queridas sin emplear conceptos

funcionalistas. Además, la designación precisa de lo no intencional en atención a las consecuencias de la acción sólo consiente una *aprehensión empírica correcta* si se definieron los aspectos intencionales de la acción, lo que a su vez exige operar con una interpretación de la acción más refinada de la que suelen sustentar quienes prefieren premisas funcionalistas.

En teoría de la estructuración, se mira como «estructura» reglas y recursos con implicación recursiva en una reproducción social; ciertos aspectos institucionalizados de sistemas sociales poseen propiedades estructurales en el sentido de que por un tiempo y por un espacio hay relaciones que se estabilizan. «Estructura» se puede conceptualizar abstractamente como elementos normativos y códigos de significación: dos aspectos de reglas. También son dos las clases de recursos: recursos de autoridad, nacidos de la coordinación de la actividad de agentes humanos, y recursos de asignación, que provienen del control sobre productos materiales o sobre aspectos del mundo material. Especialmente fecundo para guiar la investigación es el estudio, en primer lugar, de las intersecciones rutinizadas de prácticas que son los «puntos de transformación» en relaciones estructurales y, en segundo lugar, de los modos en que unas prácticas institucionalizadas conectan integración social con integración sistémica. En lo que se refiere a lo primero, para tomar un ejemplo, se puede demostrar que la propiedad privada, un conglomerado de derechos de posesión, puede ser «traducida» en autoridad industrial o en modos de sustentar un control gerencial. En lo que se refiere, a lo segundo, es preciso averiguar empíricamente si las prácticas situadas que se estudian en cierto espectro de contextos convergen unas con otras para entrar directamente en una reproducción sistémica. Interesa aquí estar alerta a lo que pueden dar a conocer unas sedes como escenarios de interacción; no existe ninguna razón para que en el estudio de ellas los sociólogos no adopten algunas de las técnicas de investigación elaboradas por los geógrafos, incluidas las técnicas gráficas de la geografía histórica.

Si las ciencias sociales se conciben como en el período de predominio del consenso ortodoxo, sus logros no se ven muy notables, y la importancia de la investigación social para cuestiones prácticas parece muy tenue. En efecto, las ciencias naturales, o al menos las más adelantadas de ellas, poseen leyes de precisa definición y general aceptación, además de un patrimonio de observaciones empíricas inductibles que admite explicación en los términos de aquellas leyes. La ciencia natural se ha asociado con aptitudes tecnológicas portentosas, tanto destructivas como constructivas. A juicio de los que querrían modelar la ciencia social directamente sobre la ciencia natural, la primera sin duda sólo alcanza un distante segundo óptimo. En los dos

órdenes, cognitivo y práctico, las ciencias sociales parecen claramente inferiores a las ciencias naturales. Pero si aceptamos que la ciencia social puede dejar de ser una especie de réplica de la ciencia natural y que en algunos aspectos es un quehacer por completo diferente, se puede defender una visión muy otra sobre sus logros relativos y su influjo. No existen, ni existirán, leyes universales en las ciencias sociales, y ello no se debe, principalmente, a que los métodos de comprobación empírica y de validación adolezcan de alguna insuficiencia, sino a que, como lo he señalado, las condiciones causales incluidas en generalizaciones sobre la conducta social humana son intrínsecamente inestables por referencia al saber mismo (o a las creencias) que los actores tienen sobre las circunstancias de su propia acción. La denominada «profecía que se cumple por su enunciación misma», sobre la que han escrito Merton y otros, es un caso especial de un fenómeno mucho más general en las ciencias sociales. Existe un vaivén de comprensión mutua entre la ciencia social y aquellos cuyas actividades constituyen su objeto: una «hermenéutica doble». Las teorías y los descubrimientos de las ciencias sociales no se pueden mantener enteramente aislados del universo de sentido y de acción sobre el que versan. Ahora bien, por su parte, los actores legos son teóricos sociales cuyas teorías concurren a formar las actividades e instituciones que constituyen el objeto de estudio de observadores sociales especializados o científicos sociales. No existe una línea divisoria clara entre una reflexión sociológica realizada por actores legos y similares empeños de especialistas. No pretendo negar que *existan* líneas divisorias, pero son inevitablemente difusas, y los científicos sociales no tienen un monopolio absoluto ni sobre teorías novedosas ni sobre investigaciones empíricas de lo que estudian.

Acaso se acepte todo esto. Pero quizá no se admita, a partir de mis reflexiones, que podríamos adoptar sobre los logros y el influjo de las ciencias sociales una visión diferente de la indicada antes. ¿Cómo se sostendría con seriedad que la ciencia social ha ejercido sobre el mundo social tanto o más influjo que la ciencia natural sobre el mundo natural? Creo yo, en efecto, que esta visión se puede sostener, aunque desde luego se entiende que ninguna comparación de esta índole podría ser precisa por las diferencias mismas entre aquello de lo que se trata en cada caso. La tesis es que la reflexión sobre procesos sociales (teorías y observaciones acerca de ellos) de continuo ingresa en el universo de sucesos explicados, se despega de él, y reingresa. No existe un fenómeno parecido en el mundo de la naturaleza inanimada, indiferente a lo que acerca de él pretendan saber los seres humanos. Consideremos, por ejemplo, las teorías sobre la soberanía enunciadas por pensadores europeos en el siglo XVII. Se originaron en reflexiones y

estudios sobre tendencias sociales a las que después se incorporaron. Es imposible la existencia de un Estado soberano moderno que no incluya una teoría enunciada discursivamente sobre el Estado soberano moderno. Es característica de la modernidad en el Occidente en general una marcada tendencia a expandir una «auto-inspección» política por parte del Estado; ella produce el ambiente social e intelectual a partir del cual se han desarrollado discursos especializados, «profesionales», de ciencias sociales, pero que al mismo tiempo lo expresan y promueven. Se puede, desde luego, elaborar algún argumento para sostener que estos cambios, en los que la ciencia social tuvo protagonismo, son de un carácter muy fundamental. En comparación con ellos, las transformaciones de la naturaleza logradas por las ciencias naturales no se ven tan enormes.

Si reflexionamos un poco más sobre estas consideraciones, veremos por qué puede parecer que las ciencias sociales no generan una gran cuota de saber original y también por qué teorías e ideas producidas en el pasado pueden retener para el presente —lo que suena paradójico— una importancia que concepciones arcaicas de la ciencia natural no poseen. Las ideas mejores y más interesantes en las ciencias sociales a) contribuyen a promover el clima de opinión y los procesos sociales que les dan origen; b) se entretienen en mayor o menor grado con teorías vigentes que concurren a constituir esos procesos, y c) es por eso improbable que se distingan con claridad de una reflexión juiciosa que actores legos puedan aplicar en una formulación discursiva c en un perfeccionamiento de teorías vigentes. Son hechos cuyas consecuencias, sobre todo en la sociología (es a ella a la que más concierne), afectan tanto la prosecución de una investigación empírica como la formulación y recepción de teorías. Con respecto a la investigación, ellos hacen que resulte mucho más difícil que en el caso de la ciencia natural «conseguir» aceptación para teorías en el proceso por el que se busque someterlas a una verificación adecuada. La vida social avanza; teorías atractivas o potencialmente prácticas, hipótesis o descubrimientos acaso se absorban en la vida social hasta el punto de que se alteren azarosamente los fundamentos originales que hubieran permitido comprobarlas. Aquí se presentan muchas y complejas permutaciones posibles de «alimentación» mutua, que además se complican con las naturales dificultades de controlar variables, reproducir observaciones y otras perplejidades metodológicas en que se pueden ver las ciencias sociales. En ciencia natural, las teorías son originales, innovadoras, etc., según el grado en que cuestionen aquello que los actores legos o los científicos profesionales creían antes acerca de los objetos o sucesos a que se refieren. Pero en las ciencias sociales las teorías no pueden menos que basarse en parte en ideas que ya son sostenidas

(aunque no necesariamente las formulen de manera discursiva) por los agentes a quienes se refieren. Una vez reintroducidas en la acción, su cualidad original se puede perder; se puede volver demasiado familiar. La noción de soberanía y las teorías del Estado asociadas a ella fueron de una novedad asombrosa cuando se formularon por primera vez: hoy en cierto grado han pasado a formar parte de la realidad misma que contribuyeron a establecer.

¿Pero por qué ciertas teorías sociales conservan su frescura mucho después que pasaron las condiciones que concurrieron a producirlas? ¿Por qué hoy, cuando estamos bien familiarizados con el concepto y la realidad de la soberanía estatal, las teorías del Estado del siglo XVII conservan cierta importancia para la reflexión social o política? Sin duda, justamente porque han contribuido a constituir el mundo social en el que ahora vivimos. Lo que captura nuestra atención es el hecho de que son reflexiones sobre una realidad social que también contribuyen a constituir y que es distante de nuestro mundo social pero sin dejar de ser parte de él. Las teorías que en ciencias naturales han sido remplazadas por otras que cumplen mejor la misma función carecen de interés para la práctica actual de la ciencia. Esto no puede suceder si esas teorías pasaron a constituir lo que ellas interpretan o explican. Acaso se justifique considerar marginal la importancia de la «historia de las ideas» para el científico activo en la ciencia natural, pero en las ciencias sociales es mucho más que tangencial.

Si son correctas, estas lucubraciones llevan por un camino derecho a una consideración de la ciencia social como crítica: ella está incluida en la vida social de una manera práctica. No podemos conformarnos con la versión «tecnológica» de crítica propuesta por el consenso ortodoxo, concepción que deriva de un modelo de ciencia natural. La concepción tecnológica de la crítica supone que la «crítica interna» de la ciencia social —las apreciaciones críticas de quienes trabajan en las ciencias sociales sobre las opiniones de los otros— genera sin complicación una «crítica externa» de creencias legas que puede convertirse en la base de una intervención social práctica. Pero, según lo que viene a decirnos la «doble hermenéutica», las cosas son mucho más complejas. La formulación de una teoría crítica no es una *opción*; teorías y descubrimientos en las ciencias sociales son susceptibles de consecuencias prácticas (y políticas) más allá de que el observador sociológico o el estadista decidan que se las puede «aplicar» a determinada cuestión práctica.

Este libro no fue de escritura particularmente fácil y no se prestó del todo al normal ordenamiento de capítulos. La teoría de la estructuración se formuló en una parte sustancial a través de su propia «crítica



interna»: la apreciación crítica de una diversidad de escuelas de pensamiento social que hoy rivalizan. Pero no permití que algunos de estos cotejos críticos importunaran en las secciones principales del texto, sino que los incluí como apéndices de los capítulos con los que guardan una relación más estrecha. (De la misma manera, las notas referidas a ellos siguen a las notas que corresponden al capítulo en cada caso.) El lector que desee seguir desembarazadamente la línea principal de la argumentación puede saltarlos. Pero tienen interés para el que quiera conocer las diferencias entre los puntos de vista que yo defiendi y los de otros o la elaboración de temas abordados de una manera condensada en el núcleo de cada capítulo. Se emplea en el libro una diversidad de neologismos que he incluido en un glosario al final.

## Referencia

- 1 Sería desde luego erróneo suponer que la influencia de Parsons se circunscribe al pasado, imaginar que Parsons cayó en el olvido como él mismo dijo una vez que le ocurrió a Spencer al poco tiempo de su muerte. Por el contrario, una de las tendencias hoy más visibles en la teoría social es la de conceder un papel protagónico a opiniones tomadas más o menos directamente de Parsons. Podemos ejemplificar esto con los escritos de Luhmann y de Habermas en Alemania, de Bourricaud en Francia y de Alexander y otros en los Estados Unidos. No me propongo discutir en detalle nada de esta bibliografía, pero puede no resultar ocioso que explique un poco por qué no tengo gran simpatía por los aspectos de los escritos de estos autores que se inspiran sin más en ideas de Parsons. Todos los escritores en cuestión adoptan una posición de fuerte crítica a las conexiones de Parsons con el funcionalismo, del que Luhmann probablemente intente retener más que los otros. En este punto estoy de acuerdo con ellos, como se verá en el texto. Pero en otros aspectos, por razones que también se documentan con alguna extensión en este libro, considero que se debe producir una ruptura radical con teoremas parsonsianos. Entre ellos, un aspecto importante concierne a la influencia de Max Weber tal como la han filtrado los escritos de Parsons. Con frecuencia me han llamado «weberiano» críticos que lo consideran como una especie de falta irreparable. El término no me parece, como a ellos, un estigma, pero tampoco acepto que sea exactamente aplicable a mis puntos de vista. Si me inspiro en Weber, es desde un ángulo diferente del adoptado por los autores que mencioné. Porque el Weber de Habermas (quizá sorprendentemente) resulta un Weber de estilo parsonsiano, interesado sobre todo en la racionalización de valores y en una «diferenciación social» que se presenta bajo la forma de procesos generalizados de desarrollo. De ese modo la vida so-

cial no se pinta a través de las lentes que yo prefiero tomar de Weber, que miran a las variadas prácticas y luchas de actores concretamente situados; a conflictos y al choque de intereses sectoriales; y a la territorialidad y la violencia de formaciones políticas o Estados.

Parsons se consideraba un «teórico de la acción» y bautizó su versión de ciencia social como el «marco de referencia de la acción». Pero, según intenté mostrarlo con algún detenimiento en otra parte (véase *NRSM*, capítulo 3), lo que yo miraría como una concepción satisfactoria de la acción (y de otras nociones afines, en especial las de intenciones y razones) no aparece en la obra de Parsons. Esto no se debe, como lo han sugerido algunos comentaristas, a que un postrer sesgo hacia el funcionalismo y la teoría de sistemas hubiera terminado por desalojar un temprano interés en el «voluntarismo». Se debe a que la idea de voluntarismo tenía un defecto de nacimiento. En el pensamiento de Parsons, el voluntarismo estuvo siempre ligado a la resolución del «problema del orden», que él entendía como la coordinación de voluntades individuales potencialmente desorganizadoras. Lo resuelve por la demostración de que los actores interiorizan, como motivos, los valores compartidos de los que depende la cohesión social. El reclamo de explicar la acción se fusiona con la demanda de enlazar una teoría «psicológica» de la motivación con una interpretación «sociológica» de los rasgos estructurales de sistemas sociales. Poco espacio, si alguno queda, se deja a la inteligencia de actores sociales, que pongo de relieve como parte constitutiva de prácticas sociales. No creo que ninguna postura que tenga una fuerte deuda con Parsons contemple satisfactoriamente esta cuestión que se sitúa en el centro mismo de los intereses de teoría social tal como la entiendo en este libro.

Si los que tienen una fuerte deuda con Parsons hoy no se consideran funcionalistas y en mayor o menor grado han rechazado el molde funcionalista del pensamiento de Parsons, siguen adoptando otras ideas afines a la mayoría de las versiones del funcionalismo. Estas incluyen: una fascinación por el «consenso valorativo» o los órdenes simbólicos a expensas de los aspectos más legos, prácticos, de la actividad social; la tendencia a suponer que las sociedades son unidades que se distinguen con comodidad, como ocurre con los organismos biológicos; y una afición por teorías de estilo evolucionista. Considero que cada una de estas orientaciones conduce a serios errores, e introduciré fuertes reservas sobre ellas. No cabe duda sobre el refinamiento y la importancia de la obra de algunos autores que hoy se empeñan en elaborar la obra de Parsons por caminos novedosos, en particular Luhmann y Habermas. Pero creo que es necesario rechazar las recientes versiones de parsonsonianismo tal como también rechazo las variedades de sociología estructural no-parsonianas de largo arraigo.

LA TEORÍA DE LA ESTRUCTURACIÓN acepta vínculos  
con el estudio de la vida cotidiana.

# 1. Elementos de la teoría de la estructuración

En el trance de ofrecer una exposición preliminar de los principales conceptos de la teoría de la estructuración,<sup>1\*</sup> parece atinado partir de las divisiones que han separado al funcionalismo (incluida la teoría de sistemas) y al estructuralismo, por un lado, de la hermenéutica y las diversas formas de «sociología de la comprensión», por el otro. Funcionalismo y estructuralismo tienen algunas similitudes notables a despecho de los marcados contrastes que en otros aspectos existen entre ellos. Los dos se inclinan a expresar un punto de vista naturalista, y los dos prefieren el objetivismo. El pensamiento funcionalista, desde Comte en adelante, miró sobre todo a la biología como a aquella ciencia que ofrecía el modelo más afín y compatible con la ciencia social. Se tomaba a la biología como patrón para conceptualizar la estructura y el funcionamiento de sistemas sociales y para analizar procesos evolutivos que respondían a mecanismos de adaptación. El pensamiento estructuralista, en especial en los escritos de Lévi-Strauss, se ha manifestado hostil al evolucionismo y exento de analogías biológicas. Aquí la homología entre ciencia social y natural es ante todo cognitiva en virtud de la conjetura de que una y otra expresan aspectos similares de la constitución general de la mente. Tanto estructuralismo como funcionalismo insisten con vigor en la preeminencia del todo social sobre sus partes individuales (o sea, los actores que lo constituyen, los sujetos humanos).

En las tradiciones de pensamiento hermenéutico, desde luego, se ve una discrepancia radical entre las ciencias sociales y las naturales. La hermenéutica ha sido el hogar de aquel «humanismo» al que los estructuralistas se opusieron con tanta decisión y constancia. En el pensamiento hermenéutico, como lo expuso Dilthey, el hiato entre sujeto y objeto social es máximo. La subjetividad es el centro preconstituido para la vivencia de cultura y de historia, y en consecuencia proporciona el fundamento sobre el que se edifican las ciencias sociales o humanas. Fuera del reino de la vivencia subjetiva, y ajeno a ella, se extiende el mundo material, gobernado por relaciones impersonales

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 73-5.

de causa y efecto. Mientras que en las escuelas de pensamiento proclives al naturalismo la subjetividad se miraba como una suerte de misterio, o casi como un fenómeno residual, en la hermenéutica lo opaco es el mundo natural: a diferencia de la actividad humana, sólo se lo puede aprehender desde afuera. En las sociologías de la comprensión, acción y sentido reciben el primado para explicar la conducta humana; los conceptos estructurales no tienen un relieve notable, y se habla poco de constreñimiento. En cambio, en el funcionalismo y el estructuralismo, la estructura (en las acepciones dispares que se atribuyen a este concepto) alcanza el primado sobre la acción, y se acentúan con fuerza las cualidades restrictivas de la estructura.

\* Las diferencias entre estas perspectivas de ciencia social se tomaron a menudo como epistemológicas cuando de hecho eran también ontológicas. Lo que se discute es la especificación misma de los conceptos de acción, sentido y subjetividad, y su nexa con nociones de estructura y constreñimiento. Si las sociologías de la comprensión se fundan, por así decir, en un imperialismo del sujeto, el funcionalismo y el estructuralismo proponen un imperialismo del objeto social. Una de mis principales ambiciones cuando formule la teoría de la estructuración es poner fin a esas dos ambiciones imperiales. El dominio primario de estudio de las ciencias sociales, para la teoría de la estructuración, no es ni la vivencia del actor individual ni la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino prácticas sociales ordenadas en un espacio y un tiempo. Las actividades humanas sociales, como ciertos sucesos de la naturaleza que se auto-reproducen, son recursivas. Equivale a decir que actores sociales no les dan nacimiento sino que las recrean de continuo a través de los mismos medios por los cuales ellos se expresan en tanto actores. En sus actividades, y por ellas, los agentes reproducen las condiciones que hacen posibles esas actividades. Ahora bien, la clase de «entendimiento» que se revela en la naturaleza bajo la forma de programas codificados dista mucho de las destrezas cognitivas de que dan muestras agentes humanos. Es en la conceptualización del entendimiento humano, y en el modo en que se entreteje en una acción, donde busco apropiarme de algunas de las grandes contribuciones de las sociologías comprensivas. En teoría de la estructuración se acepta un punto de partida hermenéutico en tanto se reconoce que para describir actividades humanas hace falta estar familiarizado con las formas de vida que en esas actividades se expresan.

\* Es la forma específicamente reflexiva del entendimiento de agentes humanos la que interviene a mayor profundidad en el ordenamiento recursivo de prácticas sociales. Una continuidad de prácticas presupone reflexividad, pero la reflexividad misma sólo es posible en virtud de la continuidad de prácticas, que las define claramente como «las

mismas» por un espacio y un tiempo. «Reflexividad», entonces, no se debe entender como mera «auto-conciencia» sino como el carácter registrado del fluir corriente de una vida social. Un ser humano es un agente intencional cuyas actividades obedecen a razones y que es capaz, si se le pregunta, de abundar discursivamente sobre esas razones (lo que incluye mentir acerca de ellas). Pero términos como «propósito» o «intención», «razón», «motivo», etc., se deben considerar con precaución, porque muy a menudo su uso en los escritos filosóficos se asoció a un voluntarismo hermenéutico y porque arrancan la acción humana de la contextualidad de un espacio-tiempo. Una acción humana ocurre como una *duración*, un fluir continuo de conducta, y lo propio vale para una cognición. Una acción intencional no se compone de una serie o agregado de intenciones, razones y motivos distintos. Conviene, en consecuencia, pensar la reflexividad fundada en el registro continuo de una acción, tal como los seres humanos lo muestran y esperan que otros lo muestren. El registro reflexivo de una acción supone una racionalización, entendida aquí más como un proceso que como un estado, y como parte intrínseca de la competencia de unos agentes. Una ontología de un espacio-tiempo constitutivo de prácticas sociales es esencial para la idea de estructuración, que parte de una temporalidad y, por lo tanto, en cierto sentido, de una «historia».

Esta aproximación no encuentra mucho asidero en la filosofía analítica de la acción, tal como «acción» es retratada por la mayoría de los autores anglo-norteamericanos. «Acción» no es una combinación de «actos»: los «actos» están constituidos sólo por un momento discursivo de atención a la *duración* de un vivenciar. Tampoco se puede considerar una «acción» con prescindencia del cuerpo, de sus mediaciones con el mundo circundante y de la coherencia de un propio-ser actuante. Lo que denomino *modelo de estratificación* del propio-ser actuante lleva a tratar el registro reflexivo, la racionalización y la motivación de la acción como conjuntos de procesos inmanentes.<sup>2</sup> La racionalización de la acción, que remite a una «intencionalidad» como proceso, es, como las otras dos dimensiones, una característica de rutina de la conducta humana, tal que se la da por cumplida. En circunstancias de interacción —encuentros y episodios—, el registro reflexivo de una acción combina, de manera general y, también, rutinaria, el registro del escenario de esa interacción. Como después lo expondré, este fenómeno es básico para la inserción de una acción dentro de las relaciones espacio-temporales de lo que denominaré copresencia. La racionalización de una acción, habida cuenta de la diversidad de circunstancias de interacción, es la base principal sobre la cual otros evaluarían la «competencia» generalizada de unos actores. Pero sin duda está claro que se debe rechazar la inclinación de ciertos filósofos a

asimilar razones a «compromisos normativos»: esos compromisos abarcan sólo un sector de la racionalización de la acción. Si no entendemos esto, desconoceremos que las normas constituyen límites «fácticos» de vida social, y que en vista de ellos es posible una diversidad de actitudes manipuladoras. Un aspecto de estas actitudes, aunque relativamente superficial, se insinúa en la observación trivial de que las razones que unos actores aducen discursivamente para lo que hacen pueden diferir de la racionalización de una acción como de hecho interviene en la corriente de conducta de esos actores.

Esta circunstancia ha sido a menudo fuente de perplejidad para filósofos y observadores de la escena social; en efecto, ¿cómo podemos estar seguros de que la gente no disimula las razones de sus actividades? Pero su interés es bastante escaso comparado con las amplias «zonas grises» que existen entre dos estratos de procesos no asequibles a la conciencia discursiva de los actores. El grueso de los «reservorios de saber», según la expresión de Schutz, o de lo que prefiero denominar el *saber mutuo* que forma parte de encuentros, no es directamente asequible a la conciencia de los actores. La mayor parte de ese saber es de carácter práctico: es inherente a la capacidad de «ser con» en las rutinas de una vida social. La línea que separa conciencia discursiva y conciencia práctica es fluctuante y permeable, tanto en la experiencia del agente individual como por referencia a comparaciones entre actores en diferentes contextos de actividad social. Pero no hay entre una y otra una barrera como la que existe entre lo inconsciente y la conciencia discursiva. Lo inconsciente incluye aquellas formas de cognición y de impulso que o bien están enteramente reprimidas de la conciencia o bien aparecen en esta sólo bajo una forma distorsionada. Los componentes motivacionales inconscientes de la acción, según lo propone la teoría psicoanalítica, poseen una jerarquía interna propia, una jerarquía que expresa la «profundidad» de la historia de vida del actor individual. En el acto de enunciar esto no sugiero una aceptación acrítica de los teoremas capitales de los escritos de Freud. Debemos precavernos de dos formas de reduccionismo que esos escritos proponen o propician. Una es una concepción reduccionista de las instituciones que, deseosa de mostrar que ellas tienen fundamento en lo inconsciente, omite conceder el espacio que conviene a la operación de fuerzas sociales autónomas. La segunda es una teoría reduccionista de la conciencia que, empeñada en mostrar que buena parte de la vida social está gobernada por corrientes oscuras de que los actores no tienen noticia, no puede aprehender suficientemente el nivel de control reflexivo que los actores son capaces en general de mantener sobre su conducta.

## Agente, obrar

El modelo estratificado del agente se puede representar como lo hacemos en la figura 1. El registro reflexivo de la actividad es un rasgo

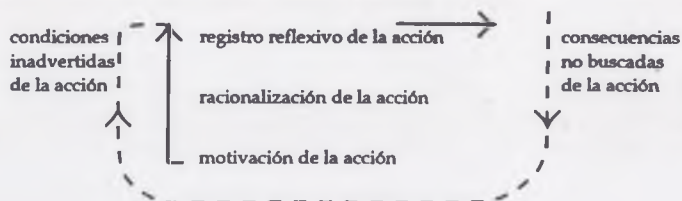


Figura 1

permanente de una acción cotidiana, que toma en cuenta la conducta del individuo, pero también la de otros. Es decir que los actores no sólo registran de continuo el fluir de sus actividades y esperan que otros, por su parte, hagan lo mismo; también registran por rutina aspectos sociales y físicos de los contextos en los que se mueven. Por racionalización de la acción entiendo que los actores —también por rutina y casi siempre sin esfuerzo— tienen una «comprensión teórica» continua sobre los fundamentos de su actividad. Como ya indiqué, tener esa comprensión no se debe asimilar a aducir discursivamente razones para ítems particulares de conducta, ni tampoco a la capacidad de especificar esas razones discursivamente. Pero agentes competentes esperan de otros —y esto es el criterio principal de competencia que se aplica en una conducta cotidiana— que, si son actores, sean por lo común capaces de explicar, si se les pide, casi todo lo que hacen. Cuestiones como las que suelen plantear los filósofos sobre intenciones y razones son planteadas por actores legos normalmente sólo si algún segmento de conducta es en especial desconcertante o si se produce en la competencia un «lapsus» o fractura que en realidad pudiera ser intencional. Así, de ordinario no preguntamos a otra persona por qué se dedica a una actividad habitual para el grupo o la cultura de que ese individuo es miembro. Tampoco pedimos de ordinario una explicación si sobreviene un lapsus del que el individuo no parezca responsable, como en el caso de las torpezas en el manejo corporal (véase la discusión de «¡Ohop!» en las págs. 115-6) o equivocaciones verbales. Pero si Freud está en lo cierto, estos fenómenos acaso tengan determinación, aunque sólo rara vez esta sea advertida por el que incurre en esos actos fallidos o por otros que los presencian (véanse págs. 127-37).

Distingo el registro reflexivo y la racionalización de la acción, de su motivación. Si razones denotan los fundamentos de la acción, motivos



denotan los deseos que la mueven. Pero una motivación no se une tan directamente a la continuidad de una acción como su registro reflexivo o su racionalización. Motivación denota más un potencial de acción que el modo en que el agente lleva adelante una acción inveteradamente. Motivos alcanzan dominio directo sobre la acción sólo en circunstancias relativamente inusuales, en situaciones que de algún modo quiebran la rutina. Las más de las veces, unos motivos proveen planes generales o programas —«proyectos» según la terminología de Schutz— dentro de los que se escenifica un espectro de conducta. Buena parte de nuestra conducta cotidiana no reconoce motivación directa.

Mientras que actores competentes casi siempre pueden ofrecer un informe discursivo sobre las intenciones y las razones de su actuar, no necesariamente podrán aducirlo sobre sus motivos. Una motivación inconsciente es un rasgo expresivo de conducta humana, aunque más adelante enunciaré ciertas reservas sobre la interpretación de Freud de la naturaleza de lo inconsciente. La noción de conciencia práctica es fundamental en teoría de la estructuración. Es la característica del agente o sujeto humano hacia la cual el estructuralismo se mostró particularmente ciego.<sup>3</sup> Pero lo mismo ocurrió con otros tipos de pensamiento objetivista. Sólo en fenomenología y etnometodología, dentro de las tradiciones sociológicas, hallamos tratamientos circunstanciados y sutiles acerca de la índole de una conciencia práctica. En efecto, estas escuelas de pensamiento, junto con la filosofía del lenguaje usual, se encargaron de aclarar las insuficiencias de la teoría ortodoxa de ciencia social sobre este punto. No pretendo que el distingo entre conciencia discursiva y práctica sea rígido e impermeable. Al contrario, diversos aspectos de las experiencias de socialización y aprendizaje del agente pueden alterar esa división. Entre conciencia discursiva y práctica no hay separación; existen sólo las diferencias entre lo que se puede decir y lo que en general simplemente se hace. No obstante, hay barreras, centradas sobre todo en una represión, entre conciencia discursiva y lo inconsciente.

conciencia discursiva

conciencia práctica

motivos/cognición inconscientes



Como se lo explica en otro lugar de este libro, ofrezco estos conceptos en remplazo de la tríada psicoanalítica tradicional de yo, super-yó y ello. El distingo freudiano de yo y ello no puede atender con

comodidad al análisis de la conciencia práctica, que carece de hogar teórico en la teoría psicoanalítica como en los otros tipos de pensamiento social ya indicados. El concepto de «preconsciente» es quizá la noción más afín a la de conciencia práctica en el repertorio conceptual del psicoanálisis pero, tal como se lo emplea de ordinario, es claro que significa algo diferente. En lugar de hablar en lengua inglesa del «ego» conviene hablar del «I» (como, desde luego, lo hizo Freud en lengua alemana). Este uso no pone a salvo de antropomorfismos en que el yo se pinte como una especie de mini-agente; pero al menos vale como remedio inicial. El empleo de «yo» se desarrolla a partir de la postura del agente en encuentros sociales, y después se asocia a esta. Como término para recibir predicados, está «vacío» de contenido, si se lo compara con la riqueza de las descripciones que el agente hace de sí mismo cuando dice «me». El dominio de relaciones «yo», «me», «tú», aplicado con reflexión en un discurso, tiene importancia decisiva para la competencia emergente de agentes que aprenden el lenguaje. Como no emplee el término «ego», evidentemente es mejor prescindir de «super-ego» también, un término, por lo demás, torpe. El término «conciencia moral» prestará excelente servicio en remplazo de aquel.

Todos estos conceptos se refieren al agente. ¿Qué decir de la naturaleza del obrar? Esto se puede conectar con otro punto. La *duración* de la vida cotidiana ocurre como un fluir de acción intencional. Ahora bien, actos tienen consecuencias no buscadas y, como se lo indicó en la figura 1, consecuencias no buscadas se pueden realimentar sistemáticamente para convertirse en condiciones inadvertidas de actos ulteriores. Así, una de las consecuencias regulares de que yo hable o escriba correctamente en lengua inglesa es la de contribuir a la reproducción de la lengua inglesa como un todo. Que yo hable en inglés con corrección es intencional; no lo es el aporte que hago a la reproducción de la lengua. ¿Pero cómo formularíamos lo que son consecuencias no buscadas?

Se ha supuesto comúnmente que el obrar humano no se define si no es por referencia a intenciones. Esto significa que una unidad de conducta sólo se puede considerar acción si quien la cumple tiene la intención de obrar así, porque de lo contrario la conducta en cuestión sería una mera respuesta reactiva. Quizás este punto de vista reciba alguna verosimilitud del hecho de que ciertos actos no pueden ocurrir si el agente no se los propone. El suicidio viene al caso aquí. A despecho de los esfuerzos conceptuales de Durkheim, no se puede decir que ocurra «suicidio» si no existe alguna intención de precipitar una auto-destrucción. Una persona que se desvíe en una curva y sea arrojada por un automóvil que se aproxima no se puede llamar «suicida» si el suceso es accidental; es algo que al individuo le sucede y no algo

→ y su / que  
ESTA SU E  
CANTONOS 16 CIA  
INTENCION

que él haga. Pero el suicidio no es representativo de la mayoría de los actos humanos en su relación con las intenciones, a saber: que sólo se puede afirmar que ocurrió si quien lo perpetró tuvo la intención de que ocurriera. La mayoría de los actos no presentan esta característica.

Pero algunos filósofos argumentaron que para considerar ejemplo de obrar un suceso en que participe un ser humano es necesario al menos que lo hecho por la persona sea intencional bajo alguna definición, aun si el agente se equivoca en esa definición. Un oficial a bordo de un submarino mueve una palanca con la intención de virar el rumbo pero en cambio, porque se equivocó de palanca, hunde al *Bismarck*. Hizo algo con intención, pero no lo que imaginaba, sino que el *Bismarck* resultó hundido por su acción. Otro ejemplo: si alguien vuelca con intención café, en la creencia errónea de que es té, volcar el café es un acto de esa persona aunque no fuera intencional; bajo otra definición, como «volcar el té», sería intencional.<sup>4</sup> (En la mayoría de los casos, «volcar» algo tiene una connotación de no intencionalidad. Es un desliz que sobrevino en el curso de una acción en que la persona intentaba hacer algo bien diferente, como alcanzar la taza a otra persona. Freud sostiene que casi todos esos deslizos de conducta, lo mismo que los deslizos en el habla, de hecho responden a una motivación inconsciente. Esto, desde luego, los sitúa bajo definiciones intencionales desde otro ángulo.)

Pero, precisamente, es errónea la opinión de que para valer como ejemplo de obrar basta con que un suceso sea intencional bajo *cualquier* definición. Esto confunde la designación de un obrar con: dar definiciones de un acto;<sup>5</sup> y confunde el registro continuado de una acción en que individuos están empeñados con las propiedades que definen a esa acción como tal. Obrar no denota las intenciones que la gente tiene para hacer cosas, sino, en principio, su capacidad de hacer esas cosas (que es aquello por lo cual obrar implica poder: cf. la definición del *Oxford English Dictionary* de agente como «alguien que ejerce poder o produce un efecto»). Obrar concierne a sucesos de los que un individuo es el autor, en el sentido de que el individuo pudo, en cada fase de una secuencia dada de conducta, haber actuado diferentemente. Lo que ocurrió no habría ocurrido si ese individuo no hubiera intervenido. Acción es un proceso continuo, un fluir en el que el registro reflexivo que el individuo mantiene es fundamental para el control del cuerpo que los actores de ordinario mantienen de cabo a cabo en su vida cotidiana. Soy el autor de muchas cosas que no me propongo hacer, y que quizá no quiero producir, a pesar de lo cual las *hago*. A la inversa, puede haber circunstancias en las que intente lograr algo, y en efecto lo alcance, aunque no directamente por mi obrar. Tomemos el ejemplo del café volcado. Supongamos que un individuo, A, fuera un

espíritu malicioso que hiciera una broma poniendo la taza sobre un platillo en un ángulo tal que, tomada la taza, muy probablemente salpicara. El individuo B toma el café, y efectivamente se lo vuelca encima. Sería correcto decir que lo hecho por A produjo el incidente, o al menos contribuyó a que sucediera. Pero A no volcó el café; B lo hizo. El individuo B, que no se proponía volcar el café, volcó el café; el individuo A, que se propuso que el café se volcara, no lo volcó.

¿Pero qué es hacer algo sin intención? ¿Es diferente de producir consecuencias sin intención? Considérese el denominado «efecto acordeón» de una acción.<sup>6</sup> Un individuo acciona una llave para iluminar una sala. Aunque esto es intencional, el hecho de que encender la llave de luz alerte a un ladrón no lo es. Supongamos que el ladrón escape a la calle, sea capturado por un policía y tras el debido proceso pase un año en prisión condenado por el latrocinio. ¿Todas estas son consecuencias no intencionales del acto de accionar la llave? ¿Qué cosas ha «hecho» el individuo? Mencionaré un ejemplo más, tomado de una teoría de segregación étnica.<sup>7</sup> Una pauta de segregación étnica acaso se desarrolle sin que ninguno de los interesados tenga la intención de que ello ocurra, del siguiente modo, que se puede ilustrar por analogía. Imaginemos un tablero que tenga un conjunto de monedas de cinco centavos y un conjunto de moneñas de diez centavos. Estas se encuentran distribuidas al azar sobre el tablero, como pueden estarlo individuos en un área urbana. Se adopta el supuesto de que, aunque no sienten hostilidad hacia el otro grupo, los miembros de cada grupo no quieren vivir en un vecindario donde étnicamente se encuentren en minoría. Sobre el tablero, cada pieza es movida hasta que se encuentre en una posición tal que al menos el cincuenta por ciento de las piezas vecinas sean del mismo tipo. El resultado es una pauta de segregación extrema. Las monedas de diez centavos terminan como una especie de gueto en medio de las monedas de cinco centavos. El «efecto de composición» es un resultado de una sumación de actos —los de mover piezas sobre el tablero o los de agentes en un mercado de vivienda—, cada uno de los cuales se lleva a cabo intencionalmente. Pero el resultado final no fue buscado ni deseado por nadie. Es, por así decir, obra de todos y de nadie.

Para comprender lo que es hacer algo sin intención, tenemos que lograr primero claridad sobre el modo de entender «intencional». Defino este concepto como lo propio de un acto del que su autor sabe, o cree, que tendrá una particular cualidad y resultado, y en el que ese saber es utilizado por el autor del acto para alcanzar esa cualidad o ese resultado.<sup>8</sup> Si la caracterización que dimos del obrar es correcta, tenemos que distinguir la cuestión de lo que un agente «hace» de lo que es «buscado» o de los aspectos intencionales de lo que se hace. Obrar

denota un hacer. Encender la luz fue algo que el agente hizo, y también hizo que el ladrón se alertara. Esto no fue intencional si el actor no sabía que el ladrón estaba allí y si, por alguna razón, aun sabiendo que el ladrón estaba allí, el agente no intentó usar este saber para alertar al intruso. Haceres no intencionales se pueden distinguir conceptualmente de consecuencias no buscadas de haceres, aunque el distingo perderá sentido si el foco de interés cae sobre la relación entre lo intencional y lo no intencional. Las consecuencias de lo que actores hacen, con intención o sin ella, son sucesos que no habrían ocurrido si tal actor se hubiera conducido diversamente, por más que el haberlos producido no hubiera estado en el poder del agente (con independencia de las intenciones que este pudo tener).

Podemos decir, creo, que todas las cosas que le ocurrieron al ladrón tras el accionamiento de la llave fueron consecuencias no buscadas del acto, supuesto que el individuo en cuestión no supiera que el ladrón estaba allí y que, en consecuencia, iniciara la secuencia sin intención. Si hay complejidades en esto, conciernen a determinar cómo puede ser que un acto en apariencia trivial desencadene sucesos muy alejados de él en tiempo y espacio, y no a si esas consecuencias fueron intentadas por el autor del acto original. En general es cierto que mientras más alejadas en tiempo y espacio estén las consecuencias de un acto del contexto original del acto, menos probable será que esas consecuencias hayan sido intencionales; pero, desde luego, esto se ve influido tanto por el alcance del saber que los actores poseen (véanse las págs. 123-5) como por el poder que son capaces de movilizar. De ordinario nos inclinamos a pensar lo que el agente «hace» — por oposición a las consecuencias que se siguen de lo hecho — en los términos de fenómenos que el agente tiene más o menos bajo su control. En la mayoría de las esferas de la vida, y en las más de las formas de actividad, el control está limitado a los contextos inmediatos de acción o de interacción. Así diríamos que encender la luz fue algo que el agente hizo, y probablemente también alertar al ladrón, pero no causar que el ladrón fuera apresado por el policía o terminara encarcelado por un año. Aunque pudo ser que esos sucesos no hubieran acontecido en el momento y en el lugar en que lo hicieron sin el acto de encender la luz, para ser algo «hecho» por el actor original hubo demasiados resultados contingentes de los que dependió su acaecimiento.

Filósofos han gastado mucha tinta en el intento de analizar la naturaleza de una actividad intencional. Pero desde el punto de vista de las ciencias sociales, difícilmente se exagerará la importancia de las consecuencias no buscadas de una conducta intencional. Merton ha sido quizá el que produjo el examen clásico de esta cuestión.<sup>9</sup> Señala, con todo acierto, que el estudio de las consecuencias no buscadas es funda-

mental para la labor sociológica. Un ítem dado de actividad puede tener o bien a) consecuencias no significativas o bien b) consecuencias significativas; y o bien c) consecuencias significativas únicas o bien d) consecuencias significativas múltiples. Lo que se juzgue «significativo» dependerá de la naturaleza del estudio que se haya emprendido o de la teoría que se elabore.<sup>10</sup> Pero Merton a continuación asocia consecuencias no buscadas con análisis funcional, un paso conceptual que deseo rechazar aunque sea corriente en la bibliografía sociológica. En particular, es importante ver que el análisis de consecuencias no buscadas no explica (como pretende Merton) formas o pautas de conducta social en las que parecen irracionales. Merton contrapone actividad intencional (funciones manifiestas) a sus consecuencias no buscadas (funciones latentes). Uno de los propósitos de individualizar funciones latentes es mostrar que actividades sociales en apariencia irracionales pueden no ser en definitiva tan irracionales. Esto es particularmente esperable, según Merton, en el caso de actividades o prácticas duraderas. Con frecuencia se las desdeña como «“supersticiones”, “irrationalidades”, “pura inercia de la tradición”, etc.». Sin embargo, en opinión de Merton, si descubrimos que tienen una función latente —como consecuencia no buscada, o conjunto de consecuencias no buscadas, que ayuden a garantizar la reproducción continuada de la práctica en cuestión—, entonces demostramos que en modo alguno son tan irracionales.

Así, un ceremonial, por ejemplo, «puede cumplir la función latente de reforzar la identidad grupal si proporciona una ocasión periódica en que los miembros dispersos de un grupo se reúnan para participar de una actividad común».<sup>11</sup> Pero es un error suponer que haber así demostrado la existencia de una relación funcional aduzca una razón para la existencia de una práctica. Aquí lo que de manera más o menos subrepticia se contrabandea es una concepción sobre «razones de sociedad» que se basa en unas necesidades sociales imputadas. De este modo, si entendemos que el grupo «necesita» el ceremonial que le permita sobrevivir, dejamos de ver como irracional la continuación de este. Pero decir que la existencia de un estado social A necesita de una práctica social B que lo asista para sobrevivir en una forma reconociblemente similar equivale a plantear una pregunta que después se tiene que responder; esto, por sí, no la responde. La relación entre A y B no es análoga a la relación que rige entre deseos o necesidades e intenciones en el actor individual. En el individuo, deseos que son constitutivos de los impulsos motivacionales del actor generan una relación dinámica entre motivación e intencionalidad. No es el caso de los sistemas sociales, salvo donde actores se conduzcan a sabiendas de lo que a su juicio son las necesidades sociales.<sup>12</sup>

Establecido este punto, no puede haber objeción a la insistencia de Merton en el valor de conectar consecuencias no buscadas de la acción con prácticas institucionalizadas, que son aquellas de hondo arraigo en tiempo y espacio. Este representa el contexto más importante de tres grandes contextos de investigación —distinguibiles entre sí sólo analíticamente— en los que se puede analizar el influjo de consecuencias no buscadas. Uno es el del ejemplo encender la luz/alertar al intruso/causar que el intruso huya/etc. En este caso el investigador se interesa en acumular sucesos derivados de una circunstancia iniciadora sin la que esa acumulación no se habría producido. Aquí viene al caso el análisis de Max Weber de los efectos de la batalla de Maratón sobre el posterior desarrollo de la cultura griega, y por lo tanto sobre la formación de la cultura europea en general, y también su examen de las consecuencias del disparo de la bala que mató al archiduque Fernando en Sarajevo.<sup>13</sup> Se atiende a un conjunto singular de sucesos, reconstruidos y analizados de manera contrafáctica. El investigador pregunta: «¿Qué habría ocurrido con los sucesos B, C, D, E... si no se hubiera producido A?», con lo que procura individualizar el papel de A en la cadena o secuencia.

Un segundo tipo de circunstancia en la que puede hacer foco el analista social es aquel en que no se trata de una pauta de consecuencias no buscadas originadas por un solo suceso sino de una pauta que resulta de un complejo de actividades individuales. Un ejemplo de esto es el examen de la segregación étnica que mencionamos antes. Aquí un determinado «resultado final» se toma como el fenómeno por explicar, y se muestra que ese resultado final deriva como una consecuencia no buscada de un agregado de cursos de conducta intencional. El tema de la racionalidad aflora aquí de nuevo, aunque esta vez no existe objeción lógica que hacerle. Lo han señalado de manera convincente los especialistas en teoría de juegos: el resultado de una serie de acciones racionales, que actores individuales emprenden por separado, puede ser irracional para todos ellos.<sup>14</sup> Los «efectos perversos» no son más que un tipo de consecuencias no buscadas, aunque sin duda es cierto que las situaciones en que ellos ocurren tienen un interés particular.<sup>15</sup>

El tercer tipo de contexto en el que se pueden pesquisar consecuencias no buscadas es el apuntado por Merton: aquel en que el interés del analista recae sobre los mecanismos de reproducción de prácticas institucionalizadas. En este caso las consecuencias no buscadas de la acción ofrecen las condiciones inadvertidas de una acción ulterior dentro de un ciclo de realimentación no reflexiva (lazos causales). He señalado que no basta discernir relaciones funcionales para explicar que esa realimentación ocurra. Pero entonces, ¿cómo sucede que ciclos de

consecuencias no buscadas se realimenten para promover una reproducción social por largos períodos de tiempo? De una manera general, no es difícil analizar esto. Actividades repetitivas, localizadas en un contexto de tiempo y de espacio, tienen consecuencias regularizadas, no buscadas por quienes emprenden esas actividades, en contextos de un espacio-tiempo más o menos «lejano». Después, lo que ocurre en esta segunda serie de contextos influye, de manera directa o indirecta, sobre las posteriores condiciones de una acción en el contexto original. Para entender lo que sucede no hacen falta más variables explicativas que aquellas que explican por qué los individuos se ven motivados a empeñarse en prácticas sociales regularizadas por un tiempo y un espacio, y las consecuencias que de ello se siguen. Las consecuencias no buscadas se «distribuyen» regularmente como subproductos de una conducta regularizada que como tal recibe sustentación reflexiva de quienes participan en ella.

### *Obrar y poder*

¿De qué índole es el nexo lógico entre acción y poder? Aunque las ramificaciones de esta cuestión son complejas, la relación básica implícita se puede señalar cómodamente. Ser capaz de «obrar de otro modo» significa ser capaz de intervenir en el mundo, o de abstenerse de esa intervención, con la consecuencia de influir sobre un proceso o un estado de cosas específicos. Esto presupone que ser un agente es ser capaz de desplegar (repetidamente, en el fluir de la vida diaria) un espectro de poderes causales, incluido el poder de influir sobre el desplegado por otros. Una acción nace de la aptitud del individuo para «producir una diferencia» en un estado de cosas o curso de sucesos preexistentes. Un agente deja de ser tal si pierde la aptitud de «producir una diferencia», o sea, de ejercer alguna clase de poder. Muchos casos interesantes para el análisis social se centran en las márgenes de lo que se puede computar como acción: donde el poder de los individuos se ve reducido por un espectro de circunstancias especificables.<sup>16</sup> Pero es de primera importancia advertir que circunstancias de constreñimiento social en que individuos «carecen de opción» no equivalen a la disolución de la acción como tal. «Carecer de opción» no significa que la acción haya sido remplazada por una reacción (en el sentido en que una persona parpadea cuando se hace un movimiento rápido cerca de sus ojos). Esto podría parecer tan evidente que no hiciera falta decirlo. Pero algunas escuelas muy destacadas de teoría social, asociadas sobre todo al objetivismo y a la «sociología estructural», no repararon en el distingo. Supusieron que los constreñimientos



operaban cual fuerzas naturales, como si «carecer de opción» fuera equivalente a ser impulsado por presiones mecánicas de manera irresistible y sin darse cuenta de ello (véanse las págs. 239-41).

Para expresar de otra manera estas observaciones, podemos decir que acción implica lógicamente poder en el sentido de aptitud transformadora. En esta acepción de «poder», que es la más amplia, el poder es lógicamente anterior a la subjetividad, a la constitución del registro reflexivo de la conducta. Conviene destacar esto porque, en las ciencias sociales, las concepciones sobre el poder tienden a reflejar fielmente el dualismo de sujeto y objeto que antes mencionamos. Así, «poder» se define, con mucha frecuencia, en los términos de intención o voluntad, como la capacidad de lograr resultados deseados e intentados. En cambio, otros autores, incluyendo tanto a Parsons como a Foucault, ven el poder ante todo como una propiedad de la sociedad o de la comunidad social.

La cuestión no está en eliminar uno de estos tipos de concepción en favor del otro, sino en expresar su relación como un aspecto de la dualidad de estructura. En mi opinión, Bachrach y Baratz aciertan cuando, en su conocido examen del problema, afirman que existen dos «caras» del poder (no tres, como sostiene Lukes).<sup>17</sup> Las definen como la aptitud de actores para poner en práctica decisiones preferidas por ellos, por un lado, y la «movilización de influencia» inherente a instituciones, por el otro. Esto no es del todo satisfactorio porque conserva una concepción de suma cero del poder. En lugar de emplear la terminología de estos autores, podemos expresar la dualidad de estructura en relaciones de poder del siguiente modo. Recursos (enfocados a través de significación y legitimación) son propiedades estructurales de sistemas sociales, que agentes entendidos utilizan y reproducen en el curso de una interacción. Poder no se conecta de manera intrínseca con la consecución de intereses sectoriales. En esta concepción, el uso de poder no caracteriza a tipos específicos de conducta sino a toda acción, y el poder mismo no es un recurso. Recursos son medios a través de los cuales se ejerce poder, como un elemento de rutina de la actualización de una conducta en una reproducción social. No debemos entender las estructuras de dominación ínsitas en instituciones sociales como molinos para «seres dóciles» que se comportaran como los autómatas propuestos por la ciencia social objetivista. El poder en sistemas sociales que disfrutan de cierta continuidad en tiempo y espacio presupone relaciones regularizadas de autonomía y dependencia entre actores o colectividades en contextos de interacción social. Pero todas las formas de dependencia ofrecen ciertos recursos en virtud de los cuales los subordinados pueden influir sobre las actividades de sus superiores. Es lo que denomino la *dialéctica del control* en sistemas sociales. ✧

PODER

control

RECursos

## *Estructura, estructuración*

Quiero pasar ahora al núcleo de la teoría de la estructuración: los conceptos de «estructura», «sistema» y «dualidad de estructura». La noción de estructura (o de «estructura social»), desde luego, es conspicua en los escritos de la mayoría de los autores funcionalistas, y ha prestado su nombre a las tradiciones de «estructuralismo». Pero en ningún caso se la conceptualiza de la manera más satisfactoria para las exigencias de una teoría social. Autores funcionalistas y sus críticos han prestado mucha más atención a la idea de «función» que a la de «estructura», lo que propició usar esta última como una noción tradicional. Pero no hay duda sobre la acepción usual que dan a «estructura» los funcionalistas y, más aun, la inmensa mayoría de los analistas sociales: consiste en algún «diseño» de relaciones sociales o de fenómenos sociales. Con frecuencia se trata de la idea ingenua de una imagerie visual, como la del esqueleto o la morfología de un organismo o el armazón de un edificio. Estas concepciones están en íntima relación con el dualismo de sujeto y de objeto social: aquí «estructura» aparece como algo «externo» a la acción humana, como una fuente de restricción impuesta a la libre iniciativa del sujeto independientemente constituido. Tal como se la conceptualiza en el pensamiento estructuralista y pos-estructuralista, por otro lado, la noción de estructura es más interesante. Aquí en sustancia se la concibe no como un diseño de presencias sino como una intersección de presencia y de ausencia; es preciso inferir códigos soterrados a partir de manifestaciones de superficie. †

Estas dos ideas de estructura pueden parecer a primera vista enteramente desvinculadas entre sí, pero en realidad cada una denota aspectos importantes de la articulación de relaciones sociales, aspectos que, en teoría de la estructuración, se aprehenden por la vía de reconocer una diferenciación entre los conceptos de «estructura» y de «sistema». En el análisis de relaciones sociales tenemos que admitir tanto una dimensión sintagmática, el diseño de relaciones sociales en un espacio-tiempo que incluye la reproducción de prácticas situadas, como una dimensión paradigmática que incluye un orden virtual de «modos de articulación» implicados de manera recursiva en aquella reproducción. En tradiciones estructuralistas suele existir ambigüedad sobre si estructuras denotan o una matriz de transformaciones admisibles en el interior de un conjunto o reglas de transformación que gobiernan la matriz. Concibo estructura, al menos en su acepción más elemental, por referencia a esas reglas (y a recursos). Pero induce a error hablar de «reglas de transformación» porque todas las reglas son intrínsecamente transformacionales. Estructura denota entonces, en análisis social, las

propiedades articuladoras que consienten la «ligazón» de un espacio-tiempo en sistemas sociales: las propiedades por las que se vuelve posible que prácticas sociales discerniblemente similares existan a lo largo de segmentos variables de tiempo y de espacio, y que presten a estos una forma «sistémica». Decir que estructura es un «orden virtual» de relaciones trasformativas significa que sistemas sociales, en tanto prácticas sociales reproducidas, no tienen «estructuras» sino que más bien presentan «propiedades estructurales», y que una estructura existe, como presencia espacio-temporal, sólo en sus actualizaciones en esas prácticas y como huellas mnémicas que orientan la conducta de agentes humanos entendidos. Esto no nos impide imaginar que las propiedades estructurales presenten una organización jerárquica en los términos de la extensión espacio-temporal de las prácticas que ellas organizan recursivamente. A las propiedades estructurales de raíz más profunda, envueltas en la reproducción de totalidades societarias, denomino *principios estructurales*. Y las prácticas que poseen la mayor extensión espacio-temporal en el interior de esas totalidades se pueden denominar *instituciones*. \*

Hablar de estructura para denotar «reglas» y recursos, y de estructuras como conjuntos deslindables de reglas y recursos, corre un preciso riesgo de mala interpretación a causa de ciertas acepciones dominantes de «reglas» en la bibliografía filosófica.

1. Reglas se conciben con frecuencia en conexión con juegos, como prescripciones formalizadas. Las reglas implicadas en la reproducción de sistemas sociales no se parecen en general a esas. Aun las codificadas como leyes están en general sujetas a una diversidad mucho mayor de cuestionamientos que las reglas de juegos. Aunque el empleo de las reglas de juegos como el ajedrez, etc., que sirven de modelo a las propiedades de sistemas sociales gobernados por reglas, se asocia a menudo con Wittgenstein, es más importante lo que Wittgenstein tiene para decir acerca del juego de los niños como ejemplo de las rutinas de la vida social.
2. Reglas se mencionan a menudo en singular, como si se las pudiera referir a específicos ejemplos o piezas de conducta. Pero esto es en extremo engañoso si se lo considera análogo a la operación de la vida social, donde unas prácticas se sustentan unidas a unas disposiciones que presentan una organización más o menos laxa.
3. No es posible conceptualizar reglas aparte de recursos, que denotan los modos por los cuales relaciones trasformativas se integran, en acto, a la producción y reproducción de prácticas sociales. Por lo tanto, propiedades estructurales expresan formas de *dominación* y de *poder*.

4. Reglas implican «procedimientos metódicos» de interacción social, como lo ha puesto en claro sobre todo Garfinkel. Las reglas por lo general hacen intersección con prácticas en la contextualidad de encuentros situados: el espectro de consideraciones «ad hoc» que Garfinkel descubre participa repetitivamente en la actualización de reglas y es fundamental para la forma de esas reglas. Todo actor social competente, se podría agregar, es *ipso facto* un teórico social en el nivel de una conciencia discursiva y un «especialista metodológico» en los niveles de una conciencia discursiva y una conciencia práctica.
5. Reglas presentan dos aspectos que es esencial distinguir conceptualmente porque cierto número de autores filosóficos (como es el caso de Winch) han tendido a fusionarlos. Reglas denotan por un lado la constitución de *sentido*, y, por otro, la *sanción* de modos de conducta social.

He introducido este uso de «estructura» para contribuir a romper con el carácter fijado o mecánico a que el término se inclina en su uso sociológico ortodoxo. Los conceptos de sistema y de estructuración hacen buena parte del trabajo para el que de ordinario se convoca a «estructura». Cuando propongo un uso de «estructura» que a primera vista pudiera parecer alejado de las interpretaciones corrientes del término, no pretendo sostener que se deba abandonar por completo aquellas versiones menos precisas. «Sociedad», «cultura» y todo un espectro de términos de la sociología pueden tener empleos dobles que traen perplejidad sólo en contextos donde se establece una diferencia en la naturaleza de los enunciados que los emplean. En este sentido, no veo una objeción particular a que se hable de «estructura de clases», de «la estructura de las sociedades industrializadas», etc., donde esos términos se usan para indicar de un modo general aspectos institucionales importantes de una sociedad o conjunto de sociedades.

Una de las tesis principales de la teoría de la estructuración es que las reglas y los recursos que se aplican a la producción y reproducción de una acción social son, al mismo tiempo, los medios para la reproducción sistémica (la dualidad de estructura). ¿Pero cómo se debe interpretar esta tesis? ¿En qué sentido se puede afirmar que, en el acto en que me dedico a mis quehaceres diarios, mis actividades consustancian y reproducen, por ejemplo, las instituciones globales del capitalismo moderno? ¿Qué reglas son invocadas aquí en definitiva? Considérense los siguientes ejemplos posibles de reglas:

1. «La regla que define al jaque mate en el ajedrez es. . .».
2. Una fórmula:  $a_n = n^2 + n - 1$ .

3. «Como regla, R se levanta a las 6:00 todos los días».
4. «Es una regla que los obreros deben fichar a las 8:00 de la mañana».

Otros muchos ejemplos se podrían ofrecer, desde luego, pero estos servirán en el presente contexto. En el uso 3., «regla» es más o menos equivalente a hábito o rutina. Aquí la acepción de «regla» es más bien débil, porque por lo común no presupone ningún precepto básico a que el individuo obedezca ni sanción alguna que se aplique en respaldo del precepto; es simplemente algo que la persona hace como hábito. Un hábito es parte de una rutina, e insistiré con fuerza en la importancia de la rutina en la vida social. «Reglas», como las entiendo, ciertamente conciernen a numerosos aspectos de una práctica rutinaria, pero una práctica rutinaria no es como tal una regla.

A muchos ha parecido que los casos 1. y 4. representaban dos tipos de regla, constitutiva y reguladora. Explicar la regla que rige el jaque mate en el ajedrez supone decir algo sobre lo que es inherente a la constitución misma del ajedrez como juego. La regla de que los trabajadores deben fichar a determinada hora, por su lado, no contribuye a definir lo que es trabajo; especifica el modo en que se debe trabajar. Como lo apunta Searle, reglas reguladoras por lo común se pueden parafrasear en la forma «Hagan X», o «Si Y, hagan X». Algunas reglas constitutivas tienen sin duda ese carácter, pero la mayoría presentará la forma «X se considera Y» o «X se considera Y en el contexto C».<sup>18</sup> Que este distingo que menciona dos tipos de regla es dudoso lo indica ya la torpeza etimológica de la expresión «regla reguladora». Porque en último análisis la palabra «reguladora» ya implica «regla»: su definición de diccionario es «control por reglas». Acerca de 1. y 4., yo diría que expresan dos aspectos de reglas más que dos tipos distintos de regla. Si 1. es sin duda parte de aquello en que el ajedrez consiste, para los que juegan ajedrez tiene propiedades sancionadoras o «reguladoras»; denota aspectos del juego que es preciso observar. Pero 4. tiene también aspectos constitutivos. Quizá no entre en la definición de lo que es «trabajo», pero entra en la de un concepto como «burocacia industrial». Aquello sobre lo cual 1. y 4. llaman nuestra atención son dos aspectos de reglas: su papel en la constitución de un sentido y su estrecho nexo con sanciones.

El uso 2. pudiera parecer el menos promisorio como modo de conceptualizar «regla» para que tenga alguna relación con «estructura». En realidad voy a sostener que es el más pertinente de todos. No quiero decir que la vida social se pueda reducir a un conjunto de principios matemáticos, algo muy ajeno a lo que tengo en mente. Quiero decir que es en la naturaleza de las fórmulas donde mejor podemos descubrir la acepción de «regla» analíticamente más eficaz en teoría

social. La fórmula  $a_n = n^2 + n - 1$  está tomada del ejemplo de Wittgenstein de juegos con números.<sup>19</sup> Una persona escribe una secuencia de números; una segunda persona elabora la fórmula que especifica los números que siguen. ¿Qué es una fórmula de este tipo, y qué significa entender una fórmula así? Comprender la fórmula no es proferirla. Porque alguien la podría proferir sin entender la serie; a la inversa, se puede comprender la serie sin ser capaz de dar expresión verbal a la fórmula. Comprender no es un proceso mental que acompañe a la solución del enigma que la secuencia de números presenta —al menos, no es un proceso mental en el sentido en que lo es escuchar una melodía o una sentencia hablada—. Es simplemente ser capaz de aplicar la fórmula en el contexto y del modo correctos para continuar la serie.

Una fórmula es un procedimiento generalizable; es generalizable porque se aplica a un espectro de contextos y ocasiones, y es un procedimiento porque facilita la continuación metódica de una secuencia establecida. ¿Son las reglas lingüísticas semejantes a estas? Creo que lo son, y que esta semejanza es mucho mayor que su parecido con las reglas de la clase que Chomsky aduce. Y esto parece además acorde con los argumentos de Wittgenstein, al menos con una posible interpretación de ellos. Wittgenstein señala: «Comprender un lenguaje significa dominar una técnica».<sup>20</sup> Esto se puede interpretar en el sentido de que el uso de un lenguaje es ante todo metodológico, y que reglas de lenguaje son procedimientos de aplicación metódica implícitos en las actividades prácticas de la vida cotidiana. Este aspecto del lenguaje es muy importante, aunque no sea común que le dé gran relieve la mayoría de los seguidores de Wittgenstein. Reglas «dictadas» como en los casos 1. y 4., ya mencionados, son interpretaciones de una actividad al mismo tiempo que se aplican a clases específicas de actividades: todas las reglas codificadas adoptan esta forma, porque dan expresión verbal a un hacer esperable. Pero reglas son procedimientos de acción, aspectos de una *praxis*. Por consideración a esto, Wittgenstein resuelve lo que él ante todo plantea como una «paradoja» de las reglas y la obediencia a ellas. Esta consiste en que sobre ningún curso de acción se puede afirmar que se guíe por una regla por el hecho de que todo curso de acción admita ser puesto de acuerdo con cierta regla. Porque si esto es así, también es verdad que cualquier curso de acción se puede poner en conflicto con ella. Aquí hay un malentendido, una confusión de la interpretación o expresión verbal de una regla con obedecer a la regla.<sup>21</sup>

► Consideremos las reglas de la vida social, entonces, como técnicas o procedimientos generalizables que se aplican a la escenificación/reproducción de prácticas sociales. Reglas formuladas —las que reciben

lo aquí  
MARU  
O: STAWOIN  
DL b fenomenología •

expresión verbal como cánones legales, reglas burocráticas, reglas de juego, etc.— son, por lo tanto, más interpretaciones codificadas de reglas que reglas como tales. No se las debe tomar como reglas ejemplificadoras en general sino como tipos específicos de regla formulada, que, en virtud de su formulación manifiesta, adquieren diversas cualidades específicas.<sup>22</sup>

Estas consideraciones ofrecen hasta aquí sólo una aproximación preliminar al problema. ¿Cómo se relacionan las fórmulas con las prácticas en que se comprometen actores sociales, y en qué clase de fórmulas estamos más interesados con propósitos generales de análisis social? Por lo que se refiere a la primera parte de la pregunta, podemos decir que la noticia de reglas sociales, expresada ante todo en una conciencia práctica, es el núcleo mismo de ese «entendimiento» que caracteriza específicamente a agentes humanos. Como actores sociales, todos los seres humanos son en alto grado «expertos» en atención al saber que poseen y aplican en la producción y reproducción de encuentros sociales cotidianos: el grueso de ese saber es de carácter más práctico que teórico. Como lo han señalado Schütz y muchos otros, los actores emplean esquemas generalizados (fórmulas) en el curso de sus actividades diarias para resolver según rutinas las situaciones de la vida social. Entender el procedimiento, o dominar las técnicas de «hacer» actividad social, es por definición metodológico. O sea: ese entender no especifica (ni podría hacerlo) todas las situaciones con las que un actor se puede encontrar; más bien proporciona la aptitud generalizada de responder a un espectro indeterminado de circunstancias sociales y de influir sobre este.

Los tipos de regla más significativos para la teoría social se alojan en la reproducción de prácticas institucionalizadas, o sea, prácticas sedimentadas a la mayor profundidad en un espacio-tiempo.<sup>23</sup> Las principales características de reglas que interesan a cuestiones generales de análisis social se pueden presentar como sigue:

intensivas	tácitas	informales	sancionadas débilmente
superficiales	discursivas	formalizadas	sancionadas fuertemente

✓ Por reglas que son de naturaleza intensiva, entiendo fórmulas que se invocan constantemente en el curso de actividades cotidianas, que entran en la articulación de buena parte de la textura de la vida cotidiana. Reglas de lenguaje son de este carácter. Pero de igual modo lo son, por ejemplo, los procedimientos utilizados por actores en la organización de turnos en conversaciones o en una interacción. Se las puede contraponer a reglas que, aunque quizá de vasto alcance, sólo ejer-

cen un influjo superficial sobre gran parte de la textura de la vida social. La contraposición es importante, aunque sólo fuera porque comúnmente se da por supuesto entre los analistas sociales que las reglas más abstractas —p.ej., la ley codificada— son las que más influyen en la articulación de una actividad social. Por mi parte sostengo que muchos procedimientos en apariencia triviales aplicados en la vida diaria tienen un influjo más profundo sobre la generalidad de la conducta social. Las categorías restantes se explican más o menos por ellas mismas. La mayor parte de las reglas que intervienen en la producción y reproducción de prácticas sociales son aprehendidas sólo tácitamente por los actores: ellos saben cómo «ser con». *La formulación discursiva de una regla es ya una interpretación de ella, y, como he señalado, puede en sí y por sí alterar la forma de su aplicación.* De las reglas que no sólo se formulan discursivamente sino que además reciben codificación formal, el caso ejemplar es el de las leyes. Desde luego, las leyes están entre los tipos de reglas sociales más fuertemente sancionados, y en las sociedades modernas tienen gradaciones de retribución formalmente prescritas. Pero sería un grave error subestimar el vigor de sanciones aplicadas informalmente para una diversidad de prácticas diarias mundanas. No importa qué otras cosas se crean demostradas por los experimentos de Garfinkel sobre la confianza: ponen de manifiesto la extraordinaria fuerza coercitiva de que están investidos aspectos en apariencia triviales de respuesta conversacional.<sup>24</sup>

Las cualidades articuladoras que las reglas tienen se pueden estudiar ante todo bajo el aspecto de la formación, el sostenimiento, la terminación y la remodelación de encuentros. Aunque los agentes usan una incalculable variedad de procedimientos y de tácticas en la constitución y reconstitución de encuentros, aquellos que importan para sostener una seguridad ontológica probablemente tengan particular gravitación. Los experimentos de Garfinkel son sin duda instructivos sobre este punto. Indican que las prescripciones incluidas en la articulación de una interacción diaria son mucho más fijas y coercitivas de lo que pudiera sugerir la comodidad con la que de ordinario se las aplica. Esto sin duda se debe a que las respuestas o actos atípicos que los «experimentadores» producían por indicación de Garfinkel perturbaban el sentimiento de seguridad ontológica de los «sujetos» porque socavaban la inteligibilidad del discurso. Quebrantar o desconocer reglas no es, desde luego, el único modo en que se pueda estudiar las propiedades constitutivas y sancionadoras de reglas invocadas intensivamente. Pero no hay duda de que Garfinkel contribuyó a descubrir un campo de estudio de notable riqueza cuando consumó la «alquimia del sociólogo», la «trasmutación de cualquier pieza de actividad social ordinaria en una publicación iluminadora».<sup>25</sup>



\* Distingo «estructura» como término genérico de «estructuras» en plural, y a una y otras, de las «propiedades estructurales de sistemas sociales». <sup>26</sup> «Estructura» denota no sólo reglas implícitas en la producción y reproducción de sistemas sociales, sino también recursos (sobre los que no he dicho gran cosa hasta ahora, pero lo haré pronto). Según el uso ordinario en las ciencias sociales, «estructura» se suele emplear cuando se tienen en mente los aspectos más duraderos de sistemas sociales, y yo no quiero perder esta connotación. Los aspectos más importantes de estructura son reglas y recursos envueltos recursivamente en instituciones. Instituciones por definición son los rasgos más duraderos de una vida social. Cuando menciono las propiedades estructurales de sistemas sociales, me refiero a sus aspectos institucionalizados, que ofrecen «solidez» por un tiempo y un espacio. Uso el concepto de «estructuras» para alcanzar relaciones de transformación y mediación que son los «conmutadores de circuito» soterrados en condiciones observadas de reproducción sistémica. \*

Quiero responder ahora la pregunta que originalmente hice: ¿en qué condiciones se puede decir que la conducta de actores individuales reproduce las propiedades estructurales de colectividades mayores? La respuesta es a un tiempo más fácil y más difícil de lo que parece. En un nivel lógico, la respuesta a ella no es más que una tautología. A saber: aunque la existencia continuada de grandes colectividades o sociedades evidentemente no depende de las actividades de ningún individuo en particular, es claro que esas colectividades o sociedades dejarían de existir si desaparecieran todos los agentes interesados. En un nivel sustantivo, la respuesta a la pregunta depende de cuestiones que aún esperan ser abiertas: las que atañen a los mecanismos de integración de diferentes tipos de totalidad societaria. Siempre sucede que la actividad cotidiana de actores sociales aproveche y reproduzca rasgos estructurales de sistemas sociales más amplios. Pero «sociedades» —como lo voy a aclarar— no son necesariamente colectividades unificadas. «Reproducción social» no se debe asimilar a la consolidación de una cohesión social. La localización de actores y de colectividades en diferentes sectores o regiones de sistemas sociales más abarcadores tiene un fuerte influjo sobre el efecto que justamente su conducta habitual produce sobre la integración de totalidades societarias. Aquí tocamos las limitaciones de ejemplos lingüísticos que se podrían usar para ilustrar el concepto de la dualidad de estructura. Un considerable esclarecimiento sobre problemas de análisis social se puede recibir del estudio de las cualidades recursivas de habla y lenguaje. Cuando produzco una preferencia gramatical, utilizo las mismas reglas sintácticas que esa preferencia contribuye a producir. Ahora bien, hablo el «mismo» lenguaje que los otros hablantes de mi comunidad lingüística;

ESTRUCTURA SOCIAL }  
 SISTEMA SOCIAL =  
 (MUCHOS SOCIOS)  
 (MUCHOS ACTORES)  
 CARACTERES DUAL  
 DE LA ESTRUCTURA  
 ESTRUCTURA }

todos compartimos las mismas reglas y prácticas lingüísticas, con excepción de un rango de variaciones relativamente menor. Esto no necesariamente se aplica a las propiedades estructurales de sistemas sociales en general. Pero no es un problema que concierna al concepto de la dualidad de estructura como tal. Concierna al modo en que conviene conceptualizar sistemas sociales, en especial «sociedades».

### *La dualidad de estructura*

<i>Estructura(s)</i>	<i>Sistema(s)</i>	<i>Estructuración</i>
Reglas y recursos, o conjuntos de relaciones de transformación que se organizan como propiedades de sistemas sociales	Relaciones reproducidas entre actores o colectividades, organizadas como prácticas sociales regulares	Condiciones que gobiernan la continuidad o trasmutación de estructuras y, en consecuencia, la reproducción de sistemas sociales

Resumiré la argumentación que he desarrollado hasta aquí. Estructura, como conjuntos de reglas y de recursos organizados de manera recursiva, está fuera del tiempo y del espacio, salvo en sus actualizaciones y en su coordinación como huellas mnémicas, y se caracteriza por una «ausencia del sujeto». Los sistemas sociales en los que está recursivamente implícita una estructura, por el contrario, incluyen las actividades situadas de agentes humanos, reproducidas por un tiempo y un espacio. Analizar la estructuración de sistemas sociales significa estudiar los modos en que esos sistemas, fundados en las actividades inteligentes de actores situados que aplican reglas y recursos en la diversidad de contextos de acción, son producidos y reproducidos en una interacción. Crucial para la idea de estructuración es el teorema de la dualidad de estructura, implicado lógicamente en los argumentos expuestos antes. La constitución de agentes y la de estructuras no son dos conjuntos de fenómenos dados independientemente, no forman un dualismo sino que representan una dualidad. Con arreglo a la noción de la dualidad de estructura, las propiedades estructurales de sistemas sociales son tanto un medio como un resultado de las prácticas que ellas organizan de manera recursiva. Estructura no es «externa» a los individuos: en tanto huellas mnémicas, y en tanto ejemplificada en prácticas sociales, es en cierto aspecto más «interna» que exterior, en un sentido durkheimiano, a las actividades de ellos. Estructura no se debe asimilar a constreñimiento sino que es a la vez constrictiva y habilitante. Esto, desde luego, no impide que las pro-

propiedades estructuradas de sistemas sociales rebasen, en tiempo y espacio, las posibilidades de control por parte de actores individuales cualesquiera. Tampoco compromete la posibilidad de que las teorías que los actores tienen sobre los sistemas sociales que ellos contribuyen a constituir y reconstituir en sus actividades puedan reificar esos sistemas. La reificación de relaciones sociales, o la «naturalización» discursiva de las circunstancias y productos históricamente contingentes de la acción humana, es una de las dimensiones principales de la ideología en la vida social.<sup>27</sup>

Pero aun las formas más toscas de pensamiento reificado dejan intacta la gravitación fundamental del entendimiento de actores humanos. Porque este entendimiento se funda menos en una conciencia discursiva que en una conciencia práctica. El saber sobre convenciones sociales, sobre sí mismo y sobre otros seres humanos, requerido para ser capaz de «ser con» en la diversidad de contextos de la vida social es minucioso e incalculable. Todos los miembros competentes de la sociedad tienen amplia destreza en las realizaciones prácticas de actividades sociales y son «sociólogos» expertos. El saber que poseen no es adjetivo para el diseño persistente de la vida social, sino que es un elemento constitutivo de ese diseño. Dar importancia a esto es absolutamente indispensable para evitar los errores del funcionalismo y del estructuralismo: los que se producen cuando se buscan los orígenes de las actividades de los agentes en fenómenos que estos desconocen después que se eliminaron o se dieron por supuestas las razones de los agentes mismos o sea, la racionalización de la acción en tanto interviene de manera permanente en la estructuración de prácticas sociales.<sup>28</sup> Pero no tiene menos importancia evitar la recaída en el error opuesto de abordajes hermenéuticos y de diversas versiones de fenomenología que se inclinan a mirar la sociedad como la creación plástica de sujetos humanos. Ambas son formas ilegítimas de reduccionismo, nacidas de una deficiente conceptualización de la dualidad de estructura. Con arreglo a la teoría de la estructuración, el momento de la producción de la acción es también un momento de reproducción en los contextos donde se escenifica cotidianamente la vida social. Esto es así aun en el curso de las conmociones más violentas o de las más radicales formas de cambio social. No es exacto ver en las propiedades estructurales de sistemas sociales «productos sociales» porque esto lleva a la idea de que actores pre-constituidos coinciden, por alguna razón, para crearlas.<sup>29</sup> En la reproducción de propiedades estructurales —para repetir una expresión empleada antes—, los agentes también reproducen las condiciones que hacen posible esa acción. Estructura no existe con independencia del saber que los agentes poseen sobre lo que hacen en su actividad cotidiana. Los agentes humanos

Dunkom 22 M  
 con...  
 P...  
 y reproducción  
 social

7 haban que...  
 si es así

ES lo  
 DCLH  
 ALTE 3

CONTINUA  
 AN  
 fenomenología

el pensamiento...  
 el conocimiento de la vida cotidiana o estructural para la  
 reproducción de la estructura social

siempre saben lo que hacen en el nivel de una conciencia discursiva bajo alguna definición. No obstante, lo que hacen puede ser por completo desconocido bajo otras definiciones, y ellos acaso sepan poco sobre las consecuencias ramificadas de las actividades a que se entregan.\*

La dualidad de estructura es en todas las ocasiones el principal fundamento de continuidades en una reproducción social por un espacio-tiempo. A su vez presupone el registro reflexivo que los agentes hacen en la *duración* de una actividad social cotidiana, y en tanto es constitutiva de esa *duración*. Pero el entendimiento humano es siempre limitado. El fluir de una acción produce de continuo consecuencias no buscadas por los actores, y estas mismas consecuencias no buscadas pueden dar origen a condiciones inadvertidas de la acción en un proceso de realimentación. La historia humana es creada por actividades intencionales, pero no es un proyecto intentado; escapa siempre al afán de someterla a dirección consciente. Pero ese afán es puesto en práctica de continuo por seres humanos que operan bajo la amenaza y la promesa de la circunstancia de ser ellos las únicas criaturas que hacen su «historia»<sup>o</sup> a sabiendas.

El hecho de que los seres humanos teoricen sobre su acción significa que así como la teoría social no fue un invento de teóricos sociales profesionales, así las ideas producidas por esos teóricos inevitablemente hacen realimentación sobre la vida social misma. Un aspecto de esto es el intento de registrar, y por ese camino gobernar, condiciones de reproducción sistémica de elevada generalidad, fenómeno este que alcanza importancia impresionante en el mundo contemporáneo. Para la aprehensión conceptual de esos procesos registrados de reproducción, tenemos que establecer ciertos distingos que interesan a lo que los sistemas sociales «son» como prácticas reproducidas en escenarios de interacción. Las relaciones implícitas o actualizadas en sistemas sociales son, desde luego, muy variables en los términos de su grado de «latitud» y permeabilidad. Pero, aceptado esto, podemos discernir dos niveles en atención a los medios por los cuales cierto elemento de «sistematicidad» se consume en una interacción. Un nivel es el destacado en general en el funcionalismo, según lo apuntamos ya, donde la interdependencia se concibe como un proceso homeostático afín a mecanismos de auto-regulación que operan en el interior de un organismo. Esto es inobjetable mientras se admita que la «latitud» de la mayoría de los sistemas sociales vuelve muy lejano el símil orgánico y que ese modo de reproducción sistémica relativamente «mecanizado» no es el único que se discierne en sociedades humanas. Se puede considerar que una reproducción sistémica homeostática en una sociedad humana incluye la operación de lazos causales, en los que un espectro de

consecuencias no buscadas de la acción realimenta las circunstancias iniciadoras para reconstituirlas. Pero en muchos contextos de vida social ocurren procesos de «filtrado de información» selectivo, por donde actores estratégicamente situados buscan regular reflexivamente las condiciones generales de una reproducción sistémica, sea para mantener las cosas tal como son, sea para cambiarlas.<sup>30</sup>

El distingo entre lazos causales homeostáticos y auto-regulación reflexiva en la reproducción sistémica se debe completar con otro, final: el que separa integración social e integración sistémica.<sup>31</sup> «Integración» se puede entender de suerte que suponga reciprocidad de prácticas (de autonomía y dependencia) entre actores o colectividades.<sup>32</sup> Entonces, integración social significa sistemidad en el nivel de una interacción cara-a-cara. Integración sistémica denota conexiones con quienes están físicamente ausentes en tiempo y espacio. Los mecanismos de integración sistémica ciertamente presuponen los de integración social, pero esos mecanismos son además distintos, en algunos aspectos esenciales, de los incluidos en relaciones de copresencia.

<i>Integración social</i>	<i>Integración sistémica</i>
Reciprocidad entre actores en contextos de copresencia	Reciprocidad entre actores o colectividades por un extenso espacio-tiempo

### *Formas de institución*

La división de reglas en modos de significar o constitución de sentido y sanciones normativas, junto con el concepto de recursos —fundamental para la conceptualización del poder—, trae consigo varias implicaciones que es preciso enunciar.<sup>33</sup> Lo que denomino las «modalidades» de estructuración sirve para aclarar las dimensiones rectoras de la dualidad de estructura en una interacción porque refiere a rasgos estructurales las aptitudes de entendimiento de los agentes. Los actores utilizan esas modalidades de estructuración en la reproducción de sistemas de interacción, y en el mismo acto reconstituyen las propiedades estructurales de estos. Conviene anotar que la comunicación de sentido en una interacción sólo analíticamente es separable de la operación de sanciones normativas. Esto es evidente, por ejemplo, en que el mismo uso del lenguaje está sancionado por la naturaleza de su carácter «público».<sup>34</sup> La determinación misma de actos o de aspectos de interacción —su definición precisa en tanto tiene su raíz hermenéutica en la aptitud de un observador para «ser con» en

una forma de vida— implica el entrelazamiento de sentido, de elementos normativos y de poder. Esto es evidente sobre todo en los no infrecuentes contextos de vida social donde se cuestiona lo que los fenómenos sociales «son»: el modo de definirlos correctamente. Tener conciencia de ese cuestionamiento, de caracterizaciones divergentes y superpuestas de actividad, es una parte esencial de «entender una forma de vida», aunque ello no queda claro en los escritos de autores como Winch, que presentan las formas de vida como unificadas y al mismo tiempo consensuales.<sup>35</sup>

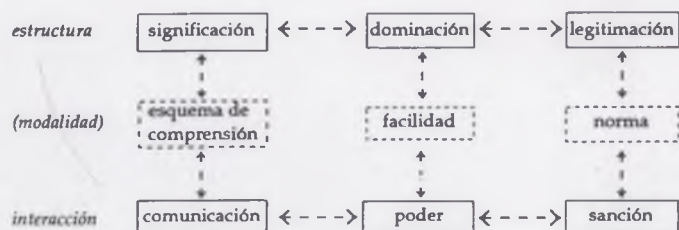


Figura 2

Las dimensiones de la dualidad de estructura se representan en la figura 2.<sup>36</sup> Actores humanos no sólo son capaces de registrar sus actividades y las de otros en la regularidad de una conducta cotidiana; pueden también «registrar ese registro» en una conciencia discursiva. «Esquemas de comprensión» son los modos de prefiguración integrados en los reservorios de saber de los actores, que se aplican reflexivamente para el mantenimiento de una comunicación. Los reservorios de saber que los actores aprovechan en la producción y reproducción de una interacción son los mismos que les permiten producir relatos, ofrecer razones, etc.<sup>37</sup> La comunicación de sentido, como todos los aspectos de la contextualidad de la acción, no se debe ver meramente como algo que ocurre «en» un espacio-tiempo. Los agentes, por rutina, integran rasgos temporales y espaciales de encuentros en procesos de constitución de sentido. El concepto de comunicación, en tanto elemento general de una interacción, es más extenso que el de intención comunicativa (o sea, lo que un actor «quiere» decir o hacer). Una vez más, hay que evitar aquí dos formas de reduccionismo. Algunos filósofos han intentado deducir teorías globales del sentido o la comunicación a partir de la intención comunicativa; otros, en cambio, supusieron que una intención comunicativa es a lo sumo marginal respecto de la constitución de las cualidades significativas de una interacción, porque el «sentido» es gobernado por el ordenamiento estructural de sistemas de signos. Ahora bien, en la teoría de la estructu-

ración se atribuye interés e importancia equivalentes a esas dos formas, aspectos de una dualidad más que constitutivas de un dualismo mutuamente excluyente.

La idea de «responsabilidad» en su acepción cotidiana expresa con justeza la intersección de esquemas interpretativos y de normas. Ser «responsable» de las propias actividades es tanto explicar las razones de ellas como ofrecer los argumentos normativos que las puedan «justificar». Componentes normativos de interacción se centran siempre en relaciones entre los derechos y las obligaciones «que se esperan» de quienes participan en un espectro de contextos de interacción. Códigos formales de conducta, como los encerrados en la ley (al menos en las sociedades contemporáneas), por lo común expresan una suerte de pretendida simetría entre derechos y obligaciones, donde los unos son la justificación de los otros. Pero en la práctica no necesariamente existe esa simetría, fenómeno este que importa destacar porque tanto el «funcionalismo normativo» de Parsons como el «marxismo estructuralista» de Althusser exageran el grado en que obligaciones normativas son «interiorizadas» por los miembros de sociedades.<sup>38</sup> Ninguna de esas posiciones integra una teoría de la acción que vea en los seres humanos agentes inteligentes que registran reflexivamente el fluir de su recíproca interacción. Cuando los sistemas sociales se conciben de preferencia desde el punto de vista del «objeto social», se termina insistiendo en el influjo general de un orden legítimo coordinado normativamente como un determinante global o «programador» de la conducta social. Esta perspectiva enmascara el hecho de que los elementos normativos de sistemas sociales son demandas contingentes que deben ser sustentadas y puestas en vigencia a través de la movilización efectiva de sanciones en los contextos de encuentros reales. Sanciones normativas expresan asimetrías estructurales de dominación, y las relaciones de los nominalmente sujetos a ellas pueden ser algo muy diferente de meras expresiones de los compromisos que de esas normas se esperan.

Conviene destacar que centrarse en el análisis de las propiedades estructurales de sistemas sociales es un procedimiento válido sólo si se advierte que somete a una *epojé* —pone en suspenso— una conducta social registrada reflexivamente. Bajo el imperio de una *epojé* semejante, podemos distinguir tres dimensiones estructurales de sistemas sociales: significación, dominación y legitimación. Las connotaciones del análisis de estas propiedades estructurales se indican en el cuadro que sigue. La teoría de la codificación aceptada en el estudio de las estructuras de significación tiene que atender a los extraordinarios avances de la semiótica que se han introducido en décadas recientes. Al mismo tiempo, tenemos que guardarnos de asociar semiótica con estructural-

X como  
el parson  
y el marxismo

lismo y sus insuficiencias en el análisis de la acción humana. Signos «existen» sólo como el elemento y el resultado de procesos comunicativos en interacción. Concepciones estructuralistas del lenguaje, lo mismo que similares debates sobre legitimación, se inclinan a concebir los signos como las propiedades dadas del habla y la escritura en lugar de examinar su arraigo recursivo en la comunicación de sentido.

<i>Estructura(s)</i>	<i>Dominio teórico</i>	<i>Orden institucional</i>
Significación	Teoría de codificación	Ordenes simbólicos/modos de discurso
Dominación	Teoría de autorización de recursos	Instituciones políticas
	Teoría de asignación de recursos	Instituciones económicas
Legitimación	Teoría de regulación normativa	Instituciones jurídicas

Estructuras de significación tienen que ser aprehendidas en todos los casos en conexión con dominación y legitimación. Una vez más, esto responde al influjo general del poder en la vida social. En este punto es preciso sortear con cuidado ciertas posiciones. Así, importantes cuestiones se pusieron de relieve en la crítica de Habermas a Gadamer y en los debates que siguieron.<sup>39</sup> Entre otras cosas, Habermas criticó la concepción de Gadamer de «tradiciones» saturadas lingüísticamente por no haber demostrado que marcos de sentido se constataran con diferenciales de poder. Esta crítica es bien válida, pero el propio Habermas buscó desarrollar este punto en dirección a mostrar el alcance de formas de comunicación «sistemáticamente distorsionadas». Pero sobre esa base no obtuvo una combinación satisfactoria del concepto de poder con una teoría institucional. «Dominación» no es lo mismo que estructuras de significación «sistemáticamente distorsionadas» porque dominación —según la entiendo— es la condición misma de existencia de códigos de significación.<sup>40</sup> «Dominación» y «poder» no se pueden pensar sólo en los términos de asimetrías de distribución, sino que se debe entender que son inherentes a una asociación social (o, diría, a una acción humana como tal). En consecuencia —y aquí debemos tomar en cuenta también las implicaciones de los escritos de Foucault—, el poder no es un fenómeno intrínsecamente nocivo ni la mera capacidad de «decir que no»; tampoco una dominación puede ser «superada» en alguna sociedad conjetural del futuro, según fue la aspiración característica de al menos ciertas corrientes de pensamiento socialista.

¿Cuáles son las connotaciones de la tesis de que lo semántico tiene prioridad sobre lo semiótico y no es a la inversa? Cabe enunciarlas, me



parece, por medio de una comparación de concepciones estructuralistas y pos-estructuralistas del significado, por un lado, y las que se pueden basar en el último Wittgenstein, por el otro.<sup>41</sup> Fundar una teoría del significado en una «diferencia» en la que, siguiendo a Saussure, no hay «valores positivos», conduce, de manera casi inevitable, a un punto de vista que acentúa lo semiótico. El campo de signos, las grillas de significado, son creados por la naturaleza ordenada de diferencias que forman códigos. La «retirada sobre el código» —desde donde es difícil o imposible volver a salir hacia el mundo de la actividad y el suceso— es una táctica característica que adoptan autores estructuralistas y pos-estructuralistas. Pero esta retirada en modo alguno es necesaria si comprendemos el carácter relacional de los códigos que generan un significado que es preciso situar en el ordenamiento de prácticas sociales, en la capacidad misma de «ser con» en la multiplicidad de contextos de una actividad social. Es un descubrimiento que el propio Wittgenstein en efecto hizo, aunque sobre un telón filosófico muy diferente, cuando abandonó algunos de los principales parámetros de sus primeros escritos. Mientras que su primer análisis de lenguaje y significado desemboca en una paradoja —una especie de treta de la escalera de nudos, recogida después que se subió por ella—, su visión última se atiene a las prácticas sociales de rutina. Hasta las relaciones semióticas más complicadas tienen su raíz en las propiedades semánticas que son generadas por las propiedades de actividades diarias gobernadas según reglas.

En la terminología incluida en la tabla de la página anterior, los «signos» implícitos en la «significación» no se asimilan a «símbolos». Muchos autores consideran equivalentes ambos términos, pero yo veo en los símbolos, interpolados en el interior de órdenes simbólicos, una dimensión esencial de la «conglomeración» de instituciones.<sup>42</sup> Los símbolos coagulan los «excedentes de significado» implícitos en el carácter polivalente de los signos: conjugan aquellas intersecciones de códigos que son especialmente ricas en diversas formas de asociación de significado, y operan siguiendo los ejes de la metáfora y la metonimia. Órdenes simbólicos y modos de discurso asociados son un lugar institucional privilegiado para la ideología. Pero en la teoría de la estructuración la ideología no es un «tipo» particular de orden simbólico ni de forma de discurso. No se puede deslindar «discurso ideológico» de «ciencia», por ejemplo. «Ideología» denota sólo aquellas asimetrías de dominación que conectan una significación con la legitimación de intereses sectoriales.<sup>43</sup>

Podemos ver, por el caso de la ideología, que estructuras de significación son separables sólo analíticamente sea de la dominación, sea de la legitimación. Una dominación nace de movilizar dos tipos discer-

nibles de recurso. Recursos de asignación denotan aptitudes —o, más precisamente, formas de aptitud trasformativa— que generan mando sobre objetos, bienes o fenómenos materiales. Recursos de autoridad denotan tipos de aptitud trasformativa que generan mando sobre personas o actores. Ciertas formas de recursos de asignación (como materias primas, tierra, etc.) pueden presentar la apariencia de una «existencia» real de un modo que, según he sostenido, no ocurre con propiedades estructurales en general. Desde luego que bajo cierto aspecto es así en el sentido de que tienen una «presencia» espacio-temporal. Pero su «materialidad» no modifica el hecho de que esos fenómenos pasan a ser recursos, en la acepción que doy aquí a este término, sólo si se integran en procesos de estructuración. El carácter trasformativo de los recursos es lógicamente equivalente al de los códigos y las sanciones normativas, y presenta un nexo intrínseco con la actualización de estos.

La clasificación de órdenes institucionales que ofrecemos en el cuadro nace de una oposición a lo que en ocasiones se ha denominado conceptos «sustantivistas» de instituciones «económicas», «políticas» y otras. Podemos entender como sigue los nexos implícitos:

S-D-L	Órdenes simbólicos / modos de discurso
D (autorid.)-S-L	Instituciones políticas
D (asignac.)-S-L	Instituciones económicas
L-D-S	Instituciones jurídicas

donde S = significación, D = dominación, L = legitimación

Concepciones «sustantivistas» presuponen una diferenciación institucional concreta de estos diversos órdenes. Es decir: se sostiene, por ejemplo, que «política» existe sólo en sociedades que tienen formas deslindadas de aparato estatal, y así sucesivamente. Pero el trabajo de los antropólogos demuestra con suficiente contundencia que fenómenos «políticos» —referidos al ordenamiento de relaciones de autoridad— existen en todas las sociedades. Lo mismo se aplica a los demás órdenes institucionales. Debemos poner particular cuidado en la conceptualización de lo «económico», justamente tras haber aclarado que esto no presupone la existencia de una «economía» bien diferenciada. Ha existido una fuerte tendencia en una parte de la bibliografía económica a «reproyectar» sobre culturas tradicionales conceptos que sólo tienen sentido en el contexto de economías de mercado. Lo «económico» no se define con justeza, al menos de una manera genérica, como lo concerniente a luchas por recursos escasos.<sup>44</sup> Esto equivaldría

a querer definir el poder por exclusiva referencia a luchas sectoriales. El rasgo principal de lo «económico» no es la escasez de recursos como tal, y menos aún lo son las luchas o divisiones sectoriales centradas en la distribución. Más bien la esfera de lo «económico» está dada por el rol intrínsecamente constitutivo de los recursos de asignación en la estructuración de totalidades societarias. Otras advertencias tenemos que consignar aquí. Se sostiene que todas las sociedades están asediadas por la posibilidad de una escasez material; hay un corto paso desde aquí hasta suponer que los conflictos en torno de recursos escasos constituyen el motor fundamental del cambio social, como se lo admite en algunas versiones al menos del materialismo histórico y en muchas teorías no marxistas también. Pero esta hipótesis es lógicamente defectuosa, porque por lo común se basa en una forma especiosa de razonamiento funcional; y también empíricamente es falsa.<sup>45</sup>

### *Tiempo, cuerpo, encuentros*

Para concluir esta exposición inicial apretada, volvamos sobre el tema del tiempo y la historia. En tanto finitud del *Dasein* y «la infinitud del surgimiento del ser desde la nada», el tiempo acaso sea el aspecto más enigmático de la experiencia humana. No por nada (*sic*) el filósofo que intentó aprehender por la raíz el problema, Heidegger, se vio obligado a emplear una terminología de la más desalentadora oscuridad. Pero el tiempo, o la constitución de la experiencia en el espacio-tiempo, es además un aspecto trivial y evidente de la vida cotidiana humana. En parte, la falta de «congruencia» entre nuestro despreocupado desempeño en la continuidad de una conducta a través de un espacio-tiempo, y su carácter inefable cuando se lo aborda filosóficamente, es la esencia misma de la naturaleza desconcertante del tiempo. No propongo una tesis particular para elucidar este asunto, «el problema de San Agustín». Pero la cuestión fundamental de la teoría social, según la veo —«el problema del orden» entendido de una manera por completo ajena a la formulación de Parsons cuando acuñó la frase—, es explicar que las limitaciones de una «presencia» individual puedan ser trascendidas en el «estiramiento» de relaciones sociales por un tiempo y un espacio.

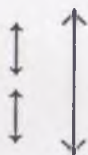
La *duración* de una vida cotidiana —no es demasiado fantasioso decirlo así— opera en algo afín a lo que Lévi-Strauss denomina «tiempo reversible». Sea o no reversible el tiempo «en sí» (sin considerar lo que esto pudiera ser), los sucesos y rutinas de la vida diaria no presentan un fluir en una sola dirección. Las expresiones «reproducción social», «recursividad», y otras, indican el carácter repetitivo de una vida

cotidiana, cuyas rutinas se forman en función de la intersección de los días y de las estaciones que pasan (pero que retornan de continuo). La vida cotidiana tiene una duración, un fluir, pero no conduce en una dirección; el propio adjetivo «cotidiana» y sus sinónimos indican que el tiempo aquí sólo se constituye en la repetición. La vida del individuo, en cambio, no sólo es finita sino que es irreversible, «ser para la muerte». «Eso es muerte, morir y saberlo. Esa es la Viuda Negra, muerta» (Lowell). El tiempo, en este caso, es el tiempo del cuerpo, una frontera de presencia por entero diferente de la evaporación de un espacio-tiempo intrínseca a la duración de la actividad cotidiana. Nuestra vida «pasa» en un tiempo irreversible con el paso de la vida del organismo. El hecho de que hablemos del «ciclo de vida» implica que existen elementos de repetición también aquí. Pero el ciclo de vida es realmente un concepto que pertenece a la sucesión de generaciones y, por lo tanto, a la tercera dimensión de la temporalidad que indicamos en el esquema de esta página. Esta es la *duración* «supra-individual» de la existencia de largo plazo de instituciones, la *larga duración* de un tiempo institucional.

duración de la experiencia cotidiana: «tiempo reversible»

lapso de vida del individuo: «tiempo irreversible»

larga duración de instituciones: «tiempo reversible»



✧ El tiempo reversible de las instituciones es tanto la condición como el resultado de las prácticas organizadas en la continuidad de una vida diaria, la principal forma sustantiva de la dualidad de estructura. Sin embargo, como ya mencioné, no sería correcto decir que las rutinas de una vida diaria son el «fundamento» sobre el que se edifican formas institucionales de organización societaria en un espacio-tiempo. Más bien unas entran en la constitución de las otras, así como unas y otras lo hacen en la constitución del propio-ser que actúa. Todos los sistemas sociales, no importa cuán grandes o extensos sean, tanto expresan las rutinas de una vida social diaria cuanto se expresan en estas, con la mediación de las propiedades físicas y sensoriales del cuerpo humano.

Estas consideraciones tienen una importancia muy considerable para las ideas formuladas en las partes que siguen de este libro. El cuerpo es el «lugar» del propio-ser activo, pero el propio-ser no es desde luego una mera extensión de las características físicas del organismo que es su «portador». Teorizar sobre el propio-ser lleva a formular una concepción de la motivación (al menos es lo que sostendré) y a relacionar la motivación con los nexos entre cualidades inconscien-

tes y conscientes del agente. El propio-ser no puede ser entendido fuera de la «historia», donde «historia» significa en este caso la temporalidad de prácticas humanas, expresada en la interpolación mutua de las tres dimensiones que he distinguido.

Antes introduje la noción de copresencia, con referencia específica a una integración social. El estudio de una interacción en circunstancias de copresencia es un componente básico de la «puesta entre paréntesis» de un espacio-tiempo que es tanto condición como resultado de una asociación humana. Una «sistemidad», aquí, se consume en buena parte a través de la rutina de un registro reflexivo de una conducta anclada en una conciencia práctica. Relaciones en condiciones de copresencia consisten en lo que Goffman ha denominado con justeza *encuentros*, que se difuminan por un espacio y un tiempo. Nadie ha analizado encuentros con más perspicacia que el propio Goffman, y aprovecharé mucho su obra en una parte de lo que sigue. La importancia de la obra de Goffman se debe en no escaso grado a su preocupación por el ordenamiento temporal y espacial de una actividad social. Es uno de los pocos autores en sociología que consideran fundamentales las relaciones espacio-temporales para la producción y reproducción de una vida social, y no como presuntas «fronteras» de una actividad social que fuera posible dejar tranquilamente al cuidado de «especialistas»: geógrafos e historiadores. Pero los que trabajan en el campo nominalmente distinto de la geografía han producido sus contribuciones independientes. Por eso sostendré no sólo que la geografía histórica de Hägerstrand (con la debida corrección crítica) ofrece formas de análisis significativas para la teoría de la estructuración, sino también que alguna de las ideas empleadas complementan de manera bastante directa las concepciones de Goffman.

Relaciones con los que están físicamente ausentes, según dije, suponen mecanismos sociales distintos de los incluidos en contextos de copresencia. Debemos atender aquí a algunas cuestiones básicas sobre la estructuración de instituciones. Estas presentan un aspecto «lateral», en particular en el mundo moderno, a causa de la enorme expansión del distanciamiento espacio-temporal de una actividad social en la era contemporánea. Pero plantean también, una vez más, el problema de la «historia», porque los otros ausentes incluyen generaciones pasadas cuyo «tiempo» puede ser muy diferente del tiempo de quienes bajo algún aspecto se ven influidos por residuos de sus actividades. Estas cuestiones serán mi asunto en los últimos capítulos.

## Referencias

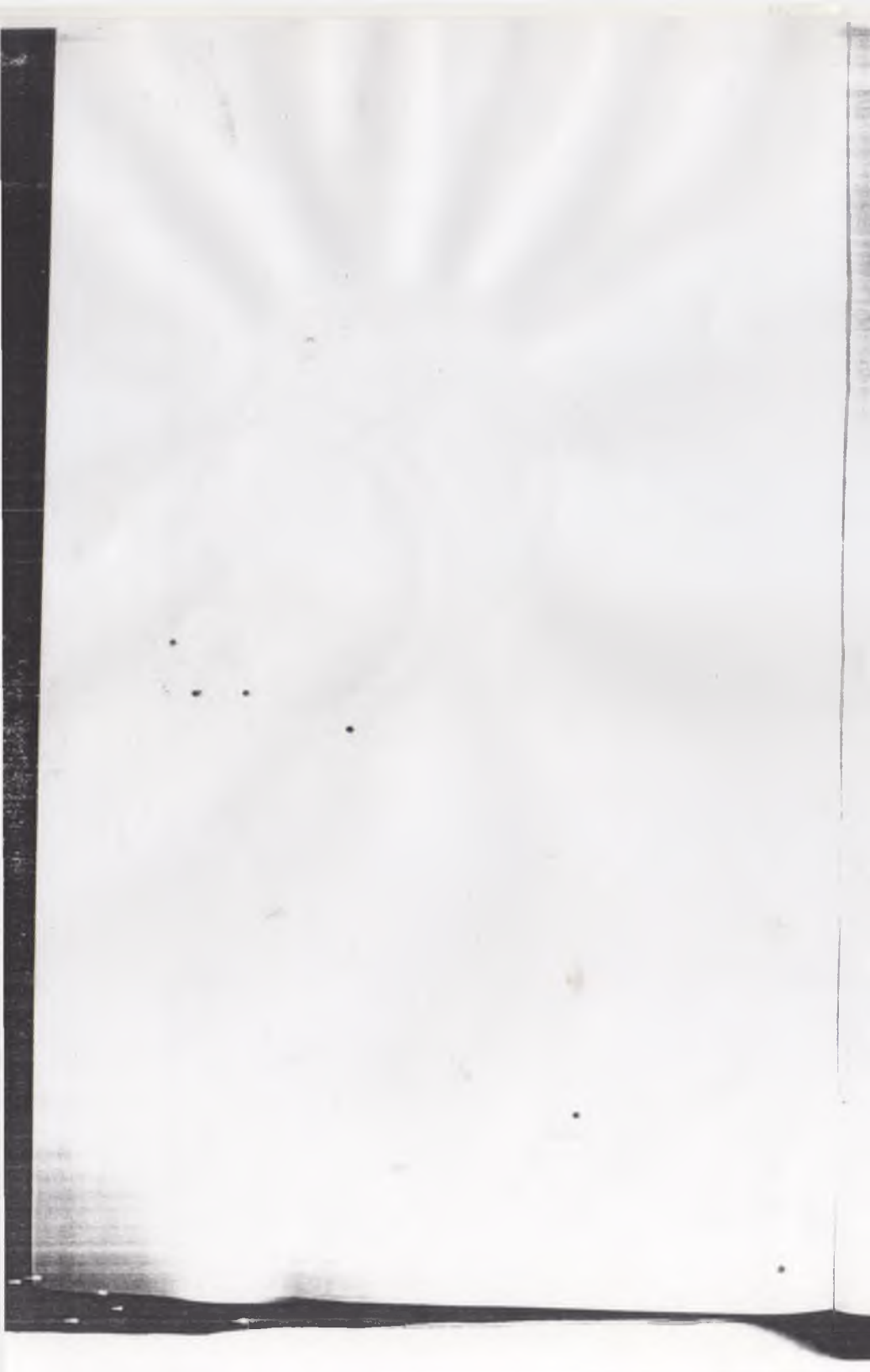
- 1 Para análisis más detallados de los conceptos básicos de la teoría de la estructuración, conviene que el lector consulte *NRSM*, en particular los capítulos 2 y 3; *CPST*; y *CCHM*, capítulos 1 y 2.
- 2 *CPST*, págs. 56-7.
- 3 *CPST*, capítulo 1.
- 4 Donald Davidson, «Agency», en *Essays on Actions and Events* (Oxford: Clarendon Press, 1980), pág. 45.
- 5 *NRSM*, capítulo 2.
- 6 Joel Feinberg, «Action and responsibility», en Max Black, *Philosophy in America* (Ithaca: Cornell University Press, 1965). Sobre el problema de definir «consecuencias», véase Lars Bergström, *The Alternatives and Consequences of Actions* (Estocolmo: Almqvist, 1966).
- 7 Thomas Schelling, «On the ecology of micromotives», *The Public Interest*, vol. 25, 1971; «Dynamic models of segregation», *Journal of Mathematical Sociology*, vol. 4, 1971. Véase también la discusión del tema en Raymond Boudon, *The Unintended Consequences of Social Action* (Londres: Macmillan, 1982), págs. 43 y sigs.
- 8 *NRSM*, pág. 76.
- 9 Aunque Merton prefiere la expresión «consecuencias no anticipadas» a la de consecuencias no buscadas. En mi análisis, «intención» presupone un saber sobre las consecuencias probables de la acción y, por lo tanto, una anticipación. Desde luego, se puede anticipar la ocurrencia de algo sin buscar que ocurra, pero no se puede buscar que algo ocurra sin anticipar su posible ocurrencia. R. K. Merton, «The unanticipated consequences of purposive social action», *American Sociological Review*, vol. 1, 1936; el mismo autor, «Manifest and latent functions», en *Social Theory and Social Structure* (Glencoe: Free Press, 1963).
- 10 Merton, «Manifest and latent functions», pág. 51.
- 11 *Ibid.*, págs. 64-5.
- 12 Para una discusión más completa, véase *CPST*, capítulo 6.
- 13 Max Weber, *The Methodology of the Social Sciences* (Glencoe: Free Press, 1949). [*Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1973.]
- 14 Mancur Olson, *The Logic of Collective Action* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1965); Boudon, *The Unintended Consequences of Social Action*; Jon Elster, *Logic and Society, Contradictions and Possible Worlds* (Chichester: Wiley, 1978); Jon Elster, *Ulysses and the Sirens* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979).
- 15 Boudon, *The Unintended Consequences of Social Action*, capítulo 2.
- 16 Para una mayor elaboración de este punto, véase «Power, the dialectic of control and class structuration», en Anthony Giddens y Gavin Mackenzie, *Social Class and The Division of Labour* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982).
- 17 Peter Bachrach y Morton S. Baratz, «The two faces of power», *American Political Science Review*, vol. 56, 1962; *Power and Poverty* (Nueva York: Ox-

- ford University Press, 1970); Steven Lukes, *Power, a Radical View* (Londres: Macmillan, 1974). Para una discusión más abundante de estos puntos, cf. CPST, págs. 88-94.
- 18 John R. Searle, *Speech Acts* (Cambridge: Cambridge University Press, 1969), págs. 34-5.
  - 19 Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Oxford: Blackwell, 1972), pág. 59.
  - 20 *Ibid.*, pág. 81.
  - 21 *Ibid.*
  - 22 *Ibid.*
  - 23 CPST, págs. 80 y sigs.
  - 24 Harold Garfinkel, «A conception of, and experiments with, "trust" as a condition of stable concerted actions», en O. J. Harvey, *Motivation and Social Interaction* (Nueva York: Ronald Press, 1963).
  - 25 Erving Goffman, *Frame Analysis* (Nueva York: Harper, 1974), pág. 5.
  - 26 En NRSM yo no había apreciado la necesidad de distinguir «estructura» de «estructuras» y utilicé el segundo término demasiado libremente como sinónimo del primero.
  - 27 CPST, págs. 195-6.
  - 28 Cf. Roy Bhaskar, *The Possibility of Naturalism* (Brighton: Harvester, 1979), capítulo 2.
  - 29 *Ibid.*, pág. 48.
  - 30 Cf. *ibid.*, págs. 78-9. Allí he distinguido tres niveles de «sistematicidad» que aquí, con fines de simplificación, se reducen a dos.
  - 31 Esta distinción fue introducida en la bibliografía por David Lockwood, quien, sin embargo, le dio un empleo bastante diferente de aquel en que la aplico: David Lockwood, «Social integration and system integration», en George Z. Zollman y W. Hirsch, *Explorations in Social Change* (Londres: Routledge, 1964).
  - 32 Mi formulación del concepto de «integración sistémica» en CPST, pág. 77, fue ambigua. No aclaré si la separación entre integración social e integración sistémica se basaba en un distingo entre copresencia y ausencia en relaciones sociales, o entre los lazos que unen a actores a diferencia de los que unen a colectividades. Como ahora la empleo, la noción denota el primero de esos dos conjuntos de oposiciones, pero de todas maneras se superponen mucho, de modo que el error no fue demasiado importante.
  - 33 CPST, capítulo 2.
  - 34 Cf. Paul Ziff, *Semantic Analysis* (Ithaca: Cornell University Press, 1960).
  - 35 Cf. Hanna F. Pitkin, *Wittgenstein and Justice* (Berkeley: University of California Press, 1972), págs. 241-64.
  - 36 En cuanto al estilo con el que represento esas relaciones, estoy en deuda con Derek Gregory; véase su *Regional Transformation and Industrial Revolution* (Londres: Macmillan, 1982), pág. 17.
  - 37 Peter Marsh et al., *The Rules of Disorder* (Londres: Routledge, 1978), pág. 15, y *passim*.
  - 38 NRSM, págs. 108-10.
  - 39 Jürgen Habermas, *Zur Logik der Sozialwissenschaften* (Tubinga: Siebeck &

Mohr, 1967); «On systematically distorted communication», *Inquiry*, vol. 13, 1970.

- 40 Cf. mi «Habermas's critique of hermeneutics», en *SSPT*.
- 41 Véase *CPST*, págs. 33-8.
- 42 Paul Ricoeur, «Existence and hermeneutics», en *The Conflict of Interpretations* (Evanston: Northwestern University Press, 1974).
- 43 Para una elaboración de esta posición, véase *CPST*, capítulo 5. Ordenes simbólicos y modos de discurso constituyen los aspectos «culturales» de sistemas sociales. Pero, como a «sociedad» y a «historia», pido un doble trabajo al término «cultura». Así, hablaré de «culturas» en general, sin distinguirlas de «sociedades», aunque en algunos contextos es preciso introducir más precisión en esos términos.
- 44 Cf. Karl Polanyi *et al.*, *Trade and Market in the Early Empires* (Nueva York: Free Press, 1957), págs. 243-70, y *passim*.
- 45 Las razones que me llevan a formular estas tesis se ofrecen con alguna extensión en *CCHM*, en especial en la introducción y en el capítulo 3.





## 2. Conciencia, propio-ser y encuentros sociales

En este capítulo trataré de alcanzar varios objetivos. En primer lugar, examinaré algunos problemas básicos conceptuales que nacen de conectar los principales conceptos de la teoría de la estructuración con una interpretación de la naturaleza de lo inconsciente. Esto da paso a preguntas sobre el mejor modo de conceptualizar el «propio-ser» [*self*], especialmente el «yo» del agente reflexivo. Después pasaré a retratar el modo en que se pueden representar los fundamentos psicológicos del entrelazamiento de consciente e inconsciente, para lo que recurriré en particular a los escritos de Erikson. Pero una parte sustancial de mi argumento será que ese retrato enseguida suscita cuestiones de naturaleza social relacionadas con el carácter rutinizado de la vida cotidiana. Por la vía de un análisis de «situaciones críticas» en que las rutinas se subvierten de una manera radical, intentaré mostrar que el registro reflexivo de encuentros en circunstancias de copresencia se coordina de ordinario con componentes inconscientes de personalidad. Esto nos hará pasar de manera directa a un examen de algunas de las intuiciones que se pueden extraer de Goffman sobre interacción entre agentes copresentes. Un interés por el cuerpo, como lugar del propio-ser que actúa, y en tanto tiene postura en un espacio-tiempo, es el tema unitivo clave del material examinado y analizado.

### *Reflexividad, conciencia discursiva y conciencia práctica*

Freud divide la organización psíquica del individuo en tres partes representadas en lengua inglesa por los desafortunados términos «id», «ego» y «super-ego» [yo, ello y superyó]. No creo que esos términos ayuden mucho y en cambio de ellos propondré la triple división sugerida por el modelo de la estratificación: sistema de seguridad básica, conciencia práctica y conciencia discursiva. No quiero decir que estas nociones tengan correspondencia directa con las freudianas. Los planos de intersección de los esquemas de comprensión y las normas que los actores utilizan en la constitución de su conducta son inherentes a las tres dimensiones de la personalidad. Pero es cierto que el «yo» (*das*

*Ich*) se sitúa en el centro de lo que participa en la conciencia discursiva y demanda una considerable atención conceptual. Podemos aproximarnos a las cuestiones de que se trata si perseguimos algunas de las dificultades que crea la división de la personalidad según Freud, en especial en tanto interesan a problemas del obrar.<sup>1\*</sup>

Freud, desde luego, entendió al individuo como agente, pero también, con frecuencia, mencionó a ello, yo y superyó como instancias en el interior del individuo. En sus escritos anteriores a la década de 1920, Freud solía usar el término *das Ich* para denotar la persona total y también para designar una parte del alma. Estos deslizamientos de uso valen también para «superyó», que a veces se diferencia de otra noción, la de «ideal del yo». Inconsistencias terminológicas y transiciones parecen aquí indicios de dificultades conceptuales bastante más expresivas. Supongamos que *das Ich* sea una subdivisión del alma. ¿Cómo puede entonces decir Freud cosas tales como que el yo «se decide a desestimar la idea inconciliable»?<sup>2</sup> ¿El decidir por el yo es algún proceso en miniatura del decidir por el agente? Indudablemente, esto no tiene mucho sentido. Freud además escribe, por ejemplo, sobre el «deseo de dormir» del yo, aunque mientras se duerme él «se mantiene alerta» para proteger el dormir del soñante. Surge la misma clase de preguntas. ¿El dormir de quién desea el yo? ¿El del agente? ¿El de él mismo? ¿El despertar de quién debe impedir el guardián? Y así sucesivamente. Considérese, por último, la caracterización más general de Freud sobre las tareas del yo. El yo tiene la tarea de «autoconservación», que lleva a cabo «aprendiendo a producir cambios en el mundo exterior en beneficio propio».<sup>3</sup> ¿Pero qué propio-ser defiende el yo? ¿Es su beneficio también mi beneficio?

Ahora bien, una táctica tradicional entre los intérpretes de Freud es aceptar que existen usos antropomórficos errados en los escritos de Freud, pero sostener que se los puede salvar si se entiende que ello, yo y superyó denotan «procesos» o «fuerzas». No vale gran cosa este remedio porque no nos deja aprehender con precisión la naturaleza del obrar humano. Lo cierto es que el propio Freud menciona flujos hidráulicos, bloqueos de energía, etc. Pero así se nos hace presente una concepción mecánica de los orígenes de la conducta humana que es afín a las formas más ingenuas de objetivismo. Parte del problema reside en el empleo de los términos yo, superyó y ello (sea en su formulación original en alemán o en su versión en otras lenguas), todos los cuales tienen cierta connotación de obrar: cada uno de ellos es un mini-agente en el interior del agente mismo. Desechar los términos «ello» y «superyó» ayuda, pero se debe complementar esto con un reconocimiento del carácter específico de *das Ich*, el «yo».

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 137-40.

Parece lícito suponer que el «yo» es el agente. Pero esto es sin duda un error aunque aparezca como hipótesis o proposición central de enteras escuelas de filosofía, entre ellas el cartesianismo y la filosofía última de G. H. Mead. Es cierto que los escritos de Mead contribuyen a aclarar los procesos que llevan a la emergencia de un «propio-ser» como un «me». Pero en los escritos de Mead el «yo» aparece como el núcleo ya dado de un obrar, y por eso sus orígenes siempre permanecen oscuros. Para relacionar al «yo» con un obrar es necesario hacer el rodeo que ciertos estructuralistas proponen bajo el título de descenramiento del sujeto, pero sin extraer conclusiones que hagan aparecer al sujeto como un mero signo en el interior de una estructura de significación. La constitución del «yo» sólo sobreviene a través del «discurso del Otro» —o sea, de la adquisición del lenguaje—, pero el «yo» tiene que ser referido al cuerpo en tanto la esfera de acción. El término «yo» es lo que en lingüística se llama un «embrague»: la contextualidad de una «postura» social determina quién es un «yo» en cada situación de habla. Aunque nos inclinemos a considerar que el «yo» toca a los aspectos más ricos e íntimos de nuestra experiencia, en cierto modo es uno de los términos más vacíos del lenguaje.<sup>4</sup> Porque el «yo» denota sólo quién habla, el «sujeto» de una proposición o preferencia. Un agente que haya dominado el uso de «yo», como dice Mead, ha dominado también el uso de «me», aunque sólo por la vía de un dominio concomitante de un lenguaje sintácticamente diferenciado. Porque es preciso que yo sepa que soy un «yo» cuando «te» hablo, pero que tú eres un «yo» cuando «me» hablas, y que yo soy un «tú» cuando tú me hablas. . . y así siguiendo. La cuestión no está sólo en que estos usos presupongan destrezas lingüísticas de calidad muy complicada, sino también en que implican un gobierno ramificado del cuerpo y un saber elaborado sobre el modo de «ser con» en la pluralidad de contextos de la vida social.

\* Reconocer la importancia esencial del registro reflexivo de una conducta en la continuidad cotidiana de una vida social no significa desconocer el peso de fuentes inconscientes de cognición y motivación. Al contrario, supone prestar atención expresa a la diferenciación que se para «consciente» de «inconsciente». »

La lengua inglesa común nos proporciona al menos una guía general para ello. A veces hablamos de conciencia para referirnos a algo equivalente a lo que llamaríamos «sensibilidad». <sup>5</sup> Así, alguien que se queda dormido o recibe un golpe en la cabeza «pierde la conciencia» o «queda inconsciente». «Inconsciente» significa aquí algo diferente de su uso freudiano ortodoxo, y la «conciencia» a que se contrapone tiene un sentido muy lato. Ser «consciente» en este sentido es registrar un espectro de estímulos circundantes. La conciencia entendida de este

modo nada tiene de específicamente reflexivo. La acepción en que los seres humanos «pierden» y «recobran» conciencia es directamente aplicable también a los animales superiores. Esta noción de conciencia evidentemente denota los mecanismos sensoriales del cuerpo y sus modalidades «normales» de operación y es presupuesta por los conceptos de conciencia práctica y de conciencia discursiva.

«Consciente» se usa a veces para denotar circunstancias en que la gente presta atención a sucesos que se producen en su derredor para poder referir su actividad a esos sucesos. En otras palabras, denota el registro reflexivo de una conducta por agentes humanos, en buena parte en la acepción de lo que he denominado conciencia práctica. Así, por ejemplo, un maestro de escuela puede ser «consciente» de lo que hacen los niños de las primeras filas del aula, pero ser «inconsciente» de que otros han empezado a charlar atrás. En este caso, el maestro puede no prestar atención, pero no es inconsciente en el mismo sentido de un individuo que «perdió la conciencia». Aunque este sentido de «consciente» tenga su correspondencia en los animales, su definición no está tan exenta de ambigüedad como la acepción más elemental de conciencia anotada antes. Una tercera acepción de «consciente», rotulada por Toulmin «enunciatividad», corresponde aproximadamente a la conciencia discursiva.<sup>6</sup> Para utilizar un ejemplo de Toulmin, un comerciante que obtenga dinero de un cliente con falsas promesas ha cometido «un fraude consciente y deliberado». Por otro lado, si la misma consecuencia se sigue de alguna de las actividades del comerciante de manera totalmente impensada, él se hace instrumento sin advertirlo, «inconscientemente», del traspíe financiero del otro. Aquí el agente necesita «pensar» en lo que hace para que la actividad se lleve a cabo «conscientemente». «Conciencia», en esta acepción, presupone ser capaz de hacer un relato coherente de las propias actividades y de las razones que las movieron.

### Lo inconsciente, tiempo, memoria

Es claro que la acepción psicoanalítica de «inconsciente» guarda relación con una oposición trazada entre ella y este tercer sentido de «consciente», una oposición con lo que he denominado conciencia discursiva. Conciencia discursiva implica una aptitud de poner cosas en palabras. Lo «inconsciente» en teoría psicoanalítica denota lo opuesto: no ser capaz de dar expresión verbal a las inspiraciones de la acción.

Pero a fin de desarrollar más la noción de «inconsciente» en tanto «lo inconsciente», es preciso hacer algunos comentarios sobre la memoria, porque es patente que memoria y lenguaje están muy próxi-

mos. Me propongo argüir que «lo inconsciente» sólo se puede entender en los términos de memoria, y que esto a su vez significa examinar con mucho cuidado lo que es memoria. Aquí reaparecen todos los problemas de la teorización de la temporalidad cuya importancia ya he destacado.

1. *Prima facie*, nos inclinaríamos a suponer que memoria denota simplemente lo pasado: experiencias pasadas, cuyas huellas de alguna manera el organismo conserva. Entonces una acción ocurre en la espacialidad del presente, y se inspira en recuerdos del pasado cada vez que se lo necesita o desea. Un momento de reflexión basta para mostrar la insuficiencia de este punto de vista. «Presente» no se puede decir ni escribir sin que se desvanezca en el pasado. Si el tiempo no es una sucesión de «presentes», sino un «presentificar» en el sentido que Heidegger le atribuye, entonces memoria es un aspecto de presentificar.
2. Cabría imaginar que memoria fuera ante todo un artificio de recordación: un modo de recuperar información o de «recordar». Este punto de vista es por entero consistente con la idea de que el pasado está claramente separado del presente porque entonces memoria se puede entender como la recordación del pasado en el presente. Pero desechado ese punto de vista, ya no es admisible definir memoria como reminiscencia de cosas pasadas. El título de Proust se debe entender sin duda como un comentario irónico justamente sobre este tipo de concepción ingenua. Rememoración, por cierto, no es ajena a memoria, pero no designa lo que es memoria.

Estas observaciones indican que memoria y percepción están en relación muy íntima. Tiene algún interés apuntar que las teorías de la percepción se inclinan a dividirse en torno de un eje de subjetivismo *versus* objetivismo. Un tipo de posición propende a destacar, en un espíritu casi kantiano, la actuación del que percibe en tanto produce lo que de otro modo sería un vacío informe.<sup>7</sup> Un punto de vista opuesto sostiene que la percepción es organizada por la forma pre-dada del mundo de objetos.<sup>8</sup> Intentos de superar esta división han señalado la importancia del tiempo y de la diferenciación espacial en la percepción. Como intenciones, razones, etc., percepción no es un agregado de «percepciones» discretas sino un «fluir» de actividad integrado con el movimiento del cuerpo en un espacio-tiempo. Una percepción se organiza siguiendo esquemas de anticipación por los que el individuo anticipa información nueva que llega mientras simultáneamente hace digestión mental de la antigua. Una percepción por lo general incluye el movimiento activo continuado de los ojos, y comúnmente de la cabeza, aunque el cuerpo esté en reposo. Porque los esquemas son

curiosamente el objetivo de la antropología  
estructuralista en el caso de esos  
responder. "Inconsciente" = no tiene social, que son  
ni estructuras culturales. Incluso una memoria / ejercicio de la cultura / o pero subterráneo otras de la fuerza

anticipaciones, constituyen, como lo expresa un autor, «el medio por el cual el pasado influye sobre el futuro», lo que es «idéntico a los mecanismos básicos de la memoria». <sup>9</sup> Es muy posible que el tacto, que se suele considerar el más humilde de los sentidos, y que es sin duda el menos estudiado, proporcione la mayoría de las claves para comprender la percepción en general. El tacto no tiene, como el ojo, una localización perceptual neta; la información táctil adviniente no se ordena a través de un mecanismo único en el sistema nervioso; es por sí evidente que el uso del tacto forma parte del movimiento manipulador del cuerpo en los contextos de su acción. Un aspecto sorprendente de casi toda la bibliografía sobre la percepción, además, es que considera los sentidos como si operaran con independencia unos de otros. Se ha señalado que casi todos los estudios experimentales de la percepción se refirieron a un solo sentido. <sup>10</sup> Que esto es artificial lo muestra el más sumario examen de la naturaleza de la vida cotidiana, donde la continuidad de actividades integra sin cesar los diversos sentidos.

La percepción, en consecuencia, nace de una continuidad espacial y temporal, organizada como tal de una manera activa por el que percibe. El principal punto de referencia no puede ser ni el sentido aislado ni el percipiente contemplativo, sino el cuerpo en sus empeños activos con los mundos material y social. Esquemas perceptuales son formatos con base neurológica por cuyo intermedio se elabora de continuo la temporalidad de una experiencia. A su vez se puede entender esta elaboración como una parte intrínseca del registro reflexivo de una acción en general. No parece posible negar que el recién nacido tiene un equipamiento perceptual innato. En otras palabras: no sólo posee los órganos sensoriales sino también esquemas neurológicamente instalados que le permiten responder de una manera selectiva al mundo circundante aun si esa selectividad es bastante grosera si se la compara con la que desarrollará después. Se ha comprobado con abundancia que los infantes responden con movimientos de la cabeza en dirección a sonidos, siguen visualmente objetos móviles, y se estiran para alcanzarlos. «Mirar en dirección a sonidos», desde luego, ya supone integración de los sentidos. <sup>11</sup> Los neonatos ya aprecian esto en los términos de una diferencia temporal entre respuestas acústicas en los dos oídos, y esto los lleva a mover la cabeza en una dirección o en otra. Desde luego que estas respuestas se vuelven más precisas con un ulterior desarrollo psicológico y motor; pasa mucho tiempo antes que los niños aprendan las artes de cubrir conceptualmente objetos que han desaparecido de la vista. Nombrar o individualizar objetos evidentemente no es una mera cuestión de adherir un rótulo a fenómenos cuyas cualidades fueran ya conocidas. Nombrar algo de manera correcta

es ser capaz de hablar sobre ello correctamente, lo que supone abstraer sus propiedades: afiliarlo a una clase de objetos comparables que lo diferencie de otras clases.<sup>12</sup> Bajo este aspecto podemos ver los atractivos y las limitaciones del concepto de Gibson de «surtido». Según Gibson, todos los usos o actividades que los objetos hacen posibles —de que ellos surten al actor humano— son directamente perceptibles. Esta visión tiene la ventaja de poner el acento en el carácter práctico de las actividades perceptuales, pero no muestra su conexión con definiciones conceptuales de objetos, que admiten una variabilidad cultural.

Si entendemos por percepción un conjunto de dispositivos de ordenación temporal configurados por los movimientos y orientaciones del cuerpo en los contextos de su conducta —pero que también los configuran—, ello nos hará ver la gravitación de una atención selectiva en la conducta cotidiana. En todo contexto de actividad hay más sucesos de los que el actor nota de hecho, sucesos o cualidades que permanecen inadvertidos. ¿Como se produce esto? La respuesta usual es que el material redundante se desecha. Pero esto nos extravía completamente porque sugiere un intento activo de rechazar material redundante. En cambio, la selección es un proceso más positivo que negativo; expresa los compromisos activos de agentes con sus medios. Considérese el siguiente y muy discutido experimento.<sup>13</sup> Grabaciones magnetofónicas de dos mensajes hablados independientes y distintos se pasaron a sujetos experimentales, una en cada oído y con el mismo volumen. Se instruyó a los sujetos para que escucharan un solo mensaje y lo repitieran tal como lo oían. No experimentaron dificultad en hacer esto y en general no «oyeron» nada del otro mensaje. Esta situación experimental es interesante porque refleja lo que los agentes hacen las más de las veces cuando están copresentes con otros en situaciones donde trascurre más de una conversación. Estos resultados experimentales se han interpretado en general por referencia a filtros negativos de información.<sup>14</sup> En otras palabras, presuntamente se impide que una información redundante alcance los centros corticales superiores; y se han sugerido precisos mecanismos neurales que presidirían este proceso. Pero este tipo de teoría no sólo considera al individuo en esencia como un receptor pasivo de información; también se basa en una disociación insostenible entre percepción y memoria. En efecto, el supuesto es que en cada momento lo percibimos todo en nuestro ambiente, pero buena parte de esto es «desechado»: «olvidado» con gran rapidez.<sup>15</sup> Como lo apuntó Neisser, la hipótesis dice que cualquier uso de información apenas unos milisegundos después que se registró se basa en la memoria y no en la percepción. Pero esta opinión no convence en lo conceptual ni es verosímil en lo empírico. Si se

mira como percepción lo que los agentes hacen, en tanto forma parte de sus actividades situadas temporal y espacialmente, no es necesario postular la existencia de mecanismo alguno de bloqueo.

«Los organismos son activos: hacen ciertas cosas y omiten otras. Para arrancar una manzana de un árbol no hace falta desechar por filtrado todas las otras; simplemente, la arrancamos. Una teoría sobre arrancar manzanas tendría mucho para explicar (¿cómo decidimos cuál queremos?, ¿guiamos nuestra mano hacia ella?), pero no necesitaría especificar un mecanismo que mantuviera fuera de nuestra mano manzanas no deseadas». <sup>16</sup>

Si el «presente» no está segregado del fluir de una acción, «memoria» no puede ser otra cosa que un modo de designar el entendimiento de agentes humanos. Si memoria no denota una «experiencia pasada», tampoco conciencia (en ninguno de los tres sentidos antes mencionados) expresa el «presente». Aquello de lo cual una persona «tiene noticia» no se puede fijar en un punto particular del tiempo. Tenemos que distinguir, por lo tanto, entre conciencia como noticia sensorial (la primera acepción, y la más general, del término antes mencionado); memoria, en tanto la constitución temporal de una conciencia; y recordación, que es el medio de recapitular experiencias pasadas para enfocarlas sobre la continuidad de una acción. Si memoria denota este dominio temporal tan propio de la experiencia humana, entonces conciencia discursiva y práctica denotan *mecanismos psicológicos de recordación*, tal como se los emplea en contextos de acción. Conciencia discursiva connota las formas de recordación que el actor es capaz de expresar verbalmente. Conciencia práctica supone una recordación a la que el agente tiene acceso en la *duración* de una acción sin ser capaz de expresar lo que con ello «sabe». Lo inconsciente designa modos de recordación a los que el agente no tiene acceso directo porque existe una «barrera» negativa de algún tipo que inhibe su integración inmediata al registro reflexivo de una conducta y, más en particular, a una conciencia discursiva. Los orígenes de la «barrera» son de dos clases afines. En primer lugar, puesto que las experiencias más tempranas del infante, que configuran el sistema de seguridad básica por el que se canaliza o controla la angustia, son anteriores a una competencia lingüística diferenciada, es probable que ellas permanezcan después «fuera de los límites» de una conciencia discursiva. En segundo lugar, lo inconsciente contiene represiones que inhiben una formulación discursiva.

En un plano de definición conceptual, estos apuntes son bastante acordes con el uso característico que hace Freud de «lo consciente» y



«lo inconsciente». Pero la tesis de que la mayor parte de las actividades cotidianas carece de motivación directa lleva a cuestionar el modelo de motivación con el que Freud trabajó en general. Para Freud, todas las actividades humanas están motivadas, incluidos (por ejemplo) aparentes casualidades o «errores» como el trastrabarse al hablar. Freud se empeñó mucho precisamente en demostrar que fenómenos que se supondrían «accidentales» tienen de hecho su origen en motivos (inconscientes). No parece haber razón para cuestionar la calidad esclarecedora de las intuiciones de Freud en estos temas. Pero no es más atinado sostener que todo acto o gesto está motivado —en el sentido de que se le pudiera adscribir un «motivo» preciso— que ver en una acción una cadena de intenciones o de razones. Esta visión simplificada de la naturaleza de la acción humana tiene un vicio lógico. La acción, como lo expresé muchas veces, no admite ser conceptualizada satisfactoriamente como un agregado de actos. Los escritos de Freud, por concentrarse sobre todo en «segmentos» deslindados específicos de conducta (síntomas neuróticos), inevitablemente recaen en expresar esa errónea concepción de la acción. Ahora bien, en lugar de suponer que todo «acto» tiene su correspondiente «motivo», debemos entender el término «motivación» por referencia a procesos. Lo cual significa, en concreto, que lo inconsciente sólo rara vez hace intrusión directa en el registro reflexivo de una conducta. Tampoco las conexiones en cuestión se originan sólo en mecanismos psicológicos interiores a la personalidad del actor individual; están mediadas por las relaciones sociales que los individuos mantienen en las prácticas de rutina de su vida diaria. •

Reflexionar un poco sobre este punto nos provee una suerte de transición entre lo examinado hasta aquí en este capítulo y lo que sigue. Los principales teoremas que deseo proponer dicen lo que ahora detallo. La vida cotidiana ordinaria —en mayor o menor grado según el contexto y los azares de la personalidad individual— incluye una *seguridad ontológica* que expresa una *autonomía de gobierno corporal* dentro de *rutinas predecibles*. Los orígenes psicológicos de una seguridad ontológica se sitúan en mecanismos básicos de control de angustia (según lo mostró Erikson, cuyas ideas expongo enseguida), jerárquicamente ordenados como componentes de personalidad. La generación de sentimientos de confianza en otros, que es el estrato más profundo del sistema de seguridad básica, proviene en lo sustancial de rutinas predecibles y de cuidado instituidas por figuras parentales. El infante desde muy temprano es tanto dador como receptor de confianza. Pero cuando se vuelve más autónomo, el niño aprende la importancia de los que, según una expresión de Goffman, son «dispositivos protectores» que sostienen la mutualidad implícita en la confianza por

la vía de un tacto y de otras fórmulas que salvan la cara de otros. Una seguridad ontológica es protegida por esos dispositivos pero es mantenida en un sentido más fundamental por la predictibilidad misma de una rutina, que se ve quebrada de una manera radical en situaciones críticas. El anegamiento de modos habituales de actividad por una angustia que el sistema de seguridad básica no puede contener de manera adecuada es específicamente un aspecto de situaciones críticas.

La crítica de la terminología de Freud sobre obrar y propio-ser trae consigo varias consecuencias. El «yo» es un rasgo esencial del registro reflexivo de una acción pero no se lo puede identificar ni con el agente ni con el propio-ser. Por «agente» o «actor» entiendo al sujeto humano global localizado en el espacio-tiempo corpóreo del organismo vivo. El «yo» no tiene imagen, como en cambio la tiene el propio-ser. El propio-ser, sin embargo, no es una suerte de mini-agencia en el interior del agente. Es la suma de las formas de recordación por las cuales el agente reflexivamente define «lo que» se sitúa en el origen de su acción. El propio-ser es el agente en tanto el agente lo define. Por lo tanto, propio-ser, cuerpo y memoria se relacionan íntimamente.

### *Erikson: angustia y confianza*

Teorías que den relieve a elementos inconscientes de conducta humana suelen ir unidas a perspectivas objetivistas. No es muy difícil ver la razón. Porque el objetivismo, como muchos relatos de lo inconsciente, considera el registro reflexivo de la acción como mera espuma sobre la superficie de la actividad humana, cuyos verdaderos orígenes están en otra parte. Para confeccionar un relato de (algunos rasgos de) lo inconsciente y las relaciones sociales, no seguiré esas versiones del psicoanálisis estructuralista, asociadas en particular con Lacan, que hoy gozan de favor en ciertos círculos. Aunque es innegable que los escritos de Lacan contienen ideas de gran interés, en mi opinión expresan una concepción empobrecida del agente, similar a la generada por el «marxismo estructuralista». <sup>17</sup> Lacan ha sido una de las personalidades destacadas en la vanguardia de los ataques a la obra de los denominados «psicólogos del yo» dentro del psicoanálisis. Estas polémicas han salido triunfantes en un grado sustancial, porque la obra de Sullivan, Horney, Erikson, Kardiner y otros parece hoy ensombrecida. Pero yo entiendo que algunos de los aportes de esos autores conservan una importancia muy grande y aquí me basaré en ellos en algún aspecto.

Críticas, «revisionismos» y profesadas «ortodoxias» proliferaron tanto en la teoría psicoanalítica desde los primeros años del siglo XX como ocurrió en el marxismo. Ahora bien, los psicólogos del yo se aso-

ciaron a dos líneas principales de elaboración frente a las formulaciones «clásicas» del psicoanálisis contenidas en los escritos de Freud. Por un lado, hicieron propia la perspectiva alentada por Anna Freud. A saber: argumentaron que la absorción de Freud en la represión y lo inconsciente lo condujo a descuidar los componentes más cognitivos, racionales, del agente. Por otro lado, se vieron influidos por los escritos de analistas de la sociedad, en especial antropólogos, que demostraban la extrema diversidad de los modos de vida social humana. Los escritos de Freud sobre temas de la cultura —aunque en algunos aspectos conserven su importancia— se afiliaban en esencia al evolucionismo de la antropología del siglo XIX. Tomar nota de aquella diversidad lleva también a admitir la variedad existente de formas de organización familiar y, por lo tanto, de socialización temprana. Admitir estos dos conjuntos de factores, unidos entre sí, produce rupturas sustanciales con perspectivas más tradicionales de teoría psicoanalítica, aunque no implica la adopción de un relativismo cultural pleno: existen procesos de desarrollo del niño y de la personalidad adulta que son comunes a todas las sociedades humanas. Erikson lo expresa del siguiente modo en *Childhood and Society*:

«El psicoanálisis pone en práctica hoy el estudio del yo (. . .) Desplaza su interés desde el estudio intenso de las condiciones que embotan y distorsionan al yo individual, hasta el estudio de las raíces del yo en la organización social (. . .) Una niñez prolongada hace del ser humano un virtuoso técnico y mental, pero también le deja durante toda su vida un residuo de inmadurez emocional».<sup>18</sup>

Erikson, junto con Sullivan, son quizá las dos personalidades que sobresalen entre los escritores que han preservado ciertos elementos universales del relato original de Freud sobre los estadios del desarrollo psicosexual al mismo tiempo que adoptaban contribuciones provenientes de las ciencias sociales. Aprovecharé en lo que sigue sus ideas, aunque con medida y críticamente. Sobre la base tanto de su labor clínica como del estudio de una serie de culturas, Erikson distinguió una secuencia de etapas de desarrollo de la personalidad en el período que lleva desde la infancia hasta la edad adulta. Su examen de la naturaleza de las inclinaciones motivacionales y las capacidades mentales del infante es convincente en extremo. Pero me parece que no destaca lo bastante en el desarrollo del niño ese umbral esencial constituido por la fase de dominio sintáctico del lenguaje, una transición en la vida del individuo cuyas consecuencias —como lo ha demostrado Clomsky— pueden ser discernidas con alguna facilidad pero cuyos orígenes siguen siendo oscuros tras cada intento de asirlos.

En todas las sociedades, un único agente, casi siempre la madre biológica del niño, domina la crianza temprana del infante. Las primeras fases de desarrollo de la personalidad parecen asociadas en general a resoluciones de necesidades o tensiones nacidas de la conformación física del organismo. Pero es casi seguro que Freud las comprimió en un esquema demasiado determinista, y haría falta uno más flexible para comprender variaciones entre sociedades y en el interior de cada una de estas. Podemos decir que la interacción tempranísima entre infante y madre forma un estrato en el desarrollo de lo «inconsciente»: ni «movimiento corporal» ni «gobierno del cuerpo» tienen un sentido muy semejante al que adquieren cuando intervienen en una «acción» en el caso del miembro adulto de la sociedad. Si seguimos a Erikson, podemos distinguir tres polaridades sucesivas que se asocian con la transformación del cuerpo en un instrumento para «actuar-en-el-mundo». La primera, y más temprana, es la de «confianza básica» *versus* «desconfianza básica». El infante recién nacido es un haz de impulsos con ciertos mecanismos homeostáticos de ajuste de base genética, y existe en un medio extraño; las actividades de la madre proveen cuidado y protección. «Confianza» (que aparece aquí como un rasgo de personalidad) se entiende como un espacio-tiempo psicológicamente «ligador» gracias al despertar inicial de un sentimiento que no mira ausencia como abandono. La dinámica psicológica que subtiende la intersección de presencia y ausencia tiene su punto de origen en el cuerpo, las necesidades corporales y sus modos de saciedad y control.

Según el comentario de Erikson: «El primer logro social del infante, entonces, es su anuencia a permitir que la madre desaparezca de la vista sin excesiva angustia o ira, porque ella ha pasado a ser una certeza interior así como una predictibilidad externa». Predictibilidad, continuidad, igualdad, proporcionan «un sentimiento rudimentario de identidad del yo que depende (...) de la admisión de que existe una población interior de sensaciones y de imágenes recordadas y anticipadas que mantienen una correlación firme con la población exterior de cosas y personas familiares y predecibles».<sup>19</sup> «Confianza» equivale aquí a fe, y desde muy temprano, apunta Erikson, tiene con esta una precisa mutualidad; existe un sentimiento al menos incipiente de «ser fiable» asociado a la extensión generalizada de una confianza en el otro. No significa esto, desde luego, que la formación inicial de confianza ocurra sin conflicto ni tensión. Al contrario, opera sobre el fondo de una angustia difusa, cuyo control se insinúa como el origen motivacional más generalizado de la conducta humana. La interacción entre infante y madre inserta al individuo humano en crecimiento en un nexo del que, para bien o para mal, no escapará en lo sucesivo. La madre es un agente (ya un representante del «otro

generalizado») que, en el acto de cuidar al infante, le impone una demanda social que presagia las sanciones normativas asociadas con la posterior formación de relaciones sociales. La angustia ante la ausencia se desarma por la recompensa de una copresencia, lo que forma la raíz de la dialéctica de compromiso y descompromiso en que se basa la diversidad de encuentros. La expansión de la autonomía del infante, anclada en su gobierno del cuerpo como elemento de acción (que experimenta una transformación colosal con el dominio del lenguaje), simultáneamente ensancha e integra esta dialéctica. Cada individuo tiene el derecho —cuyo contenido varía bajo múltiples aspectos en contextos diferentes— de mantener una distancia de otros en la que preserve una privacidad corporal y una integridad propia. Pero el propio-ser tiene que avenirse a un compromiso social, siempre que se establezca con la debida deferencia por el delicado reconocimiento de las necesidades de otros. El infante aún no sabe esto, ni su conexión con un rostro. Rostro, según expresión de Becker, es «el sentimiento positivo de calidez propia vuelto al mundo para su inspección y su potencial sabotaje por parte de otros». <sup>20</sup>

En tanto base de un sistema de dominio sobre la tensión, la polaridad confianza / desconfianza se organiza en torno de relaciones entre proyección e introyección que son mecanismos de personalidad. Una introyección infantil, como lo sostiene Freud, asimila bondad exterior y certeza interior; la proyección ve en un perjuicio interno una malevolencia externa. <sup>21</sup> Basados ellos mismos en la identificación, estos mecanismos son suplantados por una diversidad de formas psíquicas más maduras. Pero pasan de nuevo al primer plano en situaciones de extremo peligro o crisis. La maduración física del cuerpo erige después el escenario para la transición a una nueva fase de desarrollo. Erikson apunta que el mejor modo de entenderlo no es suponer un desplazamiento de zonas de placer sobre la superficie del cuerpo, como lo sostiene Freud, aunque unas fijaciones pueden centrarse en estas. «Retener» y «soltar» son desde luego aplicables al gobierno sobre los productos de desecho del cuerpo, pero encuentran expresión mucho más genérica a través de las manos y los brazos. Retener y soltar son los correlatos de conducta de la polaridad principal en que se basa esta etapa: autonomía *versus* duda o vergüenza. Como ocurría en la fase anterior, con la que esta se puede situar en una relación de tensión generalizada, la polaridad se puede resolver de una manera benigna o relativamente perturbadora. «Retener», como una modalidad codiciosa, puede representar una cruel absorción en sí mismo o constituir una pauta de cuidado en que se exprese autonomía. De manera semejante, «soltar» puede ser una expresión hostil de impulsos agresivos o una actitud más tranquila de «dejar pasar las cosas». Parece impor-

tante destacar la significación de la psicodinámica de la vergüenza en contraste con la culpa. Muchos psicoanalistas, inspirados en sugerencias de Freud, han considerado que la vergüenza se relaciona específicamente con el miedo a una exposición genital. Esto por cierto viene a indicar un aspecto de la angustia, una angustia ante una «apariencia» corporal, cuya gran importancia (según señalaremos pronto) muestra Goffman. Pero el fenómeno de la vergüenza es sin duda mucho más general de lo que nos llevarían a creer los comentarios de Freud.<sup>22</sup>

La prevalencia de sentimientos de vergüenza o timidez es indicada por la frecuencia con la que estar «avergonzado» y términos comparables («mortificado», «humillado», etc.) aparecen en el habla ordinaria. Parece difícil sostener la idea, propuesta por algunos autores, de que la culpa es «privada» en tanto que la vergüenza es «pública». La vergüenza roe las raíces de la autoestima y es evidente que tiene relación estrecha con la experiencia, más atemperada, de la «turbación». Tanto vergüenza como turbación se localizan psicológicamente en la intersección de compromiso y descompromiso, el fracaso en «salvar» ciertas fases de un cumplimento a expensas de ser «pillado» bajo diversos aspectos. A diferencia de «culpa», «vergüenza» y «turbación» capturan ambos lados de encuentros, es decir: estos dos últimos términos pueden ser usados por el individuo sobre su propia conducta o sobre la conducta de otros. Me puedo avergonzar de mí mismo, o de algo que hice, o sentirme turbado por ello. Pero también me puedo avergonzar de la conducta de otro, o turbarme en lugar de otro. Parece que detectamos aquí una diferencia entre las dos emociones. Avergonzarse por la conducta de otro indica un lazo con este, que da a conocer cierta admisión de una asociación con el otro o aun de una responsabilidad por él. Turbarse en lugar de alguien, más que expresar una alienación respecto de su conducta, revela cierta complicidad con ella, una simpatía hacia alguien que se ha «expuesto» innecesariamente.

Tiene especial interés, a la luz de la preocupación de Goffman por los pseudo incidentes, tomar nota de que Erikson liga vergüenza en el infante (que deja fuertes huellas residuales en el sistema de seguridad en el adulto) con postura corporal y regiones «anteriores» y «posteriores» del cuerpo. Podemos considerarlo un modo en que la teoría de Freud de la retención anal se consigue expresar bajo una forma mucho más socializada. Las «regiones anteriores y posteriores», en las que ocurren encuentros, y en cuyo contexto se escenifican ocasiones sociales, quizá se relacionen directamente con la experiencia más primaria de la regionalización anterior/posterior del cuerpo. Poner «la cara» en la vida social es evitar las angustias provocadas por la vergüenza, y no tener cara lleva precisamente a la vergüenza o la turbación. Para el infante, «posterior» significa «el trasero»:

«el continente oscuro del pequeño ser, una región del cuerpo que puede ser dominada por arte mágica e invadida de hecho por los que querrían atacar nuestro poder de autonomía (. . .) Esta etapa, en consecuencia, se vuelve decisiva para la proporción de amor y odio, cooperación y mala voluntad, libertad para la expresión de sí y su sofocación. De un sentimiento de autocontrol sin pérdida de autoestima nace un sentimiento duradero de buena intención y orgullo; de un sentimiento de pérdida de autocontrol y de excesivo control ajeno nace una propensión duradera a la duda y la vergüenza».<sup>23</sup>

La tercera fase, la que culmina en el dominio de un lenguaje sintácticamente elaborado, y que coincide con este dominio, focaliza una polaridad de iniciativa *versus* culpa. Es la fase de transición edípica que, a despecho de sus oscuridades y complejidades, se presenta como una fase de crisis universal en el desarrollo psicológico humano. En lo que concierne al cuerpo, se caracteriza por el dominio de una postura erecta y un movimiento ambulatorio en esa postura, y por la maduración de una genitalidad infantil. El potencial dramático de esta fase para el posterior desarrollo de la personalidad está dado por la conjunción de la demanda de reprimir el apego temprano a la madre (tanto en varones como en niñas), unida a las capacidades que pasan a formar parte de este proceso en tanto coincide con un gran salto adelante en destrezas lingüísticas. Es una fase de iniciativa porque consumir la transición edípica otorga al niño el gobierno interior necesario para aventurarse más allá de los confines inmediatos de la familia en relaciones con pares. Pero esto se adquiere a costa de una represión, que en ciertos individuos y ciertas circunstancias se paga con una atrofia bajo la forma de angustia nacida de culpa.

«Aquí, en efecto, el niño queda para siempre dividido en sí. Los fragmentos instintuales que antes habían potenciado el crecimiento de su cuerpo y su mente infantiles ahora quedan divididos en un conjunto infantil, que perpetúa la exuberancia de potenciales de crecimiento, y un conjunto parental, que sustenta y acrecienta la auto-observación, la conducción de sí y el auto-castigo».<sup>24</sup>

En conjunto, las tres fases representan un movimiento progresivo hacia la autonomía, que se debe entender como el fundamento de la capacidad para el registro reflexivo de una conducta. Pero «autonomía» no significa el apartamiento de los estímulos provocadores de angustia o de los modos de luchar con una angustia, en que consiste el sistema de seguridad de la personalidad adulta. Los componentes motivacionales de la personalidad infantil y de la adulta derivan de

una orientación generalizada a evitar angustia y preservar autoestima contra el «ser inundado» por vergüenza y culpa. Podemos suponer que los mecanismos del sistema de seguridad permanecen en un nivel inconsciente porque son pre-lingüísticos, por más que la fase edípica sea justamente la época en la que el niño aprende a constituirse como un «yo».

III Locomotor Genital			iniciativa <i>versus</i> culpa
II Muscular Anal		autonomía <i>versus</i> vergüenza, duda	
I Oral Sensorial	confianza básica <i>versus</i> desconfianza		
	1	2	3

Figura 3

La figura 3 indica que las fases sucesivas presuponen proporciones variables de independencia y dependencia, combinaciones de modos corporales y de mecanismos psicológicos. Si fuera cuestión de rastrear diferencias individuales, ello supondría recorrer con el pensamiento los casilleros vacíos, que se llenarían en la medida en que fijaciones infantiles o modos de regresión ejercieran un influjo general sobre la motivación de la conducta.

La investigación del desarrollo del niño señala con bastante fuerza que la formación de capacidades de acción autónoma se combina íntimamente con la comprensión de que los otros son agentes. Se pueden distinguir tres pasos principales en la formación de conceptos de obrar, que coinciden con las etapas expuestas por Erikson. Uno es el reconocimiento de lo que se ha denominado «obrar simple», a saber: que otros pueden intervenir causalmente en una secuencia de sucesos para modificar estos.<sup>25</sup> Que el infante tome conciencia de que su cuerpo es un lugar de acción se aúna a la atribución de cualidades semejantes a los cuerpos de otros. A edad muy temprana, infantes reaccionan de manera diferente en su interacción con otros «cuasi agentes», aunque los aspectos de la conducta de esos personajes a los cuales se responde son relativamente simples y deslindados.<sup>26</sup> Pero otros agentes siguen siendo tratados instrumentalmente, como un tipo especial de objeto del ambiente, y no tanto como seres físicamente separados del propio-ser, que puedan irse y regresar. La competencia emocional



asociada a la confianza parece íntimamente conectada a la comprensión cognitiva de un obrar como una propiedad de seres independientes. Pero propiedades específicamente «humanas», generalizadas a agentes humanos más que atribuidas a figuras parentales particulares, señalan una transición a una tercera etapa.

Vygotsky, entre otros, ha demostrado la relación íntima entre destrezas de locomoción (el dominio del cuerpo como un lugar de acción) y el dominio sintáctico del lenguaje. Su obra no parece responder «el problema de Chomsky» —¿cómo consigue el niño dominar, de manera relativamente repentina, la coordinación de estructuras sintácticas?—, pero aclara aspectos importantes de la asociación de obrar y habla. El uso del lenguaje, en forma diferenciada, nace de la expansión del «entendimiento práctico» del niño; en otras palabras: de aspectos precisos de una conciencia práctica.<sup>27</sup> El desarrollo de un «entendimiento práctico» se acelera —cabe sostener— a partir de la resolución de la tercera fase del esquema de Erikson, porque supone la exploración del cuerpo como un elemento de acción. Pero el surgimiento inicial de un «entendimiento práctico» data de los iniciales movimientos exploratorios del infante muy joven; el dominio de un habla sintáctica converge con el crecimiento de un dominio práctico en la fase clave del desarrollo. Sorprende la exactitud con que observaciones de Vygotsky sobre lo que un adulto consideraría una «disociación» entre habla y conducta se asemejan a las que hizo Merleau-Ponty en pacientes con lesión cerebral (véanse las págs. 99-101). Por ejemplo, un niño puede ser capaz de llevar a cabo una tarea muy compleja con la sola condición de expresar verbalmente cada movimiento al paso que se produce. Los niños, como muchos de los «enfermos mentales», no son desafectos a hablarse a sí mismos en público; fenómeno este que se debe distinguir del «habla egocéntrica» según la define Piaget.

Tras haberme basado abundantemente en Erikson, parece llegado el momento de aclarar que me apropio de algunas de sus ideas pero con estrictas limitaciones y reservas. Considero que los sectores menos interesantes del trabajo de Erikson son aquellos que probablemente le han dado más fama: los que atienden a la formación de una «identidad del yo» y a la importancia de etapas de desarrollo en la personalidad que se remontan hasta la adolescencia y más allá. Erikson critica las formulaciones de Freud sobre el «yo» y sus relaciones con la sociedad.<sup>28</sup> Se ve llevado a ello en parte por las insuficiencias sociológicas de esas formulaciones. Freud utilizó en sus escritos textos sociológicos muy inadecuados (como los debates contemporáneos sobre la psicología de las masas). Al mismo tiempo, el método psicoanalítico se basaba en historiales clínicos individuales. Entre lo uno y lo otro existe un amplio hiato. Ni Freud ni muchos de sus epígonos elabo-

raron un relato satisfactorio de una sociedad diferenciada; «el concepto de *organización* social y su valor para el yo individual» fue «dejado a un lado con reconocimientos condescendientes a la existencia de "factores sociales"». <sup>29</sup> El concepto del yo quedó entonces definido por Freud, según apunta Erikson, por relación a sus opuestos: la masa ajena a toda ley y los instintos primordiales del ello. En un intento de tomar en cuenta la batallada sensibilidad moral de los seres humanos, Freud introdujo el superyó o ideal del yo, pero entonces lo concibió ante todo como una carga que el yo debía soportar. Erikson quiere compensar esta orientación unilateral. En lugar de atender a lo que es negado al infante por una organización social, debemos interesarnos también por los beneficios que el niño extrae de ella y prestar mayor consideración al influjo de tipos diferenciados de organización social. La noción de identidad del yo de Erikson pretende complementar los conceptos psicoanalíticos en su definición tradicional. <sup>30</sup>

Estoy en gran medida de acuerdo con los comentarios de Erikson sobre Freud. Pero este de «identidad del yo» no es un término satisfactorio. Como ya indiqué, el término «yo» tiene a su cargo un excesivo trabajo conceptual en la teoría psicoanalítica. El de «identidad del yo» no hace sino agravar la confusión que ya existe. El propio Erikson admite que tiene por lo menos cuatro connotaciones. A veces denota un sentimiento «consciente» de identidad individual. También puede significar «un afán inconsciente de continuidad del carácter personal». Una tercera acepción es «un criterio para las operaciones silenciosas de una síntesis del yo». Y una cuarta, «mantenimiento de una solidaridad interior con los ideales y la identidad de un grupo». <sup>31</sup> Ninguna de estas acepciones separadas, se podría decir, es particularmente lúcida; y menos todavía lo es el concepto que las incluye a todas.

### *Rutinización y motivación*

En lugar de emplear el concepto de identidad del yo, en lo que sigue utilizaré ideas de Erikson sobre los orígenes y la naturaleza de autonomía corporal y confianza. Sostendré que un sentimiento de confianza en la continuidad del mundo de objetos así como en la trama de la actividad social tiene su origen en ciertas conexiones especificables entre el agente individual y los contextos sociales a través de los cuales ese agente se desenvuelve en el curso de una vida cotidiana. Si el sujeto no se puede aprehender salvo a través de la constitución reflexiva de actividades cotidianas en prácticas sociales, no podemos comprender la mecánica de personalidad si no consideramos las rutinas de vida cotidiana por las que el cuerpo pasa y que el agente produce y re-

produce. El concepto de *rutinización*, fundado en una conciencia práctica, es vital para la teoría de la estructuración. Una rutina es inherente tanto a la continuidad de la personalidad del agente, al paso que él anda por las sendas de actividades cotidianas, cuanto a las instituciones de la sociedad, que *son* tales sólo en virtud de su reproducción continuada. Un examen de la rutinización, según sostendré, nos proporciona una llave maestra para explicar las formas características de relación entre el sistema de seguridad básica, por un lado, y los procesos constituidos reflexivamente, inherentes al carácter episódico de encuentros, por el otro.

Podemos indagar la naturaleza psicológica de la rutina si consideramos los resultados de situaciones en que los modos establecidos de vida diaria consuetudinaria se ven radicalmente socavados o sacudidos, es decir: por el estudio de lo que podemos denominar «situaciones críticas». Existe un sentido en que situaciones críticas, para individuos específicos o conglomerados de individuos, se edifican ellas mismas en la regularidad de una vida social en virtud de la propia naturaleza de la intersección entre el proceso o «ciclo» de vida del individuo, la *duración* de una actividad, por un lado, y la *larga duración* de las instituciones, por el otro. Se trata de las crisis señaladas de manera regular por ritos de pasaje, que para el individuo comienzan con el nacimiento y terminan en la muerte. No obstante, puesto que forman parte intrínseca de la continuidad de una vida social, aun que para los individuos representen discontinuidades, esas situaciones suelen presentar a su vez un carácter claramente rutinizado.

Por «situaciones críticas» entiendo circunstancias de disjunción radical de un carácter impredecible que afecten a cantidades sustanciales de individuos, situaciones que amenacen o destruyan las certidumbres de rutinas institucionalizadas. Me intereso, en este punto, no en analizar los orígenes sociales de esas circunstancias, sino en sus consecuencias psicológicas y en lo que esas consecuencias indican sobre la generalidad de una vida social de rutina. Puesto que en otro lugar<sup>32</sup> he examinado con algún detalle situaciones críticas, aquí sólo mencionaré una: la famosa narración de un episodio absolutamente infame de la historia reciente. Me refiero a la exposición de Bettelheim en *The Informed Heart*, descripción y análisis de las experiencias del autor y de otros en Dachau y Buchenwald. En los campos, escribe, «vi (...) producirse cambios rápidos, y no sólo de conducta sino también de personalidad; cambios increíblemente más rápidos y a menudo mucho más radicales de los que produciría un tratamiento psicoanalítico».<sup>33</sup> La experiencia del campo de concentración no se definía sólo por el confinamiento sino también por un desarreglo extremo de formas acostumbradas de vida social, como resultado de condiciones de

existencia brutales, de una amenaza continua o una efectiva violencia ejercida por los guardias del campo, de la escasez de alimento y de otras provisiones elementales para el sustento de la vida.

Los cambios de personalidad descritos por Bettelheim —experimentados por todos los prisioneros internados en el campo durante algunos años— seguían una determinada secuencia de etapas. Esa secuencia era, a todas luces, regresiva. El proceso mismo de encarcelamiento inicial era traumático para la mayoría de los internados. Arrancados de su familia y sus amigos, por lo común con escaso o ningún aviso previo, muchos prisioneros eran sometidos a tortura durante su transporte a los campos. Los de origen profesional o de clase media, que en su mayoría no habían tenido antes contacto con la policía ni con el sistema carcelario, experimentaban la mayor dislocación en las etapas iniciales de transporte e «iniciación» en la vida del campo. Según Bettelheim, los suicidios producidos en la cárcel y el transporte se circunscribían sobre todo a este grupo. Pero la gran mayoría de nuevos prisioneros procuraba tomar distancia psicológica de las mortíferas presiones de la vida del campo y trataba de mantener los modos de conducta asociados con su vida previa. Pero esto, en la práctica, era imposible. La «iniciativa» que Erikson señala como núcleo de la autonomía humana de una acción se corroía con mucha rapidez; la Gestapo, deliberadamente hasta cierto punto, forzaba a los prisioneros a adoptar una conducta pueril.

«En su gran mayoría, los prisioneros pasaban por el campo sin ser azotados en público, pero la amenaza vociferada de que les darían de patadas en el trasero sonaba en sus oídos varias veces por día (. . .) Amenazas como estas, y también los denuestos que lanzaban contra los prisioneros tanto los SS como los capataces, se referían casi exclusivamente a la esfera anal. “Mierda” y “culo” eran insultos tan corrientes que era raro que llamaran a un prisionero de otro modo».<sup>34</sup>

Los guardias ejercían un control estricto pero deliberadamente errático sobre el cuarto de baño, tanto en el sentido de las excretas como de la limpieza en general. Todas estas actividades se realizaban en público. Los campos destruían virtualmente toda diferenciación entre regiones «anteriores» y «posteriores», y hacían de estas últimas, física y socialmente, una preocupación central de la vida del campo.

Bettelheim insiste particularmente en la general impredecibilidad de los sucesos en los campos. El sentimiento de autonomía de acción que los individuos tienen en las rutinas ordinarias de una vida cotidiana en escenarios sociales ortodoxos se desvanecía casi por completo. La sensación de «futuridad» en que de ordinario se desenvuelve

la duración de la vida social era destruida por el carácter manifiestamente contingente aun de la esperanza de que el día siguiente llegaría. Los prisioneros, en otras palabras, vivían en circunstancias de radical inseguridad ontológica: «las tareas sin sentido, la falta casi de tiempo para uno mismo, la imposibilidad de hacer proyectos a causa de los repentinos cambios en la conducción del campo, eso era lo profundamente destructivo».<sup>35</sup> Algunos prisioneros se convertían en «cadáveres andantes» (*Muselmänner*, se los llamaba) porque se sometían con fatalismo a lo que el futuro deparase. Ya no se comportaban como agentes humanos, evitaban mirar a los ojos a los demás, sólo hacían groseros movimientos con su cuerpo y arrastraban las piernas adonde iban. Estos hombres y mujeres morían pronto. Sólo pudieron sobrevivir prisioneros que conservaron alguna pequeña esfera de gobierno sobre su vida cotidiana, a la que todavía consideraban «propia». Preservaban, como dice Bettelheim, «el espinazo de una humanidad reducida pero aún presente». A pesar de ello, no conseguían evitar una serie de actitudes pueriles, una disminución muy marcada de su sentir temporal, de su aptitud de «proyectar», y volátiles oscilaciones del talante como respuesta a sucesos por completo triviales.

Todo esto que hemos dicho vale para la conducta de prisioneros que no habían permanecido más de un año en los campos (entre ellos, el propio Bettelheim). Los «prisioneros antiguos», que habían sobrevivido en los campos durante varios años, tenían una conducta diferente. Habían perdido por completo toda orientación en el mundo exterior, y por así decir se habían reconstruido como agentes por el recurso de integrarse en la vida del campo como partícipes de esos mismos rituales de degradación que habían sentido tan ofensivos cuando fueron prisioneros nuevos. En muchos casos eran incapaces de recordar nombres, lugares y sucesos de su vida anterior. El resultado final, observado en la mayoría de los prisioneros antiguos, aunque no en todos, era una personalidad reconstruida que se basaba en una identificación con los opresores mismos, los guardias del campo. Los prisioneros antiguos imitaban las actividades de sus captores, no sólo para granjearse el favor de ellos sino también, como indica Bettelheim, porque habían introyectado los valores normativos de los SS.

¿Cómo interpretaremos estos sucesos? La secuencia de etapas parece bien clara (aunque el propio Bettelheim no la enuncie así). La ruptura y el ataque deliberado sobre las rutinas ordinarias de la vida producen un alto grado de angustia, un «despojo» de las respuestas socializadas que se asocian con la seguridad del manejo del cuerpo y con un marco predecible de vida social. Ese brote de angustia se expresa en modos regresivos de conducta, que atacan los fundamentos del sistema de seguridad básica cuya raíz es una confianza manifestada

hacia otros. Los que están mal preparados para enfrentar estas presiones sucumben y se someten. Algunos consiguen sostener una esfera mínima de gobierno y autoestima que les permite sobrevivir durante un período más prolongado. Pero en fin, al menos en la mayoría de los prisioneros antiguos, ocurre un proceso de «resocialización» en el que se restablece una actitud de confianza (limitada y ambivalente en alto grado),<sup>36</sup> que incluye una identificación con figuras de autoridad. Esta secuencia de angustia acrecentada, regresión, a la que sigue una reconstrucción de pautas de acción ejemplares, se presenta en una serie de situaciones críticas en contextos por lo demás muy diferentes, como respuestas a verse en la línea de fuego en el campo de batalla durante períodos prolongados, a interrogatorios forzados y a la tortura en prisiones y a otras condiciones de apremio extremo.<sup>37</sup>

✧ En cambio, la vida social cotidiana —en mayor o menor medida, según el contexto y los azares de la personalidad individual— supone una seguridad ontológica fundada en una autonomía de gobierno corporal dentro de rutinas y encuentros predecibles. El carácter rutinizado de las sendas a lo largo de las cuales los individuos se mueven en el tiempo reversible de la vida diaria no «ocurre» casualmente. Se «lo hace ocurrir» por los modos de registro reflexivo de una acción que los individuos sostienen en circunstancias de copresencia. El «anegamiento» de modos habituales de actividad por una angustia que el sistema de seguridad básica no puede contener adecuadamente es un rasgo específico de situaciones críticas. En una vida social ordinaria, los actores tienen un interés motivado en el sustento de las formas de tacto y «reparación» que Goffman analiza con tanta agudeza. No obstante, esto no se debe a que la vida social sea una suerte de contrato de protección en que los individuos voluntariamente entraran, según Goffman propone sobre este punto. El tacto es un mecanismo por el que los agentes son capaces de producir las condiciones de «confianza» o seguridad ontológica dentro de las cuales se vuelve posible canalizar y administrar tensiones más primitivas. Por eso se puede afirmar que muchos de los rasgos específicos de un encuentro cotidiano no tienen motivación directa. Más bien existe un compromiso motivacional generalizado para el completamiento de prácticas habituales por un tiempo y un espacio.

### *Presencia, copresencia e integración social*

Las rutinas de vida cotidiana son fundamentales aun para las formas más elaboradas de organización societaria. En el curso de sus actividades diarias, los individuos se encuentran entre ellos en contextos

situados de interacción: una interacción con otros que están físicamente copresentes.

Las características sociales de una copresencia anclan en la espacialidad del cuerpo, en una orientación hacia otros y hacia el propio-ser viviente. Goffman puso mucho cuidado en analizar este fenómeno, en particular con respecto al «rostro», pero quizá las reflexiones más elocuentes sobre esta cuestión se encuentran en Merleau-Ponty. Empezaré considerando estas; nos conducen en derecha a las observaciones de Goffman. El cuerpo, señala Merleau-Ponty, no «ocupa» un espacio-tiempo exactamente en el mismo sentido que los objetos materiales. Lo expresa así: «El contorno de mi cuerpo es una frontera que las relaciones espaciales ordinarias no franquean».<sup>38</sup> Esto se debe a que el cuerpo, con la experiencia de un movimiento corporal, es el centro de formas de acción y percatación que realmente definen su unidad. Las relaciones espacio-temporales de presencia, centradas en el cuerpo, no tienen por eje una «espacialidad de posición», con palabras de Merleau-Ponty, sino una «espacialidad de situación». El «aquí» del cuerpo no designa una serie determinada de coordenadas sino la situación del cuerpo activo orientado hacia sus tareas. Es muy semejante a lo que afirma Heidegger: «si mi cuerpo puede ser una "forma" y si puede haber, frente a él, figuras destacadas sobre fondos indiferentes, esto le ocurre porque lo polarizan sus tareas, por su existencia para estas, por su repliegue sobre sí en la persecución de sus fines; la imagen corporal es en definitiva un modo de enunciar que mi cuerpo está-en-el-mundo».<sup>39</sup>

Las observaciones de Goldstein y otros sobre pacientes con lesiones cerebrales proporcionan una ilustración gráfica del porqué esto es así.<sup>40</sup> Algunos de estos individuos, en efecto, no son capaces de ejecutar movimientos que se abstraigan del medio visualmente presente. Una persona puede señalar una parte del cuerpo sólo si es capaz de vigilar el movimiento ejecutado y tocar de hecho esa parte del cuerpo. A partir de observaciones como estas, se vuelve evidente que «tocar» no es lo mismo que «señalar» aunque en apariencia ambos fenómenos sean «posicionales». La diferencia indica la importancia del espacio corporal como un campo matricial de acción habitual de una complejidad extrema. Si se pide al paciente con lesión cerebral que realice cierto movimiento del cuerpo, él adopta una posición general con todo su cuerpo para ejecutar la tarea. No se reduce, como el individuo normal, a un gesto mínimo. Así, si se le pide que salude, el paciente adopta una postura formal con todo el cuerpo; el individuo sólo consigue hacer el gesto si adopta la situación generalizada a que el movimiento corresponde. El individuo normal, en cambio, ve la situación como una prueba o un juego. Como dice Merleau-Ponty, él «usa el cuerpo

como un medio para actuar». <sup>41</sup> Es la dificultad del paciente la que nos hace ver mejor la unión ordinaria del cuerpo en la *duración* de la actividad. Porque el cuerpo opera, y su poseedor lo entiende como un «cuerpo», solamente en las contextualidades de la acción. La pregunta de Wittgenstein «¿Qué diferencia hay entre levantar mi brazo o que mi brazo se levante?» ha creado muchas dificultades, con prescindencia de aquello sobre lo cual él quiso llamar nuestra atención con su pregunta. En efecto, parece considerar canónico justamente el caso de una prueba o de una orden de juego; lo que llevaría a considerar equivocadamente que la teoría de la acción depende de contrastes entre «movimientos» y «acciones», como operaciones discretas, y no de la contextualidad espacio-temporal de una actividad corporal en el fluir de la conducta diaria.

× Esa actividad del cuerpo, en el fluir de una acción, está inmediatamente incluida en la seguridad ontológica o actitud de «confianza» en la continuidad del mundo y del propio-ser, envuelta en la *duración* de la vida cotidiana. × El paciente con lesión cerebral tiene que hacer un examen físico completo de un objeto antes de reconocerlo, por ejemplo, como una «llave». Individuos normales se empeñarían en parecida inspección de un objeto sólo en circunstancias insólitas, por ejemplo si en un juego de salón tuvieran razones precisas para suponer que unos objetos acaso no eran lo que parecían ser. La continuidad de la vida ordinaria sería imposible si intentáramos someter todos los objetos a esa inspección en detalle. A partir de esto vemos que la «cláusula etcétera» de Garfinkel no se aplica sólo al lenguaje o a la conversación sino también a actividades corporales en una relación física con el mundo externo. Todo esto a su vez se entrama de manera esencial con el tiempo y el sentimiento temporal. Cito otra vez a Merleau-Ponty:

«Mientras que en la persona normal cada acontecimiento motor o táctil hace elevar a la conciencia un haz de intenciones que van desde el cuerpo como centro de acción potencial o bien hacia el cuerpo mismo o bien hacia el objeto, en el caso del paciente, en cambio, la impresión táctil permanece opaca y cerrada (. . .) La persona normal *cuenta con* lo posible, que de este modo, sin abandonar su posición de posibilidad, adquiere una suerte de actualidad. En cambio, en el caso del paciente, el campo de lo actual se limita a aquello con que se tropieza en un contacto efectivo o a aquello que se relaciona con estos datos por una deducción explícita». <sup>42</sup>

El cuerpo, desde luego, no es una unidad indiferenciada. Lo que Gehlen denomina la postura «excéntrica» de los seres humanos —su posición erguida y «vuelta hacia afuera», hacia el mundo— es sin du-



da el resultado de una evolución biológica. No nos hace falta trasponer lo biológico en una forma presuntamente paralela de evolución social para ver las consecuencias de esto sobre procesos sociales humanos en circunstancias de copresencia. En los seres humanos, el rostro no es el mero origen físico próximo del habla sino el área dominante del cuerpo en cuyo ámbito se escriben los arcanos de experiencia, sentimiento e intención. En un sentido trivial pero muy significativo, el rostro en vínculos sociales humanos influye sobre la toma de distancia de individuos en circunstancias de copresencia. La postura «de cara» al otro o a los otros a quienes se aborda adquiere una importancia especial si la comparamos con la postura en la mayoría de las sociedades animales. El número de personas que puede participar directamente en encuentros cara-a-cara está por naturaleza limitado de manera estricta, salvo en aquellas situaciones en que un individuo o unos pocos individuos se dirigen a una multitud o a un auditorio que está frente a ellos. Pero esas circunstancias, desde luego, exigen que los miembros de la multitud o auditorio sacrifiquen su continuo contacto cara-a-cara entre sí. El primado del rostro como medio de expresión y de comunicación tiene consecuencias morales, de las que muchas son desmenzadas por Goffman con gran agudeza. Dar la espalda a otro mientras el otro habla es en la mayoría de las sociedades (¿quizás en todas?) un gesto de indiferencia o desdén. Además, la mayoría de las sociedades (¿todas?) se inclinan a discernir una similitud lingüística entre el rostro como término referido a la fisonomía y el rostro en tanto importa al mantenimiento de la autoestima. Sin duda existe una serie de culturas, como la cultura china tradicional o sectores de ella, que ponen una insistencia especial en la preservación de la cara en la mayoría de los escenarios. También es indudable que esto puede tener alguna relación con la famosa diferenciación establecida por Benedici y otros entre culturas de la «vergüenza» y de la «culpa», aun si esta diferenciación parece trazada con excesiva tosquedad. Pero aspectos del preservar y el «salvar» la cara son casi seguramente universales para toda una diversidad de contextos transculturales de encuentros sociales.

Los temas gemelos del control del cuerpo en campos de acción en copresencia y del influjo general del rostro son esenciales para los escritos de Goffman como un todo. ¿Cómo debemos entender el término «copresencia»? Según Goffman lo usa, y según también yo lo empleo aquí, la copresencia ancla en las modalidades perceptuales y comunicativas del cuerpo. Las que Goffman denomina «condiciones plenas de copresencia» se dan siempre que agentes «se sientan lo bastante cerca para ser percibidos en todo lo que hagan, incluida su vivencia de otros, y lo bastante cerca para ser percibidos en este sentir de ser percibidos». <sup>43</sup> Aunque las «condiciones plenas de copresencia» existen sólo

en un contacto inmediato entre los que están físicamente presentes, en la era moderna se vuelven posibles contactos mediatos que dan lugar a algunas de las intimidades de la copresencia gracias a las comunicaciones electrónicas, sobre todo el teléfono.<sup>44</sup> En sociedades contemporáneas, y con formatos diferentes en otras culturas, el espacio contenido en una habitación —con excepciones, como aquellas reuniones en que la casa entera quizá «se abra»— de ordinario define fronteras esperadas de copresencia. Desde luego, existen muchos «lugares públicos», calles donde se apiñan multitudes, etc., donde no existe un claro deslinde físico de las condiciones de copresencia.

### *Goffman: encuentros y rutinas*

Goffman se ha dedicado con tanta firmeza al análisis de las rutinas de la vida cotidiana que sus escritos no pueden menos que ofrecer muchos esclarecimientos sobre el carácter de una integración social. Antes que podamos elaborar con el mayor provecho estas visiones, tenemos que disipar varios malentendidos acerca de los escritos de Goffman. Se lo debe rescatar aquí del importuno abrazo de sus admiradores. Goffman suele ser visto como un observador original de la vida social, cuya sensibilidad para las sutilezas de lo que he denominado conciencia práctica y conciencia discursiva proviene más de una combinación de inteligencia aguda y estilo juguetón que de un abordaje sistemático de análisis social.<sup>45</sup> Esto es muy engañoso y es una de las razones por las que Goffman no ha sido reconocido en general como un teórico social de notable estatura. Debo decir, por mi parte, que los escritos de Goffman tienen un carácter muy sistemático, y en no pequeño grado es esto lo que les confiere su potencia intelectual. Otro malentendido, que el propio Goffman está lejos de haber disipado, es que sus escritos sólo tienen importancia para una variedad de «microsociología» que podría ser deslindada con nitidez de cuestiones «macrosociológicas». Un modo mucho más interesante de acercarse a las obras de Goffman es verlas empuñadas en trazar mapas de las intersecciones de presencia y ausencia en una interacción social. Los mecanismos de integración social y sistémica —para repetir esto una vez más— necesariamente se entrelazan entre sí. Los escritos de Goffman importan ciertamente para unos y otros, aun si él adoptó una postura de reserva frente a problemas de proceso o desarrollo institucional de largo plazo.

Por último, es frecuente suponer que no sólo los escritos de Goffman tienen su validez confinada a las sociedades contemporáneas, sino que directamente expresan aspectos de conducta que son pecu-

liarmente modernos y aun, en especial, norteamericanos. Así, Gouldner dice, refiriéndose a la obra de Goffman:

«se demora en lo episódico y ve la vida sólo según es vivida en una reducida circunferencia interpersonal, ahistórica y no-institucional, una existencia ajena a la historia y a la sociedad (. . .) [Ella] refleja al Nuevo Mundo, donde un estrato de la nueva clase media ya no cree que un trabajo duro sea meritorio o que el éxito acompañe a un empeño diligente. En este Nuevo Mundo existe un aguzado sentido para la irracionalidad del nexo entre rendimiento individual y magnitud de la recompensa, entre contribución efectiva y regulación social. Es el mundo de la estrella de Hollywood muy cotizada y del mercado de acciones cuyas cotizaciones guardan escasa relación con sus dividendos».<sup>46</sup>

Gouldner opone de manera explícita este punto de vista a lo que él denomina un abordaje «estructural», en detrimento del primero. El mundo social que Goffman retrata no sólo tiene una alta especificidad cultural sino que sólo atiende a lo transitorio, no a las formas institucionales duraderas que modelan la vida de la gente. No se puede decir que esta acusación llevada contra Goffman —en la medida en que se trate de una acusación— sea por completo injustificada. Pero también la crítica de Gouldner no hace sino revelar aquel dualismo cuya generalizada influencia en las ciencias sociales he apuntado ya. La fijeza de las formas institucionales no existe a despecho de los encuentros de la vida cotidiana, ni fuera de estos, sino que *está envuelta en esos encuentros mismos*.

La evanescencia de encuentros expresa la temporalidad de la *duración* de una vida diaria y el carácter contingente de toda estructuración. Pero Goffman establece un muy persuasivo sumario de la causa para sostener que el «desvanecimiento» inherente al orden sintagmático de la interacción social es consistente con una fijeza muy marcada de una forma en una reproducción social. Aunque él mismo en ninguna parte, que yo sepa, enuncia esta tesis, creo que sus escritos revelan aspectos de copresencia que se encuentran en todas las sociedades, por útiles que esos mismos escritos puedan ser para averiguar características novedosas de la época contemporánea. La obra de Goffman sostiene un espejo donde se miran muchos mundos, no sólo uno. Cuando aprovecho ideas formuladas en ella, sin embargo, no entiendo endosar todos los acentos puestos por Goffman.

Los escritos de Goffman componen un notable aporte a una indagación de los nexos entre conciencia discursiva y conciencia práctica en los contextos de encuentros. Pero él tiene poco para decir sobre lo

inconsciente y acaso hasta rechace la idea de que semejante fenómeno tenga alguna importancia en la vida social. Además, los análisis que Goffman hace de encuentros presuponen agentes motivados en lugar de investigar las fuentes de la motivación humana, de lo que se han quejado muchos de sus críticos. Es una carencia seria y una de las principales razones (la otra es un desinterés por procesos de transformación institucional de largo plazo) que prestan a la obra de Goffman cierto aspecto de «vacuidad». En efecto, ¿por qué los agentes cuyo registro reflexivo de su conducta se describe con tanta sutileza siguen precisamente esas rutinas? La pregunta se podría responder, hasta cierto punto, en caso de que los individuos retratados por Goffman se pintaran con sesgo voluntarista como agentes cínicos que se adaptaran a circunstancias sociales dadas de una manera puramente calculada y táctica. Pero aunque muchos han interpretado a Goffman en este sentido, no es esta la principal consecuencia que yo deseo extraer del terreno de estudio por él inaugurado. Es que poner de relieve la prevalencia del tacto en encuentros sociales, la reparación de malestares en la trama social, y el sostenimiento de una «confianza», más bien indica un interés predominante por la protección de una continuidad social, por la mecánica íntima de una reproducción social.

Goffman elabora una tipología de los perfiles de la interacción, y en lo que sigue emplearé varios de sus conceptos, modificándolos un poco. La serie de conceptos se puede establecer así:

[copresencia]	•
reuniones	•
ocasiones sociales	
interacción difusa	
interacción convergente:	encuentros (compromisos faciales)
	rutinas (episodios)

Reuniones denotan concursos de gente que se componen de dos o más personas en contextos de copresencia. Por el término «contexto» (Goffman prefiere el de «situación») entiendo aquellas «bandas» o «tiras» de espacio-tiempo dentro de las cuales ocurren encuentros. Quienquiera que entre en una de estas bandas de espacio-tiempo queda «disponible» para mudarse a esa reunión o de hecho puede constituir la si es de carácter diádico. Reuniones presupone el registro reflexivo *mutuo* de una conducta en copresencia y por medio de copresencia. La contextualidad de las reuniones es vital, en un sentido muy íntimo y esencial, para esos procesos de registro. El contexto incluye el

ambiente físico de interacción pero no es algo «en lo cual» meramente una interacción ocurra (véase la pág. 151). Aspectos de contexto, incluidos el orden temporal de gestos y habla, son utilizados como rutina por los actores para constituir una comunicación. Dificilmente se exageraría la importancia de esto para la formulación de un «significado» en gestos y en habla, como Garfinkel se ha esforzado más que nadie en elucidarlo.<sup>47</sup> Por ejemplo, los lingüistas han buscado con mucha frecuencia analizar problemas semánticos sea en los términos de la competencia lingüística «interna» de hablantes individuales sea por el examen de las propiedades de actos de habla aislados. Pero el «cierre de significado» de las terminologías polivalentes de un lenguaje usual consumado en un discurso sólo se aprehende si se estudia el ordenamiento contextual de conversaciones enteras.

Reuniones pueden tener una forma muy laxa y transitoria, como la del fugaz intercambio de «miradas amistosas» o saludos en un pasillo. Contextos más formalizados donde ocurran reuniones pueden denominarse ocasiones sociales. Las ocasiones sociales son reuniones que interesan a una pluralidad de individuos. Lo común es que estén bien deslindadas en tiempo y espacio, y a menudo emplean formas especiales de equipamiento fijo: ordenamientos formalizados de mesas y sillas, etc. Una ocasión social estipula el «contexto social estructurante» (la expresión es de Goffman) donde muchas reuniones «es esperable que se formen, se disuelvan y vuelvan a formarse, para las que una pauta de conducta se suele reconocer como la apropiada y (con frecuencia) la oficial e intentada».<sup>48</sup> Toda una variedad de aspectos rutinizados de vida diaria, como la jornada de trabajo en una fábrica u oficina, son de esta especie. Pero existen también muchas ocasiones sociales más irregulares, que incluyen tertulias, bailes, justas deportivas y una diversidad de otros ejemplos. Desde luego, un sector de espacio físico puede ser simultáneamente el asiento o la sede de varias ocasiones sociales, cada una de las cuales incluya múltiples reuniones. Pero las más de las veces existe una «ocasión social prevaleciente», con sanción normativa, a la que se espera que las demás se subordinen en un particular sector de espacio-tiempo.

Las características contextuales de reuniones, ocurran o no estas en ocasiones sociales, se pueden dividir en dos formas principales. Una interacción difusa alude a todos aquellos gestos y señales que pueden ser comunicados entre individuos por el mero hecho de su copresencia en un contexto específico. Las propiedades físicas del cuerpo y el alcance limitado de la postura del rostro son restricciones decisivas aquí. Pueden los actores tener una noticia generalizada de la presencia de otros, que sutilmente abarque una extensión espacial considerable y hasta incluya a los que *están* detrás de ellos. Pero estas «señales del

cuerpo» son muy difusas si se las compara con las que son posibles y se utilizan de manera sistemática en una interacción cara-a-cara. Una interacción convergente ocurre donde dos o más individuos coordinan sus actividades por medio de una intersección continuada de expresión facial y voz. Aunque los participantes registren una infinidad de otras cosas que ocurren en la reunión amplia, una interacción convergente introduce en alguna medida un cercamiento de los que participan respecto de otros que están copresentes. Una unidad de interacción convergente es un compromiso facial o un encuentro. Los encuentros son el hilo conductor de una interacción social, la sucesión de compromisos con otros, ordenada dentro del ciclo de actividad diaria. Aunque Goffman no lo incluya formalmente en su plan de conceptos, considero muy importante destacar el hecho de que los encuentros ocurren en general como rutinas. Es decir: los que desde el ángulo del momento fugitivo pudieran parecer intercambios breves y triviales adquieren mucha más sustancia si se los ve como inherentes a la naturaleza iterativa de una vida social. La rutinización de encuentros tiene importancia rectora para ligar el encuentro fugaz a una reproducción social y, por lo tanto, a la aparente «fijeza» de instituciones.

He definido integración social como sistemidad en circunstancias de copresencia. Varios fenómenos se insinúan como los que convienen de manera más inmediata a la constitución de una integración social así definida. En primer lugar, para aprehender la conexión de unos encuentros con una reproducción social que se extienda en tiempo y espacio, debemos destacar que los encuentros se forman y re-forman en la *duración*: de una existencia diaria. En segundo lugar, debemos tratar de individualizar los principales mecanismos de la dualidad de estructura en virtud de los cuales unos encuentros se organizan en las intersecciones de conciencia práctica y conciencia discursiva, y por medio de esas intersecciones. Esto se debe explicar a su vez en los términos tanto del gobierno del cuerpo como de la observancia de reglas o convenciones. En tercer lugar, encuentros se mantienen sobre todo por medio de *habla*, por medio de una conversación cotidiana. Cuando se analiza la comunicación de significado en una interacción con empleo de esquemas de comprensión, se debe tomar con mucha seriedad el fenómeno del habla en tanto incluido constitutivamente en los encuentros. Por último, es preciso examinar la organización contextual de encuentros, porque la movilización de un espacio-tiempo es la «raigambre» de todos los elementos antes citados. Empezaré esta última tarea en los términos de varias nociones básicas, las de «disponibilidad de presencia», «sede» y la relación de «cercamiento/exposición». Pero no examino estos últimos tres conceptos en el presente capítulo, sino que pospongo su consideración para después.

## Serialidad

Encuentros son fenómenos secuenciados que se interpolan en la serialidad de una vida cotidiana, pero que le dan forma. Las propiedades sistemáticas de encuentros se pueden remontar hasta dos características principales: abrir y cerrar, y tomar turnos. Ahora las consideraré brevemente. La *duración* de la vida cotidiana, tal como la vive cada individuo, es un fluir continuo de actividad sólo interrumpido (aunque regularmente) por la pasividad relativa del dormir. La *duración* de la actividad puede ser «puesta entre paréntesis» o «segmentada conceptualmente» —como afirma Schutz— por un momento reflexivo de atención del sujeto. Esto es lo que sucede cuando alguien es invitado por otro a citar «una razón» o «razones» para ciertos aspectos de su actividad, o, en general, a explicarlos. Pero la *duración* de una vida diaria también es «puesta entre paréntesis» por la apertura y el cierre de encuentros. Con palabras de Goffman: «Se puede hablar, entonces, de abrir y cerrar paréntesis temporales y paréntesis espaciales que deslindan». <sup>49</sup> Aficionado como lo es a metáforas tomadas de la dramaturgia y a analogías, Goffman cita a modo de ejemplo los artificios que se emplean para abrir y cerrar espectáculos teatrales. Para señalar la iniciación de una pieza teatral, suena una campana, se amortiguan las luces y se levanta el telón. Cuando concluye, las luces de la sala se encienden de nuevo al tiempo que baja el telón. La mayoría de las ocasiones sociales usan algún artificio como señal formal de apertura y cierre; esta es una característica de ocasiones rituales en culturas tradicionales, pero también en una diversidad de ocasiones sociales más seculares típicas de sociedades contemporáneas. La puesta entre paréntesis de las ceremonias de iniciación, por ejemplo, marca de manera ejemplar un cambio dramático en el estilo de conducta en el marco de la ocasión; en cierto modo, los marcadores señalan el paso de lo profano a lo sagrado. Caillois ha mostrado en este sentido los paralelismos entre las esferas de religión y «juego», así como los influjos históricos directos entre ellas. <sup>50</sup>

Se puede arriesgar la conjetura de que actores cotidianos darán particular importancia a marcadores de paréntesis cuando las actividades que ocurren durante el encuentro, o con una ocasión social, son miradas por los participantes como algo que diverge mucho de las expectativas normales de la vida cotidiana. Goffman ofrece el siguiente ejemplo. En un examen médico del cuerpo desnudo, o en el dibujo del mismo objeto en una clase de arte, el individuo no suele despojarse de su ropa delante de otro u otros, ni se vuelve a vestir en su presencia a la conclusión del encuentro. Desvestirse y vestirse en privado hace que el cuerpo se exhiba y se oculte de repente; lo uno y lo otro marcan

las fronteras del episodio y comunican que las acciones se mantienen apartadas de connotaciones sexuales u otras que de lo contrario se vería en ellas. Esto forma parte de lo que Goffman denomina la «sintonización» de encuentros e indica una conexión estrecha con discusiones de Wittgenstein sobre el entretreimiento de formas de vida. La ocurrencia de encuentros, marcados y provistos de un definido «tinte» o «ethos» social, remite a transformaciones de una multiplicidad de episodios en «tipos» divergentes.

«Nosotros (y un número considerable de “ellos”) tenemos la capacidad e inclinación de usar una actividad concreta, real —una actividad que posea sentido en sí misma—, como un modelo para señalar transformaciones destinadas a diversión, decepción, experimento, ensayo, sueño, fantasía, ritual, demostración, análisis y caridad. Estas sombras vivas de sucesos entran en la máquina del mundo corriente pero no exactamente de la manera inmediata que es propia de la actividad literal ordinaria». <sup>51</sup>

La mayoría de los encuentros que forman parte de la serialidad de la vida social ocurren o bien afuera (en un espacio-tiempo) o bien contra el fondo de las reuniones celebradas con ocasiones sociales. Compromisos faciales en muchos de estos contextos no determinan cercamientos claros que deslinden la interacción de los no participantes. En tales circunstancias, el registro reflexivo del cuerpo, de gestos y posturas, se usa por lo general para producir una «clausura de un compromiso convencional». <sup>52</sup> Es decir, una «barrera» sancionada normativamente separa a los comprometidos en el encuentro de otros que están presentes. Es un trabajo de colaboración en el que quienes participan en el compromiso facial y los circunstantes —a menudo, por supuesto, empeñados en sus propios compromisos con otros asistentes— mantienen una especie de «inatención cortés» entre ellos. Goffman indica varios modos en los que se puede consumir y en los que se puede dislocar esto. Como en todas las áreas del registro mutuo de una interacción, hay características de una complejidad extraordinaria hasta para manifestar «inatención». Así, por lo común se espera de los circunstantes que no sólo no aprovechen una situación de proximidad de presencia que les permitiría observar lo que ocurre en otros compromisos faciales, sino que también demuestren activamente inatención. Esto puede ser problemático. Porque si la inatención es demasiado estudiada, el efecto puede ser el de sugerir que el individuo, en realidad, está espionando.

Toda suerte de complicaciones de estos fenómenos es posible. Pueden existir muchas circunstancias en las que un individuo esté



interesado en escuchar el contenido de un encuentro y simule inatención de manera muy deliberada. Pero esto corre el riesgo de que se note a causa de una artificialidad de postura o por una cantidad de otros rasgos que pueden denunciar lo que ocurre. No se debe extraer de esto la conclusión — como se inclinaron a hacerlo muchos intérpretes de Goffman — de que en su mayor parte estas complejidades maravillosamente sutiles de la interacción sean estudiadas o supongan una manipulación cínica. Lo contrario es cierto. En las destrezas de interacción que los actores revelan en la producción y reproducción de encuentros, lo notable es su anclaje en una conciencia práctica. Más tacto que cinismo es inherente a la estructuración de encuentros. Mientras que el contenido de lo que se considera «muestra de tacto» puede variar ampliamente, es imposible cuestionar la importancia del tacto en sociedades o culturas que en otros aspectos son muy diferentes. El tacto — un acuerdo conceptual latente entre quienes participan en contextos de interacción — parece ser el principal mecanismo que sustenta una «confianza» o seguridad ontológica por largos recorridos de espacio-tiempo. El tacto con el que se mantiene el cercamiento de un compromiso convencional se revela con claridad en circunstancias que amenacen fracturar ese cercamiento. Así, en espacios muy reducidos, como ascensores, es virtualmente imposible mantener una postura de no escuchar. En la sociedad anglo-norteamericana, al menos, lo usual en tal situación es suspender la comunicación, quizá con un mero comentario al pasar que indique que un encuentro no se interrumpe sino que se suspende. De manera similar, si tres personas convierten y una es interrumpida por un llamado telefónico, las otras no pueden fingir una inatención completa y acaso prosigan una conversación vacilante, entrecortada.<sup>53</sup> Contextos de encuentros semejantes a estos pueden expresar directamente asimetrías de poder. De este modo, si, por ejemplo, dos individuos en un ascensor siguen adelante con su conversación sin importarles estar rodeados por la estrechísima proximidad de otros, es muy posible que manifiesten así a los que son sus subordinados o inferiores su indiferencia a mantener una inatención cortés en ese contexto. No obstante, acaso dejen traslucir de todos modos cierta preocupación por desviarse de una norma que se observaría de ordinario, y entonces hablen en voz más alta que en otras circunstancias.

Los encuentros suponen «tomar distancia» por lo que toca tanto a la posición de los cuerpos en relación unos con otros, dentro y fuera de la región del compromiso facial, cuanto a la toma de distancia serial para contribuciones al encuentro en los términos de una serialidad u observancia de turnos. Una toma de distancia colaborativa dentro de sedes es desde luego importante para la puesta entre paréntesis de

encuentros (y, como después procuraré indicar, está sujeta a lo que Hågerstrand denomina «restricciones de superposición» y «restricciones de envase»). Las sanciones normativas generalizadas que influyen sobre la proximidad aceptable de individuos en lugares públicos varía mucho entre las diversas culturas, como varían las sanciones que recaen sobre los límites de un contacto corporal aceptable entre personas en diversos contextos.<sup>54</sup> Pero un tomar distancia sólo se puede organizar con eficacia en los límites de una «charla cómoda» —no tan apartados los participantes que deban gritar, y no tan próximos que no se puedan observar las señales ordinarias de expresión facial que ayudan a registrar la sinceridad y autenticidad de lo que se dice—. Compromisos faciales, cuando otros están copresentes, se llevan adelante casi siempre dando un poco la espalda a quienes no intervienen en el compromiso, y la disposición de los cuerpos es tal que no exista barrera física al libre intercambio de miradas o contacto visual. Puede resultar difícil lograr esto en situaciones de apiñamiento en las que hay mucho movimiento, como en una tertulia o en un tren lleno de gente. En esos contextos se puede producir un relajamiento transitorio de las sanciones que de ordinario pesan sobre la excesiva movilidad de los miembros. Es por entero aceptable que una persona haga bailotear su cuerpo en esta situación si al mismo tiempo es claro para otros que lo hace para mantener contacto visual en un compromiso donde la postura de otros amenaza bloquear la visión. Esos movimientos se pueden llevar adelante de una manera exagerada, en realidad, para indicar a otros que el actor los hace consciente de que en una circunstancia ordinaria ese movimiento del cuerpo se consideraría fuera de lugar.

La observancia de turnos en encuentros ha sido muy estudiada por autores de orientación etnometodológica.<sup>55</sup> A menudo se desdeñó su obra por trivial. Pero es una apreciación harto miope. Porque la observancia de turnos arraiga en las propiedades más generales del cuerpo humano y por lo tanto expresa aspectos fundamentales de la naturaleza de una interacción. Además, el observar turnos es un rasgo importante del carácter serial de la vida social, y en consecuencia guarda relación con el carácter global de una reproducción social. Observar turnos es una forma de «restricción de superposición», que deriva del hecho simple pero elemental de que el principal medio comunicativo de los seres humanos en situaciones de copresencia —el habla— es un medio «de orden único». Un habla se despliega sintagmáticamente en el fluir de la *duración* de una interacción, y puesto que puede hablar una sola persona por vez si es que se ha de realizar una intención comunicativa, los aportes a encuentros son inevitablemente seriales. Se debe decir que el estudio empírico de conversaciones muestra que su forma es mucho menos simétrica de lo que se pudiera suponer. La ad-

ministración de los turnos rara vez sucede de manera que los participantes concluyan sentencias. Hay una plétora de fenómenos de vacilación; los hablantes se cuelan en lo que el otro dice, de suerte que no existe división clara en la observancia de turnos, etcétera.<sup>56</sup>

La observancia de turnos se puede aplicar a la serialidad de encuentros así como a la interacción entre agentes en encuentros, y también se puede conectar estrechamente con diferenciales de poder. Todas las organizaciones incluyen la coordinación de una interacción en flujos de relaciones espacio-temporales «canalizados» por sedes y contextos establecidos (véanse las págs. 151 y sigs.). Así, el proceso de organizar audiencias en la vida cotidiana del tribunal tiene un carácter serial formalizado; con arreglo a este, se atiende un caso, que es puesto entre paréntesis como una ocasión social definida, mientras las partes interesadas en el caso que sigue esperan su turno en la sala de espera contigua. Hay muchísimos ejemplos similares en sociedades que presentan un amplio distanciamiento espacio-temporal. El examen de la serialidad por Sartre guarda conexión directa en este punto con las aparentes trivialidades de la observancia de turnos en una conversación. Sartre indica que un ejemplo trivial de serialidad, la coia para tomar un ómnibus, se puede usar para demostrar la mutua conjunción de relaciones espacio-temporales de presencia y de ausencia:

«esas personas distintas formar un grupo en tanto que permanecen todas de pie en el mismo refugio que las protege del tránsito que pasa por la calle, en tanto que se agrupan en torno de la misma parada de ómnibus, etc. (. . .) Son todas, o casi todas, obreras, y usuarias regulares del servicio de ómnibus; conocen los horarios y la frecuencia de los ómnibus; y por lo tanto todas esperan el mismo ómnibus: por ejemplo, el de las 7:49. Este objeto, en la medida en que dependen de él (retrasos, desperfectos, accidentes), está en su interés presente. Pero este interés presente — puesto que todas viven en el distrito— remite a estructuras más plenas y profundas de su interés general: mejora del transporte público, congelamiento del precio del pasaje, etc. El ómnibus que esperan las une, porque es el interés de ellas como individuos que esta mañana tienen ocupaciones en la margen derecha; pero, en tanto es el de las 7:49, es su interés como poseedoras de abono; todo está temporalizado: el viajero se reconoce como un residente (es decir, se ve remitido a los cinco o diez años anteriores), y así el ómnibus pasa a caracterizarse por su eterno retorno cotidiano (es de hecho exactamente el mismo ómnibus, con el mismo conductor y el mismo guarda). El objeto cobra una estructura que desborda su pura existencia inerte; como tal adquiere un futuro y un pasado pasivos, y esto hace que aparezca ante los pasajeros como un fragmento (insignificante) de su destino».<sup>57</sup>

## *Habla, reflexividad*

Los más expresivos aportes de Goffman para entender el mantenimiento y la reproducción de encuentros son los que conciernen a la relación entre el gobierno reflexivo del cuerpo —o sea, el auto-registro reflexivo de gesto, movimiento corporal y postura— y la coordinación mutua de una interacción por el tacto y el respeto de las necesidades y demandas de otros. La prevalencia del tacto, la confianza o la seguridad ontológica se consuma y sostiene en virtud de un asombroso espectro de destrezas que los agentes despliegan en la producción y reproducción de una interacción. Esas destrezas se fundan sobre todo en el gobierno, regulado normativamente, de los que pudieran parecer, aun más que la observancia de turnos, los detalles más tenues, más insignificantes del movimiento o la expresión del cuerpo. Esto se pone de manifiesto enseguida cuando esos detalles faltan o están comprometidos, de un modo genérico en los «enfermos mentales», y de un modo transitorio, en los deslices o lapsus corporales y verbales.

Para Goffman, «enfermedades mentales», aun en las formas más graves de «perturbación psicótica», se ejemplifican sobre todo en una incapacidad, o una renuencia, de aceptar la diversidad de formas menudas (aunque de ningún modo triviales) de registro de movimientos y gestos corporales que son el núcleo normativo de una interacción cotidiana. La locura es un conglomerado de «incorrecciones situacionales». <sup>58</sup> Una conducta psicótica diverge del ordenamiento público de relaciones espacio-temporales a través del cuerpo y sus elementos, o choca activamente con ese ordenamiento por el que los seres humanos «se entienden entre sí» en circunstancias de copresencia. Los «enfermos mentales» no se atienen al gobierno del cuerpo en extremo riguroso (y continuo) que se exige de «individuos normales»; no respetan los secretos de las fórmulas que rigen la constitución, el mantenimiento, la interrupción o la suspensión de encuentros, y fracasan en respetar las variadas formas de tacto que sustentan la «confianza». <sup>59</sup> Muy rara vez se espera que los individuos estén «sólo» copresentes en reuniones, y nunca se les permite estar presentes de ese modo en encuentros. El registro reflexivo de una acción, en contextos de copresencia, requiere una especie de «alerta controlada»: según lo dice Goffman, los actores tienen que «manifestar presencia». Exactamente es esto lo que no hacen muchos «pacientes mentales», desde aquellos que se encuentran en un estado de evidente estupor catatónico hasta los que muestran un movimiento mecánico, como si los impeliera alguna fuerza, en lugar de ser simples agentes humanos. <sup>60</sup>

La mostración de presencia adopta formas de engaño deliberado pero tiene su innegable paradigma en primer lugar y ante todo en una

conciencia práctica. Considérense la apariencia personal y las marcas visibles de la vestimenta y el adorno del cuerpo. La preocupación por la apariencia se manifiesta, por ejemplo, en el cuidado con que un individuo selecciona y ordena tipos de ropa o de adornos con miras a su participación en contextos particulares de actividad. Pero sería muy engañoso suponer que ese cuidado es el modo prototípico de sustentar un idioma corporal. Más básico, más complejo, es el registro habitual del arreglo del vestido, en relación con la postura corporal, en presencia de otros. Así, «pacientes mentales» acaso se sienten desmayadamente, con su ropa desordenada o arrugada; las mujeres pueden no observar la expectativa usual en las sociedades occidentales de mantener las piernas juntas si usan faldas, etc. Existe una diferencia fundamental entre bohemios o vagabundos que se mofan de las convenciones de la sociedad general en sus modos de vestir y en otras conductas, y los «enfermos mentales». Porque las expectativas normativas donde tiene raigambre el gobierno del cuerpo y de la apariencia no atañen sólo a los aperos de ornato ni a los parámetros gruesos de una conducta motora sino, precisamente, a ese tipo de «gobierno sostenido» que es «portador» de acción y que simultáneamente la atestigua.

Que ese auto-registro habitual no deja de ser exigente lo indica la importancia general de las «regiones posteriores» —que encontramos, en contextos variables, en todas las sociedades— donde se puede relajar en cierta medida el gobierno de la postura corporal, del gesto y el atuendo. Pero un individuo acaso mantenga presentabilidad aunque esté solo. Porque alguien a quien inadvertidamente se descubre «desarreglado» entrega, a otros, aspectos de sí que quizá sólo sean visibles en esos momentos.<sup>61</sup> La cuestión está en que «ser visto como un agente apto» es intrínseco a lo que es obrar, y en que los motivos que promueven y refuerzan esta conexión en tanto es inherente a la reproducción de prácticas sociales son *los mismos* que ordenan esa reproducción como tal. El carácter fuertemente sancionado de estos fenómenos queda bien expuesto en las observaciones que siguen:

«Idioma corporal, entonces, es discurso convencionalizado. Tenemos que comprender que es, además, un discurso normativo. O sea, existe de manera general una obligación de transmitir cierta información cuando se está en presencia de otros y una obligación de no transmitir otras impresiones (. . .) Aunque un individuo pueda dejar de hablar, no puede dejar de comunicar a través de un idioma corporal (. . .) Paradójicamente, el modo en que puede dar la menor información sobre sí mismo —aunque siga siendo apreciable— es ajustarse a lo que se espera de personas de su clase y actuar de ese modo».<sup>62</sup>

Muchos «pacientes mentales» tienen dificultades con las normas asociadas a la apertura y el cierre de encuentros, o se burlan de ellas. Así, una persona en la sala de un asilo acaso retenga a un miembro del equipo en un encuentro, a despecho de todas las indicaciones que este pueda haber dado en el sentido de que desea ir a otra parte. Quizás el paciente persiga al otro de cerca, no importa cuán rápido camine esa persona, y entonces trate de acompañar al funcionario que sale por la puerta al final de la sala, por más que se trate de un pabellón con prohibición de paso. En ese momento puede ocurrir que el miembro del equipo deba impedir físicamente al paciente que lo siga, quizá desprendiéndose del abrazo del otro. Estos sucesos, que son rasgos característicos de la vida diaria en los pabellones, suelen contrariar el supuesto de una comunidad general de intereses que los miembros del equipo de ordinario desean fomentar. La partida final precipitada del miembro del equipo ejemplifica circunstancias que, en el mundo de afuera, suelen ocurrir sólo cuando el individuo que intenta alejarse de esa manera manifiesta el rechazo de un fuerte lazo moral —p.ej., una relación de amor— al que se aferra el perseguidor. Desde luego que esa connotación no se pierde necesariamente en el caso del «paciente mental» en el pabellón de un hospital. Más aún: muchos elementos de encuentros entre el sano y el loco, en apariencia extravagantes, parecen representar «experimentos» que este último lleva a cabo con los marcos usuales de encuentros. Quizá corresponda ver en los «esquizofrénicos», como dice Laing, a personas que toman en serio, en el nivel de una conciencia práctica y en su conducta efectiva, algunas de las cuestiones que los filósofos plantean por vía de hipótesis en la soledad de su gabinete. Ellos en efecto rumian soluciones heterodoxas, y construyen sus actividades en torno de estas, para problemas tales como «¿En qué sentido soy una persona?», «¿El mundo existe sólo en tanto lo percibo?», etc.<sup>63</sup> Pero la mayoría de las «actividades experimentales» del loco, significativamente, se relacionan con las señales y las sanciones normativas asociadas con las complejidades del control corporal en la inmediatez de los encuentros. Los «experimentos con la confianza», de Garfinkel, reproducen algunos de los chirriantes sentimientos de desasosiego que experimentan individuos «normales» cuando son puestas en cuestión las rutinas de una vida diaria.<sup>64</sup>

Muchas de estas consideraciones se aplican al habla en su condición de elemento discursivo de una intención comunicativa en contextos de copresencia. El examen de los «gritos de respuesta» (formas de proferencia que no son habla) puede proporcionar una transición conveniente al estudio del habla. Esos gritos demuestran una vez más que las características que pudieran parecer por entero triviales y totalmente «espontáneas» de una conducta humana son de estricta obser-

vancia normativa. Los gritos de respuesta trasgreden las prohibiciones normativas de hablarse a sí mismo en público. Consideremos «¡Ohop!». <sup>65</sup> Se podría ver en «¡Ohop!» un puro reflejo, una respuesta mecánica como la de parpadear alguien cuando otro agita bruscamente una mano hacia su cara. Pero esta reacción en apariencia involuntaria admite un análisis detallado en los términos de la acción y del cuerpo. Cuando alguien exclama «¡Ohop!» en el momento en que algo se le cae o en que tropieza con algo, a primera vista pudiera parecer que el sonido advierte sobre una pérdida de control, con lo que atrae la atención hacia una inferencia que la persona desearía evitar: una dislocación en las formas rutinarias de un control que es indicio de una acción registrada reflexivamente. Pero de hecho la exclamación muestra a otros que el suceso en cuestión es un mero accidente del que no se puede considerar responsable al individuo. «¡Ohop!» es empleado por el agente para manifestar que la torpeza es sólo eso, un suceso momentáneo y contingente, en lugar de ser una manifestación o de una incompetencia más generalizada o de alguna opaca intención. Pero esto encubre además toda una serie de sutiles matices y posibilidades. Así, por ejemplo, «¡Ohop!» se usa —y se sabe que se usa— sólo en situaciones de fracaso sin importancia y no en aquellas de calamidad seria. En consecuencia, «¡Ohop!», por espontáneo e inmediato que pueda ser, expresa cuidado y atención hacia las consecuencias del suceso repentino y así indica una competencia general que prevalece sobre lo que con ello se presenta como un mero desliz sin importancia.

Y hay más. «¡Ohop!» se puede interpretar como una advertencia para otros. Hay una posibilidad de percance en el *medio* de copresencia, y otros de la vecindad harían bien en tener cuidado. Cuando alguien tiene un contratiempo menor, la exclamación «¡Ohop!» acaso sea producida por un participante y no por el individuo que lo experimenta. El «¡Ohop!» quizá suene a advertencia para el otro, y a la vez comunique la seguridad de que el desliz no hará que el observador considere comprometida la competencia del otro como agente responsable. «¡Ohop!» es por lo común un sonido breve. Pero el «oho» que contiene puede ser más prolongado en ciertas situaciones. Así, alguien puede alargar el sonido para cubrir una parte de una tarea o empresa en la que se deba superar un particular momento de peligro para su consecución. O un padre acaso profiera un largo «¡Ohop!» u «¡Ohoplalá!» si, jugando, lanza a un niño por el aire, donde el sonido cubra la fase en que el niño acaso experimente una pérdida de control, para tranquilizarlo y también quizá para contribuir a promover una incipiente comprensión de la naturaleza de los gritos de respuesta. <sup>66</sup>

«¡Ohop!» no resulta entonces tan distante del habla como se pudo suponer inicialmente, porque participa de ese mismo carácter público

de una comunicación, en intersección con prácticas, que Wittgenstein individualiza como la base del uso de la lengua. A la luz de la discusión llevada en este capítulo, debe de ser claro que el carácter deíctico del lenguaje ordinario no es un «problema» ni para los hablantes legos ni para el análisis filosófico. «Deicticidad» significa «contextualidad»: la contextualidad del habla, como la contextualidad de la postura, el gesto y el movimiento corporales, es la base sobre la que esos fenómenos se coordinan como encuentros que se extienden en un espacio-tiempo. El habla es un aspecto intrínseco de casi todos los encuentros y también presenta similitudes de forma sistémica. El habla de ordinario se manifiesta como conversación. «Conversación» admite plural, indicativo de que conversaciones son episodios que tienen comienzos y fines en un espacio tiempo. Normas de habla no sólo son inherentes a lo que se dice, a la forma sintáctica y semántica de las preferencias, sino también a las ocasiones rutinizadas de habla. Conversaciones, o unidades de habla, incluyen artificios estandarizados de apertura y cierre, así como artificios para garantizar y exhibir las credenciales de hablantes, que les dan el derecho de contribuir al diálogo. La misma expresión «poner entre paréntesis» representa una inserción normalizada de fronteras en la escritura. Quiero dar a Goffman la última palabra en el paréntesis que constituye esta sección. ¿Qué es habla, vista interaccionalmente? «Es un ejemplo de aquel ordenamiento por el cual individuos coinciden y sustentan causas por tener un derecho ratificado, conjunto, actual y corriente a la atención, un derecho que los aloja juntos en una especie de mundo mental, intersubjetivo».<sup>67</sup>

### *Postura*

Sistemas sociales —he señalado— se organizan como prácticas sociales regularizadas, sustentadas en encuentros dispersos por un espacio-tiempo. Ahora bien, los actores cuya conducta constituye esas prácticas tienen «postura». Todos los actores tienen «postura» o están «situados» en un espacio-tiempo, y viven a lo largo de lo que Hägerstrand denomina sus sendas espacio-temporales, y también tienen postura en un orden relacional, como lo indica la expresión misma «posición social». Sistemas sociales sólo existen en la continuidad de prácticas sociales que se extinguen en el tiempo, y a través de estas. Pero algunas de sus propiedades estructurales se caracterizan mejor como relaciones «de práctica-posición».<sup>68</sup> Las posiciones sociales están constituidas estructuralmente como intersecciones específicas de significación, dominación y legitimación, lo cual atañe a la clasificación



de los agentes. Una posición social incluye la especificación de una «identidad» definida dentro de una red de relaciones sociales, aunque esa identidad es una «categoría» a la que corresponde un particular espectro de sanciones normativas.

Desde Linton, el concepto de posición social se asocia de ordinario con el de rol, y este último ha merecido mucho más debate y análisis que el primero.<sup>69</sup> No me propongo reseñar ese debate, sino sólo expresar algunas reservas sobre la noción de rol. El concepto se relaciona con dos maneras de ver en apariencia opuestas, y tengo algún reparo que hacer a ambas. Una es la de Parsons, en cuya teoría el rol es fundamental como el punto de conexión entre motivación, expectativas normativas y «valores». Esta versión del concepto de rol, para ser aceptable, está demasiado estrechamente unida con el teorema parsonsiano de que la de integración societaria nace de un «consenso valorativo». La otra es el punto de vista teatral cultivado por Goffman, sobre el cual diremos más en el próximo capítulo; es que aquí tocamos los límites de sus opiniones. Estas dos concepciones pudieran parecer contrarias entre sí, pero de hecho presentan una precisa afinidad. Las dos propenden a destacar el carácter «dado» de los roles, y por lo tanto coinciden en expresar el dualismo de acción y estructura característico de tantos dominios de teoría social. El guión está escrito, el escenario está montado y los actores se desempeñan lo mejor que pueden con los papeles preparados para ellos. Rechazar estas concepciones no lleva a desechar por completo el concepto de rol, pero lleva a mirar la «postura» de los actores como una idea más importante. Con propósitos de definición, adoptaré la formulación que expuse en una obra anterior. Una posición social se puede considerar como «una identidad social que lleva consigo cierto espectro (por difusa que su especificación sea) de prerrogativas y obligaciones que un actor a quien se concede esa identidad (o que es un «depositario» de esa posición) puede activar o poner en práctica: esas prerrogativas y obligaciones constituyen las prescripciones de rol asociadas a esa posición».<sup>70</sup>

«Posición» se entiende mejor como «postura», con atribución de una rica veta de sentidos al segundo de estos términos que propongo. Los actores siempre tienen postura acerca de los tres aspectos de la temporalidad sobre los que se construye la teoría de la estructuración. La postura de agentes en circunstancias de copresencia es un aspecto elemental de la estructuración de encuentros. Postura incluye aquí muchas modalidades sutiles de movimiento corporal y gesto, así como la trayectoria más general del cuerpo por los sectores regionales de las rutinas diarias. La postura de actores en la región de sus sendas diarias espacio-temporales, desde luego, es su simultánea postura en el interior de la regionalización más vasta de totalidades societarias y

en el interior de sistemas intersocietarios cuyo alcance de difusión converge con la distribución geopolítica de sistemas sociales en una escala global. La significación de una postura en este sentido, el más rudimentario, se liga estrechamente, desde luego, con el nivel de distanciamiento espacio-temporal de las totalidades societarias. En aquellas sociedades en las que integración social e integración sistémica son más o menos equivalentes, la postura presenta sólo una «estratificación» delgada. Pero en las sociedades contemporáneas los individuos tienen posturas en un espectro muy amplio de zonas, en el hogar, el lugar de trabajo, el vecindario, la ciudad, el Estado nacional y en un sistema mundial, y todas ellas exhiben aspectos de una integración sistémica que cada vez más vincula los detalles menores de la vida cotidiana a fenómenos sociales de una extensión espacio-temporal enorme.

La postura en las sendas espacio-temporales de la vida cotidiana, para cada individuo, es también una postura en el interior del «ciclo de vida» o senda de vida. La formación de un «yo» acaso se modele en el narcisismo original de una «fase del espejo» en el desarrollo de la personalidad. Es a través de la postura del cuerpo en relación con su imagen como el niño crea la virtualidad de llegar a ser un agente reflexivo. La connotación misma de un «yo» como embrague necesariamente reúne en un propio-ser a una postura en el interior de la serialidad de discurso y de acción. Una postura a lo largo de la senda de vida, desde luego, siempre se relaciona estrechamente con la categorización de una identidad social. «Niñez» y «adulthood», entre un número de otras posibles formas de gradación de la edad, siempre mezclan criterios biológicos y sociales de desarrollo. Una postura diferencial sobre la senda de vida es la condición constrictiva más importante que concurre a la significación fundamental de la familia en tanto conjuga reproducción física y social. Una sociedad humana cuyos miembros todos hubieran nacido en una misma cohorte de edad sería imposible por el muy largo período de dependencia más o menos completa en que el infante humano está de la asistencia de sus padres.<sup>71</sup>

Pero es la intersección entre estas formas de postura y aquella forma que habita la *larga duración* de las instituciones la que produce el marco global de una postura social. Sólo en el contexto de esa intersección en el interior de prácticas institucionalizadas se pueden aprehender correctamente modos de postura espacio-temporal, en relación con la dualidad de estructura. En todas las sociedades parece ocurrir que edad (o grado de edad) y género sean los criterios más generales de atributos de una identidad social. Pero aunque en la bibliografía sociológica se suele hablar de roles de edad, roles de género, etc., de una manera genérica, no adoptaré ese uso. Una identidad social conferida por la edad o el género —y por otras características presenta-

mente «adscriptivas», como la pigmentación de la piel— admite ser foco de tantos aspectos de conducta que emplear el término «rol» para definirlos es equívoco y a la vez superficial.<sup>72</sup> La noción de rol, como lo han señalado muchos críticos de su uso desmedido en la ciencia social, alcanza alguna precisión conceptual sólo si se aplica en contextos de interacción social donde los derechos y las obligaciones normativas que se asocian a una identidad social estén formulados con relativa claridad. Como lo sugieren sus orígenes teatrales, conviene hablar de rol sólo cuando existan escenarios precisos de interacción en los que se estatuya con particular fuerza la definición normativa de modos «esperados» de conducta. Esos escenarios de interacción son provistos virtualmente siempre por una sede específica o un tipo de sede donde ocurren encuentros regularizados en condiciones de copresencia.<sup>73</sup> Escenarios de esta clase tienden a asociarse con un cierre de las relaciones más deslindado que en los sistemas sociales como un todo.

«Postura» atañe a lo que denominaré las contextualidades de la interacción y nos permite especificar, de una manera directa, la importancia de la obra de Goffman para la teoría de la estructuración. Toda interacción social es una interacción *situada*, a saber: en el espacio y el tiempo. Se la puede entender como la ocurrencia oportuna pero rutinizada de encuentros, que se extingue en un espacio y un tiempo, pero que se reconstituye de continuo dentro de diferentes áreas de espacio-tiempo. Estos rasgos regulares o de rutina de los encuentros, así en el tiempo como en el espacio, representan rasgos institucionalizados de sistemas sociales. Una rutina se modela en la tradición, la costumbre o el hábito, pero es un serio error suponer que estos fenómenos no requieren explicación, que son simples formas repetitivas de una conducta llevada a la práctica «sin pensar». Por el contrario, como Goffman (junto con la etnometodología) ha contribuido a demostrar, el carácter rutinizado de la mayor parte de la actividad social es algo que debe ser «operado» de continuo por quienes lo sustentan en su conducta cotidiana. Uno de los huecos más notables en los escritos de Goffman es la ausencia de un relato sobre motivación. En las secciones anteriores he intentado remediar esto indicando que confianza y tacto, como propiedades básicas que los participantes aportan a sus encuentros, se pueden interpretar en los términos de la relación entre un sistema de seguridad básica, el sostenimiento (en la *praxis*) de una sensación de seguridad ontológica, y la naturaleza rutinizada de una reproducción social que los agentes organizan diestramente. El registro del cuerpo, el gobierno y uso del rostro en un «trabajo facial», son fundamentales para una integración social en un tiempo y un espacio.

Es de primera importancia destacar que una teoría sobre la rutina no se asimila a una teoría sobre la estabilidad social. La teoría de la

estructuración se interesa por el «orden» en tanto es un trascender tiempo y espacio en relaciones sociales humanas; la rutinización tiene un papel clave para explicar el modo en que esto se produce. Una rutina persiste a través del cambio social, aun el más vivo, y aun si, desde luego, algunos aspectos de rutinas que se dan por supuestas acaso se vean comprometidos. Procesos de revolución, por ejemplo, sin duda suelen dislocar las actividades diarias de multitudes de personas que se ven arrastradas en el fervor de la revuelta o son las desdichadas víctimas de sucesos sociales en cuya iniciación no tuvieron parte. Pero el imperio de una rutina se quiebra de la manera más sustantiva en circunstancias donde la textura de la vida cotidiana es atacada frontalmente y deformada de manera sistemática —como en los campos de concentración—. Aun en este caso, según lo muestra tan bien Bettelheim, rutinas, aun de índole perjudicial, se restablecen.

Es instructivo ver las reglas implícitas en encuentros, según propone Goffman, como si formaran conglomerados en casilleros o «marcos». Se mira un enmarcamiento como si ofreciera la ordenación de actividades y de significados por cuya virtud una seguridad ontológica se sustenta en la escenificación de rutinas diarias. Los marcos son conglomerados de reglas que concurren a constituir y regular actividades, y que las definen como actividades de cierta clase y sujetas a un espectro dado de sanciones. Cada vez que individuos coinciden en un contexto específico, enfrentan la pregunta (pero en la amplia mayoría de las circunstancias la pueden responder sin dificultad alguna): «¿Qué sucede aquí?». «¿Qué sucede?» improbablemente admita una respuesta simple porque en todas las situaciones sociales pueden «suceder» muchas cosas de manera simultánea. Pero en general los que participan en una interacción abordan esa pregunta en el nivel de una práctica, y articulan su conducta con la de otros. O, si plantean la pregunta en un plano discursivo, será referida a un aspecto particular de la situación que parezca enigmático o inquietante. Un enmarcamiento, en tanto es constitutivo de encuentros y en tanto se ciñe a estos, «da sentido» a las actividades en que los participantes se comprometen, y se los da tanto para ellos mismos como para otros. Esto incluye la comprensión «literal» de sucesos pero también los criterios por los cuales está claro que «sucede» humor, juego, teatro, etcétera.

Marcos primarios de actividad diaria se pueden considerar aquellos que generan lenguajes «literales» de descripción tanto para participantes legos en encuentros como para observadores sociales. Marcos primarios varían mucho en precisión y cierre. Cualquiera que sea su nivel de organización, un marco primario permite a los individuos categorizar una pluralidad indefinida de circunstancias o situaciones

para que puedan responder de manera apropiada a todo lo que «suceda». Si alguien descubre que eso sucede en un momento y en un lugar particulares es, por ejemplo, una tertulia, podrá poner en juego una conducta acorde, aunque algunos aspectos de los contextos no le resulten familiares. Buena parte del trabajo de Goffman concierne a reglas que permiten producir transiciones entre marcos primarios y secundarios. Así, las «claves» para las transformaciones son las fórmulas por las cuales una actividad que ya tiene significado en un marco primario recibe un significado en uno secundario.<sup>74</sup> Por ejemplo, una pelea puede ser «juego», y un comentario en apariencia serio, un chiste. Pero exactamente el mismo tipo de análisis se puede efectuar para indicar las reglas implícitas en las transiciones entre diferentes marcos primarios.

En este contexto no viene al caso seguir en detalle el análisis de Goffman del encuadramiento. En cambio, quiero considerar brevemente el alcance que puede tener la formulación discursiva de reglas, para lo que tomaré una pieza de trabajo distinta, la de Wieder sobre «recitar el código».<sup>75</sup> La investigación de Wieder informa acerca de los resultados de un estudio con observador participante en una unidad residencial para la rehabilitación de presos bajo palabra. Los internos mencionaban la existencia de reglas de conducta que ellos denominaban el «código». El código era verbalizado de manera explícita aunque, desde luego, no estaba formalizado en forma escrita tal como lo establecían y coordinaban los internos o el personal. Al parecer, ningún interno era capaz de recitar todas las máximas que constituían el código, pero todos podían mencionar algunas, y el código se discutía a menudo. Lo componían reglas como: no «soples» (informar al personal sobre otros internos); no «cantes» (o sea, no admitas culpa ni responsabilidad por un acto que el personal defina como ilegítimo); no hurtar a otros internados; comparte con otros cualquier regalo o beneficio inesperados que pudieras recibir, etc. También el personal conocía el código y lo utilizaba en sus tratos con los internos. Como dice Wieder: «Se lo usaba como un esquema de interpretación general que "estructuraba" su ambiente».<sup>76</sup> Pero Wieder apunta además que su verbalización llevaba a invocarlo bajo formas en que no podrían serlo reglas formuladas de manera implícita. Constituía un «vocabulario de motivos» con el que tanto el personal como los internos interpretaban acciones, en especial atípicas o problemáticas. No se lo consideraba una mera descripción de lo que se admitía tácitamente; más bien, las circunstancias en que se apelaba al código podían ser alteradas por el hecho de invocarlo. «Recitar el código» significaba, como lo indica la expresión, no sólo informar sobre lo que el código era, sino reprender a quienes lo contravenían; presentaba el código como un medio de con-

trol, y esa presentación era parte del modo en que operaba el código mismo. Sostengo que esto es característico de las «interpretaciones de reglas» expuestas discursivamente en muchos contextos sociales.

Las reglas que se aplican reflexivamente en circunstancias de copresencia nunca se limitan en sus alcances a encuentros específicos sino que se aplican en la reproducción del diseño de encuentros a través de un tiempo y un espacio. Las reglas del lenguaje, del enmarcamiento primario y secundario, de la conducción de una interacción interpersonal, se aplican, todas ellas, por extensos campos de vida social, aunque no se las pueda considerar necesariamente coextensivas de una «sociedad» dada. Aquí debemos prestar alguna atención a una diferenciación conceptual entre «interacción social» y «relaciones sociales» (aunque no siempre ponga yo particular cuidado en separarlas en lo que sigue). Interacción social denota encuentros en que individuos se comprometen en situaciones de copresencia y, por lo tanto, una integración social en un nivel de los «elementos de construcción» por medio de los cuales se articulan las instituciones de sistemas sociales. Relaciones sociales están por cierto incluidas en la articulación de una interacción, pero también son los principales «elementos de construcción» con los que instituciones se ensamblan en una integración sistémica. Una interacción se basa en la «postura» de individuos en los contextos espacio-temporales de actividad. Unas relaciones sociales atañen a la «postura» de individuos dentro de un «espacio social» de categorías y lazos simbólicos. Reglas incluidas en posiciones sociales conciernen por lo general a la especificación de derechos y obligaciones que interesan a personas que tienen una particular identidad social o que pertenecen a una particular categoría social. Los aspectos normativos de esas reglas, en otras palabras, se declaran particularizadamente, pero todas las características previamente establecidas de las reglas se les aplican también. Por ejemplo, acaso más bien se las obedezca de manera tácita que se las formule en el plano discursivo. Hay muchos casos así en la bibliografía antropológica. Un ejemplo son las culturas en las que existe matrimonio unilateral entre primos cruzados. Aunque los miembros de estas culturas tienen desde luego algunas ideas que ponen en práctica acerca de quién se casa con quién, las reglas de elegibilidad a que de hecho obedecen en su conducta son más tácitas que explícitas.

Goffman demuestra que una integración social nace de los procedimientos aplicados con reflexión por agentes entendidos, pero no indica determinadamente los límites o fronteras de ese entendimiento ni especifica las formas que adopta. Quiero plantear aquí esa pregunta: ¿en qué sentido tienen los agentes «entendimiento» de las características de los sistemas sociales que producen y reproducen en su acción?

Demos por supuesto que «saber» equivalga a una noticia precisa o válida —no digo «creencia» porque las creencias son sólo un aspecto del entendimiento—. No tiene sentido considerar que la conciencia práctica se componga exhaustivamente de creencias proposicionales, aunque en principio algunos elementos puedan formularse de ese modo. Una conciencia práctica consiste en entender las reglas y las tácticas por las que se constituye y reconstituye la vida social diaria en tiempo y espacio. Actores sociales se pueden equivocar algún tiempo sobre lo que esas reglas y tácticas sean, y en esos casos sus errores pueden aparecer como «inconveniencias situacionales». Pero toda vez que en la vida social exista continuidad, la mayoría de los actores no puede menos que acertar la mayor parte del tiempo; es decir: entiende lo que hace, y comunica logradamente su conocimiento a otros. El entendimiento incorporado en las actividades prácticas que constituyen el grueso de la vida diaria es un rasgo constitutivo (junto con el poder) del mundo social. Lo que saben del mundo social los actores que lo constituyen no es algo ajeno a su propio mundo, como en el caso de un saber sobre sucesos u objetos de la naturaleza. El examen del preciso saber que los actores tienen, y del modo en que aplican ese saber en su conducta práctica (en la que se empeñan actores legos lo mismo que observadores sociales), requiere emplear los mismos materiales —una inteligencia de prácticas organizadas recursivamente— de donde se extraen las hipótesis sobre ese saber. La medida de su «validez» viene dada por el alcance en el que los actores sean capaces de coordinar sus actividades con otros de manera de llevar adelante los propósitos en que su conducta se compromete.

Existen, desde luego, diferencias potenciales entre entender las reglas y tácticas de una conducta práctica en los *medios* donde el agente se mueve y entender aquellas que se aplican en contextos distantes de su experiencia. Es variable la medida en que las habilidades sociales del agente procuran comodidad inmediata en contextos culturalmente ajenos como es variable, desde luego, la mezcla de diferentes formas de convención expresivas de fronteras divergentes entre culturas o sociedades. No es solamente en un saber —ni en dogmas de creencia— que agentes pudieran formular discursivamente donde manifiestan ellos tener noticia de condiciones de vida social que no sean aquellas en las que ocurren sus propias actividades. Es a menudo por la manera de llevar a cabo actividades de rutina, por ejemplo, como actores en circunstancias de acusada inferioridad social ponen de manifiesto la noticia que tienen de su opresión. Los escritos de Goffman abundan en comentarios sobre este tipo de fenómeno. Pero en otros aspectos en que hablamos del «saber que los actores tienen de las sociedades de que son miembros» (y de sociedades de las que no lo

son), la referencia es a una conciencia discursiva. Aquí no existe diferencia lógica entre los criterios de validez en cuyos términos se deban juzgar los artículos de creencia (hipótesis, teorías), se trate de miembros legos de la sociedad o de observadores sociales.

¿Qué clases de circunstancia —siquiera en un plano general— propenden a influir sobre el nivel y la naturaleza de la «penetración» que los actores alcanzan sobre las condiciones de una reproducción sistémica? Ellas incluyen los siguientes factores.

1. los medios de acceso que los actores tienen al conocimiento en virtud de su ubicación social;
2. los modos de articulación del conocimiento;
3. circunstancias referidas a la validez de los artículos de creencia considerados «conocimiento»;
4. factores relacionados con los medios de difusión del conocimiento disponible.

Desde luego, el hecho de que todos los actores se muevan en contextos situados en el interior de totalidades más vastas limita el saber que ellos tienen de otros contextos de los que no tengan experiencia directa. Todos los actores sociales conocen mucho más de lo que llegan a vivenciar de manera directa, lo que es resultado de la sedimentación de una experiencia en el lenguaje. Pero actores que pasen su vida en un tipo de *medio* pueden ser más o menos ignorantes de lo que suceda en otros. Esto es válido no sólo en un sentido «lateral» —en el sentido de una separación espacial— sino también en un sentido «vertical» en sociedades más extensas. Así, los que pertenecen a grupos de elite acaso sepan muy poco sobre otros que vivan en sectores privilegiados, y viceversa. No obstante, conviene mencionar que una segregación vertical de *medios* es casi siempre también una segregación espacial. Con la categoría 2. de la anterior enumeración, denoto tanto el alcance en el que los artículos de creencia se encuentran ordenados en los términos de «discursos» generales cuanto la naturaleza de discursos diferentes. Es característico de la mayor parte de los artículos de un saber cotidiano, de sentido común, encontrarse formulados de una manera fragmentaria, dislocada. No sólo el «primitivo» es un *bricoleur*: buena parte de la *chabla* cotidiana entre miembros legos de todas las sociedades se afirma en artículos de un saber que son inconexos o no se someten a examen. Sin embargo, la emergencia de discursos de ciencia social influye claramente sobre todos los niveles de interpretación social en las sociedades donde han alcanzado predicamento. Goffman tiene un vasto auditorio, que no se limita a sus colegas sociólogos profesionales.



Por lo que toca a 3., baste señalar que individuos pueden operar con teorías, descripciones o relatos falsos tanto de los contextos de su propia acción como de las características de sistemas sociales más amplios. Aquí desde luego existen fuentes de tensión posible entre conciencia práctica y conciencia discursiva. Estas pueden tener orígenes psicodinámicos, en represiones que segreguen o embarullen las razones por las cuales la gente actúa de cierta manera y lo que se inclina a decir o puede decir sobre esas razones. Pero es evidente que aquí pueden existir presiones sociales más sistemáticas capaces de influir sobre el modo en que unas creencias falsas sean sostenidas por los miembros de una sociedad acerca de aspectos de esa sociedad. Es casi innecesario decir que influyen particularmente respecto de 4. las relaciones, en lo histórico y lo espacial, entre una cultura oral y los medios de escritura, de prensa y de comunicación electrónica. Estos últimos han introducido una novedad no sólo en los acervos de saber disponible sino también en las clases de saber producido.

## Notas críticas: Freud sobre deslices en el habla

Como ejemplo de algunas de las nociones que analizamos en este capítulo propongo considerar interpretaciones de deslices en el habla dentro de un discurso. Lo que Freud denomina «operaciones fallidas» (*Fehlleistungen*) no denota sólo tropiezos verbales sino deslices de pluma, de lectura, equivocaciones de audición y el olvido temporario de nombres y de otros ítems. Freud los considera provistos de una homogeneidad interior en parte porque los términos que los designan tienen en alemán un mismo prefijo: todos empiezan con la sílaba *Ver-* (*Versprechen, Verlesen, Verhören, Vergessen*). Todas las operaciones fallidas incluyen errores, pero la mayoría recae sobre errores en apariencia insignificantes que no alcanzan importancia duradera en las actividades de los individuos que los cometen. «Sólo de tiempo en tiempo —dice Freud— uno de ellos, como la pérdida de objetos, alcanza repercusión práctica. Por eso casi no llaman la atención, excitan apenas débiles afectos, etc.».<sup>1\*</sup> De hecho, intenta demostrar que estas infracciones menores proporcionan indicios de características clave de la psicodinámica de la personalidad.

No me interesa discutir aquí si las operaciones fallidas forman o no una clase única de errores. Consideraré exclusivamente los deslices en el habla. Basado en una clasificación establecida por el lingüista Meringer y por Mayer, un psiquiatra (con cuyos puntos de vista en otros aspectos está en desacuerdo), Freud menciona los siguientes tipos de error verbal: *permutaciones* (la «Milo de Venus» en lugar de la «Verus de Milo»); *anticipaciones de sonido* («Es war mir auf der Schwest. . . auf der Brust so schwer», donde «Schwest» es una palabra inexistente); *posposiciones de sonido o perseveraciones* («Ich fordere Sie auf, auf das Wohl unseres Chefs aufzustossen», en lugar de «anzustossen»); *contaminaciones* («Er setzt sich auf den Hinterkopf», una combinación de «Er setzt sich einen Kopf auf» y «Er stellt sich auf die Hinterbeine»); y *sustituciones* («Ich gebe die Präparate in den Briefkasten», en lugar de «Brütkasten»)<sup>2</sup>

Meringer intentó explicar estos errores por referencia a fases de excitación neural. Cuando un hablante pronuncia la primera palabra de una oración, se inicia un proceso de excitación que consiste en anticipar la forma de la proferencia. Este proceso tiene a veces la consecuencia de perturbar sonidos que vienen después en la proferencia. Algunos sonidos son físicamente más intensos que otros, y estos pueden afectar a otros sonidos o palabras. En consecuencia, para descubrir la fuente de deslices en el habla tenemos que buscar aquellos

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 140-1.

sonidos o verbalizaciones que poseen la mayor valencia física. Según Meringer, un modo de conseguirlo es observar el proceso de búsqueda de una palabra olvidada, como un nombre propio. El primer sonido que vuelve a la conciencia es siempre aquel de intensidad máxima antes que la palabra se olvidara. Este suele ser, por ejemplo, el sonido inicial de la palabra o la vocal particularmente acentuada. Freud no acepta mucho de esta argumentación. En el caso de palabras olvidadas, muy rara vez es verdad que o el sonido inicial o la vocal acentuada se recuerden primero. Por más que a los hablantes pueda parecerles que es así, en general se equivocan; Freud sostiene que, en la gran mayoría de los ejemplos, el sonido inicial que el hablante pronuncia en su intento de recordación no es el correcto.

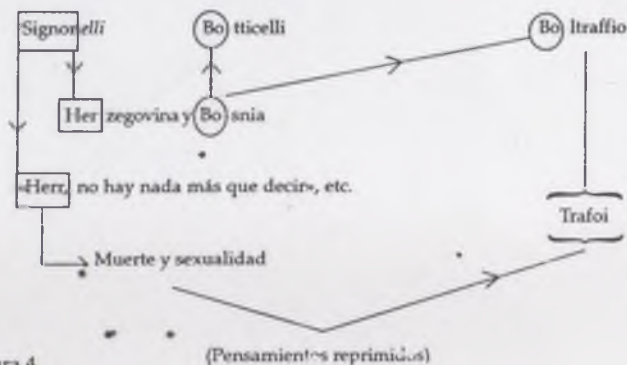


Figura 4

Como un ejemplo de este último fenómeno, se puede mencionar el famoso examen de Freud de su propio olvido del nombre del pintor Signorelli. Mientras hablaba sobre los frescos de las «Cuatro Cosas Últimas», Muerte, Juicio Final, Infierno y Cielo, de la catedral de Orvieto, Freud no consiguió recordar el nombre del artista. En lugar de recuperar el nombre que él quería recordar, sólo pudo pensar en los nombres «Botticelli» y «Boltraffio». En el momento en que otra persona le dijo el nombre correcto, lo reconoció sin vacilación. El olvido no se explica por referencia a algo peculiar del nombre del pintor como tal ni por algún aspecto psicológico preciso del contexto en que Freud intentaba recordarlo. Uno de los nombres sustitutivos, «Botticelli», era tan familiar a Freud como «Signorelli», y este le era más familiar que el otro nombre equivocado que se le ocurrió, «Boltraffio». La incapacidad de Freud de recordar la palabra ocurrió en el curso de una conversación casual con un extraño mientras viajaba desde Ragusa, en Dalmacia, hasta un lugar de Herzegovina.

Freud ofrece el siguiente análisis del fenómeno. El olvido del nombre se relacionó con el tema sobre el que había recaído la conversación. Momentos antes de la mención de Orvioto, Freud y su compañero de viaje hablaron sobre las costumbres de los turcos que vivían en Bosnia y Herzegovina. Freud contaba al otro sobre la actitud fatalista de los turcos frente a la enfermedad y a la muerte. Si un médico les dice que nada se puede hacer para salvar a un enfermo, su respuesta es: «Herr [Señor], no hay nada más que decir. ¡Yo sé que si se lo pudiera salvar, lo habrías salvado!».<sup>3</sup> Las palabras «Bosnia», «Herzegovina» y «Herr» están en asociación, inconscientemente teñida, con «Signorelli», «Botticelli» y «Boltraffio». Una segunda anécdota se aproximaba a la primera en la mente de Freud. En contraste con su resignación frente a la muerte, los turcos en cuestión se desesperan cuando los afligen perturbaciones sexuales. Así, uno dijo: «Sabes tú, Herr, cuando *eso* ya no anda, la vida perderá todo valor». Freud había sofocado esta anécdota en su relato porque hablaba con un extraño. Por eso apartó su atención de aquellos pensamientos que los temas de muerte y sexualidad hubieran podido despertar en su mente. Hacía poco tiempo había recibido una desgraciada noticia mientras residía en Trafoi, una pequeña aldea del Tirol. Uno de sus pacientes, a quien Freud había dedicado mucha atención y que sufría de lo que él caracteriza como «una incurable perturbación sexual»,<sup>4</sup> se había suicidado. La semejanza entre las palabras «Trafoi» y «Boltraffio» indicaba que este suceso se había hecho sentir psicológicamente a pesar de la decisión de Freud de no mencionarlo.

Una vez establecida esta semejanza —afirma Freud—, ya no es posible mirar el olvido de «Signorelli» como un suceso casual; estuvo (inconscientemente) motivado. El tema que Freud deliberadamente prefirió no mencionar resultó desplazado sobre otro elemento, el nombre del pintor.

Las conexiones aquí establecidas<sup>5</sup> indican que el nombre «Signorelli» se dividió en dos. Uno de los pares de sílabas, «elli», aparece en forma inalterada en uno de los dos nombres que se le ocurrieron a Freud. El otro quedó capturado en una red de conexiones por medio de la traducción de «Signor» en «Herr». Se ha producido un desplazamiento entre los nombres *Herzegovina* y *Bosnia*, dos lugares que se suelen citar en una misma frase. La mayoría de las conexiones que produjeron el olvido se formaron por debajo del nivel de la conciencia. El tema sofocado y los factores que hicieron aflorar a la mente los nombres sustitutivos no presentan conexiones manifiestas. Las similitudes operantes provienen en parte de sonidos comunes que las palabras tienen, pero para correlacionar estas es preciso comprender antes que ese olvido es consecuencia de una represión. Desde luego que

no todos los ejemplos de olvido de nombres son de esta clase: «Junto al olvido simple de nombres propios, se presenta también un olvido que está motivado por represión».<sup>6</sup>

Un mecanismo similar al de él —sigue Freud su argumento— existe en casos de deslices en el habla. Errores verbales pueden ser del tipo analizado por Meringer y Mayer, en que un componente de una preferencia influye sobre otro, o pueden asemejarse al ejemplo de «Signorelli», donde los influjos que producen el error son externos a la preferencia y a las circunstancias inmediatas en que se lo comete. Ambos se originan en una especie de «excitación», pero en un caso esta es interna a la preferencia o a la situación en que se dicen las palabras; en el otro, es externa a estas. Sólo en el primer tipo existe una posibilidad de explicar deslices en el habla por referencia a un mecanismo que eslabone entre sí sonidos y palabras, y que por eso influya sobre la pronunciación. Además, sometido a un examen más atento, el primer tipo se anula de hecho. Deslices en el habla que a primera vista parecen ser el simple resultado de un «efecto de contacto de sonidos» revelan, tras una investigación más detenida, su dependencia de influjos externos (o sea, motivados).

Freud enumera muchos ejemplos de deslices en el habla, entre ellos los siguientes:

1. Por parte de una paciente: «Me cierro como una *Tassenmescher* [palabra inexistente]. . . quiero decir *Taschenmesser* (navaja). Freud admite que la palabra presenta dificultades de pronunciación, pero le hace notar el error a la paciente y ella lo asocia con un nombre que hiere angustias inconscientes.
2. A otra paciente le preguntan cómo está su tío, y responde: «No sé, ahora sólo lo veo *in fraganti*». La expresión que quiso emplear es *en passant*. Se demuestra que el giro dicho por error se relaciona con un episodio del pasado de la paciente.
3. Un joven aborda a una mujer por la calle con estas palabras: «Si me permite, señora, me gustaría *begleit-digen* a usted». El quiere acompañarla (*begleiten*), pero teme que su ofrecimiento la ultraje (*beleidigen*). Como en el caso de «Signorelli», una intención oculta —porque la propuesta no sería del todo inocente por parte del joven— conduce a un desliz en el habla, que responde a una motivación inconsciente.
4. Durante una tormentosa asamblea, el presidente dice: «Ahora *streiten* (pelearemos, en lugar de *schreiten*, pasaremos) al punto cuarto del orden del día». La verdadera intención del que habla, que él quiere sofocar, se manifiesta en su error verbal.
5. Preguntaron a alguien: «¿En qué regimiento está su hijo?». La res-

puesta fue: «Está en el de Matadores nº 42» (*Mörder*, en lugar de *Mörser*, «morteros»).

6. Una dama presente en una reunión social enuncia esta opinión: «Sí, una mujer tiene que ser bella si quiere gustar a los varones. Para el varón, en cambio, todo es más fácil; le basta tener sus cinco miembros derechos, y no necesita más». Este es uno de los numerosos ejemplos de lo que Meringer y Mayer denominaban contaminaciones pero que Freud considera ejemplos del proceso psicológico de la condensación. La preferencia es una fusión de dos giros que se asemejan por su sentido: «tener cuatro miembros derechos» o «estar sobre sus cinco sentidos». Freud apunta que, como en el caso de muchos deslices en el habla, la frase podría pasar por un chiste. La diferencia está simplemente en que el hablante quisiera o no conscientemente pronunciar esas palabras.
7. Reanálisis de uno de los ejemplos de Meringer y Mayer: «Es war mir auf der Schwest. . . auf der Brust so schwer». No se lo puede explicar adecuadamente por la anticipación de sonidos. El desliz en el habla probablemente se deba interpretar por referencia a una asociación inconsciente entre «Schwester» (hermana), «Bruder» (hermano) y quizá «Brust der Schwester» (pecho de la hermana).

Freud concluye: «Toda equivocación en el habla debe tener su fundamento». <sup>7</sup> Esto incluye otras formas de perturbación del decir además de los deslices en el habla, como el balbuceo y el tartamudeo. Todos estos fenómenos son síntomas de un conflicto interno que se manifiesta en deformaciones del decir. Perturbaciones del habla — sostiene Freud — no se producen en circunstancias en las que un individuo tenga un compromiso intenso, como un discurso bien preparado o una declaración de amor.

Lo que se concibe bien  
Se enuncia claramente  
Y las palabras que lo dicen  
Acuden fácilmente. <sup>8</sup>

¿Existen motivaciones inconscientes en todos los casos de deslices en el habla? Freud cree que así es en efecto, porque «cuantas veces se investiga un caso de trastrabarse, se puede hallar una solución de esa índole». <sup>9</sup>

Voy a comparar ahora lo que afirma Freud sobre deslices en el habla con lo que sostiene Goffman sobre la charla radiofónica, <sup>10</sup> comparación que pudiera parecer infecunda pero que es de hecho muy instructiva para la teoría de la estructuración. La discusión de

Goffman responde a intereses muy divergentes de los de Freud, pero en lugar de seguir los temas con arreglo a la argumentación del propio Goffman intentaré dilucidar sus consecuencias con miras a evaluar los puntos de vista de Freud sobre errores en el decir. La locución por radiofonía y televisión es sustancialmente diferente de la conversación usual, pero por esa misma razón procura una inteligencia considerable de las circunstancias de esta. Los locutores no son los autores de los guiones que leen. Su charla se inserta en secuencias planificadas de antemano, de las que no tienen la libertad de apartarse salvo en aspectos menores. Al mismo tiempo se espera que los locutores transmitan una impresión de «charla espontánea» y mantengan una sensación de frescura en su tarea. Es difícil satisfacer esos requerimientos inconsistentes, puesto que deben producir sus renglones con una técnica exenta de error. La tarea del locutor radial es «la producción de una charla espontánea de apariencia perfecta».<sup>11</sup>

Pero desde luego los locutores cometen deslices en el habla. Entre los ejemplos que da Goffman es fácil descubrir casos que responden a los errores enumerados por Meringer y Mayer:

1. «Al cierre de nuestra iglesia televisiva del aire, quiero recordar a todos nuestros oyentes que el tiempo hiere todas las curaciones» (trasposición o «spoonerismo»).
2. «Escuchan ustedes la mucosa de Clyde Lucas» (presonancia).
3. «Y ahora le toca batear por los rojos al número cuarenta y cuatro, Frank Fuller, *futility* defensor» (perseveración; por *utility*, suplente).
4. «Esta es la red nacional de la Canadian Broad Corping Castration» (contaminación).
5. «Nos ha llegado la noticia de que una rubia (*blonde*) casera explotó en el Teatro Roxy esta mañana» (sustitución; por *bomb*).

Hay también numerosos ejemplos afines a los enumerados por Freud:

1. «Virreyes. . . si ustedes quieren un buen ahogo (*choke*)» (por *joke*, chiste).
2. «Bata la yema de huevo y después agregue la leche, a continuación mezcle poco a poco en la harina cernida. Entretanto, usted puede ver que la mezcla se hace vomitiva» (*sickening*, por *thickening*, se hace espesa).
3. «Y ahora, audiencia, tenemos al invitado especial de Matiné TV que todos esperábamos. . . autor de fama mundial, conferencista y viajero ecuménico, un hombre público. El señor, ejem, el señor. . . ¡Oh! ¿Cómo diablos se llama?».

4. «Entonces, amigos, no dejen de visitar el restaurante de Frankie para almuerzos y cenas elefantes».

La mayoría de estos deslices son humorísticos<sup>12</sup> y refuerzan con su testimonio la tesis de Freud de que chistes y deslices en el habla tienen una afinidad estrecha. Aunque esto no es susceptible de demostración directa, los ejemplos coinciden mucho con la interpretación de Freud de los actos fallidos verbales. Las palabras mal pronunciadas o sustituidas no parecen meras alternativas casuales de aquellas que se debieron proferir. Resultan turbadoras con respecto a la idea que el locutor debía transmitir; algunas presentan las connotaciones «nada más cierto» sobre las que Freud llama la atención; y otras tienen un carácter sexual que no necesita aclaración. Perc consideremos otras dos formas de deslices en charla radiofónica:

1. «Damas que gusten de ponerse y quitarse su ropa recibirán pronta atención».
2. «Señores, prueben nuestras confortables camas. Yo personalmente respaldo cada cama que vendemos».
3. «La mercadería y el automóvil se inscribieron como robados por el Departamento de Policía de Los Angeles».
4. «Y aquí en Hollywood se rumorea que la ex estrellita de cine espera su quinto hijo en un mes».

1. «Tums le proporcionará un alivio instantáneo y lo pondrá a salvo de indigestiones y malestares durante la noche. . . Pruebe con Tums y váyase a dormir con una gran. . . [da vuelta la página] sonrisa».
2. «Ha llegado el momento, damas y caballeros, de recibir a nuestra distinguida invitada, la destacada conferencista y dirigente social, señora Elma Dodge. . . [anticipo de Superman] que es capaz de trepar edificios de un solo salto».
3. Una estación de TV local que trasmite una justa de boxeo desde el Madison Square Garden interrumpe el programa para informar sobre la muerte de un político local. En el momento de volver sobre la pelea, el relator decía: «¡No ha sido un gran golpe, señores!».

En estos casos no interviene deslíz alguno en el habla, pero bajo otro aspecto presentan la forma de actos fallidos. Algo impropio ha sucedido con lo que el locutor se proponía comunicar. La segunda serie de ejemplos es interesante porque, si no conociéramos las circunstancias en que ocurrieron, parecerían contener preferencias «nada más cierto». No se les puede atribuir motivo alguno, salvo que los productores responsables de ensamblar un programa con el otro de algún



modo (consciente o no) hubieran organizado las secuencias para que tuvieran los efectos apuntados. Más difícil es interpretar la primera categoría de deslices. Pudiera ser que se tratara de ambigüedades con motivación inconsciente. Pero no parece probable. Es más verosímil que hablantes y oyentes por igual pasaran por alto su carácter ambiguo si se las profiriera en conversaciones comunes, cotidianas. Lo característico no es sólo que sus significados ambiguos carezcan de evidencia inmediata, sino también que en una charla cotidiana significados ajenos a la intención de los hablantes serían desechados en virtud de aspectos contextuales de la conversación. Los hablantes tienen la posibilidad de dirigirse a las personas específicas con las que tratan, y de preseleccionar palabras y frases para excluir otras interpretaciones posibles. Los locutores de radio o de televisión no pueden hacer esto porque hablan a una audiencia generalizada que no está copresente con ellos.

Ahora bien, sería un claro error ver en la charla radial el paradigma de la conversación en general. Existen dos razones para que deslices en el habla se destaquen mucho más en una charla radial que en conversaciones cotidianas. La primera, que el discurso no ocurre entre comunicantes copresentes. Despojado de otras señales, lo que se dice pasa a ser un fenómeno más «verificable» que si estuviera inserto en actividades comunes. Esto se aplica también a muchos de los ejemplos de Freud de deslices en el habla, porque los recogió en la situación terapéutica. Es que el encuentro terapéutico difícilmente sea mejor ejemplo de la conversación ordinaria que la locución radiofónica. Se atribuye a las palabras del paciente una significación especial que se debe inspeccionar con cuidado. La segunda, los locutores son especialistas en la producción de un decir perfecto, y se espera que en efecto lo sean por la naturaleza misma de su profesión. La tarea esencial del locutor es presentar los guiones con fluidez y claridad. Sólo tras discernir lo peculiar e inusual de este modo de decir relativamente perfecto podemos empezar a apreciar las contingencias de una charla cotidiana común. Participantes legos y lingüistas por igual suelen mirar la charla cotidiana como si fuera mucho más «perfecta» y «ordenada» de lo que realmente es. En un resumen de trabajos recientes sobre el estudio empírico de conversaciones, Boomer y Laver comentan:

«Es importante comprender que, en el decir, "normal" no equivale a "perfecto". Se puede demostrar que el decir normal es imperfecto. Una conversación se caracteriza por pausas frecuentes, sonidos vacilantes, comienzos falsos, errores de elocución y correcciones (...) En circunstancias cotidianas, simplemente no oímos muchos de nuestros propios deslices en el habla, ni los cometidos por otros. En el decir

corriente se los discierne sólo si se adopta un modo de escucha especializado de "prueba de lectura".<sup>13</sup>

En la mayoría de las circunstancias de conversaciones cotidianas resulta de hecho muy difícil distinguir deslices en el habla entre la naturaleza fragmentada de virtualmente *toda* charla corriente. Según señala Goffman, para que una preferencia en particular reciba el rótulo de desliz o de «error», tiene que ser tal que el hablante la alteraría si debiera recomenzar la preferencia (o, desde luego, tal que en efecto sea alterada o «enmendada»). No cabría individualizar deslices en el habla por referencia a un modelo idealizado de enunciación o discurso. Además, para comprender el carácter de la charla cotidiana, tenemos que atender a los otros tipos de falla que pueden sobrevenir. ¿Qué consecuencias tiene esto?

En primer lugar, por lo que se refiere a los deslices en el habla se puede sostener que Meringer y Mayer no andaban tan errados como Freud lo sugirió. Fromkin ha demostrado que la mala pronunciación de palabras presenta propiedades similares a las que caracterizan a una producción verbal «correcta». <sup>14</sup> Esto no prueba que esos errores no provengan de incitaciones inconscientes, pero indica que por lo común no hay «interrupción» en el registro reflexivo de la producción de un decir, a la que necesariamente se debe apelar para explicar deslices en el habla. Cabe suponer además que los fenómenos de resonancias y perseveraciones están en relación directa con el registro reflexivo del decir. Es preciso que de manera general las palabras se transfieran del cerebro al decir como grupos provistos de orden sintagmático, porque de lo contrario esas perturbaciones del decir no se producirían.

Una segunda categoría extensa de errores no se refiere a la producción individual de un decir como tal sino a la observancia de turnos. Un hablante puede iniciar su frase antes que la preferencia de otro haya concluido y «superponerse» con el otro o, directamente, interrumpirlo; puede ocurrir que dos participantes empiecen a hablar de manera simultánea; los dos quizá «se abstengan» de hablar, lo que producirá un hiato no deseado en el fluir de la conversación. Lo mismo que en el caso de los errores verbales individuales, la mayoría de estos desajustes pasan por completo inadvertidos para hablantes comprometidos en una conversación ordinaria. Sólo se los «oye» si, por ejemplo, un trozo de discurso se registra para poder prestarle atención deliberada. Tampoco aquí la charla cotidiana se parece a la charla radiofónica, donde superposiciones, interrupciones, etc., se notan mucho. En las conversaciones, lo más frecuente es que ocurran superposiciones tales que un hablante empiece una preferencia mientras otro termina. Pero como los participantes filtran esto, las

contribuciones a la conversación se oyen como secuencias separadas de habla.

En tercer lugar, un error de habla reconocido como tal suele incluir procedimientos de enmienda iniciados por el hablante mismo o por los oyentes. La corrección por otros parece relativamente rara, en parte porque muchas imperfecciones que son deslices fonológicos o sintácticos si se los mide con el rasero de un modelo gramatical idealizado no se oyen como tales, pero en parte también por el tacto que se muestra hacia lo que se pudiera considerar incompetencias de hablantes. El trabajo de enmienda hecho por hablantes casi siempre atañe más a dificultades en la observancia de turnos que a deslices en el habla.

Estas observaciones nos dicen mucho sobre la naturaleza del decir cotidiano y confirman que no se puede interpretar los actos fallidos verbales con el rasero de una concepción idealizada de decir «correcto». La charla de los locutores difiere del uso cotidiano del lenguaje en que ella sí se aproxima a esa concepción. La charla y las actividades de los locutores cuando están en funciones se acercan a lo que sería la vida social humana si en efecto se asemejara a los retratos que de ella ofrecen los científicos sociales objetivistas. La mayor parte de lo que se dice se programa antes de la trasmisión o la puesta en pantalla y admite modificación sólo en aspectos marginales por el agente que se atiene al guión. El actor aquí aparece como un mero «portador» de pautas de organización social ya dadas o, como lo expresa Goffman, como un «animador», una «caja de música que produce preferencias».<sup>15</sup> La gran mayoría de las situaciones de habla (y de interacción) simplemente no se asemejan a esto. El carácter «laxo» o defectuoso del habla cotidiana, o lo que parece tal si se lo compara con un modelo idealizado, es en realidad propio de su carácter por su inmersión en una *praxis* humana. Lo destacable, para decirlo de otro modo, no es la falta de pulimiento técnico en el decir, sino el hecho de que las conversaciones y la reproducción (siempre contingente) de una vida social presenten alguna simetría de forma. En una interacción cotidiana, los elementos normativos incluidos en una comunicación hablada como producción de un «decir perfecto» rara vez constituyen el principal interés que mueva a los participantes. Más bien, el habla está saturada por las demandas prácticas de la escenificación de rutina de una vida social.

Aceptar esto equivale a reformular el punto de vista de Freud. Según Freud, todo desliz en el habla tiene un origen motivado y en principio se lo podría explicar si se dispusiera de un conocimiento suficiente sobre la constitución psicológica del individuo en cuestión. Aquí discernimos con claridad un cuadro implícito de decir bien ordenado, del que el hablante se aparta a causa del desliz en el habla. La

postura que definiendo da vuelta esto prácticamente. Un decir «bien ordenado», al menos en el contexto de conversaciones cotidianas, sería parte de los intereses motivacionales globales que animan a los hablantes en tanto persiguen sus actividades prácticas. Pero un «decir correcto», en común con muchos otros aspectos de esas actividades, no aparece como una motivación directa, salvo que uno sea locutor. Cabe apuntar entre paréntesis que en ciertas ocasiones un decir perturbado puede reconocer esa motivación. Así, en circunstancias de duelo, un deudo que mantuviera patrones ordinarios de producción de habla podría ser considerado un duro de corazón y un insensible. Donde existen sanciones en el sentido de que la gente debe manifestar agitación emocional, las perturbaciones del habla o las alteraciones en los modos normales de decir pueden servir para «salvar» esos estados.<sup>16</sup>

Si la mayoría de las formas particulares de uso del lenguaje no tiene motivación directa, entonces se sigue que la mayoría de los deslices en el habla no se puede remitir a una motivación inconsciente. ¿En qué situación nos deja esto, pues, con relación a la teoría de Freud de los actos fallidos verbales? Me inclino por la siguiente sugerencia. Es probable que la interpretación de Freud sólo sea válida en circunstancias muy diferentes de las que él tenía en mente cuando la formuló. En la visión de Freud, deslices en el habla se suelen producir sobre todo en situaciones casuales o de rutina, en que no importa mucho lo que se dice. En esas ocasiones, es probable que lo inconsciente «irrumpe», por así decir, y perturbe las preferencias que un hablante produce. Por mi parte sostendría que en esas ocasiones —que forman el grueso de la vida social— en realidad se prestan menos al influjo directo de elementos inconscientes sobre lo que se dice. La rutinización, que incluye un «repaso» continuo de lo familiar en circunstancias de seguridad ontológica sustancial, es la condición principal del registro reflexivo que los seres humanos ponen en práctica sobre sus actividades. Una angustia por la forma efectiva de habla sólo se acrecentará si el actor tiene un interés específico en obtener una versión «exacta» de lo que quiere decir. Es lo que deben hacer los locutores de radio y televisión. Es probable que ocurra también en una declaración de amor, en contra de la suposición de Freud. Además podemos explicar con facilidad el ejemplo «Signorelli» y el olvido de nombres propios en general como un fenómeno motivado. Los nombres propios tienen una significación especial de la que carecen otras palabras. Pronunciar mal el nombre de alguien o llamarlo por un nombre equivocado produce una ofensa personal que no causan otros azares de pronunciación. Tiene por eso un valor específico: el decir bien los nombres, lo que acaso implique que la recordación de nombres reverbera sobre fuentes de angustia de ma

nera más inmediata que otros rubros lingüísticos. Como ya señalé, algo similar vale también para el encuentro terapéutico.

## Referencias

### *Conciencia, propio-ser y encuentros sociales*

- 1 Una discusión particularmente fecunda de estas dificultades se puede consultar en Irving Thalberg, «Freud's anatomies of the self», en Richard Wollheim, *Freud. A Collection of Critical Essays* (Nueva York: Doubleday, 1974). Una versión revisada de este ensayo se publica en Richard Wollheim y James Hopkins, *Philosophical Essays on Freud* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982).
- 2 Citado en Thalberg, «Freud's anatomies of the self», pág. 156.
- 3 Freud, *An Outline of Psychoanalysis* (Londres: Hogarth, 1969), págs. 56-7. [Esquema del psicoanálisis, en Sigmund Freud, *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85, vol. 23, 1980.]
- 4 P. F. Strawson, *The Bounds of Sense* (Londres: Methuen, 1966), págs. 162-70; G. E. M. Anscombe, «The first person», en Samuel Guttenplan, *Mind and Language* (Oxford: Blackwell, 1972); J. E. Mackie, «The transcendental "I"», en Zak Van Straaten, *Philosophical Subjects* (Oxford: Clarendon Press, 1980).
- 5 Stephen Toulmin, «The genealogy of "consciousness"», en Paul F. Secord, *Explaining Human Behaviour* (Beverly Hills: Sage, 1982), págs. 57-8.
- 6 *Ibid.*, págs. 60-1.
- 7 Véase J. S. Bruner, *Beyond the Information Given* (Nueva York: Norton, 1973).
- 8 J. S. Gibson, *The Ecological Approach to Visual Perception* (Boston: Houghton Mifflin, 1979).
- 9 Ulric Neisser, *Cognition and Reality* (San Francisco: Freeman, 1976), pág. 22. Véanse también el mismo autor, *Memory Observed* (San Francisco: Freeman, 1982); John Shotter, «"Duality of structure" and "intentionality" in an ecological psychology», *Journal for the Theory of Social Behaviour*, vol. 13, 1983.
- 10 Neisser, *Cognition and Reality*, pág. 29.
- 11 M. Wertheimer, «Psychomotor coordination of auditory and visual space at birth», *Science*, vol. 134, 1962.
- 12 Neisser, *Cognition and Reality*, pág. 72.
- 13 E. C. Cherry, «Some experiments on the recognition of speech, with one and two ears», *Journal of the Acoustical Society of America*, vol. 25, 1953.
- 14 A. M. Treisman, «Strategies and models of selective attention», *Psychological Review*, vol. 76, 1969.
- 15 J. A. Deutsch y D. Deutsch, «"Attention": some theoretical considerations», *Psychological Review*, vol. 70, 1963.

- 16 Neisser, *Cognition and Reality*, págs. 84-5.
- 17 CPST, págs. 120-3.
- 18 Erik H. Erikson, *Childhood and Society* (Nueva York: Norton, 1963), págs. 15-6.
- 19 *Ibid.*, pág. 247.
- 20 Ernest Becker, *The Birth and Death of Meaning* (Nueva York: Free Press, 1962), pág. 95.
- 21 Véanse también Erikson, *Childhood and Society*, pág. 249; Harry Stack Sullivan, *The Interpersonal Theory of Psychiatry* (Londres: Tavistock, 1955), capítulo 4. No acepto la tesis de Erikson de que estos fenómenos psicológicos se puedan atribuir directamente a la forma de instituciones sociales.
- 22 G. Piers y M. B. Singer, *Shame and Guilt* (Springfield: Addison, 1963). Aquí repito algunas observaciones que originalmente hice en relación con la teoría del suicidio; cf. *SSPT*, pág. 393, n. 32.
- 23 Erikson, *Childhood and Society*, pág. 251.
- 24 *Ibid.*, pág. 256.
- 25 Dennie Wolf, «Understanding others: a longitudinal case study of the concept of independent agency», en George E. Forman, *Action and Thought* (Nueva York: Academic Press, 1982).
- 26 T. B. Brazelton *et al.*, «The origins of reciprocity», en M. Lewis y L. Rosenblum, *The Infant's Effects on the Caregiver* (Nueva York: Wiley, 1974).
- 27 L. S. Vygotsky, *Mind in Society* (Cambridge: Harvard University Press, 1978), págs. 20 y sigs.
- 28 Erik H. Erikson, *Identity, Youth and Crisis* (Londres: Faber y Faber, 1968), capítulo 5; el mismo autor, *Identity and the Life Cycle* (Nueva York: International Universities Press, 1967).
- 29 Erikson, *Identity and the Life Cycle*, pág. 19.
- 30 Véase *ibid.*, capítulo 3, «The problem of ego-identity».
- 31 *Ibid.*, pág. 102.
- 32 Véase CPST, págs. 123-8.
- 33 Bruno Bettelheim, *The Informed Heart* (Glencoe: Free Press, 1960), pág. 14. La obra de Goffman sobre «instituciones totales» se superpone en muchos puntos con el análisis ofrecido por Bettelheim: Goffman, *Asylums* (Harmondsworth: Penguin, 1961). [*Internados*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1970.]
- 34 Bettelheim, *The Informed Heart*, pág. 132.
- 35 *Ibid.*, pág. 148.
- 36 «Porque los prisioneros antiguos habrían aceptado, o habían sido forzados a aceptar, una dependencia pueril de las SS, muchos de ellos parecían querer creer que al menos algunas de las personas por ellos aceptadas como imágenes paternas poderosas eran justas y amables», *ibid.*, pág. 172.
- 37 Véanse los ejemplos compilados en William Sargant, *Battle for the Mind* (Londres: Pan, 1959).
- 38 M. Merleau-Ponty, *Phenomenology of Perception* (Londres: Routledge, 1974).
- 39 *Ibid.*, pág. 101.
- 40 L. Goldstein, *Language and Language Disturbances* (Nueva York: Grune and Stratton, 1948).

- 41 Merleau-Ponty, *Phenomenology of Perception*, pág. 104.
- 42 *Ibid.*, pág. 109.
- 43 Erving Goffman, *Behaviour in Public Places* (Nueva York: Free Press, 1963), pág. 17; el mismo autor, *Interaction Ritual* (Londres: Allen Lane, 1972), pág. 1.
- 44 Cf. Ithiel De Sola Pool, *The Social Impact of the Telephone* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1981).
- 45 Parece ser esta la idea que prevalece, por ejemplo, en la mayoría de las contribuciones a Jason Ditton, *The View from Goffman* (Londres: Macmillan, 1980). Véase también Alasdair MacIntyre, *After Virtue* (Londres: Duckworth, 1981), págs. 108-9. Cf. R. Harré y P. F. Secord, *The Explanation of Social Behaviour* (Oxford: Blackwell, 1972), capítulo 10.
- 46 Alvin W. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology* (Londres: Heinemann, 1971), págs. 379-81. [*La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1973.]
- 47 CPST, págs. 83-4, y *passim*.
- 48 Goffman, *Behaviour in Public Places*, pág. 18.
- 49 Erving Goffman, *Frame Analysis* (Nueva York: Harper, 1974), pág. 252.
- 50 Roger Caillois, *Man, Play and Games* (Londres: Thames y Hudson, 1962); véase también la obra famosa de Jan Huizinga, *Homo Ludens* (Londres: Routledge, 1952).
- 51 Goffman, *Frame Analysis*, pág. 560. Aquí no discutiré las cuestiones epistemológicas que la exposición de Goffman en este libro esboza, pero que en modo alguno resuelve. Ellas tienen mucho en común con las ponderaciones de Schutz sobre la naturaleza de las «realidades múltiples», y con otras muy diversas corrientes de filosofía moderna preocupadas por las consecuencias en apariencia relativistas de la mediación de marcos de sentido. Véase NRSM, capítulo 4.
- 52 Goffman, *Behaviour in Public Places*, págs. 156 y sigs.
- 53 *Ibid.*
- 54 Este tema, desde luego, ha sido muy investigado. La obra más conocida es la de Edward T. Hall, *The Silent Language* (Nueva York: Doubleday, 1959); véase también, del mismo autor, *The Hidden Dimension* (Londres: Bodley Head, 1966).
- 55 Harvey Sacks y Emmanuel A. Schegloff, «A simplest systematics for the organisation of turn-taking in conversation», *Language*, vol. 50, 1974.
- 56 Cf. George Psathas, *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology* (Nueva York: Irvington, 1979).
- 57 Jean-Paul Sartre, *Critique of Dialectical Reason* (Londres: New Left Books), pág. 259.
- 58 Goffman, *Interaction Ritual*, págs. 141 y sigs.
- 59 Habermas, *Theorie des kommunikativen Handelns* (Frankfurt: Suhrkamp, 1981), vol. 1, sección 3.
- 60 Goffman, *Behaviour in Public Places*, pág. 25.
- 61 Cf. la discusión general de la cortesía en Penelope Brown y Stephen Levinson, «Universals in language use: politeness phenomena», en Esther N. Goffman, *Questions and Politeness* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978).

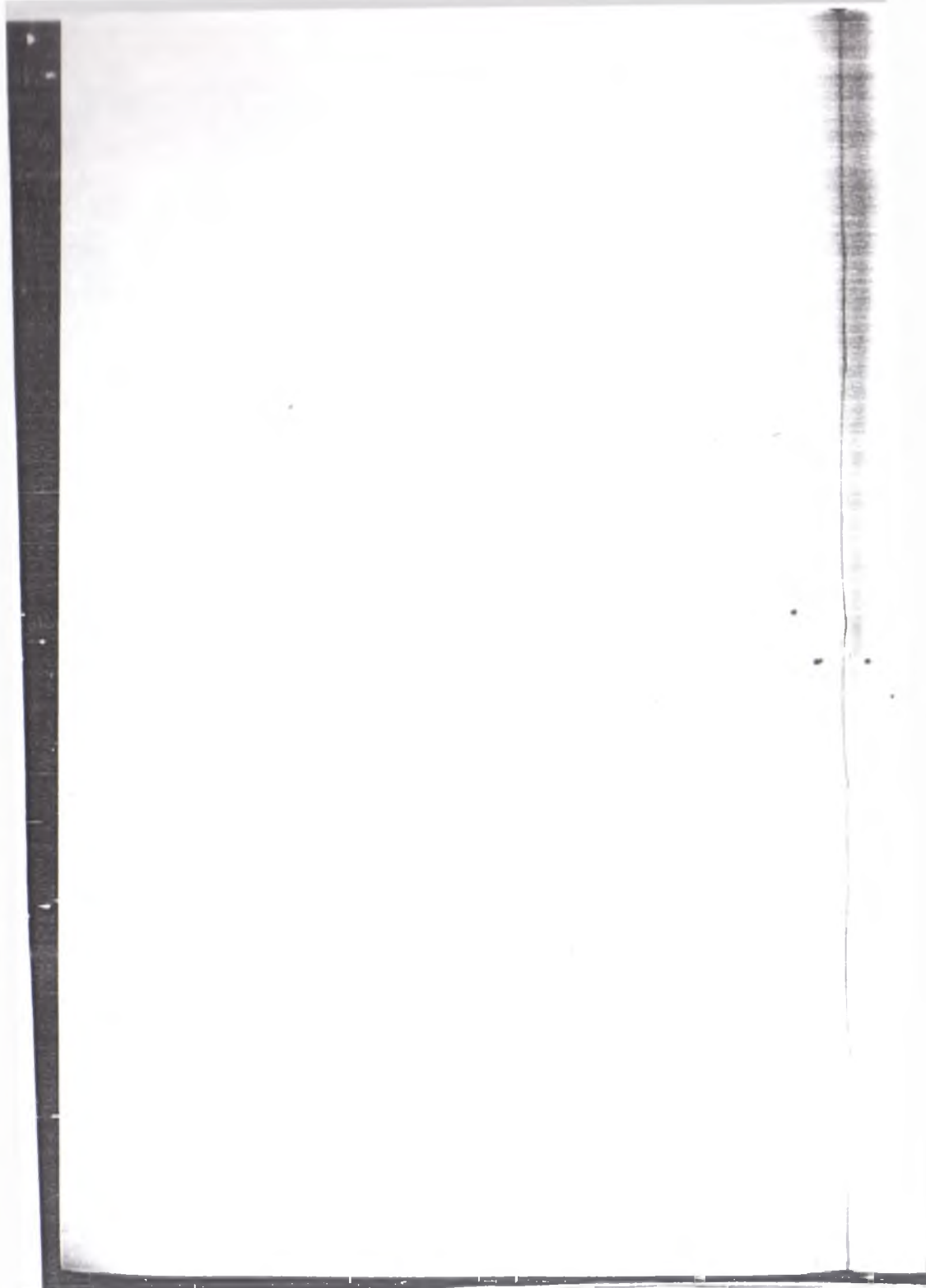
- 62 Goffman, *Behaviour in Public Places*, pág. 35. Cf. John Blacking, *The Anthropology of the Body* (Londres: Academic Press, 1977).
- 63 «Creo que los sentires del cuerpo son privados. Si tengo ardor en mi brazo, considero que el dolor es privado, pero la vista es pública. No siempre es así. Algunas personas creen que pueden de hecho sentir el dolor de otra persona, o pensar directamente los pensamientos de otra, y pueden sentir que otras personas sienten sus sentires corporales, o que de hecho piensan sus pensamientos», R. D. Laing, *Self and Others* (Londres: Penguin, 1971), pág. 34.
- 64 Harold Garfinkel, «A conception of, and experiments with, "trust" as a condition of stable concerted actions», en O. J. Harvey, *Motivation and Social Interaction* (Nueva York: Ronald Press, 1963).
- 65 Erving Goffman, *Forms of Talk* (Oxford: Blackwell, 1981), págs. 101 y sigs.
- 66 *Ibid.*, pág. 103.
- 67 *Ibid.*, págs. 70-1.
- 68 Roy Bhaskar, *The Possibility of Naturalism* (Brighton: Harvester, 1979), págs. 51-2.
- 69 Para un ejemplo reciente —entre muchos otros—, véase Bruce J. Biddle, *Role Theory* (Nueva York: Academic Press, 1979).
- 70 CPST, pág. 117.
- 71 *Ibid.*
- 72 Una tesis que se sostuvo en la controversia sobre teoría de roles en Alemania hace dos décadas. Conserva interés la contribución de F. H. Tenbrück: «Zur deutschen Rezeption der Rollenanalyse», *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, vol. 3, 1962.
- 73 Cf. Nigel Thrift, «Flies and germs: a geography of knowledge», en Derek Gregory y John Urry, *Social Relations and Spatial Structures* (Londres: Macmillan, 1984).
- 74 Cf. William Labov, «Rules for ritual insults», en David Sudnow, *Studies in Social Interaction* (Nueva York: Free Press, 1972).
- 75 D. Lawrence Wieder, «Telling the code», en Roy Turner, *Ethnomethodology* (Harmondsworth: Penguin, 1974).
- 76 *Ibid.*, pág. 149.

#### Notas críticas: Freud sobre deslices en el habla

- 1 Sigmund Freud, *Introductory Lectures on Psychoanalysis* (Harmondsworth: Penguin, 1974), pág. 71. [Conferencias de introducción al psicoanálisis, en Sigmund Freud, *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85, vol. 15, 1978.]
- 2 R. Meringer y C. Mayer, *Versprechen und Verlesen* (Viena, 1895).
- 3 Freud, *The Psychopathology of Everyday Life* (Harmondsworth: Penguin, 1975), pág. 39. [Psicopatología de la vida cotidiana, en Sigmund Freud, *Obras completas*, op. cit., vol. 6, 1980.]
- 4 *Ibid.*, pág. 40.



- 5 Originalmente publicado en el artículo de Freud «The psychical mechanism of forgetfulness» (1890); véase Standard Edition, vol. 3. [«El mecanismo psíquico de la desmemoria», en Sigmund Freud, *Obras completas*, *op. cit.*, vol. 3, 1981.]
- 6 Freud, *The Psychopathology of Everyday Life*, pág. 44.
- 7 *Ibid.*, pág. 135.
- 8 Boileau, *Art poétique*, citado en *ibid.*, pág. 148.
- 9 Freud, *Introductory Lectures on Psychoanalysis*, pág. 71.
- 10 Erving Goffman, «Radio talk: a study of the ways of our errors», en *Forms of Talk* (Oxford: Blackwell, 1981).
- 11 *Ibid.*, pág. 242.
- 12 Se las seleccionó sin duda por esta razón. Buena parte del material de Goffman proviene de colecciones de «bloopers» editadas por Kermit Schafer, como *Prize Bloopers* (Greenwich: Fawcett, 1965).
- 13 Donald S. Boomer y John D. M. Laver, «Slips of the tongue», *British Journal of Disorders of Communication*, vol. 3, 1968, pág. 2.
- 14 Victoria A. Fromkin, «The non-anomalous nature of anomalous utterances», *Language*, vol. 47, 1971.
- 15 Goffman, *Forms of Talk*, pág. 226.
- 16 Como lo indica Goffman *ibid.*, págs. 223 y sigs.



### 3. Tiempo, espacio y regionalización

#### *Geografía histórica*

En el capítulo anterior me empeñé en especificar ciertas cualidades psicológicas del agente y en analizar una interacción en situaciones de copresencia. La postura de actores en contextos de interacción y el entretrejimiento de esos contextos mismos son esenciales para aquellas tareas. Pero si se quiere mostrar que estas cuestiones se entranan con aspectos más amplios de sistemas sociales, es indispensable considerar la manera en que conviene a la teoría social abordar —en concreto, no en filosofía abstracta— lo «situado» de la interacción en tiempo y espacio.

La mayoría de los analistas sociales tratan tiempo y espacio como meros contornos de la acción y aceptar, sin advertirlo, la concepción, característica de la moderna cultura occidental, de la mensurabilidad cronológica. Con la excepción de los trabajos recientes de geógrafos —sobre los que enseguida me extenderé—, los especialistas en ciencia social han omitido construir su pensamiento en torno de los modos en que los sistemas sociales se constituyen por un espacio-tiempo. Según señalé antes, la investigación de este punto es una tarea capital impuesta por el «problema del orden» tal como se lo conceptualiza en la teoría de la estructuración. No se trata de un tipo específico o de un «campo» de ciencia social que se pueda cultivar u omitir a voluntad. Se sitúa en el corazón mismo de la teoría social, según se la interpreta con arreglo a la noción de estructuración, y por eso se le debe atribuir una gran importancia para la conducción de investigaciones empíricas en las ciencias sociales.

Por fortuna, no tenemos que abordar estas cuestiones *de novo*. En los últimos años se ha producido una convergencia notable entre la geografía y las otras ciencias sociales, con el resultado de que los geógrafos, inspirados en las diversas tradiciones establecidas de teoría social, hicieran aportes importantes al pensamiento social. Me parece que se ajusta a la verdad decir que la mayor parte de sus escritos son desconocidos por la mayoría de los que trabajan en el resto de las ciencias sociales, aunque contienen ideas de aplicación muy general.

## *La regionalización en general*

Las diferenciaciones entre cercamiento, exposición, regiones posteriores y anteriores, se aplican en extensos recorridos de espacio-tiempo, no sólo en los contextos de copresencia. Es por cierto improbable que sean objeto de un registro reflexivo tan directo por parte de aquellos a quienes afectan, aunque puede darse este caso. Una regionalización en el interior de áreas urbanas en sociedades contemporáneas ha sido muy estudiada desde los primeros trabajos de los sociólogos de Chicago, Park y Burgess. En la mayoría de las sociedades occidentales, la zonificación de las ciudades en vecindarios con características sociales marcadamente diferentes se ve muy influida por la operación de los mercados inmobiliarios y por separaciones entre hogares de propiedad individual y sectores de vivienda administrados por el Estado. Quizá los vecindarios no estén zonificados de manera tan simétrica como lo sostienen algunos de los analistas urbanos «ecológicos», pero su distribución tiene la consecuencia de engendrar diversas clases de contrastes anterior/posterior. Áreas industriales en ciudades y urbes del norte de Inglaterra fueron en su tiempo los aspectos más visibles del ambiente edilicio; fábricas y talleres se mostraban orgullosos, por así decir. Pero la tendencia en planificación urbana en años recientes ha sido considerar esas áreas como no visibles, como regiones posteriores que es preciso esconder en enclaves cercados o transferir al borde de la ciudad. Los ejemplos se pueden multiplicar cómodamente. El acceso de los sectores más adinerados a una transferencia relativamente cómoda de la propiedad en los mercados de vivienda es condición de la «huida hacia los suburbios», y así los centros urbanos, que eran regiones de mostración anterior, se convirtieron en regiones de decadencia urbana que las «clases respetables» evitan. Las áreas de gueto se pueden hacer «invisibles» por su cercamiento regional en vecindarios que tengan tasas muy bajas tanto de transferencia de propiedades como de movilidad diaria de ingreso y egreso. Como siempre, varios tipos de fenómenos de serie temporal están en la base de esa regionalización espacial.

La regionalización siguiendo recorridos largos de espacio-tiempo ha sido analizada por muchos autores con arreglo a nociones consabidas como «desarrollo desigual» y distingos entre «centro» (o «núcleo») y «periferia». Pero estas nociones se pueden aplicar por todo el espectro de los escenarios de sedes, desde los grandes hasta los pequeños. Más que discutir aquí el tema del desarrollo desigual, elaboraré la diferenciación de centro y periferia refiriéndola a su inserción en el tiempo. Si la economía mundial tiene sus centros, y si las urbes tienen sus centros, los tienen también las trayectorias diarias de actores

individuales. En las sociedades modernas, al menos para la mayoría de los varones, el hogar y el lugar de trabajo constituyen los dos centros principales donde suelen concentrarse las actividades diarias. También las sedes suelen estar regionalmente centradas. Algunas habitaciones en una casa, como dormitorios de huéspedes, por ejemplo, acaso se usen sólo «periféricamente».

∨ Distinciones centro/periferia se suelen asociar con frecuencia a duración en el tiempo.<sup>25</sup> Los que ocupan centros «se establecen» por su control sobre recursos que les permiten mantener diferenciaciones entre ellos y quienes habitan en regiones periféricas. Los establecidos pueden emplear una diversidad de formas de clausura social<sup>26</sup> para mantener la distancia de otros que de hecho son considerados como inferiores o extraños.



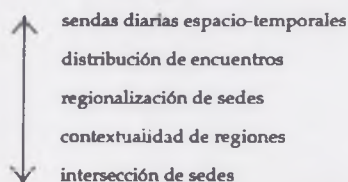
Figura 9

Las naciones industriales «establecidas» del «núcleo» occidental mantienen una posición central en la economía mundial sobre la base de su precedencia en el tiempo sobre las sociedades «menos desarrolladas». La regionalización geopolítica del sistema mundial acaso se esté modificando —por ejemplo, con el desplazamiento de centros de producción manufacturera a zonas antes periféricas del Oriente—, pero el factor de prioridad en el tiempo ha influido hasta hoy decisivamente sobre la preeminencia en el espacio. En los estados nacionales, la regionalización centro/periferia parece asociarse en todas partes con la existencia de «regímenes establecidos» que se sitúan en el núcleo de la estructuración de las clases dominantes.<sup>27</sup> Desde luego, existe una diversidad de relaciones complejas que interviene en estos fenómenos, y ofrezco estos ejemplos a título puramente ilustrativo.

### *Tiempo, espacio, contexto*

Quiero presentar aquí un resumen de los principales puntos expuestos en este capítulo hasta ahora. El debate se refirió a la *contextua-*

lidad de vida social y de instituciones sociales. Toda vida social ocurre en intersecciones de presencia y ausencia en la «extinción» de un tiempo y la «difuminación» de un espacio, y está constituida por ellas. Las propiedades físicas del cuerpo y de los *medios* en que se mueve otorgan inevitablemente a la vida social un carácter serial y limitan las modalidades de acceso a otros «ausentes» por un espacio. La geografía histórica proporciona un modo importante de notación para la intersección de trayectorias espacio-temporales en una actividad cotidiana. Pero se la debe insertar en una teorización más adecuada tanto del agente como de la organización de los escenarios de interacción. Cuando propongo las ideas de sede y de regionalización, deseo formular un plan de conceptos que contribuya a categorizar una contextualidad en tanto interviene intrínsecamente en la conexión de integración social e integración sistémica.<sup>28</sup>



Las técnicas gráficas elaboradas en la geografía histórica ya han demostrado su fecundidad en varios campos de investigación. No existe ninguna razón para que quienes trabajan en un espectro de disciplinas en las ciencias sociales no adopten, y adapten, el método de notación de Hägerstrand. Pero las limitaciones de la geografía histórica, que hemos apuntado ya, se deben tener sin duda en cuenta. Además, no habría que tomar simplemente el «tiempo cronológico» como una dimensión incuestionada para la construcción de modelos típicos, sino que es preciso considerarlo como un influjo, él mismo condicionado socialmente, sobre la naturaleza de las sendas espacio-temporales descritas por los actores en las sociedades modernas. Este punto, visto en la superficie, puede parecer trivial, pero está muy lejos de serlo en realidad. No se trata sólo de diferentes medios de contar el tiempo, sino de formas divergentes de la estructuración de actividades diarias.

Consideremos, por ejemplo, el conocido estudio de Bourdieu sobre el tiempo y la cuenta del tiempo en Cabília. Allí se considera que el año corre desde el otoño hacia el verano, y el día, desde la tarde hacia la medianoche. Pero este esquema expresa una concepción del tiempo como eterno retorno, que a su vez forma parte de la composición básica de las actividades cotidianas. La noche es simbólicamente un período de muerte, marcada por tabúes regulares: tabú de bañarse, de

entrar en contacto con extensiones de agua, de mirar espejos, de mojarse el cabello o de tocar cenizas.<sup>29</sup> La mañana no es sólo «nacimiento del día» sino un triunfo en la lucha entre el día y la noche: estar «en la mañana» es estar abierto a la luz, a la bondad que se asocia con ella. El «nacimiento» del día es entonces un momento para salir, aquel en que las personas se vuelcan de sus casas a su trabajo en los campos. Levantarse temprano significa situarse bajo auspicios favorables, «honrar a los ángeles». No se trata sólo de una transición en el tiempo sino de una regulación de sucesos y prácticas. No obstante, el potencial creador del día tiene que ser promovido por magia, porque pueden intervenir otras fuerzas malignas, en particular después que el sol alcanzó el cenit en su carrera. En efecto, después de entonces el día entra en declinación, lo que señala el retorno inminente de la decadencia y caída de la noche, «el paradigma de todas las formas de declinación».<sup>30</sup>

Con este ejemplo en mente, quiero elaborar algunas de las principales nociones consideradas en este capítulo, y tomaré como ejemplo la enseñanza escolar en las sociedades contemporáneas. No hay duda de que trazar el mapa de las pautas espacio-temporales que siguen alumnos, maestros y otro personal de una escuela es un artificio topológico útil para iniciar el estudio de esa escuela. Pero en lugar de emplear las formas de representación exacta formuladas por Hågerstrand y sus colaboradores, propongo poner el acento en el «tiempo reversible» de una conducta de rutina cotidiana. Hågerstrand suele figurar las sendas espacio-temporales como si presentaran un movimiento «lineal» a lo largo del día. Pero una representación más precisa del carácter repetitivo de la vida social cotidiana se obtiene si vemos que la mayoría de las sendas espacio-temporales diarias incluyen un «retorno». En lugar de adoptar la forma de la figura 10a, podemos tomar como ejemplar la de la figura 10b.

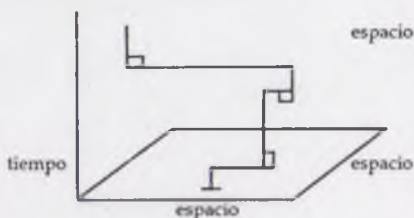


Figura 10a

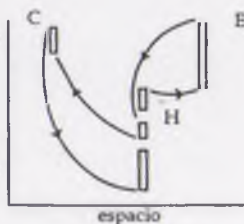


Figura 10b

La figura 10a es de la clase que Hågerstrand prefiere; en ella miramos un espacio-tiempo «lateralmente» y la flecha del «tiempo» constituye una secuencia temporal específica (por lo común equivale a la jornada de trabajo). Propongo no abandonar este tipo de notación, pero

complementarlo —desde luego que conceptualmente, más que figurativamente— con la figura 10b, en la que miramos «hacia abajo», por así decir, en lugar de hacerlo lateralmente. Las líneas marcadas con las flechas representan sendas de movimiento espacio-temporal. La longitud de las líneas denota la cantidad de tiempo, medida cronológicamente, que gasta en moverse entre «estaciones», en el curso de un día particular, un individuo particular o típico; el grado de alargamiento de las cajas indica la longitud de tiempo que se pasa dentro de una sede específica. Así, la jornada de un niño en época escolar se ve como en el esquema indicado en el diagrama. El niño puede pasar tres períodos separados en el hogar (H) por día: dormirá allí desde el anochecer hasta la mañana temprana, volverá allí desde la escuela (E) después del mediodía y otra vez regresará tras haber estado en el cine (C) por la tarde. Algunos aspectos de la jornada del niño están sin duda fuertemente rutinizados (el viaje de ida y vuelta a la escuela), mientras que otros (ir al cine) pueden estarlo menos. Los tipos más rutinizados de actividad pueden ser representados como un perfil de sendas espacio-temporales insertas en un tiempo reversible.

Una escuela, en los términos de Hägerstrand, es una «estación» sobre sendas convergentes trazadas por conglomerados de individuos en el curso del día. Tiene él razón cuando señala que las condiciones que hacen posible que individuos coincidan en una determinada sede no se pueden dar por supuestas sino que requieren un examen expreso. Pero una sede, desde luego, es más que una mera parada. Las «estaciones» parecen cajas negras, por así decir, en geografía histórica, porque el principal interés recae sobre el movimiento entre ellas. En tanto una escuela es un tipo de organización social que se concentra en un local que posee precisas características físicas, sus características se pueden entender por referencia a tres aspectos: la distribución de encuentros que se produce en su interior por un tiempo y un espacio, la regionalización interna que muestra, y la contextualidad de las regiones así individualizadas.

Las escuelas modernas son organizaciones disciplinarias, y sus rasgos burocráticos claramente influyen sobre las regiones que contienen, así como son influidos por estas. Lo mismo que todas las variedades de organización disciplinaria, la escuela opera en el interior de fronteras cerradas, y sus bordes físicos están separados con mucha claridad de la interacción cotidiana de afuera. Una escuela es un «contenedor» que genera poder disciplinario. La naturaleza cercada de la vida escolar vuelve posible una coordinación estricta de los encuentros seriales en que intervienen los internos. Los segmentos de su tiempo que los niños pasan en la escuela están espacial y temporalmente segregados de encuentros potencialmente intrusivos externos.



Pero esto se aplica también, al menos por lo común, a las divisiones entre diferentes clases. Las escuelas tienen particiones internas. Estas pueden ser áreas de una escuela, pero también ciertos momentos en que ocurren formas de interacción heterogéneas o difusas (p.ej., al comienzo y al final de las clases). Pero, en general, la distribución de encuentros en el interior de una escuela presenta un vivo contraste con sectores de vida social en que la regulación normativa de la actividad es más laxa. La fijación de espacios disciplinarios forma parte del carácter arquitectónico de las escuelas, tanto en la separación de aulas como en el espaciado normado de pupitres que suelen encontrarse dentro de ellas. No hay duda de que divisiones espaciales de este tipo facilitan la especificación rutinizada y la asignación de tareas.

El horario de la escuela es fundamental para la movilización de un espacio bajo la forma de sendas espacio-temporales coordinadas. Los administradores de una escuela no suelen encontrarse con los mismos problemas de «envase» que sus homólogos de los hospitales. Pero como todas las organizaciones disciplinarias, las escuelas operan con una precisa economía de tiempo. Es correcto sin duda remitir hasta cierto punto los orígenes de la disciplina escolar a la regulación del tiempo y del espacio que se vuelve posible en una transición generalizada al «tiempo cronológico». No se trata de que el uso difundido de relojes permita divisiones exactas del día; se trata de que el tiempo en la aplicación calculadora de una autoridad administrativa.

Los rasgos contextuales de las aulas, que son las principales «áreas de aplicación» de poder, presentan desde luego una amplia variación. Pero, en formas más severas de fijación de espacios de aula, la especificación de la postura del cuerpo, del movimiento y del gesto, de ordinario se organizan estrictamente. La postura espacial de maestro y alumnos en el contexto de una clase es por entero diferente de la que rige en la mayoría de las otras situaciones en las que se llevan adelante compromisos faciales. Que estas otras situaciones se instalen suele ser señal de un fracaso en el control del maestro. Las aparentes minucias de la postura y la movilidad del cuerpo sobre las que Goffman llama la atención están lejos, una vez más, de ser casuales en este punto.

El aula, como la escuela, es «contenedora de poder». Pero no es tal que sólo bata y cuaje «cuerpos dóciles». Contextos de copresencia, según he señalado, se pueden definir como escenarios, y los escenarios tienen que ser activados reflexivamente por personajes dotados de autoridad en el curso de hacer que la autoridad cuente. Una disciplina por vigilancia es un medio poderoso de generar poder, pero depende, sin embargo, del acatamiento más o menos continuo de quienes son sus «súbditos». Conseguir semejante acatamiento es en sí mismo un logro frágil y contingente, como lo sabe cualquier maestro. El contexto

disciplinario del aula no es un mero «telón» de lo que sucede en la clase; se moviliza en el interior de una dialéctica de control. Una clase es un compromiso facial que, como cualquier otro, se debe administrar reflexivamente.

Considérese la siguiente secuencia de interacción, expuesta y discutida por Pollard:

«Campana de las 9:00 de la mañana, media clase en el aula, la mayoría lee libros. El maestro entra con jovialidad: "Buenos días; ¡ah!, eso es bueno, han sacado esos libros". El maestro se sienta en su escritorio, quita las carpetas, saca el registro. Entretanto, la mayoría de los otros niños ha entrado en el aula. Los recién llegados hablan, cambian figuras de fútbol, y arrojan miradas fugitivas al maestro.

*Maestro:* Bueno, completemos el registro, apúrense y siéntense ustedes, maníaticos del fútbol. Veo que los de Manchester Unidos perdieron de nuevo.

*Partidarios de Manchester Unidos:* Pero siempre son mejores que los de Liverpool.

*Maestro:* (Con tono sarcástico.) ¿Conque así? Debe de ser por toda la espinaca que no comieron. Pero ahora. . . Martin. . . Doreen. . . Alan. . . Marc (lee el registro y los niños responden).

Un niño llega tarde, mira tímidamente y se encamina a su asiento. Otros niños lo señalan y ríen.

*Niño:* ¡Eh!, Duncan, ¿qué haces?

*Maestro:* Duncan, ven aquí. Llegas tarde *otra vez*, tres minutos tarde, para ser exacto. ¿Por qué?

*Duncan:* Disculpe, señor.

*Maestro:* Pregunté ¿por qué?

*Duncan:* Me dormí, señor.

*Maestro:* Bueno, ¿estás despierto ahora?

(Otros niños ríen.)

*Duncan:* Sí, señor.

*Maestro:* Bueno, es mejor que te recuestes durante tres minutos a las cuatro de la tarde y no vuelvas a dormirte después.

Más risas. Duncan se sienta. El maestro termina con el registro». <sup>31</sup>

¿Qué ocurre aquí? Tenemos que entender, como el maestro, que el registro tiene una importancia particular para el ordenamiento de las actividades del día. Es un marcador que señala la apertura de los paréntesis en un encuentro, y es la primera descarga de fusilería en una batalla que libran cada día maestro y alumnos. El maestro advierte que es la primera ocasión para sondear el estado de ánimo de los niños, y lo propio hacen los niños con el maestro. Para que el maestro

mantenga el control directivo es preciso que los niños acepten las rutinas que el escenario del aula ordena. Se espera que los niños, cuando entran al aula por la mañana, se sienten en los lugares que tienen asignados, saquen sus libros de lectura y respondan cuando se leen sus nombres. Pollard interpreta la jocosidad y las bromas del maestro como una actuación «anterior», destinada a definir el tono del día como de trabajo cooperativo. No obstante, esa estrategia tiene sus riesgos, según lo indica la respuesta a la llegada tarde de uno de los niños. Otros se sienten autorizados a burlarse del último llegado. El maestro advierte en el acto que esta es la primera prueba del día en la que debe mostrar su superior autoridad. Su reprimenda en broma a Duncan mezcla reconvencción con firmeza, táctica cuyo éxito es demostrado por la risa de los niños. Así avanzan los hechos del día. Si el maestro se hubiera mostrado más disciplinarista y hubiera enviado al malhechor a la dirección, la respuesta acaso habría sido juzgada demasiado severa por el resto de los niños. En ese caso se podría haber producido una escalada de amenazas y castigos que habría sido menos eficaz para mantener la rutina que «la negociación específica» concluida de manera implícita por maestro y alumnos como parte de un ambiente cooperativo.

La naturaleza misma de las aulas, donde la mayor parte de las cosas que hacen maestros y alumnos son visibles para unos y otros, implica que las regiones posteriores en general tienen una fuerte definición así temporal como espacial. Para los niños, ellas se sitúan en algún lugar a lo largo de las angostas fronteras temporales entre clases, supongan o no un movimiento físico de un aula a otra. Aunque el peso de la disciplina recaiga normalmente sobre todo en los niños, a veces son los maestros quienes la perciben más opresiva. Los maestros suelen tener una región posterior a la que se pueden retirar, la sala de personal, donde los niños de ordinario no entran. La sala de personal es sin duda un lugar para aflojarse y relajarse. Pero también sirve para discutir interminablemente, y formular y reformular métodos de enseñanza.

Está en la naturaleza de las organizaciones disciplinarias que la intensidad de la vigilancia adentro inhiba un control directo desde afuera. Es un fenómeno que se puede ver tanto en la regionalización interna de la escuela como en su situación de sede en el interior de otras sedes. Dentro de la escuela, la concentración de la autoridad disciplinaria en aulas separadas compartimentadas es la condición del elevado nivel de control que se puede alcanzar sobre la postura y sobre la actividad corporal. Pero esta misma circunstancia conspira contra la supervisión directa del director. Este «tiene autoridad» sobre el personal de maestros pero no la puede ejercer del mismo modo como

los maestros consiguen controlar la conducta de los niños en sus clases. Por eso las escuelas tienden a presentar una «doble línea» de autoridad netamente opuesta. El control que los maestros buscan ejercer sobre sus alumnos es inmediato, exige la presencia continua del maestro cara-a-cara con los alumnos. En cambio, la supervisión de la actividad de los maestros es necesariamente indirecta y recurre a otros medios. Se puede aventurar la conjetura de que sólo en organizaciones donde se otorgue una autonomía considerable frente a la supervisión directa se podrá lograr una línea graduada de autoridad. Pero la naturaleza cercada de la escuela, y su clara separación en tiempo y espacio de lo que sucede en sedes que la rodeen, inhibe también un control de supervisión desde afuera. Es decir que inspectores pueden hacer visitas regulares a las escuelas para verificar su funcionamiento; consejos escolares y asociaciones de padres acaso hagan sentir su poder para influir sobre cursos de acción que concurren a plasmar la vida de la escuela. Pero es inherente al poder disciplinario que los sucederes del «contenedor de poder» de la escuela alcancen un alto grado de autonomía de aquellos mismos institutos externos cuyo *ethos* ella expresa.

### *Contra «micro» y «macro»: integración social y sistémica*

Las consideraciones precedentes tienen cierta importancia para el examen de las relaciones entre integración social y sistémica. No empleo los términos más familiares de estudio «microsociológico» y «macrosociológico», por dos razones. Una es que estos no rara vez se oponen entre sí, con lo que se da a entender que debemos elegir entre ellos y considerar que uno bajo algún aspecto es más raigal que el otro. En la intencionada negativa de Goffman a ocuparse de cuestiones de organización social de vasta escala y de historia, por ejemplo, parece achar la idea de que la microsociología, como él la denomina a veces, contendría la realidad esencial de la vida social. Por el otro lado, defensores de abordajes macrosociológicos se inclinan a mirar los estudios de la actividad social cotidiana como si se ocuparan de trivialidades: las cuestiones más importantes serían las de vasto alcance. Pero este tipo de confrontación es sin duda una guerra fingida si es que puede haber tal. Comoquiera que sea, no me parece que se trate de la prioridad de lo uno sobre lo otro. Una segunda razón por la que esta división micro/macro suele evocar asociaciones desafortunadas es que, aunque no exista conflicto entre las dos perspectivas, una desdichada división del trabajo suele nacer entre ellas. Se cree que la microsociología se interesa en las actividades del «agente libre», cuya elucidación se puede confiar con seguridad a posiciones teóricas como

las del interaccionismo simbólico o la etnometodología; en cambio, se supone que la provincia de la macrosociología es la del análisis de los constreñimientos estructurales que imponen límites a la actividad libre (véanse las págs. 238-9). Ya he explicado que esta división del trabajo lleva a consecuencias que en el mejor de los casos son muy engañosas.

¿Por qué tantos autores ven tan problemática la relación entre estudio «microsociológico» y «macrosociológico»? Cabe suponer que la principal razón es la división conceptual del trabajo que acabamos de mencionar. Reforzada por un dualismo filosófico, exige una reformulación de la teoría social más radical de la que puede o quiere emprender la mayoría de esos autores. Una breve ojeada a una de las discusiones recientes más interesantes sobre la cuestión, la producida por Collins,<sup>32</sup> nos ayudará a elaborar este punto. Collins señala que el cisma entre abordajes microsociológicos y macrosociológicos, tal como se suele entender estos términos, se ha agravado en la última década o casi. Mientras la teoría social estuvo dominada por el funcionalismo y el marxismo, o alguna combinación de ambos, en general se consideraba que las relaciones sociales en situaciones de copresencia venían sustancialmente determinadas por factores más amplios, «estructurales». No obstante, la microsociología, según la cultivó en especial la etnometodología, ha llegado a ser un campo de interés inquieto que ha opuesto objeciones radicales a aquellos abordajes. En opinión de Collins, «la microsociología reciente, radical, es un método mucho más completo, en lo epistemológico y lo empírico, que cualquier otro anterior (. . .) Por su parte diría que el empeño de reconstruir la macrosociología de manera consistente sobre microfundamentos radicalmente empíricos es el paso decisivo hacia una ciencia sociológica más lograda».<sup>33</sup>

Según Collins, el camino recto hacia adelante pasa por un programa de «microtraducción» de «fenómenos estructurales». Esta traducción es apta para culminar en teorías que posean una base empírica más sólida que las teorías macrosociológicas existentes. A los que se interesan por cuestiones macrosociológicas se los exhorta a no abandonar sus empeños, pero a reconocer que su obra es incompleta en el plano teórico. Existen, a juicio de Collins, sólo tres «macrovariables puras»: tiempo, espacio y número. Así, un concepto como el de «centralización de autoridad» se puede traducir en relatos de microsituaciones: sobre el modo en que actores situados ejercen de hecho autoridad en contextos definibles. Pero las «macrovariables puras» intervienen bajo la forma del número de situaciones de esa clase, en el tiempo y en el espacio. «Por eso las variables estructurales revelan ser a menudo meros números de personas en diversas clases de micro-

situaciones».<sup>34</sup> «La realidad social», en consecuencia, es «microexperiencia»; son los agregados numéricos temporales y espaciales de esa experiencia los que constituyen el nivel macrosociológico del análisis. Las cualidades «estructurales» de sistemas sociales son, afirma Collins, los «resultados» de una conducta en microsituaciones en tanto no nacen de número, tiempo y espacio.

Aunque el concepto de Collins de «variables estructurales» tiene alguna semejanza con el defendido por Blau (véanse las págs. 236-8), Collins con todo acierto cuestiona la versión de «sociología estructural» que Blau y muchos otros proponen. Pero en otros aspectos, la visión de Collins es insuficiente. He insistido sin desmayo en que considerar tiempo y espacio como «variables» es repetir el error característico de la mayoría de las variantes de ciencia social ortodoxa. Además, ¿por qué supondríamos que «estructura» conviene sólo a cuestiones macrosociológicas? Tanto en las acepciones más precisas como en las más vagas que he distinguido en ese término, la actividad en microcontextos tiene propiedades estructurales bien definidas. De hecho, creo que es una de las principales tesis que la investigación etnometodológica ha sostenido logradamente. Y también, ¿por qué afirmar que el tiempo como «variable» interesa sólo a quehaceres macrosociológicos? La temporalidad es tan inseparable de un pequeño tramo de interacción como lo es de la más prolongada de las *largas duraciones*. En fin, ¿por qué sostener que las propiedades estructurales constan sólo de tres dimensiones, tiempo, espacio y número? La razón, supongo, es que Collins sigue pensando que «estructura» no puede sino denotar algo «exterior» a las actividades de agentes sociales para tener algún sentido en ciencia social. Una dispersión en tiempo y espacio parece el único fenómeno subsistente, porque Collins acepta en buena parte las objeciones levantadas por los que él denomina «microsociólogos radicales» a los conceptos colectivos con los que sus antagonistas macrosociológicos de ordinario operan.

Pero la confusión más importante en el relato de Collins es el supuesto de que los «macroprocesos» son los «resultados» de una interacción en «microsituaciones». Según Collins, el «macronivel» consiste sólo en «agregados de micro-experiencias». Ahora bien, se puede conceder que las generalizaciones en las ciencias sociales presuponen siempre las actividades intencionales de agentes humanos —y se refieren a estas, al menos de una manera implícita—. Pero de ahí no se sigue que tenga una existencia más bien falsa aquello que se define como el «macronivel». Porque esto no hace sino retrotraernos a la guerra ficticia. Las instituciones sociales no se explican como agregados de «microsituaciones» ni admiten una descripción exhaustiva en los términos que denoten esas situaciones, si por tales entendemos circuns-

tancias de copresencia. Por otro lado, pautas institucionalizadas de conducta se entretujan profundamente aun en la más efímera y limitada de las «microsituaciones».

Sigamos este argumento especificando por qué el distingo micro/macro no es mayormente fecundo. ¿Qué es una «microsituación»? La respuesta sería: una situación de interacción circunscrita en espacio y en tiempo —semejante a la opinión de Collins—. Pero esto no ayuda mucho. Porque no sólo los encuentros «se extinguen» en el tiempo, sino que también, tan pronto como empezamos a interesarnos por el modo en que los encuentros son llevados adelante por los actores que en ellos participan, se vuelve claro que ningún sector de interacción —aun limpiamente puesto entre paréntesis espaciales y temporales— se puede entender por sí mismo. De los aspectos de una interacción, los más están sedimentados en el tiempo, y sólo se les descubre un sentido si se considera su carácter rutinizado, repetitivo. Además, la diferenciación espacial de lo micro y lo macro se vuelve imprecisa así que nos ponemos a examinarla. En efecto, la formación y reanudación de encuentros necesariamente ocurre por tramos de espacio más amplios que los interesados en los contextos inmediatos de una interacción cara-a-cara. Las sendas trazadas por individuos con su movimiento en el espacio en el curso del día rompen ciertos contactos para formar otros, que a su vez se rompen, y así.

Lo que habitualmente se trata bajo el título de procesos micro/macro es la postura del cuerpo en un espacio-tiempo, la naturaleza de una interacción en situaciones de copresencia, y la conexión entre estas y los influjos «ausentes» que conciernen a la caracterización y explicación de una conducta social. Se atiende mejor a estos fenómenos —son de hecho aquellos donde lanza su ancla la teoría de la estructuración— si se los refiere a las relaciones entre integración social y sistémica. Ahora bien, algunas de las cuestiones que se disputan en el debate micro/macro son problemas conceptuales relacionados con la controversia de larga data sobre el individualismo metodológico. Las dejo de lado hasta el próximo capítulo. Otros aspectos, sin embargo, no descansan exclusivamente en consideraciones conceptuales. Se los puede resolver sólo por el análisis directo de tipos particulares de sociedad. Puesto que las sociedades difieren en sus modalidades de articulación institucional, cabe esperar que varíen las modalidades de intersección de presencia y ausencia que forman parte de su constitución. Haré aquí una breve indicación de esto, y al mismo tiempo introduciré material que ampliaré en el próximo capítulo.

La integración social concierne a una interacción en contextos de copresencia. Las conexiones entre integración social y sistémica se pueden rastrear por el examen de los modos de regionalización que

canalizan las sendas espacio-temporales que los miembros de una comunidad o sociedad siguen en sus actividades cotidianas, y que son canalizados por estas. Se trata de sendas fuertemente influidas por parámetros institucionales básicos de los sistemas sociales en que están insertas, y que además los reproducen. Las sociedades tribales (véanse las págs. 212-3) suelen presentar una forma de fuerte segmentación, en que la comunidad aldeana es de lejos la sede más importante donde se constituyen y reconstituyen los encuentros en un espacio-tiempo. En estas sociedades, las relaciones de copresencia tienden a prevalecer sobre las influencias de tipo más indirecto. Tiene sentido afirmar que en ellas existe algo semejante a una fusión de integración social y sistémica. Pero desde luego esa fusión nunca es completa: virtualmente todas las sociedades, no importa cuán pequeñas o cuán aisladas sean en apariencia, existen en conexión siquiera laxa con «sistemas intersocietarios» más amplios.

Como vivimos hoy en un mundo donde la comunicación electrónica es algo dado, conviene destacar lo que de otro modo sería un rasgo evidente de las sociedades tradicionales (de todas las sociedades, de hecho, hasta hace poco más de un siglo). Y es, simplemente, que todos los contactos entre miembros de comunidades o sociedades diferentes, no importa cuán extensos, suponen contextos de copresencia. Puede llegar una carta de otro ausente, pero desde luego hace falta su traslado físico desde un lugar hasta otro. En el mundo tradicional, categorías especializadas de personas se encargaban de viajes muy largos: navegantes, soldados, mercaderes, misioneros y diversos aventureros. Las sociedades nómades itineraban por vastos territorios. Las migraciones de pueblos eran comunes. Pero ninguno de estos fenómenos altera el hecho de que los contextos de copresencia eran siempre los principales «contextos portadores» de interacción.

Lo que hizo posible el gran «estiramiento» espacio-temporal que trajeron consigo las que llamaré sociedades divididas en clases fue sobre todo el desarrollo de las ciudades. Las ciudades producen una centralización de recursos —en especial, de recursos administrativos— que admite un mayor distanciamiento espacio-temporal del habitual en los regímenes tribales. La regionalización de sociedades divididas en clases, por complicada que sea en detalle, se forma siempre en torno de las conexiones, de interdependencia y antagonismo, entre ciudad y campo.

Solemos usar el término «ciudad» de manera general para denotar tanto los establecimientos urbanos en sociedades tradicionales como aquellos que convergen con la formación y difusión del industrialismo capitalista. Pero es un uso oscurecedor si se entendiera que en los tiempos modernos tenemos simplemente más de lo mismo: que el



urbanismo de hoy no es sino una versión del que antes existía, sólo que más densa y extendida. Las contextualidades de las ciudades tradicionales son en muchos aspectos diferentes de las que existen en el urbanismo moderno. Rykwert, por ejemplo, llama la atención sobre la forma simbólica que muchas ciudades tenían, en partes del mundo muy alejadas entre sí, con anterioridad a los tiempos modernos:

«Es difícil [para nosotros hoy] imaginar una situación en que el orden formal del universo se pudiera reducir a un diagrama de dos coordenadas que se cortaran en un sitio. Pero es exactamente lo que ocurría en la Antigüedad: el romano que paseaba por el *cardo* sabía que su caminata era el eje en torno del cual daba vueltas el sol, y que, si iba por el *decumanus*, seguía el curso del sol. El universo entero y su sentido podían ser declarados por sus instituciones cívicas; en él, estaba en su casa».<sup>35</sup>

Esas ciudades, se podría decir, no existen todavía en el tiempo y el espacio de la mercancía.<sup>36</sup> La compra y venta de tiempo, como tiempo de trabajo, es sin duda uno de los rasgos específicos del capitalismo moderno. Los orígenes de la regulación temporal precisa de la jornada quizá se encuentren en el tañir de la campana del monasterio, pero fue en la esfera del trabajo donde su influjo se insertó hasta el punto de difundirse por la sociedad en su conjunto. El tiempo-mercancía, articulado en los mecanismos de la producción industrial, quiebra la diferenciación de ciudad y campo que era característica de las sociedades divididas en clases. La industria moderna se acompaña de la difusión del urbanismo, pero su operación no queda necesariamente fijada a un tipo particular de área. La ciudad tradicional, por otro lado, es tanto el lugar principal del poder disciplinario en las sociedades divididas en clases cuanto, como tal, está segregada del campo, en muchos casos física y simbólicamente, por las murallas de la ciudad. Junto con la transformación del tiempo, la conversión del espacio en mercancía establece un «ambiente creado» de carácter muy específico, que expresa formas nuevas de articulación institucional. Estas formas nuevas de orden institucional alteran las condiciones de integración social y sistémica y por esa vía modifican la naturaleza de las conexiones entre lo próximo y lo remoto en tiempo y en espacio.

## Notas críticas: Foucault sobre distribución temporal y espacial

Los varios análisis de Foucault sobre los orígenes de un poder disciplinario dan testimonio de un interés permanente por una distribución temporal y espacial. Según Foucault, el foco de un poder disciplinario es la manipulación del cuerpo mirado en lo esencial como una máquina que se puede sintonizar con fineza. Las formas de administración asociadas con las organizaciones disciplinarias que han proliferado a partir del siglo XVIII difieren de la movilización en masa de fuerza de trabajo que descubrimos en proyectos de vasta escala en las civilizaciones agrarias. Esos proyectos —construcción de calzadas, edificación de templos, de monumentos públicos, etc.— a menudo incluyeron a grandes números de personas. Pero sus actividades se coordinaban sólo de una manera genérica. Las nuevas formas de disciplina se pliegan con exactitud a movimientos, gestos y actitudes del cuerpo individual. A diferencia de la disciplina monástica, que es uno de sus principales antecedentes históricos, las nuevas técnicas de poder conectan sin mediación disciplina con utilidad. El control del cuerpo forma parte de la novedosa «anatomía política» y, en tanto tal —dice Foucault—, aumenta el producto del cuerpo al mismo tiempo que reduce su independencia de orientación.

La disciplina no tiene otro camino que el de manipular un tiempo y un espacio. De ordinario requiere un cerco, una esfera de operación clausurada y cerrada sobre sí misma. Foucault da mucha importancia al concepto de «confinamiento», la segregación más o menos forzosa de individuos del resto de la población en los primeros hospitales, en manicomios y en prisiones. Pero también otras organizaciones disciplinarias menos totales incluyen un cerco. Pueden variar los factores que lleven a establecer áreas cerradas, pero el resultado final es similar en todas ellas, en parte porque los individuos y las autoridades responsables de establecerlas han seguido modelos similares. Un cerco es una base generalizada de poder disciplinario, pero por sí mismo no garantiza la administración en detalle de los movimientos y actividades del cuerpo. Esta sólo se logra a través de una división regional interna o «partición». Cada individuo tiene su «lugar correcto» para cada momento particular de la jornada. La partición de un espacio-tiempo disciplinario tiene por lo menos dos consecuencias. Contribuye a evitar la formación de grupos grandes que pudieran ser una fuente de formación independiente de la voluntad o de oposición, y da lugar a la manipulación directa de actividades individuales, con lo que evita el fluir y la indeterminación a que se prestan los encuentros casuales. Lo que interviene aquí, según Foucault, es un «espacio ana-

lítico» donde es posible vigilar y evaluar a los individuos, medir sus cualidades. Acaso influyó sobre la partición del espacio disciplinario el ejemplo de la celda monástica, pero pudo originarse también en formas arquitectónicas que se establecieron con fines puramente prácticos. En Francia, el hospital naval de Rochefort sirvió de modelo. Se lo instituyó como parte de un intento de combatir las enfermedades contagiosas que hacían estragos en un puerto donde se agitaban numerosos grupos dispares de gente dedicada a la guerra o al comercio. Un control sobre la propagación de la enfermedad traía consigo otros tipos de regulación vigilante sobre poblaciones de paso: control de la autoridad militar sobre los desertores, y de la administración local, sobre el abastecimiento de bienes, raciones y materias primas. Esto introdujo una urgencia de control riguroso del espacio, que primero recayó más sobre la vigilancia de mercancías valiosas que sobre la organización de seres humanos. Pero después se aplicó a los pacientes mismos la práctica de inventariar bienes, de categorizar y controlar su distribución. Se instituyeron los registros de casos. El número total de pacientes se reguló con cuidado; se pusieron restricciones a su movimiento y a los horarios en que recibían visita. La emergencia de una «distribución del espacio terapéutico» se desarrolló, en consecuencia, a partir de una distribución del espacio «administrativo y político».<sup>1\*</sup>

La partición de un espacio advino en circunstancias bien diferentes en las fábricas de fines del siglo XVIII. También aquí se tendió a distribuir individuos en un espacio demarcado, pero esta distribución se debía orientar según la coordinación de una maquinaria. En consecuencia, los ordenamientos de cuerpos en un espacio debían corresponder a las exigencias técnicas de la producción. Pero se puede demostrar por otra parte que un poder disciplinario saturó esta «articulación de un espacio de producción». Foucault cita como ejemplo la manufactura de Oberkampf en Jouy. La manufactura se componía de una serie de talleres individualizados según el tipo de operación productiva. Toussaint Barré diseñó el mayor de los edificios, que tenía ciento diez metros de largo con tres galpones. En la planta se hacían impresiones. Había ciento treinta y dos mesas, dispuestas en dos filas que se extendían a lo largo del taller; en cada mesa trabajaban dos empleados. Los supervisores recorrían de un extremo a otro el pasillo central, lo que les permitía vigilar el proceso de trabajo en general y las actividades de cada obrero individual en particular. Era posible comparar obreros en su velocidad y productividad, y correlacionar las actividades de unos con otros. Separar obreros con arreglo a principios estrictos de clasificación permitía caracterizar cada elemento de la tarea

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 190-1.

y referirla a movimientos específicos del cuerpo. Las doctrinas de Frederick Taylor no son mucho más que una formulación tardía del poder disciplinario que acompañó al ascenso de la industria de gran escala cien años antes.

El carácter de un espacio disciplinario, según Foucault, no deriva en primer lugar de la asociación de una organización con un sector específico de territorio, sino de la administración de un espacio. Líneas, columnas, intervalos medidos entre paredes, son sus rasgos definitorios. Lo que importa no es una parte determinada del edificio, sino su forma relacional en general. El aula ejemplifica este fenómeno. En el siglo XVIII, en Francia y en otras partes, las clases se deslindan a intervalos regulares en hileras bien delimitadas, separadas externamente por un sistema de corredores que las conectan. Se trata de divisiones curriculares no menos que espaciales. Los individuos se mueven siguiendo esas particiones no sólo en el curso de la jornada sino también durante su carrera educacional.

«En la organización de "celdas", "lugares" y "rangos", las disciplinas crean espacios complejos que son al mismo tiempo arquitectónicos, funcionales y jerárquicos. Son los espacios los que otorgan posiciones fijas y permiten la circulación; recortan segmentos individuales y establecen lazos de operación; marcan lugares e indican valores; garantizan la obediencia de individuos, pero también una mejor economía de tiempo y de gestos».<sup>2</sup>

•Una disciplina nace de la división calculadora de un tiempo así como de un espacio. En realidad el monasterio fue uno de los primeros lugares donde la jornada se reguló temporalmente de manera exacta y ordenada. Las órdenes religiosas fueron las maestras del control metódico del tiempo, y su influjo, difuso o más directo, se sintió dondequiera. El ejército proporciona una adecuada ilustración, como en casi todos los aspectos del poder disciplinario. Los soldados habían sido entrenados desde hacía tiempo para marchar en formaciones regulares. Los holandeses fueron los adelantados en la exacta distribución en el tiempo de maniobras militares.<sup>3</sup> Hacia fines del siglo XVI, el ejército holandés había elaborado un método con el que las tropas se entrenaban de manera programada para maniobrar ordenadamente sin dejar de mantener un fuego de combate continuo. Se lo conseguía distribuyendo en el tiempo los diversos movimientos del cuerpo. El método se aplicó después a los gestos que demandaba cargar, disparar y volver a cargar las armas, y a muchos otros aspectos de la organización de combate. Fue precisamente en relación con elaboraciones de ese tipo como el término «disciplina» experimentó un cambio de signi-

ficado. En su acepción original, se refería a un proceso de aprendizaje, y se lo consideraba un rasgo del «disciplinado». No obstante, en las fuerzas armadas se lo llegó a aplicar en la acepción ordinaria que hoy tiene, referida a un modo global de regulación y no al proceso de instrucción como tal.<sup>4</sup>

La distribución temporal de actividades no se reduce a su subordinación a intervalos temporales mensurados. Acaso es la condición fundamental de la «coordinación del cuerpo y del gesto». Un poder disciplinario no consiste sólo en la imposición de un control sobre gestos específicos, sino que alcanza su culminación donde los gestos se relacionan con una postura del cuerpo como un todo. El uso eficaz del cuerpo implica que nada de él quede ocioso o sin empleo; toda la atención se debe absorber en el acto en que el individuo se empeña. Un cuerpo disciplinado es un cuerpo entrenado: se diría que en esto se prolonga la acepción tradicional de «disciplina». La postura del cuerpo es el principal factor que media entre dos secuencias temporalmente articuladas. Una es la desagregación del gesto en una serie ritmada de movimientos, que especifica las partes del cuerpo que se emplearán. Así, Maurice de Orange descompuso el manejo del mosquete en una serie de cuarenta y tres movimientos distintos, el de la pica, en veintitrés, coordinados para una formación de soldados en una unidad de batalla.<sup>5</sup> Pero también se especifican y se integran con el gesto las partes de los objetos manejados. Para esto es esencial una exacta distribución en el tiempo, porque, cada vez más, armas y máquinas se diseñaron para ser operadas secuencialmente, y entonces cada paso de su operación era prerequisite del paso que seguía. Un poder disciplinario nace no tanto de la explotación de materiales ya dados cuanto del establecimiento de un «nexo coercitivo con el aparato de producción».

La distribución temporal se extiende además a lo largo de la progresión de carreras. Foucault compara dos fases en el desarrollo de la escuela de manufactura de los Gobelinos. La manufactura había sido creada por edicto real en 1667; como parte del proyecto, se planeó una escuela de aprendices. El superintendente de edificios reales debía seleccionar sesenta niños becarios para participar en la escuela, y el proceso educativo se organizó siguiendo las líneas clásicas del aprendizaje en los gremios. Los alumnos estaban primero bajo la responsabilidad de un maestro, y después debían prestar seis años de aprendizaje. Tras otros cuatro años de servicio, y haber aprobado un examen, podían instalar sus propios talleres. Había ahí un proceso difuso de trasmisión de un saber, que incluía un intercambio de servicios entre maestro y aprendices. La organización temporal de la vida de los aprendices —si se la compara con lo que habría de seguir— era laxa.

Unos setenta años después de creada la escuela, se inauguró un nuevo tipo de formación para los aprendices; inicialmente fue complementario de las modalidades de procedimiento existentes. A diferencia de esas modalidades de procedimiento, se basaba en el prolijo ordenamiento serial del tiempo. Los niños asistían a la escuela dos horas por día. Las clases se dividían según capacidad y experiencia anterior. Las tareas asignadas se realizaban de una manera estipulada, eran evaluadas por el maestro y las más competentes se recompensaban. La progresión entre clases se regía por los resultados de pruebas administradas a todos los alumnos. La conducta cotidiana se registraba en un libro que llevaban los maestros y sus asistentes; un inspector lo examinaba periódicamente.

La escuela de los Gobelinos es un ejemplo de una tendencia general en la educación del siglo XVIII; con palabras de Foucault, es expresión de una «nueva técnica para hacerse cargo del tiempo de existencias individuales». Disciplinas que «analizan el espacio, descomponen actividades y las reordenan» deben estudiar también aspectos que hagan posible «adicionar y capitalizar tiempo». <sup>6</sup> Cuatro métodos se pueden emplear para conseguirlo.

1. La división cronológica de vidas, tal que fases de desarrollo tuvieran tiempos específicos. Así, el período de formación se puede deslindar con claridad de una carrera propiamente dicha. Dentro del período de formación, se pueden demarcar pasos de logros, y se puede hacer que todos los que reciban instrucción se muevan secuencialmente a lo largo de todos esos pasos.
2. Las fases separadas de formación y la posterior «carrera» —término que sólo en virtud de esto alcanza su acepción moderna— se pueden organizar con arreglo a un plan de conjunto. Es preciso librar la educación de la dependencia personalizada implícita en la relación entre maestro y aprendiz. El plan educacional se instituirá en términos impersonales, desmembrado en todo lo posible en sus operaciones más elementales, que entonces serán aprendidas con facilidad por quienquiera que siga la instrucción.
3. Cada uno de los segmentos temporales debe rematar en un examen, que no sólo garantiza que todo individuo pase por idéntico proceso de instrucción, sino que también diferencia a cada uno en función de sus capacidades relativas. Los diversos exámenes previstos en el desarrollo de una carrera están graduados para que cada uno se deba aprobar antes que el novicio pueda avanzar hacia otro.
4. Se pueden diseñar diferentes formas o niveles de formación para obtener oficios categorizados. A la conclusión de cada serie, algu-

nos individuos pueden ser contratados y asignados a un grado particular, mientras otros continúan hacia grados superiores. Cada individuo está incluido en una serie temporal por cuyo intermedio se define su oficio o rango.

«La "seriación" de actividades sucesivas hace posible todo un recubrimiento de una duración por un poder: la posibilidad de un control minucioso y de una intervención regular (para diferenciar, corregir, castigar, eliminar) en cada momento del tiempo; la posibilidad de caracterizar a individuos, y en consecuencia de usarlos, según el nivel por el que ellos pasan dentro de la serie; la posibilidad de acumular tiempo y actividad, de recuperar a uno y a otra, totalizados y utilizables en un resultado final, que es la capacidad final de un individuo. Se reúne una dispersión temporal para producir un beneficio, con lo que se domina una duración que de otro modo escaparía de nuestro alcance. Un poder se articula directamente sobre un tiempo; asegura su control y garantiza su uso».<sup>7</sup>

Así, los métodos disciplinarios reflejan una comprensión específica del tiempo, tal que constituye una escala de intervalos iguales. En la seriación del tiempo —sostiene Foucault— tenemos un procedimiento que se corresponde con el trazado de un mapa de un espacio particionado en relación con actividades corporales: he ahí un «ejercicio». Un ejercicio es la imposición de un entrenamiento regular y graduado del cuerpo, que tiene en vista un estado final de buena forma, donde «buena forma» denota la preparación del cuerpo pero también una capacidad generalizada de realizar tareas definidas. La idea y la práctica del ejercicio tuvo orígenes religiosos pero se convirtió en un tema secular de la mayoría de las organizaciones disciplinarias. El ejercicio exige una participación regular en el tiempo y trabaja sobre partes específicas del cuerpo. Expresa de manera directa la importancia de un control del cuerpo en relación con otros cuerpos, que es esencial para la disciplina como un todo. El cuerpo se considera una parte que se mueve en un compuesto más amplio. La disciplina, en suma, presenta las siguientes características principales. Es «celular» (por referencia a su distribución espacial); es «orgánica» (porque codifica actividades con arreglo a procedimientos programados); es «genética» (atendiendo a fases seriales), y es «combinatoria» (en tanto une actividades humanas como los itinerarios de una máquina social). Foucault cita a Guibert:

«El Estado que pinto tendrá una administración única, confiable, de fácil control. Se asemejará a aquellas grandes máquinas que, por caminos simples, producen grandes efectos; la fuerza de ese Estado

brotará de su propia fuerza, su prosperidad, de su propia prosperidad. Desmentirá el vulgar prejuicio que nos inclina a creer que los imperios están sujetos a una ley ineluctable de declinación y ruina».<sup>8</sup>

Existe una evidente similitud entre el examen de Foucault del poder disciplinario y el análisis de Max Weber de la burocracia moderna. Aunque es cierto que los escritos de uno y otro tienen un foco diferente. Weber se concentra en la «patria» de la burocracia: el Estado y sus despachos administrativos. En la obra de Foucault, en cambio, los mecanismos del Estado rara vez se analizan de manera directa; el Estado se examina «sintómicamente», a través de formas de organización en apariencia más marginales: hospitales, asilos y prisiones. No obstante, en los dos autores hay un interés por el surgimiento de tipos novedosos de poder administrativo, generados por la organización concentrada de actividades humanas con su especificación y coordinación precisas. A primera vista, el tema de la transformación de tiempo y espacio parece faltar en los escritos de Weber, y por eso conviene que indiquemos el modo en que demostrablemente las ideas de Weber incorporan ese tema. Hay que admitir que está más latente que manifiesto. Consideremos primero el tratamiento de Weber sobre la naturaleza de la empresa capitalista moderna. ¿Qué diferencia al «capitalismo racional» de formas que lo precedieron? Sobre todo, su carácter estable, regular. Los tipos preexistentes de empresa capitalista se organizan de manera esporádica, vacilante, en tiempo y espacio. El capitalismo racional supone la formación de relaciones de mercado regularizadas en un espacio, algo que sólo puede alcanzar un desarrollo pleno con la formación de un Estado burocrático que garantice no sólo los derechos de propiedad sino también otras instituciones esenciales, en particular una forma regularizada de intercambio de moneda de papel.

Pero un control del tiempo es igualmente necesario. La empresa capitalista racional no es tal si no opera de una manera estable, ordenada. La insistencia de Weber en la importancia de la contabilidad de partida doble para el desarrollo del capitalismo moderno se entiende con facilidad en esos términos. La partida doble permite una contabilidad del capital continua por largos períodos de tiempo. Una contabilidad del capital es la valuación y verificación de oportunidades de ganancia. Esto significa establecer una valuación del activo total al comienzo de una transacción o actividad empresarial para compararla con el activo en una fecha posterior. La rentabilidad depende, entre otros factores, de la capacidad de predecir sucesos futuros y someterlos a un cálculo. La teneduría de libros de partida doble es una especie de máquina del tiempo, porque expresa y permite la cuantifi-



cación de unidades por referencia a las cuales el rendimiento de una empresa se puede apreciar en un «tiempo estipulado».<sup>9</sup>

El control del tiempo es característico de la burocracia en general, no sólo de las empresas capitalistas. La teneduría de libros de partida doble es un artificio que «asienta» sucesos pasados a la vez que anticipa sucesos futuros. También las reglas burocráticas son un modo de conseguir esto. Las burocracias modernas, afirma Weber, no podrían existir sin la compilación de documentos que son registros del pasado y al mismo tiempo prescripciones para el futuro: los «archivos». Los archivos no son sólo documentos de un proceder burocrático: ejemplifican ese proceder y hacen posible la operación continua y regular de la que nace la disciplina burocrática. Los archivos suelen organizarse en despachos precisos y contribuyen a la especificación de cada despacho en una burocracia. Un «despacho» es un escenario físico así como es un nivel en una jerarquía administrativa. Aunque Weber apenas roza este punto, la distribución física de despachos en las burocracias es un rasgo propio de estas organizaciones. La separación física de los despachos los aísla entre ellos y otorga una cuota de autonomía a quienes los habitan, pero también hace las veces de un potente emblema de jerarquía.

Weber destaca también la importancia de la separación entre el despacho y el domicilio del trabajador.<sup>10</sup> Una de las principales características de la burocracia es que la vida profesional del funcionario se segrega de su vida hogareña y familiar. Fórmulas impersonales de disciplina burocrática se pueden aplicar con una eficacia mucho mayor si los fondos y los equipos de la administración se mantienen apartados de las posesiones privadas de los funcionarios, si los lazos personales o de parentesco no son la base para tomar decisiones y si los asuntos que atañen a la economía doméstica se distinguen de las cuestiones de negocios. Weber demuestra que la separación completa entre el hogar y el lugar de trabajo sólo se encuentra en el Occidente moderno. Pero debemos apuntar además la importancia de la diferenciación de sedes para distinguir entre las esferas de operación de diversos tipos de organización burocrática. El que ponga en duda la influencia de la diferenciación de espacio y escenario en la formación y el reflejo de pautas sociales debería considerar la posición de la «City» en Gran Bretaña. Su deslinde espacial de los centros «industriales», y su neta concentración en un área, expresan importantes características institucionales de la sociedad de que forma parte (véanse las págs. 343-50).

Aquí podemos volver a Foucault. En este breve *excursus* no me ha interesado evaluar los aciertos y errores históricos de su exposición, ni someter a examen las insuficiencias teóricas que se puedan discernir en las opiniones generales en que se basa. Sólo deseo agregar un par

de puntos a su interpretación de la relación entre el poder disciplinario y modalidades de tiempo y de espacio. Empezaré con la exposición que hicimos de Weber en el párrafo anterior. Foucault considera que las organizaciones disciplinarias se resumen en la prisión y el asilo: «instituciones totales», según expresión de Goffman, «instituciones completas y austeras», en la caracterización que Foucault adopta de Baltard. «La prisión», como apunta Foucault, «carece de exterior o de solución de continuidad; no puede ser interrumpida, salvo cuando la tarea se ha completado exhaustivamente; su acción sobre el individuo debe ser ininterrumpida; una disciplina redoblada (. . .) confiere un poder casi total sobre los presos; tiene sus mecanismos internos de represión y de castigo; una disciplina despótica».<sup>11</sup> Fábricas, despachos, escuelas, barracas y otros contextos donde se despliegan una vigilancia y un poder disciplinario no se asemejan en sustancia a esto, como Foucault admite sin elaborar el punto. Pero esta observación tiene importancia cierta porque «instituciones completas y austeras» son más la excepción que la regla en el interior de los principales sectores institucionales de las sociedades modernas. No por el hecho de maximizar un poder disciplinario expresan las prisiones y los asilos su naturaleza con mayor claridad que las otras organizaciones menos totales.

Es probable que el viaje hasta el trabajo (o hasta la escuela) revele sobre el carácter institucional de las sociedades modernas tanto como las organizaciones carcelarias. La separación espacio-temporal de diferentes sectores de vida social acaso sea la condición de la operación en vasta escala de un poder disciplinario. La mayoría de los niños asisten a escuelas sólo durante una parte de la jornada y en ciertos períodos del año. Además, dentro de la jornada escolar, una disciplina bajo sus formas más estrictas sólo se observa en los períodos de duración precisa definidos como «lecciones». No hay duda de que un poder disciplinario sólo se puede generar de una manera sistemática por el «envase» de seres humanos en escenarios específicos físicamente deslindados. Pero Weber sin duda acierta en decir que una disciplina administrativa alcanza su máxima eficacia precisamente cuando otros aspectos de la vida de los individuos son desgajados de ella. En efecto, ella supone la aplicación regularizada de criterios de conducta que no armonizan con la escenificación de actividades en otras esferas de la vida. Esto no reconoce como exclusiva causa los factores que Weber menciona, sino que obedece también a la naturaleza «maquinal» de la disciplina. Foucault se ve en dificultades en este aspecto. La cuestión no es sólo que los seres humanos se resistan a ser tratados como autómatas, algo que Foucault acepta; la prisión es un lugar de lucha y resistencia. Más bien se trata de que los «cuerpos» de Foucault no son agentes. Aun las formas más rigurosas de disciplina suponen que

quienes estén sometidos a ellas sean agentes humanos «capaces», razón por la cual tienen que ser «educados», donde las máquinas meramente se diseñan. Pero salvo si experimentan la más extrema destitución de recursos, unos agentes capaces tenderán a someterse a una disciplina sólo en partes de la jornada, por lo común como un trato a cambio de recompensas, que nace de estar exentos de esa disciplina en otros momentos.

En este sentido puede ser más instructivo leer a Goffman sobre las «instituciones totales» que leer a Foucault. Porque Goffman destaca que el ingreso en prisiones o en asilos es demostrablemente distinto de moverse por otros escenarios en que los individuos pueden pasar parte de su jornada. «Instituciones totales», en virtud de su carácter omniabarcador, imponen una disciplina totalizadora a quienes están recluidos en ellas. Una «adaptación» a estas circunstancias implica y por lo común directamente determina un proceso de degradación de la persona, por el cual el interno se ve despojado de emblemas de identidad propia al tiempo que sufren una severa restricción los componentes ordinarios de una autonomía de la acción. «Instituciones totales», se puede decir, expresan aspectos de vigilancia y disciplina vigentes en otros contextos de las sociedades modernas, pero también se distinguen con nitidez de esos otros contextos. Las «instituciones totales» por lo común determinan lo que Goffman denomina «muerte civil»: la pérdida del derecho de votar o de entrar en otras formas de participación política, del derecho de administrar dinero, firmar cheques, iniciar querrela de divorcio o adoptar hijos. Pero además los internos simplemente carecen de esferas separadas de actividad tales que recompensas negadas en un sector pudieran ser buscadas en otro. La reflexión de Goffman sobre estas cuestiones es muy atinada:

«Existe incompatibilidad, pues, entre las instituciones totales y la estructura básica del trabajo remunerado en nuestra sociedad. Las instituciones totales son además incompatibles con otro elemento decisivo de nuestra sociedad: la familia. La vida familiar se suele contraponer a una vida solitaria, pero de hecho su opuesto más exacto es una vida cuartelera, porque quienes comen o duermen en el trabajo, con un grupo de compañeros, difícilmente puedan mantener una existencia doméstica significativa».<sup>12</sup>

Foucault entiende que los procedimientos de investigación del derecho penal, de la psiquiatría y la medicina ilustran sobre la naturaleza de un poder disciplinario en general, en especial tal como se lo aplica en el interior de organizaciones carcelarias. Pero las «instituciones totales» revelan ser diferentes también en este aspecto de las sendas de

vida diaria de los que viven afuera. Lo que Goffman denomina los «territorios del *self*» son violados en ellas bajo aspectos que no conocen quienes no se alojan dentro de sus muros. Cuatro rasgos distintivos de las «instituciones totales» se pueden mencionar en este sentido.

1. Los procedimientos de interrogación con frecuencia trasgreden lo que la mayoría de la población considera legítimas «reservas de información» acerca de la propia persona y acerca del cuerpo. En otras palabras, datos sobre las características y la conducta pasada de los internos —que ellos mismos y otros se inclinarian a considerar infamatorios, y que se reservarían por omisión o tacto— se compilan en legajos a los que tiene acceso el personal.
2. Existe una disolución de las fronteras entre cercamiento y exposición que de ordinario contribuyen a proteger un sentimiento de seguridad ontológica. Así puede suceder que la excreción, y el mantenimiento de la higiene y el aseo, no sólo se deban realizar en público sino que estén sujetos a regimentación por parte de otros.
3. Suele haber relaciones obligadas y continuas con otros. En consecuencia, así como no existen regiones posteriores para actividades excusadas, tampoco existen regiones posteriores donde sectores de vida social se puedan mantener exentos de las demandas disciplinarias hechas en otros lugares. Como Bettelheim, Goffman apunta que en las «instituciones totales» los seres humanos se ven reducidos a estados de dependencia infantil.<sup>13</sup>
4. La seriación temporal de actividades, en el corto y en el largo plazo, está especificada y controlada. Los internos no tienen «tiempo libre» o «tiempo para sí», como aquel del que disponen los obreros. Además, los que afrontar exámenes seriales o pasan por etapas seriales de una carrera en el mundo exterior por lo común pueden también contraponer esto a otras unidades temporales que respondan a un modelo diferente. La distribución temporal del matrimonio y la crianza de hijos, por ejemplo, se origina separadamente de las distribuciones que corresponden a otras esferas de la vida.

En organizaciones carcelarias, la dialéctica del control tiene empero considerable importancia. En ciertos contextos es severamente reducida la autonomía específicamente característica del agente humano —la capacidad de «haber actuado de otro modo»—. Las formas de control que los internos procuran ejercer sobre su vida cotidiana se suelen concentrar sobre todo en protegerse de la degradación de la persona. La resistencia es ciertamente una de ellas y sin duda es una consideración importante la de que en cierto grado se impone, no importa los cursos de acción que siga el personal administrativo para

poner en práctica procedimientos disciplinarios. Pero prestamente podemos individualizar varias otras formas de reacción. Estas incluyen lo que Goffman denomina «colonización», la construcción de un mundo tolerable en los intersticios de un tiempo y un espacio administrados, y la «negativa situacional», que se rehúsa, por así decir, a seguir comportándose como se espera de un agente competente. Pero es probable que lo más común entre prisioneros, como entre los «enfermos mentales», sea simplemente «mostrar indiferencia». Goffman define esto con acierto como «una combinación algo oportunista de adaptaciones secundarias, conversión, colonización y lealtad al grupo de internos».<sup>14</sup>

Es indudable, como lo han demostrado muchos estudios sociológicos, que estos grupos de internos pueden ejercer un control considerable sobre las actividades cotidianas aun en las organizaciones carcelarias de disciplina más rigurosa. En cuanto a los modos de control ejercido por subordinados en otros contextos, como el del trabajo, suelen ser más eficaces a causa de otra diferencia entre estos contextos y los de una cárcel. Es que los jefes tienen interés en orientar las actividades de quienes están sometidos a su autoridad hacia la realización de tareas definidas. En las prisiones o asilos, la «disciplina de los cuerpos» es casi una descripción completa de lo que sucede; el personal administrativo no tiene interés en producir un empeño cooperativo en una actividad productiva. Lo contrario es cierto en fábricas y escuelas. Los administradores tienen que arrancar a los obreros cierto nivel de rendimiento. Se interesan no sólo en la diferenciación espacio-temporal y la postura de los cuerpos, sino también en la coordinación del quehacer de unos agentes cuya conducta se debe canalizar por vías determinadas para producir resultados cooperativos. Los cuerpos de Foucault no tienen rostro. En circunstancias de vigilancia en el lugar de trabajo —donde vigilancia no tiene otro sentido que el de una supervisión directa—, la disciplina incluye una gran cuota de «trabajo facial» y el ejercicio de estrategias de control que los agentes tienen que elaborar en cierta medida sobre la marcha. El «envase» espacio-temporal de grupos de individuos en sedes recuadadas, donde se puede llevar a cabo una supervisión continua en circunstancias de copresencia, tiene desde luego suma importancia para la generación de un poder disciplinario. Pero la demanda de que los agentes cooperen para obtener determinado resultado productivo otorga a esos agentes una base de control sobre la operación cotidiana del lugar de trabajo, que puede embotar la eficiencia de una supervisión. Supervisores y gerentes saben esto más que nadie, y suelen incorporar ese saber en el tipo de métodos disciplinarios que aplican.<sup>15</sup> Algunas de las formas de control de que disponen los obreros en un espacio disciplinario rigida-

mente integrado (p.ej., la posibilidad de perturbar o detener todo un proceso de producción) no existen donde una fuerza laboral se encuentra disgregada en tiempo y espacio.

Quiero hacer ahora un comentario final sobre Foucault y Goffman. Ambos autores tienen en la postura y la disciplina del cuerpo uno de los temas rectores de su obra. Como Foucault, Goffman ha tratado con algún detenimiento cuestiones sobre la naturaleza de la «locura». Su común interés por las organizaciones carcelarias podría hacernos pasar por alto las diferencias en sus respectivas visiones de la locura. Pero la perspectiva de Goffman pone radicalmente en entredicho a la de Foucault sobre las relaciones entre «insania» y «razón». Según argumenta Foucault, lo que denominamos «locura» —o, tras el triunfo de la metáfora médica, «enfermedad mental»— fue creado en tiempos relativamente recientes. La locura es el lado sofocado, aislado, oscuro de la conciencia y la pasión humanas, que la Ilustración y el pensamiento moderno son incapaces de concebir salvo como «sinrazón». En las culturas tradicionales, o al menos en la Europa medieval, la *folie* encapsulaba su propia razón, permitía algo así como un acceso directo a Dios. Pero hacia mediados del siglo XVII y después, «La locura dejó de ser, en las márgenes del mundo, del hombre o de la muerte, una figura escatológica; se había disipado la oscuridad que los ojos de la locura sabían ver y que engendraba las formas de lo imposible». ¿Pero no confiere esta visión a la locura una grandeza que no tiene ni tuvo nunca? En tanto ve en la locura el otro rostro de la razón acaso no haga sino expresar aquellas pretensiones de la Ilustración que dice despreciar. Es muy posible que las claves del carácter de la locura o, en su vestidura moderna, la «enfermedad mental», no se encuentren en la extravagancia de delirios, visiones de otros mundos, sino en aspectos mucho más seculares de impropiedad corporal y gestual. Una incapacidad social, no un misterioso acceso a un continente perdido de sinrazón, acaso exprese su naturaleza real.

## Referencias

### *Tiempo, espacio y regionalización*

- 1 Véanse T. Hägerstrand, «Space, time and human conditions», en A. Karlqvist, *Dynamic Allocation of Urban Space* (Farnborough: Saxon House, 1975); Derek Gregory, *Ideology, Science and Human Geography* (Londres: Hutchinson, 1978), y «Solid geometry: notes on the recovery of spatial

- structure», en T. Carlstein *et al.*, *Timing Space and Spacing Time* (Londres: Arnold, 1978); T. Carlstein, *Time Resources, Society and Ecology* (Lund: Department of Geography, 1980); Allan Pred, «The choreography of existence: comments on Hägerstrand's time-geography», *Economic Geography*, vol. 53, 1977; Don Parkes y Nigel Thrift, *Times, Spaces and Places* (Chichester: Wiley, 1980); Nigel Thrift, «On the determination of social action in space and time», *Society and Space*, vol. 1, 1982.
- 2 T. Hägerstrand: «Space, time and human conditions»; cf. también Parkes y Thrift, *Times, Spaces and Places*, págs. 247-8.
  - 3 Allan Pred, «The impact of technological and institutional innovations on life content: some time-geographic observations», *Geographical Analysis*, vol. 10, 1978.
  - 4 T. Hägerstrand, *Innovation as a Spatial Process* (Chicago: Chicago University Press, 1967), pág. 332. Cf. también Amos H. Hawley, *Human Ecology* (Nueva York: Ronald Press, 1950), capítulos 13-15; E. Gordon Ericksen, *The Territorial Experience* (Austin: University of Texas Press, 1980).
  - 5 Según Parkes y Thrift, *Times, Spaces and Places*, pág. 245.
  - 6 D. G. Janelle, «Spatial reorganisation: a model and concept», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 58, 1969, y otros artículos del mismo autor.
  - 7 P. Forer, en Carlstein *et al.*, *Timing Space and Spacing Time*.
  - 8 R. Palm y A. Pred, «A time-geographic perspective on problems of inequality for women», en D. A. Lanegran y R. Palm, *An Invitation to Geography* (Nueva York: McGraw-Hill, 1978).
  - 9 T. Hägerstrand: «Survival and arena: on the life-history of individuals in relation to their geographical environment», en Carlstein *et al.*, *Timing Space and Spacing Time*, vol. 2, pág. 123.
  - 10 T. Carlstein, «Innovation, time-allocation and time-space packing», *ibid.*, pág. 159; Carlstein, *Time Resources, Society and Ecology*.
  - 11 Cf. T. Carlstein, «The sociology of structuration in time and space: a time-geographic assessment of Giddens' theory», *Swedish Geographical Yearbook* (Lund: Lund University Press, 1981).
  - 12 T. Hägerstrand, «What about people in regional science?», *Papers of the Regional Science Association*, vol. 24, 1970, pág. 8.
  - 13 CCHM, capítulo 5.
  - 14 *Ibid.*, págs. 161 y sigs.; CPST, págs. 206-10.
  - 15 M. Melbin, «The colonisation of time», en Carlstein *et al.*, *Timing Space and Spacing Time*, vol. 2, pág. 100.
  - 16 Evitar Zerubavel, *Patterns of Time in Hospital Life* (Chicago: University of Chicago Press, 1979), pág. 22; cf. también P. A. Clark, «A review of the theories of time and structure for organisational sociology», *University of Aston Management Centre Working Papers*, nº 248, 1982; E. Zerubavel, *Hidden Rhythms* (Chicago: University of Chicago Press, 1981). Se podría sostener que si «año», «mes» y «día» tienen nexos con sucesos naturales, no ocurre lo mismo con «semana»; cf. F. H. Colson, *The Week* (Cambridge: Cambridge University Press, 1926).

- 17 P. Ariès, *Centuries of Childhood* (Harmondsworth: Penguin, 1973); Norbert Elias, *The Civilising Process* (Oxford: Blackwell, 1978).
- 18 Edward T. Hall, *The Hidden Dimension* (Londres: Bodley Head, 1966), pág. 98.
- 19 Antonin Artaud, *Le théâtre et la science* (Paris: Seuil, 1947), pág. 98.
- 20 R. D. Laing, *Self and Others* (Harmondsworth: Penguin, 1971), pág. 52.
- 21 CCHM, pág. 169.
- 22 Huw Benyon, *Working for Ford* (Londres: Allen Lane, 1973), pág. 76.
- 23 Elias, vol. 1.
- 24 Erving Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life* (Nueva York: Doubleday, 1959), pág. 128. [*La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1981.]
- 25 Cf. N. Elias y J. Scotson, *The Established and the Outsiders* (Leicester: University of Leicester Press, 1965).
- 26 Max Weber, *Economy and Society* (Berkeley: University of California Press, 1978), vol. 1, págs. 341-4.
- 27 CSAS, capítulo 9.
- 28 CCHM, capítulo 5, y *passim*.
- 29 Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977), págs. 143-52.
- 30 *Ibid.*, pág. 153.
- 31 Andrew Pollard, «Teacher interests and changing situations of survival threat in primary school classrooms», en Peter Woods, *Teacher Strategies* (Londres: Croom Helm, 1980).
- 32 Randall Collins, «Micro-translation as a theory-building strategy», en K. Knorr-Cetina y A. V. Cicourel, *Advances in Social Theory and Methodology* (Londres: Routledge, 1981). Véase también el mismo autor, «On the micro-foundations of macro-sociology», *American Journal of Sociology*, vol. 86, 1981. Para las ideas de Goffman sobre la cuestión —expuestas en una conferencia para cuya publicación, desdichadamente, no alcanzaron sus días—, véase «The interaction order», *American Sociological Review*, vol. 48, 1973.
- 33 *Ibid.*, pág. 82.
- 34 *Ibid.*, pág. 99.
- 35 Joseph Rykwert, *The Idea of a Town* (Londres: Faber & Faber, 1976), pág. 202.
- 36 CCHM, capítulo 5.

*Notas críticas: Foucault sobre distribución temporal y espacial*

- 1 Michel Foucault, *Discipline and Punish* (Harmondsworth: Penguin, 1979), págs. 143-4.
- 2 *Ibid.*, pág. 148.
- 3 Cf. Maury D. Feld, *The Structure of Violence* (Beverly Hills: Sage, 1977), págs. 7 y sigs.



- 4 *Ibid.*, pág. 7.
- 5 Jacques van Doorn, *The Soldier and Social Change* (Beverly Hills: Sage, 1975), pág. 11.
- 6 Foucault, *Discipline and Punish*, pág. 157.
- 7 *Ibid.*, pág. 160.
- 8 Max Weber, *Economy and Society* (Berkeley: University of California Press, 1978), págs. 86-94.
- 9 *Ibid.*, pág. 957.
- 10 Foucault, *Discipline and Punish*, págs. 235-6.
- 11 Erving Goffman, *Asylums* (Harmondsworth: Penguin, 1961), pág. 22. [*Internados*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1970.]
- 12 *Ibid.*, pág. 33.
- 13 *Ibid.*, pág. 64.
- 14 Cf. Andrew L. Friedman, *Industry and Labour* (Londres: Macmillan, 1977).
- 15 Foucault, *Folie et déraison* (París: Plon, 1961), pág. 51. La preocupación de Foucault por exclusión, aislamiento, etc., no se acompaña de un interés por los excluidos mismos, que sólo entran en escena como sombras. Así, en su análisis del caso del asesino Pierre Rivière, el personaje mismo apenas emerge del testimonio examinado, que se considera sólo como un «episodio discursivo». La descripción de Carlo Ginzburg de la cosmología de Menocchio, un herético del siglo XVI, ofrece un elocuente contraste en este sentido. Véanse Foucault *et al.*, *Moi, Pierre Rivière...* (París: Plon, 1973); Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms* (Londres: Routledge, 1980), págs. xvii-xviii, y *passim*.



#### 4. Estructura, sistema, reproducción social

Que se me permita en este punto resumir el movimiento global de las secciones anteriores del libro en un intento de contribuir a que los hilos principales de la discusión no se destejan demasiado en la mente del lector. En la teoría de la estructuración, se reconceptualiza como dualidades una serie de dualismos o de oposiciones que son fundamentales en otras escuelas de pensamiento social. En particular, el dualismo de «individuo» y «sociedad» se reconceptualiza como la dualidad entre obrar y estructura. Hasta aquí me he dedicado sobre todo a elaborar una serie de conceptos adecuados para esclarecer lo que el «individuo» es como agente reflexivo, que conectan reflexividad con postura y copresencia. Pero el examen de la regionalización empieza a dar señales en el sentido de mostrar que esas referencias se intersecan con el estudio de sistemas sociales que se extienden por grandes recorridos de espacio-tiempo. El paso siguiente, en consecuencia, consiste en inspeccionar con más detalle el concepto de sociedad, que es para muchos la unidad principal de análisis en las ciencias sociales. Es preciso examinar con cuidado este término, y sostendré que será mejor evitar por completo algunas acepciones.

Ciertas tradiciones de teoría social se caracterizan por eslabonar directamente el concepto de sociedad con el de constreñimiento. En efecto, los defensores de una sociología estructural se inclinaron a pensar que el constreñimiento es de algún modo el carácter definitorio de los fenómenos sociales. En mi rechazo de ese punto de vista intentaré dejar aclarada la tesis de que las propiedades estructurales de los sistemas sociales son no menos habilitantes que limitadoras, y especificaré el modo en que conviene entender «constreñimiento estructural». Esto a su vez pide indicar la que parezca una formulación óptima de una cantidad de conceptos asociados con el de «estructura». Pero semejante formulación no se puede elaborar por entero en un nivel conceptual. Así como infundí cierta sustancia a la discusión sobre obrar y propio-ser en la figura de un relato de la motivación, del mismo modo introduciré una clasificación e interpretación de tipos societarios para dar carnadura al análisis de propiedades estructurales. Y esto nos volverá a remitir a cuestiones de «historia», que prepararán el

camino a una consideración de problemas del análisis del cambio social en el capítulo que sigue.

Un libro tiene una forma secuencial que puede ser superada hasta cierto punto por la «recurrencia» de una serie de cuestiones conectadas, pero su presentación está sometida a su propia e inevitable distribución espacial. A la luz de mi discusión del capítulo 1, doy por supuesto que, aunque las secciones sobre el agente y sobre la copresencia precedan en el texto a las que tratan de los grandes sistemas sociales, no se creará que conceptualmente «parto del individuo» ni que para mí los individuos serían reales en algún sentido en que no lo fueran las sociedades. No acepto semejantes opiniones, como lo aclararán las «Notas críticas» que incluyo como apéndice a este capítulo.

### *Sociedades, sistemas sociales*

Se ve sin dificultad que en su uso común el término «sociedad» tiene dos acepciones principales (aunque incluya además otras, como el de «sociedad» en la expresión «alta sociedad»). Una es la connotación generalizada de «asociación social» o interacción; la otra es la acepción según la cual «una sociedad» es una unidad cuyos límites la deslindan de otras sociedades que la circundan. La ambigüedad del término en orden a estas dos acepciones es menos desafortunada de lo que parece. En efecto, no es cierto que totalidades societarias tengan siempre límites claramente deslindados, aunque es característico que se asocien con formas precisas de sede. La tendencia a suponer que las sociedades, como todos sociales, son unidades de estudio cómodamente definibles ha sido instilada por varias presuposiciones nocivas en las ciencias sociales. Una de estas es la tendencia a comprender «sistemas sociales» en estrecha relación conceptual con sistemas biológicos: los cuerpos de organismos biológicos. Hoy son pocos los que, como eran proclives a hacerlo Durkheim, Spencer y muchos otros en el pensamiento social del siglo XIX, empleen analogías orgánicas directas para presentar sistemas sociales. Pero paralelismos implícitos siguen siendo muy comunes, aun en quienes, por ejemplo, hablan de sociedades como de «sistemas abiertos». Un segundo factor es la prevalencia en las ciencias sociales de los que denomino «modelos endógenos» o «de desenvolvimiento».<sup>1\*</sup> Estos modelos suponen que los principales rasgos estructurales de una sociedad, aquellos que gobiernan tanto la estabilidad como el cambio, son internos a ella. Es bien explicable que esto se asimile con frecuencia al primer tipo de concepción: se imagina

\* El lector puede consultar las referencias en las págs. 248-51.

a las sociedades dotadas de propiedades análogas a las que gobiernan la forma y el desarrollo de un organismo. Por último, podemos mencionar la extendida proclividad a generalizar para todas las formas de totalidad societaria rasgos que son en realidad específicos de las sociedades modernas en tanto Estados nacionales. Los Estados nacionales tienen límites territoriales deslindados con claridad y precisión, pero no ocurre lo mismo con otros tipos de sociedad que han sido con mucho los más numerosos en la historia.<sup>2</sup>

Acaso nos resulte más fácil rechazar esos supuestos si advertimos que totalidades societarias se descubren sólo dentro del contexto de sistemas intersocietarios distribuidos a lo largo de *bordes espacio-temporales* (véanse las págs. 271-3). Todas las sociedades son sistemas sociales pero todas, al mismo tiempo, están constituidas por la intersección de múltiples sistemas sociales. Estos sistemas múltiples pueden ser enteramente «internos» a las sociedades, o hacer intersección entre el «adentro» y el «afuera» para formar una diversidad de modos posibles de conexión entre totalidades societarias y sistemas intersocietarios. Los sistemas intersocietarios no están cortados de una sola pieza y es lo propio de ellos incluir formas de relación entre sociedades de diversos tipos. Todas estas se pueden estudiar como sistemas de dominación en los términos de relaciones de autonomía y dependencia que ocurren entre ellas. «Bordes espacio-temporales» denotan interconexiones y diferenciales de poder originados entre diferentes tipos societarios que incluyen sistemas intersocietarios.

«Sociedades», pues, en resumen, son sistemas sociales que «resaltan» en bajorrelieve desde un fondo de un espectro de otras relaciones sistémicas en las que están insertas. Ellas resaltan porque principios estructurales definidos concurren a producir «un conglomerado de instituciones» global especificable por un tiempo y un espacio. Ese conglomerado es el rasgo identificatorio primero y fundamental de una sociedad, pero también se han apuntado otros.<sup>3</sup> Estos incluyen:

1. Una asociación entre el sistema social y una sede o un territorio específicos. Las sedes ocupadas por sociedades no necesariamente son áreas fijas. Las sociedades nómades siguen itinerarios a lo largo de senderos espacio-temporales de diversos tipos.
2. La existencia de elementos normativos que incluyan el reclamo de legitimidad en la ocupación de la sede. Los modos y estilos de estos reclamos de legitimidad pueden ser muy diversos, desde luego, y ser cuestionados en mayor o menor grado.
3. La prevalencia, entre los miembros de la sociedad, de sentimientos de poseer alguna clase de identidad común, no importa cómo se exprese o se revele esta. Esos sentimientos pueden ser manifiestos

en la conciencia tanto práctica como discursiva y no presuponen un «consenso valorativo». Los individuos pueden saberse pertenecientes a una definida colectividad sin aceptar que ello sea necesariamente correcto y conveniente.

origina el  
funcionalismo  
↙

Aquí es importante volver a destacar que el término «sistema social» no se debe entender como si designara sólo conglomerados de relaciones sociales cuyos límites estuvieran claramente deslindados de otros. El grado de «sistemidad» es muy variable. «Sistema social» resultó ser un término favorito de los funcionalistas, que raramente abandonaron por completo las analogías orgánicas, y de los «teóricos de sistemas», que tenían en mente o bien sistemas físicos o bien, una vez más, alguna clase de formación biológica. Considero que uno de los rasgos principales de la teoría de la estructuración es considerar problemáticas la extensión y «clausura» de sociedades por un espacio y un tiempo.

La tendencia a tomar los Estados nacionales como formas «típicas» de sociedad, hasta el punto de que otras formas se evalúen por referencia a ellas, es tan fuerte en la bibliografía de teoría social que conviene desarrollar este punto. Los tres criterios antes mencionados se aplican diferencialmente en contextos societarios diversos. Considérese, por ejemplo, la China tradicional en una fecha relativamente tardía, hacia 1700 d. de C. Entre los sinólogos es común hablar de «sociedad china» en este período. Bajo este rótulo, los eruditos examinan fenómenos tales como instituciones estatales, el pueblo llano, unidades económicas, pautas familiares, etc., y los consideran convergentes con un sistema social global especificable: «China». Pero «China», designada de este modo, sólo denota un pequeño segmento del territorio que un funcionario de gobierno habría considerado como el país de los chinos. En la perspectiva de ese funcionario, sólo una sociedad existía sobre la tierra, centrada en «China», que era la capital de una vida cultural y política pero que se extendía hasta incluir una diversidad de bárbaros sobre las fronteras externas. Aunque estos obraban como si fueran grupos distintos de los chinos, en la visión oficial pertenecían a China. Los chinos de 1700 incluían Tíbet, Birmania y Corea dentro de su concepto de «China» porque de algún modo se conectaban con el centro. La noción más restringida de «China» adoptada por historiadores y científicos sociales occidentales tiene alguna base. Pero aunque se acepte que en 1700 existía una «sociedad china» distinta, separada del Tíbet, etc., bajo esa designación por lo común se incluye a varios millones de grupos de China meridional étnicamente distintos. Estas tribus se consideraban a sí mismas independientes y dueñas de sus propios órganos de gobierno. No obstante, eran molestadas conti-

nuamente por representantes del funcionariado chino, que las trataban como si pertenecieran al Estado central.

Los modernos Estados nacionales occidentales son unidades administrativas de un alto grado de coordinación interna si se los compara con sociedades agrarias de gran escala. Hagamos retroceder un poco nuestro ejemplo hasta la China del siglo V, e inquiramos por los lazos sociales que acaso existían entre un agricultor campesino chino de la provincia de Ho-nan y la clase gobernante t'ó-pa. Desde el punto de vista de los miembros de la clase dominante, el agricultor ocupaba el nivel inferior del orden jerárquico. Pero las relaciones sociales del agricultor estaban muy apartadas del mundo social de los t'ó-pa. La mayor parte de sus contactos los tenía con otros miembros de la familia nuclear y extensa: muchas aldeas estaban compuestas exclusivamente por miembros de un linaje. Los campos solían encontrarse distribuidos de modo que los miembros de grupos de un linaje rara vez se encontrarían con quien no fuera un pariente en el curso de la jornada de trabajo. El agricultor acaso visitaba aldeas vecinas sólo dos o tres veces por año, y quizás una ciudad local con no mayor frecuencia. En el mercado de una aldea o ciudad cercana conocía a gente de otras clases u otros rangos: profesionales, artesanos, comerciantes, y a un funcionario de rango inferior de la administración estatal, a quien pagaba tributos. En su vida, con toda probabilidad nunca vería a un t'ó-pa. A funcionarios locales que visitaban la aldea acaso debió entregarles grano o telas. Pero es probable que el aldeano evitara cuaquier otro contacto con funcionarios superiores en caso de que se viera en situación de tenerlo. En efecto, potencialmente significaba choques con los tribunales, cárcel o servicio militar forzoso.

Las fronteras reconocidas por la administración t'ó-pa no habrían coincidido con el ámbito de actividades del agricultor si él vivía en ciertas regiones de Ho-nan. Durante el período t'ó-pa, muchos campesinos mantuvieron sin duda contactos con miembros de sus grupos clánicos que vivían del otro lado de la frontera, en los Estados meridionales. Un agricultor que no tuviera esos contactos habría tratado empero a alguien de allende la frontera como a un miembro de su propio pueblo y no como a un extranjero que viniera de otro Estado. Pero supongamos que conociera a alguien de la provincia de Kan-su, situada en el noroeste del estado t'ó-pa. Tal persona habría sido considerada completamente extranjera, aun si ese individuo trabajaba con él en los campos. El extranjero habría hablado una lengua diferente (probablemente un dialecto mongol o tibetano), se habría vestido de otro modo y habría practicado costumbres extrañas. Ni el agricultor ni el visitante pudieron tener conciencia de ser, ambos, «ciudadanos» del Estado t'ó-pa.

Algo distinto eran por su parte los sacerdotes budistas en esa época. Pero con la excepción de una pequeña minoría designada directamente por los funcionarios t'o-pa para servir en sus templos oficiales, también ellos tenían escaso contacto con la clase dominante. Su sede, donde se concentraba su vida, era el monasterio, pero tenían redes de relaciones sociales que iban desde el Asia Central hasta el sur de China y Corea. Los monasterios albergaban a gente de origen étnico y lingüístico muy diferente, reunida por sus comunes afanes religiosos. Su educación la distinguía de otros grupos sociales. Cruzaba sin restricción las fronteras estatales, sin importar de quién fuera nominalmente «súbdita». Pero tampoco se la consideraba «exterior» a la sociedad China, como ocurría con la comunidad árabe de Cantón en el período t'ang. La administración estatal apreciaba que esa comunidad pertenecía bajo cierto aspecto a su jurisdicción, le exigía tributos y establecía cargos especiales para tratar con ella. Pero se reconocía también que pertenecía a un orden social distinto y que por lo tanto no estaba en pie de igualdad con otras dentro del ámbito del Estado. Un último ejemplo:

«En el siglo XIX encontramos en la provincia de Yun-nan un gobierno político de una burocracia controlada por Pekín y que representaba al gobierno "chino"; en la llanura existían aldeas y ciudades habitadas por otros chinos que interactuaban con los representantes del gobierno y en cierta medida se identificaban con ese gobierno. Pero en las laderas de las montañas habitaban otros grupos, en teoría también súbditos de China, pero que vivían su propia vida hasta donde podían hacerlo y tenían sus propios valores e instituciones, y aun su propio sistema económico. La interacción con los chinos que residían en el valle era mínima y se reducía a la venta de leña y a la compra de sal o de telas. Por fin, en muchos casos existía un tercer grupo en lo alto de las montañas, también con sus propias instituciones, su lengua, sus valores, su religión. Podemos, si nos place, dejar de lado esas condiciones y llamar "minorías" a estos pueblos. Pero mientras más temprano sea el período estudiado, más esas aparentes minorías son sociedades completas, a veces unidas débilmente por lazos económicos e interacciones ocasionales; la relación de una sociedad así con el poder gobernante era por lo común la de súbdito a conquistador al término de una guerra, con contactos reducidos a un mínimo por ambos lados».<sup>4</sup>

Cuando consideramos unidades más grandes que los Estados imperiales, debemos evitar la tan fácil caída en el etnocentrismo. Hoy nos inclinamos a hablar con facilidad de «Europa» como si se tratara de una entidad sociopolítica distinta, por ejemplo, pero ello es a menudo

consecuencia de interpretar la historia retrospectivamente. Como lo han señalado muchos historiadores interesados en perspectivas más amplias que las reducidas a naciones o aun a «continentes», si el complejo de sociedades que se extiende a través de Afro- Eurasia se debiera dividir en dos, una separación entre Europa como una porción (el «Occidente») y el resto como el «Este» no tendría mucho sentido. La cuenca del Mediterráneo, por ejemplo, era una unidad histórica antes del Imperio Romano como lo fue después durante siglos. La India señalaba una separación mayor, en viaje hacia el este, que la división de los diversos países del Oriente Medio respecto de los costeros de «Europa»; y una discontinuidad todavía más grande se presentaba con China. Como lo ha expresado lacónicamente un historiador: «El Himalaya fue más eficaz aún que el Hindu-Kush».<sup>5</sup> Las diferencias entre grandes «áreas de cultura» con frecuencia no eran mucho menos marcadas que las observables entre las unidades que de ordinario reconoceríamos como «sociedades». La regionalización de vasto alcance no se debe entender como si se compusiera simplemente de relaciones sumadas entre «sociedades». Esa visión tiene cierta validez cuando se la aplica al mundo moderno de Estados nacionales internamente centralizados, pero no cuando se habla de épocas anteriores. Así, para ciertos fines, toda Afro- Eurasia se puede considerar como una unidad. La «civilización», desde el 6000 a. de C. en adelante, no se desarrolló como la creación de centros divergentes; en cierto aspecto fue una expansión continua «hacia afuera» de la zona afro-eurásica como un todo.<sup>6</sup>

### Estructura y constreñimiento: Durkheim y otros

La mayoría de las variedades de sociología estructural, desde Durkheim en adelante, se inspiró en la idea de que las propiedades estructurales de la sociedad dan origen a influjos constrictivos sobre la acción. En contra de este punto de vista, la teoría de la estructuración se basa en la tesis de que una estructura siempre es tanto habilitadora como constrictiva a causa de la relación intrínseca entre estructura y obrar (y obrar y poder). Está muy bien, acaso diga un crítico —y algunos críticos en efecto lo han dicho—,<sup>7</sup> pero no sacrifica de hecho esta concepción todo lo que se parezca a «constreñimiento» en la acepción de Durkheim? ¿Caracterizar la estructura como constrictiva y habilitante no es reconocer sólo de palabra lo primero? Porque en la teoría de la estructuración, «estructura» se define como reglas y recursos. Quizá se vea con comodidad el modo en que una estructura viene envuelta en la generación de una acción pero no sea tan evidente dónde interviene un constreñimiento. En efecto, no parece haber modo de

Cuando Durkheim  
TEORÍA  
LA ESTRUCTURA  
(Principios de la)  
Sociología



sustentar la «exterioridad» de fenómenos sociales respecto de una actividad individual. Y se podría sostener que semejante noción tiene que ser defendida a pesar de las imperfecciones que hubiera en los escritos de los principales responsables de haberla expuesto. En este sentido, Carlstein apunta:

«un defecto importante del paradigma de Giddens es que los aspectos *habilitantes* de estructura no están suficientemente equilibrados por aspectos *constrictivos*. Los principios de limitación son demasiado escasos, y por tales no entiendo simplemente los constreñimientos sociales morales-legales-normativos destacados por Durkheim y Parsons, o sea, estructuras de legitimación. Me refiero a *constreñimientos básicos de mediación y limitación de recursos* que tienen su raíz en ciertas realidades bióticas-cuan-físicas de la existencia. No hay duda de que estructura tiene que implicar también límites a la variación y a la contingencia en sistemas sociales (sistemas socio-ambientales). Desde luego que hay lugar para la variación y para la creatividad humana. La historia ha probado una y otra vez que la aplicación de ideas e invenciones en todos los ámbitos de la práctica altera la estructura recibida. Pero esta última gravita fuertemente hacia el pasado e impone un estricto cernimiento de las cosas que son producidas y reproducidas. . .».<sup>8</sup>

Aquí sostendré, sin embargo, que la teoría de la estructuración en modo alguno reduce la importancia de los aspectos constrictivos de la estructura. Pero «constreñimiento», tal como se lo considera en sociología estructural, suele presentar varios sentidos (la terminología de Durkheim, no importa cuál haya sido su valor, de hecho osciló entre los términos «*contrainte*» y «*coercition*»); y «constreñimiento» no se puede considerar una cualidad de «estructura» con definición unívoca.

En teoría de la estructuración, estructura se entiende siempre como una propiedad de sistemas sociales, de la que son «portadoras» prácticas reproducidas inmersas en un tiempo y un espacio. Sistemas sociales se organizan en sentido jerárquico y lateral en el interior de totalidades societarias cuyas instituciones forman «conjuntos articulados». Si se pasa por alto este punto, la noción de «estructura» en la teoría de la estructuración parece más especial de lo que en realidad es. Una de las circunstancias que Durkheim suele asociar a constreñimiento (insinuada también en la cita de Carlstein) se origina en la observación de que la larga duración de instituciones preexiste y sobrepasa a la vida de individuos nacidos en una particular sociedad. Esto no sólo es enteramente compatible con la teoría de la estructuración sino que es inherente a su formulación misma, aunque la «socialización» del individuo en la sociedad se debe entender por referencia a un proceso tem-

poral mutuo que conecta los «ciclos de vida» del infante y de las figuras parentales. En sus primeros escritos, Durkheim insistió con fuerza en los elementos constrictivos de la socialización, pero lo cierto es que después llegó a ver cada vez más claramente que la socialización fusiona constreñimiento y habilitación. Lo demuestra con comodidad el ejemplo del aprendizaje de una primera lengua. Nadie «elige» su lengua nativa, aunque aprender a hablarla supone precisos elementos de avenencia. Puesto que toda lengua constriñe el pensamiento (y la acción) en el sentido de que presupone un dominio de propiedades enmarcadas, gobernadas por reglas, el proceso de aprender una lengua impone ciertos límites a la cognición y la actividad. Pero al mismo tiempo, aprender una lengua aumenta grandemente las capacidades cognitivas y prácticas del individuo.

Un segundo contexto en el que Durkheim se inclina a hablar de constreñimiento tampoco ofrece dificultades lógicas para la teoría de la estructuración. Pero debemos poner cuidado en evitar algunas de las malas alternativas a que dieron lugar los análisis del propio Durkheim en este punto. Las totalidades societarias, señala Durkheim, no sólo preexisten a la vida de los individuos que las reproducen en sus actividades, y la sobrepasan; también se extienden en espacio y en tiempo más allá de cualquier agente particular considerado aisladamente. En este sentido, las propiedades estructurales de sistemas sociales son ciertamente exteriores a las actividades del «individuo». En teoría de la estructuración, los rudimentos de esta tesis se pueden formular como sigue. Las sociedades humanas, o sistemas sociales, directamente no existirían sin un obrar humano. Pero no ocurre que los actores creen sistemas sociales: ellos los reproducen o los transforman, y recrean lo ya creado en la continuidad de una *praxis*.<sup>9</sup> Aquí importa el alcance de un distanciamiento espacio-temporal. En general (aunque no por cierto de manera universal) es verdadero que mientras mayor sea el distanciamiento espacio-temporal de sistemas sociales —mientras más tiempo y espacio abarquen—, más resistentes serán a su manipulación o cambio por parte de un agente individual. Este significado de constreñimiento también va apareado con una habilitación. Un distanciamiento espacio-temporal clausura ciertas posibilidades de experiencia humana al mismo tiempo que abre otras.

Pero la formulación que presenta el propio Durkheim de esta cuestión es deficiente porque la expresa en la terminología de lo que muchos autores han denominado «propiedades emergentes». Apunta Durkheim:

«La dureza del bronce no está ni en el cobre ni en el estaño ni en el plomo que sirvieron para formarlo y que son cuerpos blandos o

flexibles; está en su mezcla. La fluidez del agua, sus propiedades alimentarias y otras no están en los dos gases de que ella se compone sino en la sustancia compleja que forman con su asociación. Apliquemos este principio a la sociología. Si, como se nos concede, esta síntesis *sui generis* que constituye a toda sociedad da origen a fenómenos nuevos, diferentes de los que ocurren en las conciencias solitarias, nos es preciso admitir que estos hechos específicos residen en la sociedad misma que los produce, y no en sus partes, es decir, en sus miembros. Son por lo tanto, en este sentido, exteriores a las conciencias individuales, consideradas como tales, del mismo modo como los caracteres distintivos de la vida son exteriores a las sustancias minerales que componen al ser vivo». <sup>10</sup>

He citado por extenso este pasaje justamente por ser tan conocido y haber sido citado con tanta frecuencia como una formulación particularmente persuasiva. Los sistemas sociales tienen propiedades estructurales que no se pueden describir en los términos de conceptos referidos a la conciencia de los agentes. Pero los actores humanos, en tanto «agentes competentes» discernibles, no existen aislados unos de otros como lo están cobre, estaño y plomo. No entran *ex nihilo* a formar una entidad nueva por su fusión o asociación. Durkheim confunde aquí una concepción hipotética de individuos en un estado de naturaleza (no contaminados por su asociación con otros) y procesos reales de reproducción social.

Una tercera circunstancia en la que aparece «constreñimiento» en los escritos de Durkheim se yuxtapone con el dominio de acción del agente. Durkheim da, entre otros ejemplos, este:

«Cuando desempeño mi tarea de hermano, de esposo o de ciudadano, cuando ejecuto los compromisos que he contraído, cumplo deberes que están definidos, fuera de mí y de mis actos, en el derecho y en las costumbres. Aun si están de acuerdo con mis propios sentimientos y siento su realidad en mi interior, esta no deja de ser objetiva; en efecto, no soy yo quien he prescrito esos deberes. . .». <sup>11</sup>

Aquí la tesis es que los «hechos sociales» tienen propiedades que se enfrentan a cada individuo singular como si fueran unos rasgos «objetivos» que limitaran el dominio de acción de ese individuo. No son sólo rasgos externos sino que vienen definidos desde afuera, están incorporados a lo que otros hacen o a lo que consideran recto y correcto hacer.

Esta afirmación contiene sin duda algo correcto, pero Durkheim no pudo formularlo de manera satisfactoria a causa de una ambigüedad

en la noción de exterioridad. Cuando unió exterioridad y constreñimiento, en especial en sus primeros escritos, quería reforzar una concepción naturalista de la ciencia social. En otras palabras, deseaba encontrar apoyo para la idea de que existen aspectos discernibles de la vida social gobernados por fuerzas afines a las que operan en el mundo material. Desde luego, «sociedad» es manifiestamente no externa a los actores individuales en el mismo sentido en que el medio circundante es externo a ellos. Por eso el paralelismo resulta más bien aproximado, y una preocupación por él mantiene en la obra posterior de Durkheim una coexistencia incómoda con un reconocimiento de que lo «fáctico» del mundo social es en ciertos aspectos básicos un fenómeno muy diferente de «lo dado» de la naturaleza.

Durkheim trató sobre todo de constreñimientos sociales cuando en diversas ocasiones abordó la discusión de la naturaleza de la sociología. Pero, como Carlstein lo señala con todo acierto —y también yo lo apunté antes, basado en la geografía histórica de la que él mismo es expositor—, restricciones fundamentales de la acción obedecen a influjos causales del cuerpo y del mundo material. Ya he indicado que en la teoría de la estructuración se les atribuye una importancia esencial. Restricciones de capacidad y de superposición, en el interior de precisos escenarios materiales, en efecto «ciemen» (como él lo dice) las formas posibles de actividad en que seres humanos se embarcan. Pero estos fenómenos son también, al mismo tiempo, rasgos habilitantes de la acción. Además, como lo he apuntado, existen notables insuficiencias en la formulación usual de la geografía histórica.

Los mencionados aspectos de constreñimiento/habilitación no coinciden con las operaciones de poder en la vida social ni se pueden reducir a estas. De hecho, la sociología de Durkheim se puede considerar irremediabilmente tachada por la ausencia de una concepción del poder que se distinga de las propiedades constrictivas generalizadas de los «hechos sociales». Considérese un último pasaje famoso de Durkheim. La coerción —dice— es

«un carácter intrínseco de los hechos [sociales] (...) la prueba de esto es que se afirma así que yo intento resistir. Si intento infringir las reglas del derecho, ellas reaccionan contra mí de manera de impedir mi acto si todavía es tiempo, o de anularlo y restablecerlo bajo su forma normal si es un acto consumado y reparable, o de hacérmelo expiar si no puede ser reparado de otro modo (...) En otros casos, el constreñimiento es menos violento; mas no por ello deja de existir. Si yo no me someto a las convenciones mundanas, si en mi modo de vestir no atiendo a lo que es costumbre en mi país y en mi clase, la risa que provoco, el distanciamiento en que se me tiene, producen, aunque de una

manera más atenuada, los mismos resultados que una pena propiamente dicha». <sup>12</sup>

Aquí *constreñimiento* denota la estructuración de sistemas sociales como formas de poder asimétrico, que junto con un espectro de sanciones normativas se puede aplicar en contra de aquellos cuya conducta es condenada o desaprobada por otros. Tal como lo propone el enunciado de Durkheim, los *constreñimientos* generados por diferentes tipos de expediente pueden ir de la coerción física cruda a modos mucho más sutiles de obtener acatamiento. Pero terminantemente no es válido fusionar este sentido de *constreñimiento* con los otros. Además, como lo he destacado con fuerza, el poder nunca es un mero *constreñimiento* sino que está en el origen mismo de las capacidades de los agentes para producir resultados intencionales de acción.

Por lo tanto, cada una de las diversas formas de *constreñimiento* es, de distinta manera, una forma de *habilitación*. Ellas contribuyen a abrir ciertas posibilidades de acción al mismo tiempo que restringen o deniegan otras. Es importante poner de relieve este punto porque muestra que se empeñaron en una vana empresa los que (como Durkheim entre muchos otros) esperaron hallar una identidad propia para la «sociología» en la definición de un *constreñimiento* estructural. De manera explícita o no, esos autores tendieron a ver en un *constreñimiento* estructural una fuente de causación más o menos equivalente a la operación de fuerzas causales impersonales en la naturaleza. El dominio de «acción libre» de que disponen los agentes se ve en cierto modo restringido por fuerzas externas que imponen límites estrictos a lo que ellos pueden lograr. Paradójicamente, mientras más se asocia un *constreñimiento* estructural con un modelo de ciencia natural, más libre aparece el agente, en el ámbito que la operación del *constreñimiento* deje en cada caso a la acción individual. Las propiedades estructurales de sistemas sociales, en otras palabras, son como las paredes de una habitación de la que un individuo no puede escapar pero en cuyo interior se mueve a su albedrío. La teoría de la estructuración reemplaza esta concepción por otra según la cual una estructura se urde en la misma «libertad de acción» que en las diversas formas de «sociología estructural» aparece como una categoría residual e inexplicada.

### *Tres acepciones de «constreñimiento»*

Quiero considerar primero el significado de *constreñimiento* en el caso del *constreñimiento* material y del *constreñimiento* asociado con sanciones, y pasar después al *constreñimiento* estructural. ¿Qué es un

constreñimiento cuando nos referimos a los aspectos restrictivos del cuerpo y su localización en contextos del mundo material? Es evidente que denota aquí límites que las aptitudes físicas del cuerpo humano, más rasgos importantes del ambiente físico, imponen a las opciones practicables abiertas a los agentes. La indivisibilidad del cuerpo, la finitud del lapso de vida y aquellas dificultades de «envase» en el espacio-tiempo destacadas por Hägerstrand son, todas, ejemplos de esos límites. Otros son las capacidades sensoriales y comunicativas del cuerpo humano. Estamos tan acostumbrados a considerar estas como cualidades habilitantes que es necesario producir cierta mudanza conceptual para ver que también son restrictivas. Desde luego, estos constreñimientos no están «dados» enteros de una vez para siempre; la invención de la comunicación electrónica, por ejemplo, ha alterado la relación antes existente entre la presencia y los medios sensoriales del cuerpo. El constreñimiento en este sentido no deriva del influjo que las actividades o los lazos sociales de unos actores ejercen sobre los de otros actores; esto lo singulariza frente a las categorías arriba mencionadas. La capacidad física y las restricciones de superposición son límites para la vida social practicable que la gente puede llevar.

El abordaje de geografía histórica que hace partir un análisis social de la determinación de restricciones físicas es sin duda fecundo, salvadas ciertas reservas. Una reserva, como he dicho, es que las propiedades físicas del cuerpo y sus *medios* materiales de acción no menos habilitan que restringen, y es preciso estudiar unidos estos dos aspectos. Otra es que la averiguación de constreñimientos físicos no proporciona mucha materia para defender una interpretación materialista de la vida social. Todos los seres humanos tienen que superar las restricciones del cuerpo, sus medios de movilidad y de comunicación. Pero no se sigue de ello que los modos de superar esos constreñimientos por alguna razón tengan un influjo más fundamental sobre la actividad social que otros tipos de constreñimiento.

Si ahora pasamos al poder como fuente de constreñimiento, otra vez debemos destacar que poder es el medio de obtener que se hagan cosas: muy claramente habilita y también constriñe. Los aspectos constructivos del poder son experimentados como *sanciones* de varias clases, que van desde la aplicación directa de la fuerza o la violencia, o la amenaza de tal aplicación, hasta la expresión atenuada de una desaprobación. Las sanciones sólo muy rara vez adoptan la forma de una compulsión tal que quienes la experimenten sean enteramente incapaces de resistir, y aun esto puede suceder sólo por un breve momento, tal vez en el caso en que una persona es hecha físicamente impotente por otra u otras. Todas las demás sanciones, no importa cuán opresivas y abrumadoras sean, demandan una especie de aquiescencia de

quienes están sometidos a ellas —que es la razón del alcance más o menos universal de la dialéctica del control—. Este es un terreno bastante conocido. Aun la amenaza de muerte no tiene peso a menos que el individuo así amenazado aprecie de algún modo la vida. Afirmar que un individuo «no tuvo otra opción que obrar de tal y cual modo» en una situación de esta naturaleza evidentemente significa: «Dado su deseo de no morir, no tenía otra opción que obrar como lo hizo». Desde luego, donde la amenaza que una sanción pronuncia no sea tan letal, el acatamiento acaso dependerá más de mecanismos de conciencia que del miedo a sanción alguna; de hecho, Durkheim insistió mucho en esto cuando discutió sobre «sanciones morales». En el caso de las sanciones, es evidente que existen asimetrías importantes en la relación de constreñimiento/habilitación. Lo que es coercitivo para una persona es habilitante para otra. No obstante, como lo han mostrado críticos de las teorías de suma cero del poder, esas asimetrías en modo alguno agotan la extensión del concepto de poder.

Debemos tomar en cuenta la acepción más bien vaga de que son susceptibles términos como «aquiescencia» o «acatamiento», y el hecho de que en modo alguno cualquier «aquiescencia» en cierto escenario de relaciones de poder tiene una motivación directa. Prestar aquiescencia a un curso particular de acción parece denotar una aceptación consciente de ese curso de acción y aun la aceptación «voluntaria» de las relaciones de poder más generales en que se instala. Entendida de esa manera, la aquiescencia cubriría sólo una proporción relativamente marginal de casos en que la conducta de un actor o un agregado de actores se pliega a lo que otros quieren, o a lo que está en el interés de estos. Por lo común, las sanciones son muy «visibles» sólo cuando efectivamente ocurre algún tipo de trasgresión definida o se percibe la probabilidad de que ocurra. Las relaciones de poder a menudo están insertas a plena profundidad en modos de conducta que dan por naturales quienes los siguen, muy en particular en una conducta rutinizada, que tiene sólo una motivación difusa.

<i>Constreñimiento material</i>	<i>Sanción (negativa)</i>	<i>Constreñimiento estructural</i>
Constreñimiento derivado del carácter del mundo material y de las cualidades físicas del cuerpo	Constreñimiento derivado de respuestas punitivas por parte de algunos agentes hacia otros	Constreñimiento derivado de la contextualidad de la acción, o sea, del carácter «dado» de propiedades estructurales en relación con actores situados

¿Qué decir, entonces, del constreñimiento estructural? Una vez que se deslinda un constreñimiento derivado de sanciones, los otros pun-

tos enunciados por Durkheim se reducen a uno si se los examina con alguna atención. Decir que en todo momento la sociedad preexiste a la vida de cada uno de sus miembros individuales no es más que discernir una fuente de restricción porque esa preexistencia de algún modo limita las posibilidades que ellos tienen abiertas. En similar sentido, destacar que los individuos se sitúan contextualmente en el interior de relaciones sociales de mayor o menor recorrido no es más que determinar una fuente de restricción si se demuestra que ello pone límites a sus capacidades. En cada caso, el constreñimiento proviene de la existencia «objetiva» de propiedades estructurales que el agente individual no puede modificar. Como en el caso de las cualidades restrictivas de sanciones, su mejor definición es *la puesta de límites al espectro de opciones de que dispone un actor, o una pluralidad de actores, en una circunstancia dada o en un tipo de circunstancia.*

Tomemos el ejemplo que da Durkheim, el de la puesta en práctica de obligaciones contractuales, o de un tipo particular de contrato, como el de trabajo. Un contrato incluye, desde luego, sanciones legales definidas con vigor, pero dejémoslas conceptualmente de lado. Las relaciones contractuales de la industria moderna enfrentan al individuo con un conjunto de circunstancias que limitan las opciones de acción de que dispone. Marx dice que los obreros «tienen que venderse» —o, más precisamente, vender su fuerza de trabajo— a empleadores. El «tener que» de la frase expresa una coerción que deriva del orden institucional de la empresa capitalista moderna a que el obrero se enfrenta. Un solo curso de acción se abre para el obrero desposeído: vender su fuerza de trabajo al capitalista. Existe una sola opción viable, a saber: siempre que el obrero tenga la motivación de querer sobrevivir. La «opción» en cuestión se puede considerar única, o como un conjunto de posibilidades múltiples. O sea, quizás un obrero pueda elegir entre más de un puesto laboral que se le ofrezca en el mercado de trabajo. Pero Marx afirma que en realidad esas opciones son de un solo tipo. Por las recompensas que ofrece al obrero, y por otros rasgos de la relación obrero-empleador, todo el trabajo asalariado es de hecho igual, y se supone que se iguala todavía más con el ulterior desarrollo del capitalismo.

Todas las propiedades estructurales de sistemas sociales presentan una similar «objetividad» frente al agente individual. Que se trate de cualidades restrictivas variará con arreglo al contexto y a la naturaleza de cada secuencia de acción o tramo de interacción en particular. En otras palabras, las opciones hacederas ofrecidas a los agentes pueden ser más que en el ejemplo del contrato de trabajo. Quiero reafirmar aquí otra vez el teorema de que todas las propiedades estructurales de sistemas sociales son no menos habilitantes que constrictivas. Las condi-



ciones del contrato de trabajo capitalista acaso favorezcan fuertemente a los empleadores por comparación a los obreros. Pero una vez que han sido desposeídos, los obreros dependen de los recursos provistos por los empleadores. Las dos partes obtienen sus medios de vida de la relación capital/salario, aunque esta sea fuertemente asimétrica.

Este análisis no invalida las tesis sustentadas por especialistas en ciencia social o por historiadores que mencionan «fuerzas sociales» sin referencia a las razones o intenciones de los agentes. En análisis institucional es admisible establecer conexiones regularizadas enunciadas de una manera «impersonal». Supóngase, a modo de ilustración, que discernimos una relación entre cambio tecnológico y pautas de organización gerencial en firmas comerciales. Se podría demostrar que el uso creciente de una tecnología de microchips, por ejemplo, se asocia a una disolución parcial de formas más rígidas de autoridad jerárquica. La «fuerza social» que interviene aquí no se asemeja a una fuerza natural. Las generalizaciones causales en las ciencias sociales siempre suponen una «mezcla» característica de consecuencias buscadas y no buscadas de la acción, sobre la base de la racionalización de una conducta, tenga esta su «portador» en el nivel de una conciencia discursiva o en el de una conciencia práctica. El cambio tecnológico no es algo que ocurra con independencia de los usos que los agentes hagan de la tecnología, ni de los modos generales de innovación, etc. Es curioso que muchos sociólogos estructurales que están en perfectas condiciones de aceptar esto —que la tecnología no cambia en sí y por sí (¿cómo podría hacerlo?)— parezcan no advertir que exactamente lo mismo vale para las fuerzas sociales que ligan un cambio tecnológico con un fenómeno tal como las jerarquías gerenciales. Por alguna razón, sea en lo sustancial a consecuencia de una planificación consciente, sea de una manera más o menos completamente involuntaria por parte de los interesados, los actores modifican su conducta y la de otros y así reconfiguran modalidades de relaciones de autoridad (siempre en el supuesto de que esta conexión sea genuinamente causal).

¿Por qué ciertas fuerzas sociales presentan la apariencia de lo «inevitable»? Porque en esos casos los actores en cuestión disponen de pocas opciones, bajo el supuesto de que se comporten racionalmente, donde «racionalmente» significa un alineamiento efectivo de motivos con el resultado final de la conducta en cuestión. O sea, los actores tienen «buenas razones» para lo que hacen, razones que el sociólogo estructural se inclina a admitir de una manera implícita en lugar de atribuirles explícitamente a esos actores. Y como esas buenas razones llevan a elegir entre alternativas hacederas muy limitadas, puede ocurrir que su conducta parezca regida por una fuerza implacable similar a una fuerza física. Existen muchas fuerzas sociales a las que los actores,

en un sentido significativo de la frase, «no pueden resistir». O sea, no pueden hacer nada con relación a ellas. Pero «no pueden» significa aquí que son incapaces de hacer otra cosa que adecuarse a lo que sean las tendencias en cuestión, dados los motivos u objetivos que están en la base de su acción.

Entiendo que una de las principales consecuencias de las anteriores tesis es que no existe una entidad tal como un tipo especial de «explicación estructural» en las ciencias sociales; todas las implicaciones suponen una referencia al menos implícita tanto a la conducta intencional, racional de agentes, cuanto a su intersección con aspectos constrictivos y habilitantes de los contextos sociales y materiales de esa conducta. Es preciso añadir dos reservas a esta observación, una referida al carácter históricamente cambiante de un constreñimiento, y la otra asociada al fenómeno de la reificación.

### *Constreñimiento y reificación*

La naturaleza de un constreñimiento es históricamente variable, como lo es la de las cualidades habilitadoras generadas por las contextualidades de una acción humana. Es variable en relación con las circunstancias materiales e institucionales de una actividad, pero también en relación con las formas de entendimiento que los agentes poseen acerca de esas circunstancias. Haber comprendido esto es uno de los grandes logros del pensamiento marxista toda vez que no cayó en el objetivismo. Cuando le ocurrió esto último, pasó a ser metodológicamente nada más que otra versión de una sociología estructural insensible para las diversas acepciones que es preciso atribuir a un constreñimiento en el análisis social. ¿De dónde proviene esa insensibilidad? La respuesta, creo, es muy clara. Por lo común se asocia con aquellos tipos de pensamiento social que parten del supuesto de que el propósito de las ciencias sociales es descubrir leyes de actividad social que posean un estatuto similar al de las leyes de la ciencia natural. Buscar fuentes de «constreñimiento estructural» parece más o menos lo mismo que buscar las condiciones, regidas por leyes, que ponen límites a los márgenes de una acción libre. Es exactamente aquí, para muchos autores, donde la «sociología» encuentra su desempeño como quehacer específico entre las otras ciencias sociales. No obstante, según el punto de vista que sostenemos, produce una forma de discurso reificado no válido para las características reales de agentes humanos.

«Reificación» se ha entendido de variados modos en la bibliografía de teoría social. Entre esos usos dispares, se pueden discernir como los

más comunes tres acepciones características. Una es una acepción animista, en que relaciones sociales resultan atribuidas con características personificadas. Una versión de esto se encuentra en el famoso examen de Marx del «fetichismo de la mercancía», en el que compara las relaciones mercantiles con «las regiones nebulosas del mundo religioso». Así como en la religión «las producciones del cerebro humano aparecen como seres independientes dotados de vida, que establecen relaciones entre ellos mismos y con la especie humana», lo propio ocurre en el «mundo de las mercancías» con los «productos de la mano de los hombres». <sup>13</sup> En otra acepción, el término reificación se usa para denotar circunstancias en que fenómenos sociales son dotados de propiedades cosificadas que ellos en realidad no tienen. También aquí tenemos en Marx a un famoso antecesor de este uso: «En el valor de cambio, el nexo social entre personas se trasforma en una relación entre cosas». <sup>14</sup> Por último, «reificación» se emplea a veces para designar características de teorías sociales que confunden conceptos con objetos que ellos denotan, por la circunstancia de que atribuyen propiedades a esos conceptos.

La segunda de estas acepciones es la que adoptaré aquí, pero no es aceptable tal como está porque supone que la calidad de ser «cosificado» no requiere más explicación y porque no deja en claro que la noción de reificación es discursiva. No se debe entender el concepto como si se redujera a denotar propiedades de sistemas sociales «objetivamente dadas» para unos actores específicos, situados. Más bien, conviene verlo referido a formas de discurso que consideran «objetivamente dadas» esas propiedades tal y como si fueran fenómenos naturales. O sea, un discurso reificado denota la «facticidad» con la que fenómenos sociales enfrentan a actores individuales, con lo que se desconoce que aquellos son en verdad producidos y reproducidos por un obrar humano. <sup>15</sup> Entonces, no se debe interpretar reificación en el sentido de «cosificación» con aquel significado; más bien concierne a las consecuencias de pensar de esta manera, sean científicos sociales o miembros legos de la sociedad quienes tal piensen. El «modo reificado» se debe considerar una forma o estilo de discurso en que las propiedades de sistemas sociales se miran como si poseyeran la misma fijeza que se atribuye a las leyes de la naturaleza.

### *El concepto de principios estructurales*

Las conclusiones de las secciones anteriores de este capítulo se pueden definir como sigue. Un constreñimiento estructural no se expresa en los términos de las formas causales implacables que los sociólogos

estructurales tienen en mente cuando destacan con tanta fuerza la asociación de «estructura» con «constreñimiento». Las restricciones estructurales no operan con independencia de los motivos y razones que los agentes tienen para su obrar. No se las puede comparar con el efecto, por ejemplo, de un terremoto que destruyera una ciudad y a sus habitantes sin que pudieran remediarlo. Los únicos objetos que se mueven en relaciones sociales humanas son agentes individuales que emplean recursos para producir cosas, intencionalmente o no. Las propiedades estructurales de sistemas sociales no actúan ni «actúan sobre» alguien como unas fuerzas de la naturaleza que lo «compelieran» a conducirse de una manera particular. (Para un ulterior examen relacionado con problemas de investigación empírica, véanse las págs. 329-35.)

No obstante, existe todo un espectro de nociones que permiten hablar de «estructura» en análisis social, y ellas requieren una consideración especial. Las examinaré en el orden siguiente. Primero, ¿cómo conviene elaborar el concepto de «principio estructural»? Segundo, ¿qué niveles de abstracción se pueden distinguir en el estudio de las propiedades estructurales de sistemas sociales? Tercero, ¿cómo se articulan diversos sistemas sociales en el interior de totalidades societarias?

En la averiguación de principios estructurales, el examen tiene que volver desde lo formal hacia algo más sustantivo. Quiero recordar, para empezar, una avenida principal de la teoría de la estructuración, que introduje en el primer capítulo. El «problema del orden» en la teoría de la estructuración concierne al modo en que los sistemas sociales logran «ligar» tiempo y espacio de suerte de constanciar e integrar presencia y ausencia. Esto a su vez se une estrechamente con la problemática del distanciamiento espacio-temporal: el «estiramiento» de sistemas sociales por un espacio-tiempo. Principios estructurales se pueden comprender entonces como los principios de organización que dan lugar a formas discerniblemente consistentes de distanciamiento espacio-temporal sobre la base de precisos mecanismos de integración societaria. Inspirado en un conjunto de estudios comparativos e históricos,<sup>16</sup> propongo una clasificación triple de tipos de sociedad, como sigue:

SOCIEDAD TRIBAL  
(Culturas orales)

{ Tradición (prácticas  
comunales)  
Parentesco  
Sanciones grupales

(Fusión de integración social e integración sistémica)

Organización de sede dominante

Bandas o aldeas

SOCIEDAD DIVIDIDA EN CLASES

ESTADO

Tradición (prácticas comunales)  
Parentesco  
Política - poder militar  
Interdependencia económica (escasa integración lateral y vertical)

(Diferenciación de integración social e integración sistémica)

*Organización de sede dominante*

Simbiosis de ciudad y campo

SOCIEDAD DE CLASES  
(Capitalismo)

ESTADO

Rutinización  
Parentesco (familia)  
Vigilancia  
Política - poder militar  
Interdependencia económica (elevada integración lateral y vertical)

(Diferenciación de integración social e integración sistémica)

*Organización de sede dominante*

El «ambiente creado»

Este esquema se expone con algún detalle en *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, y aquí lo glosaré de manera sucinta.<sup>17</sup> En sociedades tribales o en pequeñas culturas orales, el principio estructural dominante opera a lo largo de un eje que une tradición y parentesco, en tanto se encuentran inmersas en un tiempo y un espacio. En estas sociedades, los medios de integración social y sistémica son los mismos, y dependen en principio de una interacción en los escenarios de sedes con elevada disponibilidad de presencia. Desde luego, una variedad de subtipos diferentes de sociedad se puede distinguir en el interior de esta categoría general. Insisto en que no pretendo presentar esta clasificación como un esquema evolucionista subrepticio. Las culturas orales no se deben comprender como sociedades donde una integración sistémica «todavía» no se hubiera desprendido de una integración social. Como Lévi-Strauss lo ha aclarado más que nadie, las sociedades tribales —en las que la humanidad ha vivido toda su historia salvo una pequeña fracción— son sustancialmente diferentes de las «civilizaciones», de cualquier tipo que estas sean. La invención de la escritura, que se relaciona de manera tan estrecha con la formación de Estados y de clases, altera el carácter del tiempo como vivencia por los mismos medios a través de los cuales permite expandir el distanciamiento espacio-temporal.

El principio estructural dominante de una sociedad dividida en clases —que desde luego incluye también una variedad de subtipos— se encontrará a lo largo de un eje que relacione áreas urbanas con sus interiores rurales. La urbe es mucho más que un mero *ambiente* físico. Es un «reservorio» de recursos administrativos en cuyo contorno se edifican las sociedades agrarias. La diferenciación de ciudad y campo es el medio que permite separar integración social y sistémica, aunque ambas polaridades no son necesariamente coincidentes, porque la relación simbiótica de ciudad y campo puede adoptar diversas formas.<sup>18</sup> En las sociedades divididas en clases, conservan mucha prominencia prácticas tradicionales y relaciones de parentesco, incluso identificaciones tribales. El Estado no consigue influir profundamente en costumbres localizadas, y un puro poder militar es una de las principales bases que permite a un funcionariado de gobierno «contener» a regiones alejadas donde el control administrativo directo es particularmente débil. Ahora bien, la sociedad dividida en clases se caracteriza por cierta descoordinación de las cuatro esferas institucionales que distinguimos antes (pág. 69). La vida política, con sus funcionarios, está en cierta medida separada de los procedimientos de la actividad económica; existen códigos formales de derecho y de castigo; y entran en escena modos de coordinación simbólica, basados en textos escritos.

El capitalismo moderno no es un tipo de «civilización» entre otros, y no señala un desarrollo evolutivo «a partir de» sociedades divididas en clases. Es el primer tipo genuinamente global de organización societaria en la historia; tiene sus orígenes en una doble discontinuidad en el desarrollo de Occidente. Existen divergencias de largo plazo en la formación de Occidente comparada con la de las otras grandes «civilizaciones» durante un período de dos milenios; Europa se mantuvo como un «sistema de Estados» y no volvió a establecerse en ella un centro imperial tras la desintegración del Imperio Romano. Pero dentro de esta ancha divergencia, el entrelazamiento de revoluciones políticas e industriales a partir del siglo XVIII introdujo una serie de discontinuidades sustanciales respecto de otros tipos de sociedades. El principio estructural específico de las sociedades de clases del capitalismo moderno se sitúa en el desgajamiento, pero con interconexión, de instituciones estatales y económicas. El enorme poder económico generado por el hecho de uncir recursos de asignación a una tendencia genérica hacia el progreso técnico se ve compensado por una gigantesca expansión en el «alcance» administrativo del Estado. La vigilancia —la codificación útil para la administración de poblaciones súbditas, más su supervisión directa por parte de funcionarios y administradores de toda clase— pasa a ser un mecanismo clave que promueve una

ruptura entre integración sistémica e integración social. Las prácticas tradicionales se ven dispersadas (aunque desde luego sin desaparecer del todo) bajo el impacto de la impregnación de la vida cotidiana por procedimientos administrativos codificados. Las sedes donde se proveen los escenarios de interacción en situaciones de copresencia experimentan un importante conjunto de trasmutaciones. La antigua relación ciudad-campo es remplazada por la expansión desordenada de un «ambiente creado» o manufacturado.

Una categorización de sistemas intersocietarios se puede formular —al menos en un sentido muy lato— por referencia a la anterior clasificación de tipos de sociedad, así:

Sociedades tribales	}	Sistemas «prehistóricos» y fragmentarios
Sociedades divididas en clases	}	Sistemas mundiales imperiales
Sociedades tribales		
Sociedades capitalistas	}	Economía mundial capitalista temprana
Sociedades divididas en clases		
Sociedades tribales		
«Bloques de super-potencias»	}	Economía mundial capitalista contemporánea (sistema mundial de estados nacionales)
[ Sociedades capitalistas Sociedades socialistas de Estado «países en desarrollo»		
[ Sociedades divididas en clases Sociedades tribales ]	}	

Esta categorización, conviene apuntar, en modo alguno es simétrica respecto de una cronología histórica. La categoría más pequeña figurativamente —sistemas de sociedades tribales— es con mucho la más grande en orden a extensión temporal. Pero los sistemas intersocietarios compuestos por sociedades tribales siempre fueron relativamente fragmentarios en el sentido de que estuvieron confinados en atención a sus configuraciones por un espacio-tiempo. Han dominado el mundo durante la mayor parte de la historia humana, pero no formaron «sistemas mundiales» en el sentido de Wallerstein.<sup>19</sup> O sea, las «civilizaciones» desarrollaron centros de poder que influyeron sobre amplios segmentos del globo, y crearon la «energía» para un cambio social rápido. Ahora bien, los sistemas mundiales imperiales existieron sólo en una relación incómoda con una diversidad de formas de sociedades tribales y a menudo sucumbieron a ataques y presiones generadas por estas. La fase de la economía mundial capitalista temprana fue una fase histórica transitoria que no duró más que unos dos siglos. No obstante, durante esa fase existió una variedad de tipos de

sociedad en relación recíproca mayor que en cualquier otro período anterior o posterior. Desde entonces, en efecto, el creciente ascenso de las sociedades capitalistas occidentales, cuestionado sólo por las sociedades socialistas de Estado<sup>20</sup> en cuanto a su poder industrial y militar, ha destruido o corroído implacablemente las sociedades tribales y divididas en clases, que quizá desaparecen para siempre de la faz de la tierra. El sistema mundial contemporáneo es, por primera vez en la historia humana, tal que en él una ausencia en el espacio ya no estorba una coordinación sistémica. ¿Hace falta insistir de nuevo en que el desarrollo del sistema mundial de Estados nacionales no es coetáneo a la expansión de una cohesión o un consenso? En efecto, los mismos desarrollos que produjeron por un lado esa forma de sociedad específicamente moderna, el Estado nacional y su inclusión en un sistema global de nuevo tipo, dieron nacimiento por otro lado a cismas que, en la época nuclear, amenazan la supervivencia misma de la humanidad como un todo.<sup>21</sup>

### *Estructuras, propiedades estructurales*

Según ya indiqué, el concepto de estructura se puede usar en una acepción técnica y en una más general. Entendida como reglas y recursos, estructura está implícita recursivamente en la reproducción de sistemas sociales y es imprescindible para la teoría de la estructuración. En acepción más lata, se puede hablar de estructura para referirse a los aspectos institucionalizados (propiedades estructurales) de sociedades. En ambas acepciones, «estructura» es una categoría genérica implícita en cada uno de los conceptos estructurales que apuntamos a continuación:

1. *principios estructurales*: principios de organización de totalidades societarias;
2. *estructuras*: conjuntos de reglas-recursos que intervienen en la articulación institucional de sistemas sociales, y
3. *propiedades estructurales*: aspectos institucionalizados de sistemas sociales que se extienden por un tiempo y un espacio.

El discernimiento de principios estructurales, y sus articulaciones en sistemas intersocietarios, representa el nivel más abarcador de análisis institucional. O sea, el análisis de principios estructurales concierne a modos de diferenciación y articulación de instituciones por los alcances «más profundos» de un espacio-tiempo. El estudio de conjuntos estructurales, o *estructuras*, lleva a aislar «conglomerados»

reproducción social



distintos de relaciones de transformación/mediación implícitas en la definición de principios estructurales. Los conjuntos estructurales están formados por la convertibilidad mutua de las reglas y recursos que intervienen en una reproducción social. Se puede distinguir analíticamente estructuras en el interior de las tres dimensiones de la estructuración: significación, legitimación y dominación, o a través de estas. En otro lugar he presentado una ilustración<sup>22</sup> sobre la que haré un comentario un poco extenso aquí. Se trata del ejemplo de la propiedad privada en el análisis que hace Marx del capitalismo moderno.

Consideremos lo que supone el siguiente conjunto estructural:

propiedad privada : dinero : capital : contrato de trabajo : ganancia

Las relaciones estructurales aquí apuntadas deslindan una de las trasmutaciones más fundamentales que intervinieron en la emergencia del capitalismo; por lo tanto, contribuyen significativamente a la estructuración general del sistema. En el feudalismo (en mi terminología, un tipo —entre otros tipos— de sociedad dividida en clases), la propiedad privada de los medios de producción se basaba preponderantemente en la posesión de la tierra, y numerosas restricciones a la enajenabilidad defendían esa posesión. Si aquellas relaciones de conversión tenían alguna vigencia, se confinaban a sectores marginales de la economía. En el capitalismo, en cambio, la propiedad privada de los medios de producción adopta una *forma* diferente —la tierra pasa a ser sólo un tipo de recurso entre otros recursos que se movilizan en la producción— y una diversidad de bienes pasa a ser libremente enajenable. Como demuestra Marx, es esencial a este proceso la universalización de la forma mercancía. La condición de esa universalización es el desarrollo de una economía monetaria plena. El dinero, como afirma Marx, es «la figura metamorfoseada de todas las demás mercancías, el resultado de su enajenación general».<sup>23</sup> Dinero (D) representa, por un lado, una mercancía (M) vendida y, por otro lado, una mercancía por comprar. D-M es una compra pero es al mismo tiempo M-D, una venta: «la metamorfosis final de una mercancía es la primera metamorfosis de otra» o, según expresó Quesnay esto mismo en sus *Maximes générales*, «vender es comprar». La diferenciación de las mercancías en mercancías y dinero no disuelve las diferencias materiales entre mercancías; desarrolla, como dice Marx, un *modus vivendi*, «una forma en la que pueden existir unas junto a otras».<sup>24</sup>

M-D-M, la forma más simple de la circulación de mercancías, es el punto inicial del capital. A diferencia de la propiedad agraria del feudalismo, el capital adopta primeramente la forma de dinero: es el capital del mercader y del usurero. La primera distinción entre dinero y ca-

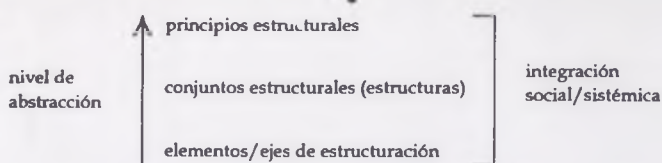
pital es simplemente una diferencia en la relación de transformación interviniente, expresada como D-M-D. Esta fórmula expresa la transformación de dinero en mercancías y de mercancías otra vez en dinero; en otras palabras: comprar para vender. El dinero que ha pasado por esta transformación se ha convertido en capital. Como la otra relación, D-M-D incluye dos fases eslabonadas de trasmutación. En la primera, el dinero se muda en una mercancía; en la segunda, la mercancía vuelve a mudarse en dinero. Pero la combinación de estas fases, explica Marx, «constituye un momento único» por el que se compra una mercancía para venderla. Pudiera parecer que simplemente se ha cambiado dinero por dinero: más o menos dinero, según el éxito o el fracaso de la transacción. Pero donde el dinero se ha transformado en capital, ha pasado por un «movimiento característico y original», por entero distinto en su tipo de aquel en que un campesino vende grano y emplea el dinero así adquirido para comprar ropa. La transformación incluida en D-M-D, comparada con M-D-M, difiere en algo más que en la mera diferencia de «dirección» del cambio.

La diferencia está en que en la relación M-D-M, el dinero se convierte en un valor de uso que después es «consumido». En la forma opuesta, D-M-D, el dinero no se gasta; es «adelantado»: he aquí el secreto de la transformación de dinero en capital. En la forma M-D-M, el mismo elemento de dinero cambia de lugar dos veces para completar la transacción. Pero lo contrario ocurre en la relación D-M-D: en este eslabonamiento, lo que cambia dos veces de manos no es el dinero sino la mercancía. La trasmutación de dinero en capital necesita que la operación se renueve, «refluya», y sólo la relación D-M-D hace posible esto. En consecuencia, conviene escribir D-M-D con más precisión D-M-D', como un proceso que se expande. La circulación de mercancías se ha segregado aquí de una relación directa con el valor de uso. El capital no negocia valores de uso sino valores de cambio.

Pero D-M-D' puede representar a un capital mercantil tanto como a un capital industrial. Por lo tanto, es sólo la «fórmula general del capital». Una nueva relación estructural interviene en el desarrollo del capital industrial o manufacturero, una relación tal que, como la alteración en la índole de la propiedad privada, presupone un vasto proceso de cambio social. Esta otra relación es la posibilidad de transformar capital en trabajo, y a la inversa, algo que tiene por premisa una generalizada expropiación de trabajadores, tal que les arrebatase la disposición sobre sus medios de producción y se vean obligados a ofrecer su fuerza de trabajo en venta en el mercado para obtener medios de sustento. La fuerza de trabajo es una mercancía que tiene entre otras características la de ser una fuente de la creación de valor. El contrato de trabajo capitalista desempeña un papel esencial en la transformación del dine-

ro en un equivalente de la fuerza de trabajo. «Esta relación carece de base natural, y su base social no es común a todos los períodos históricos. Es claramente el resultado de un desarrollo histórico pasado, el producto de muchas revoluciones económicas, de la extinción de toda una serie de formas más antiguas de producción social».<sup>25</sup> Así, abstraer este eslabonamiento ayuda a diagnosticar uno de los rasgos estructurales de la novedosa forma institucional constituida por el capitalismo. Que la fuerza de trabajo sea una mercancía no es algo dado en la «fórmula general del capital».

El contrato de trabajo capitalista presupone que empleador y obrero «se encuentran sobre el mercado» en circunstancias en que cada uno de ellos es «formalmente libre». Este es un aspecto esencial de las relaciones de clase del capitalismo. Uno es un comprador de fuerza de trabajo, el otro, un vendedor. El «propietario» de fuerza de trabajo la vende sólo por un período determinado, y otro tanto hace el que «toma» trabajo. La esclavitud, en que unas personas son propiedad de otras, no admite la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía. El valor de la fuerza de trabajo, lo mismo que el de cualquier otra mercancía, se rige por el tiempo de trabajo que demanda su producción y, en consecuencia, por lo que se requiere para asegurar la supervivencia física de los que ofrecen trabajo. La transformación del alquiler de fuerza de trabajo en ganancia, desde luego, depende de la generación de plusvalor. «Tiempo de trabajo necesario» es el que se dedica al mantenimiento de la fuente de fuerza de trabajo, el obrero; plus-trabajo es la fuente de ganancia.



No existe un punto definido de separación entre los tres niveles de abstracción que distinguimos en el anterior esquema. La especificación de conjuntos estructurales, como ya indicamos, tiene una importancia esencial para elaborar principios estructurales globales, pero cada una de estas tareas se confunde con la otra. Lo mismo vale para el nivel inferior de abstracción, el discernimiento de elementos o ejes de estructuración. Distinguir elementos de estructuración preserva la *epojé* del análisis institucional, pero lleva el nivel de estudio más cerca del examen directo de relaciones de copresencia. Por un afán de continuidad con la exposición anterior, reproduciré el examen de Marx sobre un aspecto importante de la producción capitalista, la división del

trabajo. Estoy en buena parte de acuerdo con este análisis, aunque mi principal propósito es aquí ilustrativo.<sup>26</sup>

La división del trabajo, según trata de mostrar Marx, guarda conexión estrecha con la naturaleza de la manufactura y, por lo tanto, con las relaciones estructurales descritas en párrafos anteriores de este capítulo. La división del trabajo enlaza las características estructurales más amplias del capitalismo, que antes discernimos, con la organización más cercana de la empresa industrial. La manufactura, un aspecto dominante de un capitalismo que ha sobrepasado el comercio, se asocia con dos modos de nacimiento de los talleres. Uno es la reunión, bajo el dominio de un determinado empleador, de obreros con diferentes destrezas artesanales en una sede específica. Se los coordina para la fabricación de un producto único. Pero esta coordinación poco a poco deja de lado aspectos de las destrezas que los obreros originalmente poseían y lleva a la fragmentación de tareas en procesos «de detalle», «cada uno de los cuales cristaliza en la función exclusiva de un trabajador en particular, en tanto que la manufactura como un todo se sustenta en la conjunción de los hombres».<sup>27</sup> Un segundo modo en que nace la manufactura parece inverso del primero. Es la reunión, en una sola sede, de un número de obreros que hacen todos la misma tarea, y cada trabajador produce la mercancía entera. No obstante, «circunstancias externas» —afirma Marx— inducen cambios en una dirección muy semejante a la que conoció el primer tipo de escenario. El trabajo, en consecuencia, se redistribuye; en lugar de obreros que hacen todos idéntico trabajo unos junto a otros, las operaciones se desmenuzan en tareas de detalle, organizadas de manera cooperativa. Por lo tanto, la forma final es la misma en los dos casos: «un mecanismo productivo cuyas partes son seres humanos».<sup>28</sup>

La división del trabajo en detalle tiene suma importancia para la organización de la empresa capitalista bajo diversos aspectos. Aumenta las oportunidades de vigilancia directa de la fuerza de trabajo y consolida la disciplina laboral. Pero también expresa y posibilita la coordinación del trabajo, como fuerza de trabajo, con la tecnología de la producción maquinista. En efecto, el «trabajador detallista» lleva a cabo un número circunscrito de operaciones repetidas que se pueden combinar con los movimientos de procesos de producción mecanizados. La división del trabajo en el interior de la empresa no es un mero aspecto o una extensión de la división del trabajo fuera de ella, de la «división del trabajo en la sociedad», aunque una y otra reaccionan entre sí. La «división del trabajo en la sociedad» se basa en la compra y venta de productos de diferentes sectores de la industria; la división del trabajo en la empresa se basa en la venta de la fuerza de trabajo de una pluralidad de obreros a un empleador que la aplica coordinadamente.

«La división del trabajo en el taller supone la autoridad indiscutida del capitalista sobre seres humanos que no son más que partes de un mecanismo que le pertenece. La división del trabajo en el interior de la sociedad pone en contacto productores mercantiles independientes. (...) Es muy notable [apunta Marx en tono cáustico] que los entusiastas apologetas del sistema fabril no esgriman peor anatema contra una organización del trabajo social que el de que convertiría a toda la sociedad en una inmensa fábrica».<sup>29</sup>

Analizar de este modo la división del trabajo equivale a elucidar un eje de estructuración que conecta la forma interna de la empresa con aspectos más generales de la totalidad societaria, al mismo tiempo que se indican contrastes con la «división del trabajo en la sociedad». Desde luego, esas relaciones se podrían describir con mucho más detalle. En un análisis institucional, ello reclama especificar las relaciones de transformación/mediación envueltas en la «conglomeración» de prácticas institucionalizadas en un espacio y un tiempo. No obstante, una vez que abandonamos la *epojé* del análisis institucional, es preciso examinar todas las relaciones estructurales que acabamos de señalar, en todos sus niveles, como condiciones de una reproducción sistémica. Ellas contribuyen a seleccionar rasgos básicos de los *circuits de reproducción* que intervienen en el «estiramiento» de instituciones por un espacio y un tiempo. Sin duda ya es evidente que analizar circuitos de reproducción no equivale a determinar únicamente las fuentes de una estabilidad social. En realidad, ellos ayudan a señalar algunas de las principales formas de cambio que participan en la transición desde un tipo de totalidad societaria hasta otro. Lo que «tiene que suceder» para que se verifiquen determinadas condiciones de reproducción sistémica se plantea como una cuestión contrafáctica, no como una versión encubierta de funcionalismo.

Un circuito de reproducción se puede esbozar en forma esquemática (véase la figura 11):

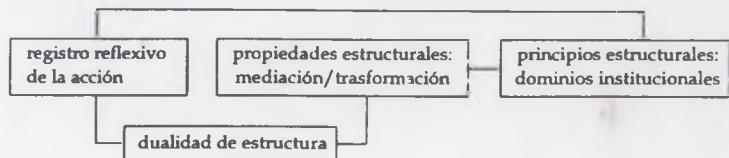


Figura 11

Reintroducir la dualidad de estructura lleva a abandonar el espacio-tiempo virtual del análisis institucional y a retomar así una «histo-

ria». Todas las propiedades estructurales de sistemas sociales —para repetir un tema rector de teoría de la estructuración— son el elemento y el resultado de las actividades consumadas de manera contingente por actores situados. El registro reflexivo de una acción en situaciones de copresencia es el principal rasgo que da raigambre a una integración social, pero tanto las condiciones como los resultados de una interacción situada se estiran mucho más allá de esas situaciones como tales. Los mecanismos de «estiramiento» son variables pero en las sociedades modernas terminan por incluir el registro reflexivo mismo. Equivale a decir que comprender las condiciones de una reproducción sistémica pasa a ser parte de aquellas condiciones de reproducción sistémica como tales.

Podemos rastrear estas observaciones más en concreto si volvemos sobre el conjunto estructural que examinamos antes. Las dos transformaciones opuestas pero complementarias M-D y D-M sólo se producen, desde luego, a través de las actividades de compradores y vendedores que actúan dentro de un espectro de escenarios dispares. Según Marx, la relación M-D-M pone en correlación tres «*dramatis personae*». El dueño de una mercancía entra en contacto con un poseedor de dinero, y el dinero llega a ser, según palabras de Marx, «su forma-equivalente transitoria». El dinero, el «término final de la primera transmutación», es el origen de la tercera, la compra de otra mercancía.<sup>30</sup> Pero esto es insatisfactorio como Marx lo expresa. Porque relaciones estructurales no son isomorfas con los actos de los individuos correspondientes que las personifican. Es justamente en estas tendencias de la argumentación de Marx donde podemos ver de dónde obtiene Althusser corroboración textual para la opinión de que los agentes humanos no son más que «soportes» de modos de producción. Además, se ve cómodamente que ese estilo de análisis se desliza hacia el funcionalismo. Porque si se considera que las relaciones entre propiedades estructurales, una vez abstraídas, poseen su propia «dinámica interna» más como necesidades funcionales que como condiciones reproducidas de continuo, las actividades de individuos históricamente situados no pueden menos que parecer redundantes. Las condiciones globales de una reproducción sistémica en modo alguno están «garantizadas» por las relaciones estructurales de las que nacen (contráfácticamente). Tampoco analizar esas relaciones en un espacio-tiempo virtual explica bajo aspecto alguno su producción. Esto significa que es en extremo importante cambiar de engranaje conceptual cuando pasamos de ese análisis al estudio de las condiciones de una reproducción sistémica.

Por circuitos de reproducción entiendo «itinerarios» de procesos, con una definición muy clara, que hacen realimentación sobre su

fuelle, sea o no sea esta realimentación registrada reflexivamente por agentes en posiciones sociales específicas. Cuando Marx emplea la expresión «circuitos de capital», parece tener en mente algo de esta clase; no obstante, yo quiero denotar condiciones reales de reproducción social, mientras que Marx a veces usa la expresión para referirse a lo que he denominado conjuntos estructurales. Circuitos de reproducción siempre se pueden examinar con provecho en los términos de las sedes de regionalización. No hay daño en pensar que esos circuitos tienen algo en común con circuitos electrónicos, que se pueden rastrear en una mostración visual; las técnicas gráficas de la geografía histórica, en efecto, podrían venir al caso aquí. Los circuitos de reproducción que se asocian con el conjunto D-M-D' —como el propio Marx lo aclara— de hecho brotan de vastos procesos de cambio no sólo en el interior de sociedades sino en una escala internacional. La concentración de la población en áreas urbanas de nueva expansión (y sometidas a una transformación interna) es uno de esos procesos de cambio. Otros conciernen a la naturaleza del lugar de trabajo. Pero tan importante como cualquiera de ellos es la mecanización del transporte, la tremenda expansión de los medios de comunicación a partir de fines del siglo XVIII y el desarrollo de una comunicación electrónica que tiene como punto de partida el invento del código Morse.

### *Contradicción*

Se suele recomendar que el concepto de contradicción se deje como un concepto lógico en lugar de aplicarlo al análisis social. Hasta es posible ver una considerable justificación para este juicio porque frecuentemente el término se emplea con tanta vaguedad que no guarda un nexo particular con la contradicción lógica. Pero siempre que se lo use con cuidado, creo que el concepto es indispensable en teoría social. Propongo usarlo en dos acepciones: la de «contradicción existencial» y la de «contradicción estructural». Una y otra mantienen cierta continuidad con el uso lógico del término aunque no representen una extensión lógica de ese uso.

X  
Por contradicción existencial denoto un aspecto elemental de la existencia humana en relación con la naturaleza o el mundo material. Se puede decir que un antagonismo de opuestos habita el corazón mismo de la condición humana, porque la vida tiene por fundamento la naturaleza pero no es cualidad esencial de esta y se le contrapone. Los seres humanos emergen de la «nada» de la naturaleza inorgánica y toman a desaparecer en ese estado ajeno inorgánico. Pudiera parecer este un tema inconfundiblemente religioso y, como tal, más una pro-

vincia propia de la teología que de la ciencia social. Pero en realidad le doy un gran interés analítico, aunque no intentaré elaborar esta tesis aquí.

Contradicciones estructurales denotan los caracteres constitutivos de sociedades humanas. Sostengo que los principios estructurales operan en contradicción. Entiendo por esto que los principios estructurales operan en términos de reciprocidad pero también entran en conflicto.<sup>31</sup> «Contradicción» así entendida se puede además dividir en dos. Por contradicciones primarias denoto las que entran en la constitución de totalidades societarias; por contradicciones secundarias entiendo las que se basan en contradicciones primarias o son engendradas por estas. No me propongo establecer una serie de distinciones meramente abstractas; se las debe referir al estudio de los tipos societarios que presentamos antes. El concepto de contradicción estructural atañe a una caracterización específica del Estado. Salvo en el caso de una sociedad tribal, el Estado aparece como el foco de una contradicción estructural primaria (aunque él mismo no sea también su origen).

De los tres tipos de sociedad que he distinguido, las sociedades tribales existen en la más estrecha relación con la naturaleza. Con esto no me refiero a su desarrollo tecnológico, o al menos no a esto solo. En las sociedades tribales, los seres humanos viven en íntima proximidad bajo condiciones de copresencia e inmersos en los ritmos de la naturaleza en su conducta cotidiana, aunque en sus actividades también integran cognitivamente el mundo natural. Desde el punto de vista de las civilizaciones —en especial las del Occidente moderno— esto es algo que aparece sólo como negativo, una falta de elevación hasta un nivel superior en una escala cognitiva. Lévi-Strauss lo expresa muy bien cuando apunta: «La antropología, estamos en condiciones de decir (...) se ocupa de sociedades *no-civilizadas*, *sin* sistema de escritura, y de tipo *pre-* o *no-* industrial». Bajo ciertos aspectos, no obstante, son las sociedades «modernas» las que se deben definir en términos negativos. Nuestras relaciones con los prójimos sólo en ocasiones y de manera fragmentaria se basan ahora en una «experiencia genérica», en la «concreta "aprehensión de una persona por otra"». <sup>32</sup> La «cosmovisión» mítica y los modos de representación de que ella se vale se emplean en establecer homologías entre condiciones naturales y sociales o, más precisamente, hacen posible igualar contrastes significativos que se descubren en diferentes planos: los «geográficos, meteorológicos, zoológicos, botánicos, técnicos, económicos, sociales, rituales, religiosos y filosóficos». <sup>33</sup>

Los mitos median cognitivamente una contradicción existencial. Esto es: en el mito se investigan y «explican» temas de incesto, de se-



xualidad, de vida y de muerte, para aquellos que lo narran y para aquellos que lo escuchan. Si las sociedades tribales son culturas frías —culturas que no se ven arrastradas en un *fluir* de cambio al que se adecuen sus instituciones—, no es por una escasa «adaptación» a la naturaleza, como lo sostendrían teorías evolucionistas. Por el contrario, es porque esas instituciones se entreveran con la naturaleza de una manera inmediata y general. Una contradicción existencial se expresa directamente, por así decir, en esas instituciones, en virtud del papel decisivo del parentesco y la tradición. Las relaciones de parentesco son el formato rector en torno del cual se edifica esa «aprehensión» concreta» de individuos a la que se refiere Lévi-Strauss. Son además el medio por el que la vida se produce o, en el sentido original del término, se reproduce. La tradición, por otro lado, es la fuente de la inyección de significado moral en el tiempo reversible de una vida cotidiana; inmersa en ella, la finitud de una existencia individual se interpola en una dimensión de atemporalidad moral. No hace falta pintar esas circunstancias de vida social con los idílicos trazos de un Rousseau; lo cierto es que una vida pastoril y bucólica «peleada a diente y uña», o en culturas orales, expresa directamente la cercanía de humanidad y naturaleza.

SOCIEDAD TRIBAL (Culturas orales)	Prevalece una contradicción existencial Ausencia de Estado
SOCIEDAD DIVIDIDA EN CLASES	Contradicción estructural/existencial Forma de Estado: relación ciudad/campo
SOCIEDAD DE CLASES (Capitalismo)	Prevalece una contradicción estructural Forma de Estado: el Estado nacional

Las culturas tribales son de carácter segmentado. Es decir, consisten en múltiples centros de elevada disponibilidad de presencia, donde los límites entre «sociedades» diferentes no suelen estar bien deslindados. En esos sistemas descentrados no existe una contradicción estructural. Una contradicción existencial delinea los contornos del mundo natural. Una contradicción estructural es señalada por el ascenso del Estado, que a su vez se asocia sobre todo con la formación de ciudades. No quiero decir que el Estado se base simplemente «en» la ciudad. Más bien, las ciudades son contenedoras de poder, y esto, sumado a sus relaciones con el campo, genera la forma estatal como nexo de estructura. Cuando se introduce una contradicción estructural, una contradicción existencial se debilita pero no es eliminada por completo. La ciudad es un *medio* ajeno al de la naturaleza y esto hace que propicie actitudes y sistemas simbólicos que difieren de aquellos

que por sí mismos se unen a elementos y sucesos naturales. El muro de la ciudad tiende a separar simbólicamente y materialmente el *medio* urbano del exterior. Pero las ciudades tradicionales sólo podían existir por sus transacciones con sus territorios interiores agrarios. Su disposición y arquitectura interna seguía manteniendo conexiones estrechas con el ambiente natural, por lo común en unión con símbolos establecidos en una tradición. En ciudades tradicionales, como ya mencionamos, la distribución de áreas y la alineación de edificios a menudo expresaban distinciones cosmológicas sagradas.

No me propongo ofrecer aquí una discusión sobre el Estado ni sobre los orígenes del poder estatal.<sup>34</sup> Baste decir que a mi juicio el «Estado inicial» es una formación contradictoria en el siguiente sentido. El Estado, que expresa la relación ciudad-campo, representa un nuevo tipo de principio estructural que contraría el antiguo pero se basa en este. La relación simbiótica/antagónica de ciudad y campo es la forma específica de esta contradicción estructural. Como contenedoras de poder, las ciudades generan un dinamismo potencial de un tipo nuevo en la «historia». Esto significa que rompen con el carácter «ahistórico» de las culturas frías. En sociedades divididas en clases, es característico que la «economía» no se deslinde con claridad de la «política», y apenas si el Estado pretende representar a la sociedad como un todo. El poder estatal no ha perdido su conexión con una contradicción existencial y se sigue simbolizando en una forma religiosa. El Estado a veces escapa a la tradición en el sentido de volverse capaz de innovar por empleo de un poder consolidado. No obstante, no puede sino rendir tributo a la tradición en otro aspecto, porque en todas partes creencias y prácticas tradicionales retienen su imperio fuera de los principales centros de concentración de organismos estatales. Toda vez que el poder del Estado se funda en una vigilancia, esta se centra sobre todo en las sedes físicas de los organismos del Estado: palacio, templos y edificios administrativos.

La emergencia de sociedades de base estatal altera además el alcance y el ritmo de una «historia» porque estimula contradicciones secundarias. Los Estados dan nacimiento a relaciones sociales por recorridos considerables de tiempo y espacio, o al menos las acentúan grandemente. Es decir: al mismo tiempo que generan y consolidan un poder centralizado, e «intervienen» en diversos aspectos de actividad social a su alcance, los Estados estimulan el desarrollo de otros lazos e interconexiones que cortan en sentido transversal los ámbitos sociales y territoriales sobre los que reclaman soberanía. En este contexto, una contradicción estructural atañe a la soberanía del Estado sobre una determinada área territorial, que es antagónica a procesos que cortan en sentido transversal esa esfera de jurisdicción y suponen mecanismos

diferentes, pero que se origina en esos procesos. Estos incluyen relaciones externas con otros Estados, pero también la existencia de empresas comerciales, grupos religiosos, comunidades intelectuales, etc., que se extienden trasversalmente.

Las contradicciones secundarias que se asocian a la formación de los Estados nacionales modernos, cuyo desarrollo se entreteje con el del capitalismo industrial como modo de empresa económica, difieren sustancialmente de las que caracterizaron a épocas anteriores. La conexión entre el capitalismo y el Estado nacional, según sostuve en otro lugar,<sup>35</sup> no es meramente fortuita. Los Estados nacionales —para presentar la idea de una manera hipersimplificada— son los nuevos contenedores de poder en remplazo de las ciudades. La transformación de la relación ciudad-campo gracias a la emergencia de «ambientes creados» —cuyo ejemplo, aunque no se limiten a este solo, es el «ambiente construido» del urbanismo moderno— es parte integrante de la formación del Estado nacional. El carácter trasmutado de espacio y de tiempo es esencial tanto para la formación política del Estado como para la «economía» diferenciada. Ese proceso de trasmutación separa contradicción estructural de contradicción existencial, y ahora la primera adquiere preeminencia sobre la segunda. Expresado de manera menos difusa, esto significa que una organización social humana deja de tener simetría con la naturaleza; la naturaleza pasa a ser un medio para expandir la producción. La eliminación de cuestiones y problemas existenciales no es ni puede ser total. Al contrario, estos son fundamentales para las contradicciones estructurales introducidas por el capitalismo y son parte de lo que les confiere su potencial especialmente explosivo.<sup>36</sup>

La contradicción primaria del Estado (nacional) capitalista se disocia en el modo en que una esfera «privada» de «sociedad civil» es engendrada por la esfera «pública» del Estado, pero separada de esta y en tensión con ella. Es un error suponer que una sociedad civil es todo cuanto cae fuera del alcance del Estado, si se quiere dar a entender con ello instituciones que preceden a un poder estatal y que no se han integrado a su ámbito. Los orígenes del Estado moderno son también los orígenes de la esfera de una sociedad civil; al menos es la tesis que defiendo, aunque la dejo aquí como una mera afirmación. La sociedad civil es el sector en cuyo interior se produce una acumulación de capital, alimentada por los mecanismos de precios, ganancias e inversiones en los mercados de trabajo y de mercancías. Por eso entiendo que la contradicción entre sociedad civil y Estado es paralela, al menos aproximadamente, a la formulación clásica de la contradicción capitalista entre «apropiación privada» y «producción socializada». El Estado capitalista, como centro de «socialización» que representa el

poder de la comunidad en general, se origina en mecanismos de producción y reproducción a cuyo nacimiento él contribuye pero que cobran relieve a partir de él y se vuelven antagónicos.

Una contradicción secundaria en el nuevo orden global introducido por el advenimiento del capitalismo moderno se concentra en la tensión entre la internacionalización del capital (y de los mecanismos capitalistas como un todo) y la consolidación interna de los Estados nacionales. Que estos empujen en diferentes direcciones acaso sea la razón de que la mayoría de las escuelas de teoría social hayan visto en las conexiones entre el capitalismo y el Estado nacional nada más que un accidente histórico. En efecto, la tendencia que dominó en el pensamiento social se inclinó a ver en los Estados nacionales poco más que epifenómenos, o hasta meros impedimentos, de la propensión natural de la producción capitalista a disolver diferencias políticas y culturales. No es difícil descubrir los orígenes de este tipo de concepción en el pensamiento social del siglo XIX. Están en la economía clásica y en su principal oponente, el marxismo. Para ambos, a pesar de sus serias divergencias en otros aspectos, las relaciones económicas revelan el verdadero origen de las formaciones políticas, y el cambio económico es la principal fuente de transformación del mundo moderno. Esta concepción no advierte que la separación de lo «económico», como esfera de cambio continuado y rápido, tiene por condición necesaria el poder del Estado moderno. El Estado moderno es de manera intrínseca, y no contingente, un Estado nacional que existe en un mundo de otros Estados nacionales.

¿Cuál es, expresada analíticamente, la relación entre contradicción y conflicto, puesto que los dos términos se suelen usar en un mismo espíritu?

Conflicto	Lucha entre actores o colectividades expresada en prácticas sociales definidas
Contradicción (estructural)	Disyunción de principios estructurales de una organización sistémica

Por conflicto entiendo una lucha real entre actores o grupos, no importa el modo en que se lleve adelante ni las fuentes desde donde se movilice. Mientras que una contradicción es un concepto estructural, un conflicto no lo es. Conflicto y contradicción a menudo coinciden porque contradicción expresa las principales «líneas de fractura» en la constitución estructural de sistemas societarios. La razón de esta coincidencia es que contradicciones suelen afectar a divisiones de intereses entre distintos grupos o categorías de personas (incluidas clases, pero

sin limitarse a estas). Las contradicciones expresan divergentes modos de vida y de distribuciones de oportunidades de vida en relación con mundos posibles que el mundo actual deja ver como inmanentes. Si una contradicción no alimenta inevitablemente un conflicto, ello se debe a la gran variabilidad de las condiciones bajo las cuales los actores no sólo tienen conciencia de sus intereses sino además tienen la capacidad y la motivación de actuar con arreglo a ellos. Es correcto decir, por ejemplo, que la existencia de una división de clases presupone una oposición de intereses (así como intereses comunes). Pero esta observación no admite una inferencia directa de las condiciones bajo las cuales se produce un conflicto de clases. Así, en sociedades agrarias o divididas en clases es relativamente raro un conflicto entre clases dominantes y subordinadas; la principal razón es que el contacto entre ellas, que proporcionara los contextos donde se pudiera producir de hecho un conflicto, es muy escaso.<sup>37</sup>

Según las concepciones que boceté antes, la preeminencia de una contradicción existencial es característica de aquellas sociedades inmersas en un tiempo reversible sancionado por la tradición: sociedades que «no tienen historia». La emergencia de una contradicción estructural (cuyos orígenes no es mi propósito tratar de explicar aquí) «enciende» procesos de cambio social. Pero es sólo con el desarrollo del capitalismo moderno cuando esos procesos se ponen «al rojo blanco». Comparados con el mundo moderno y sus tasas extraordinarias de transformación social prolongada, los imperios tradicionales y otros tipos de Estado parecen caracterizados más por una ausencia de cambio que por lo inverso. Lo que Marx consideró característico del «modo de producción asiático», y que definió con algún desdén como estancamiento económico, de hecho es un rasgo distintivo de todas las sociedades agrarias de gran escala, cualquiera que sea su tipo. Como lo apuntó un observador, «es la ausencia casi total de un cambio social y económico importante» lo que caracteriza a las variedades de sociedad que existieron sobre el escenario de la historia mundial hasta hace dos o tres siglos.<sup>38</sup>

### *Hacer la historia*

Distinguiré dos tipos principales de colectividad según la forma de las relaciones que intervienen en su reproducción. Los denominaré *asociaciones y organizaciones*, y los separaré de *movimientos sociales*. En las asociaciones, como en todos los sistemas sociales, una reproducción social ocurre en la conducta regularizada de agentes entendidos y a través de ella. Los escenarios de interacción en los que ocurren

encuentros de rutina son registrados reflexivamente por sus actores constituyentes en la reproducción de relaciones de rol que presentan eslabonamiento mutuo. Pero aunque ese registro sea la condición de su reproducción, no adopta la forma de un intento activo de gobernar o alterar las circunstancias de la reproducción. Suele haber una conexión íntima entre modos tradicionales de legitimación y la prevalencia de asociaciones. Una tradición es algo más que una forma particular de la experiencia de la temporalidad; representa el imperio moral de «lo que antes fue» en una continuidad de vida cotidiana. Es un error suponer que la tradición, aun en la más fría de las culturas frías, sea por completo refractaria al cambio o a una diversificación de conductas. Parece muy certero el modo en que Shils caracteriza la tradición. Esta se asemeja «al movimiento de gotas de lluvia sobre el vidrio de un ventanal (. . .) Un hilo ondulante de agua se desliza hacia abajo con cierto ángulo, entra en contacto con otro hilo que avanza con un ángulo diferente. Por un breve instante se unen en un solo hilo, que después se separa en dos, y estos acaso a su vez se separan si el vidrio de la ventana es bastante grande y llueve con fuerza».<sup>39</sup> Lo que no comunica la metáfora, sin embargo, es aquel aspecto de la tradición fundante de la rutina en «sociedades tradicionales». En este sentido sin duda tiene razón Lévi-Strauss cuando señala que la tradición es el elemento del tiempo reversible que liga la *duración* de la vida diaria con la *larga duración* de las instituciones.

La distinción entre asociaciones, por un lado, y organizaciones y movimientos sociales, por el otro, coincide con un distingo entre modos de reproducción que tracé en el capítulo 1. Las organizaciones y los movimientos sociales son colectividades en que la regulación reflexiva de las condiciones de reproducción sistémica aparece magnificada en la continuidad de prácticas cotidianas. Las organizaciones y los movimientos sociales son de presencia característica en segmentos de sociedades divididas en clases; más aun: en cierto grado señalan su separación de las sociedades tribales. En efecto, una auto-regulación reflexiva, como propiedad de colectividades, proviene de la recopilación de una información susceptible de ser controlada para influir sobre las circunstancias de una reproducción social. A su vez, un control de información supone un *reservorio* de información de distinta clase del asequible a una recopilación individual en mitos o en narración de historias o en la conciencia práctica de una «tradición vivida». La invención de la escritura, el principal modo de recopilación y almacenamiento de información en las sociedades divididas en clases, señala una ruptura radical en la historia. Esto no sólo es verdadero porque las formas de almacenar y recuperar información generadas por la escritura permiten una expansión del distanciamiento espacio-tempo-

ral, sino también porque la naturaleza de la «tradición» se altera y modifica el sentido en que los seres humanos viven «en» la historia. Las sociedades divididas en clases han mantenido siempre una fuerte base tradicional, sobre todo más allá de la esfera relativamente restringida de las ciudades. Las obras de los filósofos de la China pre-Ch'in concebían la intersección de pasado y presente como una relación móvil, donde no sólo el «presente» penetra en el «pasado», y a la inversa, sino que también la historia es más «plana» que lineal. Es decir, discurre lateralmente más bien que «hacia atrás» en el tiempo. A la vida se la representaba gobernada por el *li*, o rituales tradicionales, en transmisión continua. Según Hsun Tzu, «pasado y presente son lo mismo. Las cosas conservan su naturaleza idéntica; aunque se extiendan por un período prolongado nunca dejan de conservar su principio de mismidad». Comoquiera que sea, la introducción de la escritura hace que la tradición se vuelva visible como «tradición», uno de los modos específicos, entre otros, de hacer cosas. «Tradición» conocida como tal deja de ser una base consuetudinaria de la costumbre para convertirse en un fenómeno discursivo expuesto a interrogación.

Por lo que toca a la «historia», vale la pena volver en este punto sobre el apotegma de Marx según el cual los seres humanos «hacen su historia». No fue mero capricho preguntar antes por lo que aquí «se hace», como lo muestra el debate entre Sartre y Lévi-Strauss. Todos los seres humanos viven en la historia en el sentido de que su vida se despliega en el tiempo, pero comparten esto con todas las cosas que son. En tanto práctica fundada reflexivamente, la sociedad humana es distinta de la sociedad de los animales, pero en sí y por sí esto no alcanza a explicar lo que es «historia» ni lo específico de una historia humana. Proponer que una respuesta a estas cuestiones deba ser histórica no contiene paradoja porque, desde luego, «historia» trafica dos sentidos: la ocurrencia de sucesos en el transcurso del tiempo y la crónica o explicación de esos sucesos. El hecho de que hoy nos inclinemos a elidir ambas acepciones es expresivo de precisos rasgos clave de la era contemporánea y torna a reafirmar las complejidades extraordinarias soterradas en la inocente proposición de que los seres humanos «hacen su historia». En efecto, su elucidación presupone un relato filosófico del tiempo. Volvemos aquí sobre algunas de las cuestiones que tocé en las secciones iniciales de este libro en relación con la teoría de la estructuración.

El análisis de Lévi-Strauss del «pensamiento primitivo» individualiza con sagacidad algunas de las cuestiones que importan. En *Totemismo* muestra un paralelismo entre el concepto de Bergson de *duración* e ideas «comunes a todos los sioux, desde los osage en el sur hasta los dakota en el norte, con arreglo a las cuales cosas y seres no son sino

formas materializadas de una continuidad creadora».<sup>41</sup> El intento de Bergson de formular una filosofía del tiempo, así como las nociones más potentes de Heidegger, se pueden ver como un esfuerzo de escapar de la concepción «lineal» o «unitaria» del tiempo expresada en la cosmovisión de la cultura occidental moderna. Bergson quiere aprehender la *duración* como unión de lo continuo y lo discontinuo, que es el orden de diferencias que de hecho constituye la «realidad». De manera semejante, en la cosmología de los sioux, como la expone una canción:

«Todo lo que anda, ahora y después, acá y allá, para. El ave que vuela para en un lugar a construir su nido, y en otro lugar, a descansar de su vuelo. Un hombre que sigue su camino para cuando quiere. También el dios paró. El sol, que es tan brillante y hermoso, es uno de los lugares donde paró. En la luna, las estrellas, las mentes, él estuvo. Los árboles, los animales, son todos lugares donde paró. . .».<sup>42</sup>

En esta versión de «historia» como explicación de sucesos, el tiempo no se asocia a un cambio social sino a una repetición, no a la aptitud de seres humanos de transformar el mundo o de transformarse ellos mismos sino a su inclusión en una naturaleza.

Si «historia», en la frase «los seres humanos hacen su historia», significa la conjunción de una concepción lineal del tiempo con la idea de que, por la vía de ampliar el conocimiento de su pasado, unos agentes puedan cambiar su futuro, esta es una idea que no nació antes de Vico. Precisamente, los escritos de Vico se pueden considerar un puente entre una comprensión más antigua del tiempo y de la continuidad y una más nueva, emergente. Así, en un famoso pasaje —que cita y hace suyo Thompson—,<sup>43</sup> Vico afirma:

«Es verdad que los hombres mismos han hecho este mundo de naciones, aunque no con pleno conocimiento de los resultados de sus haceres, porque este mundo sin duda ha surgido de una intención a menudo diversa, a veces por entero contraria, y siempre superior, a los fines particulares que los hombres se propusieron a sí mismos (. . .) Lo que hizo todo eso fue una intención, porque los hombres lo hicieron con inteligencia; no fue un hado, porque lo hicieron por elección; no fue un azar, porque los resultados de su obrar siempre el mismo son perpetuamente idénticos».<sup>44</sup>

Thompson tiene sin duda razón cuando ve en esto, como tantos otros vieron, una anticipación de Marx. Pero considerar a Vico como un antecesor directo de Marx significa desconocer aspectos de su pensa-



miento que conservan una concepción diferente del tiempo y de la «experiencia». Thompson desdena como de pasada lo que denomina «el intento del propio Vico de atribuir al proceso una inteligibilidad cíclica», y en cambio se concentra en «su soberbia expresión del proceso», con el argumento de que «este es el punto del que debe partir todo pensamiento histórico sólido». <sup>45</sup> Pero una «inteligibilidad cíclica» es fundamental para los puntos de vista de Vico, y es sólo un «pensamiento histórico» relativamente reciente el que ha tomado como punto de partida la «historia como proceso».

Las organizaciones y los movimientos sociales modernos operan en un mundo social donde el retiro de los dioses y la disolución de la tradición crean las condiciones en que una auto-regulación reflexiva se manifieste como historia. . . y como sociología. La época moderna, dominada por el ascenso del capitalismo en Occidente en un angosto período de unos pocos siglos, se señala por la prevalencia de una *historicidad*, una conciencia del «movimiento progresivo» de la sociedad, configurado por esa misma conciencia, el «sentimiento de la historia mundial» sobre el que escribió Spengler. El recopilar, analizar y recuperar información, que tanto acicatea como expresa una historicidad, se vuelve posible, en primer lugar, por el desarrollo de la imprenta y el alfabetismo de masas, y, en segundo lugar, por la invención de medios electrónicos de comunicación. Unos y otros amplían un distanciamiento espacio-temporal por «alienación» desde una comunicación en circunstancias de copresencia. Cualquier texto escrito se distancia de su autor; la prensa es por la mayor parte una extensión cuantitativa de ese distanciamiento. Los medios electrónicos separan presencia en un tiempo de presencia en un espacio, fenómeno que tiene un peso decisivo para las formas contemporáneas de colectividad.

Organizaciones y movimientos sociales son lo que Touraine denomina «unidades de toma de decisiones», <sup>46</sup> que utilizan ciertas formas características de recursos (de autoridad y de asignación) en el interior de formas discursivamente movilizadas de un fluir de información. El estudio de movimientos sociales ha estado claramente sub-representado en las ciencias sociales si se lo compara con la vasta bibliografía dedicada a las numerosas elaboraciones rivales de una «teoría de la organización». Parece existir escasa justificación para esto en un siglo en el que revoluciones y el choque de doctrinas opuestas orientadas hacia un cambio social radical adquirieron tanto relieve, y no podemos sino admitir que Touraine y otros tienen razón en sostener que las nociones de organización y de movimiento social son de importancia equivalente en la época moderna. Los movimientos sociales se pueden diferenciar conceptualmente de movimientos de población, migraciones, etc., justamente porque suponen un alto grado de auto-regulación

reflexiva. Movimientos sociales se pueden definir con justeza como «empresas colectivas para establecer un nuevo orden de vida».<sup>47</sup> A diferencia de las organizaciones, los movimientos sociales no operan en general dentro de sedes fijas, y la postura en el interior de ellos no presenta la claridad de definición asociada a «roles».

La caracterización de Cohn de los movimientos milenaristas en la Europa medieval contribuye a especificar algunos de los elementos peculiares de los movimientos sociales en el período moderno. Tal como los pinta Cohn, los movimientos milenaristas se inspiran en la fantasía de una salvación que debe ser

- a. colectiva, en el sentido de que la goce la feligresía como grupo;
- b. terrenal, en el sentido de que se debe realizar en esta tierra y no en otro mundo, en un cielo;
- c. inminente, en el sentido de que advenga pronto y de repente;
- d. total, en el sentido de que produzca una transformación completa de la vida sobre la tierra para que la nueva dispensación no se reduzca a una mejora del presente sino que sea la perfección misma;
- e. cumplida por actores que se miren conscientemente como sobrenaturales.<sup>48</sup>

Tanto se ha citado la obra de Cohn que se impone alguna cautela para no hacer generalizaciones excesivas sobre la base de ella. No todos los movimientos sociales medievales entran con comodidad en los términos de los rasgos enumerados, y por cierto que el milenarismo no desaparece cuando termina la Edad Media. Pero podemos decir con alguna certeza que la mayoría de los movimientos sociales de nuestros días difieren en todas esas características del milenarismo, exceptuada la segunda y, no infrecuentemente, la tercera.<sup>49</sup> Los movimientos sociales modernos son casi exclusivamente intramundanos y su carácter opositor es invariable. Se sitúan en los mismos «campos de historicidad» que las organizaciones y asociaciones a las que se enfrentan.

El movimiento obrero acaso no proporcione, como previó Marx, la solución al «enigma de la historia». Pero bajo determinados aspectos es prototípico de los movimientos sociales contemporáneos. En el circuito de la reproducción capitalista antes examinado, la «fuerza de trabajo» aparece como una mercancía que es preciso «traducir» en otras mercancías. No obstante, la fuerza de trabajo, desde luego, no es una mercancía como las otras. Los movimientos obreros se originaron en las formas de «control defensivo» por las cuales los trabajadores buscaron alcanzar algún dominio sobre circunstancias en las que veían negados sus derechos a participar en decisiones que los afectaban. En

tanto los movimientos obreros han sido impregnados de socialismo, y más en particular de marxismo, integran una historicidad de manera directa en el radio de sus actividades. Los movimientos obreros estuvieron animados en buena parte por el mismo complejo de ideas que las organizaciones capitalistas contra las que libraron combate. Reformistas o revolucionarios, esos movimientos se interesaron en promover, si bien bajo una forma igualitaria, las mismas fuerzas de producción que sus oponentes buscaban desarrollar a través de la acumulación de capital. Pero en este punto es donde el movimiento obrero deja de ejemplificar a los movimientos sociales modernos en general. Para Marx, tenía a su cargo una reforma general de la totalidad societaria porque actuaría en favor del interés general contra los intereses sectoriales expresados en las divisiones de clase. Los límites de esta visión se han vuelto cada vez más claros, no sólo por el fracaso del proletariado en hacer la revolución,<sup>50</sup> ni tampoco sólo a causa de la tendencia a reducir todos los intereses sectoriales a intereses de clase, sino justamente a causa de un descubrimiento de las raíces históricas de la historicidad como tal. Nuestra época es tal que alimenta dudas radicales sobre los logros de una ilustración guiada por la ciencia y la innovación tecnológica, una época en que la historicidad pierde su preeminencia durante un tiempo incuestionada.

De manera similar, la empresa capitalista, bajo algunos aspectos, es característica de las organizaciones modernas y al mismo tiempo una de las principales fuentes de innovación generadoras de las circunstancias en que ellas mismas han nacido. Como lo analiza Marx, el capitalismo es un modo de producción en que la auto-regulación reflexiva en el interior de la empresa —fenómeno este esclarecido por la demostración de Weber sobre la importancia de la contabilidad de partida doble para la firma capitalista— no se corresponde con un control reflexivo sobre la vida económica como un todo. Sin embargo, como Weber, otra vez, fue quien hizo más para aclararlo, una auto-regulación reflexiva adquiere importancia en muchos sectores de la vida social. Hallamos en esto una de las cuestiones más profundas que hoy nos hacen frente. ¿Es la expansión de una diversidad de diferentes formas de organización —cuyas condiciones de reproducción son registradas reflexivamente— un elemento de emancipación de modos preestablecidos de dominación explotadora? No hay duda de que Marx así lo creía en el contexto de su anticipación del derrocamiento revolucionario del capitalismo por el socialismo. Pero críticos y adversarios de Marx, desde Weber hasta Foucault, han proporcionado más de una buena razón para mirar esta tesis básica del marxismo con cautela, si no con declarado escepticismo.

## Notas críticas: «sociología estructural» e individualismo metodológico

### *Blau: una versión de sociología estructural*

Existen sólidas conexiones entre una preferencia por un «abordaje estructural», como la manifiestan quienes escriben fuera de las tradiciones del estructuralismo, y un objetivismo en las ciencias sociales. Algunos motivos afloran sin cesar en las obras de los que se definen como partidarios de ese abordaje. En particular, incluyen las ideas durkheimianas sobre que «las sociedades son más que la suma de los individuos que las constituyen», y (una concepción que ya he criticado) la tesis de que las propiedades estructurales son cualidades de sistemas sociales que cabe definir exclusivamente en los términos de su influjo restrictivo sobre actores. «Abordajes estructurales» se inclinan también a insistir en una perduración en el tiempo y en una extensión en el espacio. Estructuras son «supra-individuales» en el sentido de que sobreviven al agente individual y van mucho más allá del alcance de la actividad de agentes individuales.<sup>1\*</sup> Estas consideraciones, desde luego, se superponen bastante con temas que ya he discutido en este libro. Pero aquí se cuele a menudo algo semejante a un elemento epistemológico. En efecto, con frecuencia se sostiene, o se supone, que examinar aspectos estructurales de una actividad social es demostrar la existencia de influjos causales sobre la conducta humana afines a los que operan en la naturaleza.

Así, Wallace define del siguiente modo la «diferencia esencial» entre lo que denomina «teoría estructuralista social» y «teoría de la acción social»: «la teoría estructuralista social considera que los factores de intencionalidad y otros de orientación subjetiva son como mínimo secundarios y como máximo [?] desdeñables para explicar fenómenos sociales. . .».<sup>2</sup> La obtusa expresión de este punto de vista no es nada inusual. Considérese una presentación reciente de estos argumentos propuesta por Mayhew. Este define como «estructurales» los intereses específicos de la sociología. Estructuras denotan redes de relaciones, y estas redes pueden y deben ser analizadas sin alusión alguna a las características de individuos: «en sociología estructural, la unidad de análisis —dice— es siempre la red social, nunca el individuo».<sup>3</sup> Un «abordaje estructural» se enlaza aquí, como tan a menudo sucede, con la adopción de una variedad de conductismo más bien ingenua.

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 251-3.

Mayhew sostiene que «los estructuralistas en sus análisis no emplean conceptos subjetivistas, como los de intención o metas».<sup>4</sup>

Blau ha elaborado una versión más refinada de ideas semejantes en una cantidad de publicaciones recientes, y sus opiniones son sin duda representativas de un segmento sustancial de la opinión sociológica.<sup>5</sup> Como la mayoría de los autores anglosajones en sociología, no quiere saber nada con la concepción del estructuralismo de Lévi-Strauss o posiciones afines. Pero también pone cuidado en deslindarse del funcionalismo, y propone una noción de estructura «despojada, en sus propiedades nucleares, de sus connotaciones culturales y funcionales más amplias».<sup>6</sup> Si bien acepta que «estructura» ha sido empleada de manera variable por diferentes autores, apunta que en general se admite que —en su acepción más elemental— denota en algún sentido posiciones sociales y relaciones entre posiciones sociales. Tal como Blau la especifica, una ciencia social estructural atiende a parámetros de distribuciones de población, no de actores como tales. Un «parámetro estructural» es algún criterio que permita categorizar agregados de individuos con respecto a posiciones sociales que los individuos acaso ocupen. Explica esto como sigue:

«De este modo, hablamos de la estructura de edad de una población, de la estructura de parentesco de una tribu, de la estructura de autoridad de una organización, de la estructura de poder de una comunidad y de la estructura de clase de una sociedad. No se trata de tipos de estructura social sino de elementos analíticos de ella que distinguen posiciones sociales en una sola dimensión. Las diferentes posiciones generadas por un parámetro único son necesariamente ocupadas por diferentes personas —un individuo es hombre o mujer, anciano o joven, rico o pobre—, pero la situación es diferente en el caso de posiciones generadas por varios parámetros porque la misma persona ocupa simultáneamente posiciones en diferentes parámetros (. . .) Estructuras sociales se reflejan en diversas formas de diferenciación que es preciso mantener analíticamente separadas».<sup>7</sup>

La tarea de estudiar parámetros estructurales, según Blau, deslinda el interés específico de la sociología.

Se pueden distinguir dos tipos de parámetro estructural. Los «parámetros nominales» son laterales porque separan una población dada en categorías, como género, religión o raza; los «parámetros graduados» son jerárquicos porque diferencian a individuos a lo largo de una escala e incluyen, por ejemplo, riqueza, ingreso y educación. Uno de los principales objetos de un estudio estructural es examinar la relación entre estos parámetros con tal que se asocien con conglomerados

de interacción. Toda vez que exista una diferenciación considerable a lo largo de un parámetro cualquiera, será menos probable que se formen esos conglomerados de interacción. Así, cabe analizar los parámetros para explicar las formas y los grados de diferenciación e integración social. Blau escribe como un «determinista estructural», «que cree que las estructuras de posiciones sociales objetivas entre las que se distribuyen las personas ejercen influjos más fundamentales sobre la vida social que los valores y las normas culturales».<sup>8</sup> Su propósito es el de explicar variaciones en los rasgos estructurales de sociedades, no factores inherentes a actitudes, creencias o motivos individuales. Un análisis estructural en la acepción que él da al término —apunta Blau— se puede llevar adelante sin investigar características globales de sociedades.

Sin embargo, Blau enuncia tesis referidas a esas características. Así, señala, por ejemplo, que en pequeñas culturas orales el parentesco es el principal eje a lo largo del cual se coordinan diferenciación e integración. Sociedades industrializadas, en cambio, se caracterizan por una «heterogeneidad multiforme», por la intersección compleja de parámetros estructurales, lo que da lugar a diversas formas de asociación y a conglomerados de interacción. En nuestra época —agrega—, una notable consolidación estructural está en curso en las sociedades occidentales: es la versión que ofrece Blau, en realidad, de la avizorada amenaza de un orden social «uni-dimensional».<sup>9</sup>

Sobre la base de estos conceptos, Blau intenta formular lo que denomina una teoría deductiva de la estructura social. Esta teoría parte de proposiciones que incluyen términos analíticos muy simples (por ejemplo, el tamaño de agregados o grupos) y edifica generalizaciones más complejas sobre ese cimiento. Algunos de los supuestos adoptados —afirma Blau— provienen de «principios esencialmente psicológicos»; cita como ejemplo la generalización de que la gente prefiere asociarse con personas que tengan rasgos similares a los propios. Empero, las propiedades estructurales analizadas no admiten derivación directa de esos teoremas psicológicos. La teoría deductiva de Blau es una empresa complicada, que incluye unas cuantas generalizaciones sobre «efectos estructurales», que van desde rampantes lugares comunes («la gente se asocia no sólo con miembros de sus propios grupos sino también con miembros de otros grupos»), pasando por algunas que presentan un tenue interés aunque sean muy discutibles («una descentralización de autoridad en una asociación aumenta la asociación informal en los rangos administrativos»), hasta las provocativas pero quizá sustancialmente erróneas («tasas elevadas de movilidad promueven un cambio estructural»). «La teoría es sociológica —según Blau— en la acepción específica de que explica pautas de relaciones

sociales en los términos de propiedades de estructura social, no en los términos de los supuestos adoptados, sean o no sean estos derivables de principios psicológicos. La naturaleza de las formulaciones lógicas empleadas vuelve estructurales las explicaciones». <sup>10</sup>

Los puntos de vista de Blau son idiosincrásicos, pero en principio ejemplifican las ambiciones de una «sociología estructural» bajo un aspecto general. El expresa de manera consistente la firme opinión compartida por muchos de que la sociología puede y debe deslindarse con claridad de otras disciplinas afines, en particular la psicología. Se sostiene con elocuencia la tesis de que la sociología recibe su autonomía de su interés específico no sólo por una estructura social sino también por las modalidades bajo las cuales las propiedades restrictivas de una estructura se hacen sentir en la conducta de los individuos. Según Blau, ni la formulación de un análisis estructural ni una explicación estructural necesitan referirse a «valores o normas». En este último sentido parece disentir con Durkheim, pero bajo otros aspectos sus afirmaciones se podrían tomar como una versión reciente de un manifiesto durkheimiano. Discutir las insuficiencias de su postura tanto servirá para reiterar características ya mencionadas de una teoría de la estructuración cuanto ayudará a indicar aspectos de «estructura» y de «propiedades estructurales» tal como quiero entender estos términos.

Las ideas de Blau presentan ciertos costados interesantes e instructivos. Sorteja el funcionalismo y evita asimilar un análisis estructural a algún influjo inexplicado que la sociedad «como un todo» ejerciera sobre sus miembros individuales. Admite que las sociedades no están hechas de una sola pieza, lo que equivale a decir que uno de los propósitos de un estudio estructural debe ser mostrar con exactitud los niveles de integración que se revelen en el interior de grupos sociales y entre ellos. No obstante, son notables las limitaciones de esta concepción de «sociología estructural».

El abordaje de Blau confunde la exigencia de distinguir entre el influjo de propiedades estructurales y las explicaciones psicológicas de la conducta, por un lado, con la afirmación de que sería posible definir parámetros estructurales con independencia de «valores», «normas» o «tradiciones culturales», por el otro. Su programa de descubrir el «influjo independiente que la estructura de posiciones sociales en una sociedad o comunidad ejerce sobre las relaciones sociales» presuntamente se debería consumir «con independencia de valores culturales y motivos psicológicos». <sup>11</sup> Pero una reducción a generalizaciones psicológicas no equivale a una formulación en los términos de valores o significados culturales. Esta última dice referencia a la tarea inevitablemente hermenéutica de generar descripciones sociales, que está obligada a parasitar conceptos de los agentes que contribuyen a

constituirlos. Un error característico de los abogados de una sociología estructural es el de confundir dos sentidos diferentes en que la naturaleza «objetiva» de propiedades estructurales se puede contraponer a «subjetividad». Parámetros estructurales, como Blau los define, son «no-subjetivos» en el sentido de que no se los puede definir en los términos de predicados individuales. Pero *no pueden ser* «no-subjetivos» en el sentido de que es imposible caracterizarlos con total independencia de «tradiciones culturales», donde este término denota significados de agentes. Así, Blau considera «estructurales» categorías de parentesco. Pero es patente que categorías de parentesco se originan en conceptos y distinciones empleados por actores. El mismo término «posición», tan básico en la idea que Blau se forma de estructura, a todas luces incluye conceptos de agentes. Posiciones sociales, como todos los demás aspectos de «parámetros estructurales», sólo existen en tanto unos actores hagan distinciones en su conducta sobre la base de la atribución a otros de identidades determinadas.

La idea de que el estudio de parámetros estructurales es convergente con el carácter específico de la sociología sería admisible si se asociaran a ellos precisas propiedades causales, con lo que una «explicación sociológica» se volvería convergente con una «explicación estructural». Pero las relaciones causales cuya operación se espera son oscuras, por más que evidentemente se espere que actúen de algún modo fuera del alcance de las razones que unos agentes pudieran tener para lo que hacen. Así, Blau propone la generalización de que un aumento en el tamaño de una organización produce una mayor diferenciación interna y por eso se eleva la proporción de personal administrativo que ella contiene. A su juicio, esta relación se puede aprehender «sin investigar los motivos de individuos en organizaciones». <sup>12</sup> Pero, tal como Blau la desarrolla, esta proposición es falsa. Si se diera a entender que es lícito para el teórico dar por supuestos ciertos motivos característicos, y enunciarlos en caso de necesidad, la afirmación sería defendible. Pero no es esto lo que Blau tiene en mente. Explica que a su parecer la especificación de motivos (y de razones o intenciones) es de hecho *improcedente* con respecto a los factores incluidos en la generalización. Y en manera alguna es esto así. Por el contrario, aquella especificación es necesaria para su explicación causal. La mayor proporción de administradores se impondrá al paso que actores respondan a lo que aprecien como dificultades y problemas nuevos causados por un aumento del tamaño de la organización. <sup>13</sup>

Las generalizaciones «estructurales» ofrecidas por Blau pueden, en realidad, tras una inspección más atenta, revelarse como las *fórmulas que unos actores usan para producir los resultados indicados*. Si no sabemos nada sobre lo que los agentes mismos creen que hacen —porque este



tipo de información se considera distinto del análisis de efectos estructurales—, no podremos evaluar la probabilidad de que ese sea el caso. Los que administran organizaciones tienen su propias teorías corrientes sobre ellas, y sin duda que pueden conocer bien la bibliografía académica sobre la materia. Considérese la proposición de que una descentralización de autoridad en organizaciones aumenta las asociaciones informales en los rangos administrativos. Tal como sucede con la generalización sobre tamaño y diferenciación interna, esto puede presuponer consecuencias buscadas que los agentes tengan razones para producir, o, en otro caso, el resultado puede ser en gran parte no buscado. Es esencial para el observador social conocer esa circunstancia si quiere ser capaz de esclarecer lo que sucede. Al menos algunos de los agentes que intervienen quizás actúen a la luz de esas mismas generalizaciones que Blau determina. Sería muy posible que se siguiera una política de descentralización específicamente para incrementar determinadas clases de asociación informal entre diferentes rangos de administradores.

Lo que estos comentarios demuestran es que un «abordaje estructural» de las ciencias sociales no se puede desgajar de un examen de los mecanismos de una reproducción social. Es perfectamente correcto, desde luego, sostener que una sociedad no es la creación de actores individuales, y que las propiedades estructurales de sistemas sociales sobreviven a los individuos. Pero estructura, o propiedades estructurales, o «parámetros estructurales», sólo existen en tanto haya continuidad en una reproducción social por un tiempo y un espacio. Y esa continuidad, a su vez, sólo existe en las actividades reflexivamente registradas de actores situados —y a través de estas—, con un espectro de consecuencias buscadas y no buscadas. Quiero repetir: *no existe algo que sea una categoría especial de «explicación estructural», sino sólo una interpretación de los aspectos en que formas variables de constreñimiento influyen sobre una acción humana.* Aquí, el significado de «influjo» no tiene nada de misterioso. Tomemos la generalización de que elevadas tasas de movilidad promueven un cambio estructural. Tal vez podamos suponer que elevadas tasas de movilidad son en gran parte no buscadas, y que los cambios resultantes que ellas inducen tampoco son buscados, aunque podría suceder, por ejemplo, que se hubieran instituido políticas educacionales para aumentar la movilidad y, por lo tanto, que este suceder formara parte de un proceso registrado reflexivamente. Pero supongamos que la movilidad en cuestión sea no buscada, valga para mujeres, una movilidad ocupacional ascendente, y que el «cambio estructural» que promueva sea una mayor (o menor) tasa de divorcio. Podremos probar la índole de los influjos causales, pero sólo si conocemos los motivos y las razones de

quienes participan: esposas, maridos, y otros. Pudiera ocurrir que mujeres que logran éxito en carreras profesionales pasen menos tiempo en el hogar que en caso contrario, y esto tenga el resultado (no buscado) de introducir una tensión en la relación conyugal; que ellas no atribuyan importancia al matrimonio frente al éxito laboral; que sus esposos se resientan por los triunfos de ellas, etc.; o una combinación de todas estas razones para diferentes individuos.

### *Individualismo metodológico: ¿una alternativa?*

Concepciones sobre una «explicación estructural» específica en sociología han tenido desde hace largo tiempo en el individualismo metodológico un enemigo natural. El debate entre las dos posiciones es, bajo algún aspecto, la contrapartida metodológica del dualismo de sujeto y objeto social que ha caracterizado a la ontología de las ciencias sociales. Aunque Max Weber ha sido reclutado muchas veces como «sociólogo estructural», él mismo enunció sus propias preferencias con harta claridad. En una carta que escribió no mucho antes de su muerte, observó: «si me he hecho sociólogo (. . .) ha sido sobre todo para exorcizar el espectro de concepciones colectivas que todavía se pasea entre nosotros. En otras palabras, la sociología como tal sólo puede partir de las acciones de uno o más individuos distintos y en consecuencia le es preciso adoptar métodos estrictamente individualistas». <sup>14</sup> Una acción humana, como dice Weber en *Economía y Sociedad*, «sólo existe si es la conducta de uno o más seres humanos individuales». <sup>15</sup> El debate sobre lo que de hecho quieren sostener Weber y otros «individualistas metodológicos» se ha ramificado en matices, pero no hay duda de que existe una genuina diferencia de opinión entre ellos y los «sociólogos estructurales». Los detalles pueden ser complejos, pero el esquema es relativamente simple. Los individualistas metodológicos coinciden con el punto de vista que he sostenido antes, a saber: la búsqueda de una «explicación estructural» es fútil y hasta quizá sea nociva.

Recorreré una de las exposiciones más influyentes sobre las cuestiones planteadas por diversas versiones de individualismo metodológico. Lukes las discute una por una, y trata de «volver inocuas» a las que considera las expresiones principales del individualismo metodológico. <sup>16</sup> Las doctrinas que abogan por un individualismo metodológico incluyen una o más de las tesis siguientes:

1. «Atomismo social tautológico». Es el punto de vista según el cual es auto-evidente que fenómenos sociales sólo se pueden explicar

en los términos del análisis de la conducta de individuos. Así, Hayek dice: «No existe otro camino para comprender fenómenos sociales que no pase por nuestra comprensión de acciones individuales dirigidas hacia otras personas y guiadas por su conducta esperada»<sup>17</sup> (una formulación en verdad afín a la definición de Weber de «acción social»).

2. La idea de que todos los enunciados sobre fenómenos sociales —como la exposición de parámetros estructurales de Blau— se pueden reducir, sin pérdida de sentido, a descripciones de las cualidades de individuos. Este punto de vista negaría la pertinencia del discurso de Blau sobre «estructura»; él no hace más que sumar propiedades de individuos.
3. El aserto de que sólo los individuos son reales. Así, algunos autores parecen sostener que conceptos cualesquiera referidos a propiedades de colectividades o sistemas sociales (otra vez podríamos ejemplificar con «parámetros estructurales») son modelos abstractos, construcciones del teórico, en un sentido que no se aplica a la noción de «individuo».
4. La tesis de que no pueden existir leyes en las ciencias sociales, salvo si son leyes sobre las disposiciones psicológicas de individuos.<sup>18</sup>

Todos estos cuatro elementos parecen contenidos en la muy citada enunciación que ofrece Watkins de lo que él denomina el «principio del individualismo metodológico»:

«Según este principio, los constituyentes últimos del mundo social son personas individuales que actúan con mayor o menor acierto a la luz de sus disposiciones y de su inteligencia de la situación en que se encuentran. Toda situación, institución o suceso sociales complejos son el resultado de una particular configuración de individuos, de sus disposiciones, situaciones, creencias, y recursos y ambiente físicos. Pueden existir explicaciones incompletas o intermedias de fenómenos sociales de vasta escala (como la inflación) en función de otros fenómenos de vasta escala (como el pleno empleo); pero no habremos obtenido explicaciones sólidas de esos fenómenos de vasta escala hasta que no deduzcamos un relato de ellos a partir de enunciados referidos a las disposiciones, las creencias, los recursos y las interrelaciones de individuos. (Los individuos pueden permanecer anónimos y es posible atribuirles sólo disposiciones características, etc.)».<sup>19</sup>

El escuadrón de detección de bombas, que son los argumentos de Lukes destinados a hacer explotar el individualismo metodológico, avanza sobre dos frentes. Ninguna de las tesis mencionadas bajo

aquellas cuatro categorías tiene pizca de verosimilitud si se las examina con atención. Como la primera es tautológica (o sea, trivialmente verdadera), carece de contenido. Que una «sociedad esté formada por gente» es una «proposición trivial acerca del mundo», «verdadera analíticamente, o sea: en virtud del significado de las palabras».<sup>20</sup> Y se puede demostrar que el segundo, el tercero y el cuarto puntos son falsos. El hecho de que la descripción o análisis de relaciones de parentesco, como las definidas como «matrimonio entre primos cruzados», no se pueda realizar sin referencia al entendimiento de agentes humanos no implica que esas relaciones se puedan describir exclusivamente en función de predicados individuales. Si el punto 3. quiere sostener que sólo individuos son directamente observables, se equivoca, por más que de todos modos no exista razón para sostener la proposición, asociada con el conductismo, de que sólo lo observable es real. Aunque seamos incapaces de observar los elementos que Blau tiene en mente cuando habla de parámetros estructurales, no hay duda de que podemos observar fenómenos sociales de circunstancias de copresencia, tales como la formación y escenificación de encuentros. Por último, el punto 4. está contemplado por lo que yo dije antes: no son escasas las generalizaciones en las ciencias sociales, aunque no posean la misma forma lógica que las leyes universales en ciencia natural.

Estos argumentos —concede Lukes—, no alcanzan para volver inocuo el individualismo metodológico. Ellos ni siquiera atacan su principal fortaleza, que atañe a la explicación. El aserto de más peso en la cita de Watkins, y quizá también en la de Hayek, se encuentra en la declaración de que explicaciones «desde la roca de base» de fenómenos sociales se tienen que referir a «disposiciones, creencias, recursos e interrelaciones de individuos». Es aquí donde Lukes cree que está el poder potencialmente explosivo del individualismo metodológico, y de donde es preciso quitar con delicadeza el detonante. ¿Qué son las «disposiciones, etc.» de los individuos? ¿Y qué es, en definitiva, «explicación»? Por lo que toca a esto último, Lukes está en condiciones de demostrar con bastante comodidad que muchos de los que sostienen el individualismo metodológico tienen en mente una noción en extremo restringida de lo que es una explicación (esto vale por igual para Blau y la mayoría de los sociólogos estructurales). Explicar es responder a una pregunta por el porqué, lo que en muchos casos supone volver inteligible un fenómeno social simplemente en el sentido de dar de él una caracterización precisa.<sup>21</sup> Aquí una explicación opera, por así decir, sobre la línea de base o cerca de la línea de base de la naturaleza necesariamente hermenéutica de las ciencias sociales. Inne-gablemente interesa destacar que «explicación» participa de la contextualidad de toda actividad social, con respecto a las indagaciones sea

de actores legos, sea de observadores sociológicos. No obstante, me quiero centrar en la acepción más restringida de «explicación», que la refiere a la formulación no de meras generalizaciones sino de generalizaciones causales; en otras palabras: generalizaciones que no aseveran simplemente que una relación de índole abstracta vale entre dos categorías o clases de fenómenos sociales sino que además determina las conexiones causales intervinientes.

¿En qué sentido estas conexiones causales se refieren necesariamente a individuos? Según Lukes, en algunas versiones de individualismo metodológico las cualidades de individuos que se invocan en explicaciones son rasgos fisiológicos del organismo o necesidades orgánicamente dadas. Pero estas explicaciones resultan totalmente inverosímiles. Ninguna ha conseguido producir relatos que reduzcan fenómenos sociales a propiedades orgánicas. Por eso estas formas de individualismo metodológico son a lo sumo tesis hipotéticas; no tienen aplicación directa a los materiales de estudio con los que trabajan los científicos sociales. En otras interpretaciones de individualismo metodológico, en cambio, o las características atribuidas a individuos y asimiladas en explicaciones no excluyen la posibilidad de análisis más estructurales, o esas características caen bajo la refutación del punto 3., de los antes enumerados, y de hecho incluyen algunas caracterizaciones sociales (estructurales). Es así como un individualismo metodológico queda neutralizado. Los que abogan por un reduccionismo que se remita a características fisiológicas del organismo no logran hacer valer su tesis para nada referido a la práctica efectiva de las ciencias sociales, pero los otros no pueden hallar propiedades de individuos que no estén ya irreduciblemente «contaminadas» por lo social.

Lukes abandona el campo en este punto. No me parece que se lo deba hacer; más bien, tenemos que formular de otro modo los puntos en controversia. No obstante, antes de recoger algunos de los hilos que la discusión de Lukes dejó sueltos, será instructivo referirse a problemas por entero similares planteados desde un sector diferente: en intercambios entre Thompson y Anderson sobre el carácter del marxismo.<sup>22</sup> Thompson hace ya tiempo consideró sospechosos conceptos estructurales, sin rechazarlos por completo, e insistió de manera consistente en la importancia de estudiar la textura y variedad de un obrar humano. Así, cuando expone los puntos de vista que inspiran su análisis del desarrollo de las clases en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, explica: «una clase es definida por seres humanos que viven su propia historia y, en último análisis, esta es su única definición».<sup>23</sup> En el curso de una polémica sostenida contra Althusser y los influidos por él —que motivó una réplica de Anderson que abarcó un libro entero—, Thompson expone con algún detalle las connotaciones

de su postura. No intentaré apreciar el debate como un todo sino que mencionaré de él sólo unos pocos aspectos que vienen al caso aquí.

Thompson reprocha a Althusser —con justicia, en mi opinión—<sup>24</sup> ofrecer un relato deficiente del obrar humano y una concepción determinista de estructura. Los seres humanos no son considerados como agentes entendidos sino sólo como los «portadores» de modos de producción. A esta «derogación del actor lego», como la he denominado, Thompson la pone en términos llanos. Althusser, y casi todos los otros que se asocian con el estructuralismo o el funcionalismo, «parten de la misma "antropología latente", el mismo supuesto mediato sobre "ser humano": que todos los hombres y mujeres (salvo ellos mismos) *son unos completos imbéciles*».<sup>25</sup> La vida social, o historia humana —dice Thompson—, se debe comprender como una «práctica humana indómita». Es decir, los seres humanos actúan con intención y entendimiento pero sin ser capaces ni de prever ni de controlar las consecuencias de lo que hacen. Para comprender cómo es esto necesitamos un término que —dice Thompson— falta en Althusser: es lo que Thompson simplemente denomina «vivencia humana».<sup>26</sup> Vivencia es la conexión entre «estructura» y «proceso», el material real de un análisis social o histórico. Thompson apunta que esta concepción no lo acerca al individualismo metodológico. Más aún, él descubre cierta afinidad entre un individualismo metodológico y el marxismo de Althusser. Porque Althusser cree que «estructuras» sólo existen dentro de dominios teóricos, no en la realidad misma; por eso esta postura se asemeja al nominalismo de los individualistas metodológicos. No obstante, no se advierte bien en definitiva en qué se distinguen las ideas de Thompson del individualismo metodológico. Muchos de los pasajes de su obra donde caracteriza sus concepciones generales se asemejan a ideas como las de Watkins citadas antes. Así, refiriéndose otra vez al concepto de clase, insiste: «Cuando hablamos de *una* clase pensamos en un conjunto de gente definido muy latamente, que comparte las mismas categorías de intereses, vivencias sociales, una tradición y un sistema de valores, que tiene una *disposición a conducirse* como una clase, a definirse en sus acciones y en su conciencia en relación con otros grupos de gente en los términos de una *clase*».<sup>27</sup>

Las concepciones de Thompson tienen muchos aspectos atractivos, pero a Anderson no le resulta difícil descubrir insuficiencias en ellas. Cuando Thompson menciona «gente» y se refiere a la primacía de una «vivencia», ¿cómo se deben entender en verdad estos términos que parecen transparentes? Cuando los realza, es evidente que Thompson quiere acentuar el peso de un obrar humano en la creación de una historia. Pero queda sin explicar lo que «obrar» sea, a despecho de la profusión de ejemplos históricos que Thompson presenta en el curso de

despejar varios distingos. Descripciones de acción —como lo mencioné en un capítulo anterior— no se deben confundir con la definición de un obrar como tal. Ni descripciones de acción ni relatos de una interacción se pueden presentar puramente en los términos de predicados individuales. Pero sólo los individuos, seres que poseen una existencia corpórea, son agentes. Si las colectividades o los grupos no son agentes, ¿por qué a veces nos expresamos como si lo fueran, según lo muestran los ejemplos citados? Nos inclinamos a hacerlo cuando existe un grado significativo de registro reflexivo de las condiciones de una reproducción social, del tipo que se asocia en especial con organizaciones, aunque no sea exclusivo de ellas. «El gobierno decidió seguir la política X» es una descripción abreviada de decisiones adoptadas por individuos, pero por lo común dentro de alguna clase de consulta recíproca, o donde una política por seguir es normativamente obligatoria. Decisiones adoptadas por gobiernos u otras organizaciones pueden no arrojar el resultado deseado por todos los que participaron en su adopción, o el resultado más deseado por algunos de ellos. En tales circunstancias tiene sentido decir que los participantes «deciden» (individualmente) «decidir» (corporativamente) sobre cierto curso de acción. Es decir que miembros individuales de un gabinete pueden aceptar verse comprometidos por el resultado de una reunión con el que no estén de acuerdo o por una propuesta que ellos votaron en contra pero que tuvo apoyo de la mayoría. Es importante comprender que «El gobierno decidió. . .» o «El gobierno actuó. . .» son enunciados abreviados porque en algunas situaciones puede importar mucho saber qué individuos fueron los principales inspiradores o ejecutores de decisiones adoptadas (o no adoptadas) y de cursos de acción seguidos.

## Referencias

### *Estructura, sistema, reproducción social*

- 1 CPST, págs. 222-5.
- 2 CCHM, capítulo 8.
- 3 *Ibid.*, págs. 45-6. La discusión que expongo aquí modifica apenas mi primera versión sobre este problema. Para otras secciones que aprovecho en estas páginas, véanse las págs. 157-64 y 166-9.
- 4 En los dos párrafos anteriores he seguido de cerca las exposiciones de Eberhard: Wolfram Eberhard, *Conquerors and Rulers* (Leiden: Brill, 1965), pág. 9, y *passim*.

- 5 Marshall G. S. Hodgson, «The interrelations of societies in history», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 5, 1962-3, pág. 233.
- 6 H. G. Gailey, *A History of Africa, 1800 to the Present* (Nueva York: Houghton-Mifflin, 1970-2, 2 vols.; René Grousset, *The Empire of the Steppes* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1970).
- 7 T. Carlstein, «The sociology of structuration in time and space: a time-geographic assessment of Giddens's theory», *Swedish Geographical Yearbook* (Lund: Lund University Press, 1981); Derek Layder, *Structure. Interaction and Social Theory* (Londres: Routledge, 1981); J. B. Thompson, *Critical Hermeneutics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981); Margaret S. Archer, «Morphogenesis versus structuration: on combining structure and action», *British Journal of Sociology*, vol. 33, 1982.
- 8 Carlstein, «The sociology of structuration in time and space», págs. 52-3. Véase también John Thompson, *Critical Hermeneutics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981), págs. 143-4.
- 9 Roy Bhaskar, *The Possibility of Naturalism* (Brighton: Harvester, 1979), pág. 42.
- 10 Emile Durkheim, *The Rules of Sociological Method* (Londres: Macmillan, 1982), págs. 39-40.
- 11 *Ibid.*, págs. 50 y 52.
- 12 *Ibid.*, págs. 2-3.
- 13 Karl Marx, *Capital* (Londres: Lawrence & Wishart, 1970), pág. 72. Un examen interesante sobre esta cuestión se lee en Gillian Rose, *The Melancholy Science* (Londres: Macmillan, 1978), capítulo 3.
- 14 Karl Marx, *Grundrisse* (Harmondsworth: Penguin, 1976), pág. 157.
- 15 Véase CPST, capítulo 5.
- 16 Preparado para el texto de CCHM pero no incluido en su versión final.
- 17 La clasificación deja también abierta la posibilidad de otros tipos; por ejemplo, una sociedad socialista de Estado distinta del capitalismo, como también, desde luego, otras formas de organización societaria que se pudieran concebir para el futuro.
- 18 El punto de vista expresado en CCHi, pág. 164: «La ciudad es el lugar del mecanismo que produce una integración sistémica», está formulado de una manera más bien inadecuada. Además, no deseo comunicar que la relación ciudad-campo sea unitaria o singular; ella es heterogénea y compleja si se la considera trasversalmente a la generalidad de las sociedades.
- 19 Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System* (Nueva York: Academic Press, 1974); cf. Spengler: «¿No es ridículo oponer una historia "moderna" de unos pocos siglos, localizada esa historia principalmente en Europa Occidental, a una historia "antigua" que abarca tantos milenios, y amontonar de pasada en esa "historia antigua" toda la masa de las culturas pre-helénicas, sin examen y sin orden, como si se tratara de una cuestión secundaria?». Oswald Spengler, *The Decline of the West* (Londres: Allen & Unwin, 1961, pág. 38).
- 20 Cf. n. 2 *supra*.
- 21 Cf. mi ensayo, «The nation-state and violence».



- 22 CPST, págs. 104-5.
- 23 Marx, *Capital*, pág. 110.
- 24 *Ibid.*, págs. 110 y 103.
- 25 *Ibid.*, pág. 168.
- 26 Para una versión anterior de algunos de estos puntos, véase CSAS, capítulo 6.
- 27 Marx, *Capital*, vol. 1, pág. 337.
- 28 *Ibid.*, pág. 338.
- 29 *Ibid.*, pág. 356.
- 30 Marx, *Capital*, vol. 1, pág. 111.
- 31 CPST, págs. 141 y sigs.
- 32 Claude Lévi-Strauss, *Structural Anthropology* (Londres: Allen Lane, 1968), págs. 365-6.
- 33 Claude Lévi-Strauss, *The Savage Mind* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1966), pág. 93.
- 34 Es una de las principales preocupaciones de *Between Capitalism and Socialism*.
- 35 CCHM, capítulos 7, 8 y 9. También dejo sin considerar aquí la muy importante cuestión (ya analizada en CCHM) de las relaciones entre capitalismo, Estado y divisiones de clase.
- 36 Un tema que se desarrolla de manera más completa en *Between Capitalism and Socialism*.
- 37 Véase John H. Kautsky, *The Politics of Aristocratic Empires* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1982): «Si una clase se concibe como un grupo en conflicto con otra clase, entonces ciertamente aristocracias y campesinados no son clases» (pág. 75).
- 38 *Ibid.*, págs. 5-6. Véase también Henri J. M. Claessen y Peter Skalnik, *The Early State* (La Haya: Mouton, 1978).
- 39 Edward Shils, *Tradition* (Londres: Faber & Faber, 1981), pág. 280.
- 40 Arthur Waley, *Three Ways of Thought in Ancient China* (Londres: Allen & Unwin, 1939), pág. 38. Para una discusión extensa, véase J. G. A. Pocock, «The origins of the study of the past», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 4, 1961-2.
- 41 Claude Lévi-Strauss, *Totemism* (Londres: Merlin, 1964), pág. 98.
- 42 *Ibid.* Lévi-Strauss señala también: «La lengua dakota no posee una palabra que designe el tiempo, pero puede expresar diversos aspectos de una modalidad de existencia en una duración. Para el pensamiento dakota, en efecto, el tiempo constituye una duración a la que no se aplica una medición: es un "bien libre" que carece de límites» (pág. 99). Interesantes observaciones referidas a estas cuestiones hace Burgit Schintlholzer, *Die Auflösung des Geschichtsbegriffs im Strukturalismus*, disertación doctoral (Hamburgo, 1973).
- 43 E. P. Thompson, *The Poverty of Theory* (Londres: Merlin, 1978), págs. 86 y 291.
- 44 G. Vico, *The New Science* (Ithaca: Cornell University Press, 1968), pág. 382, parágrafo 1108.
- 45 Thompson, *The Poverty of Theory*, pág. 86.

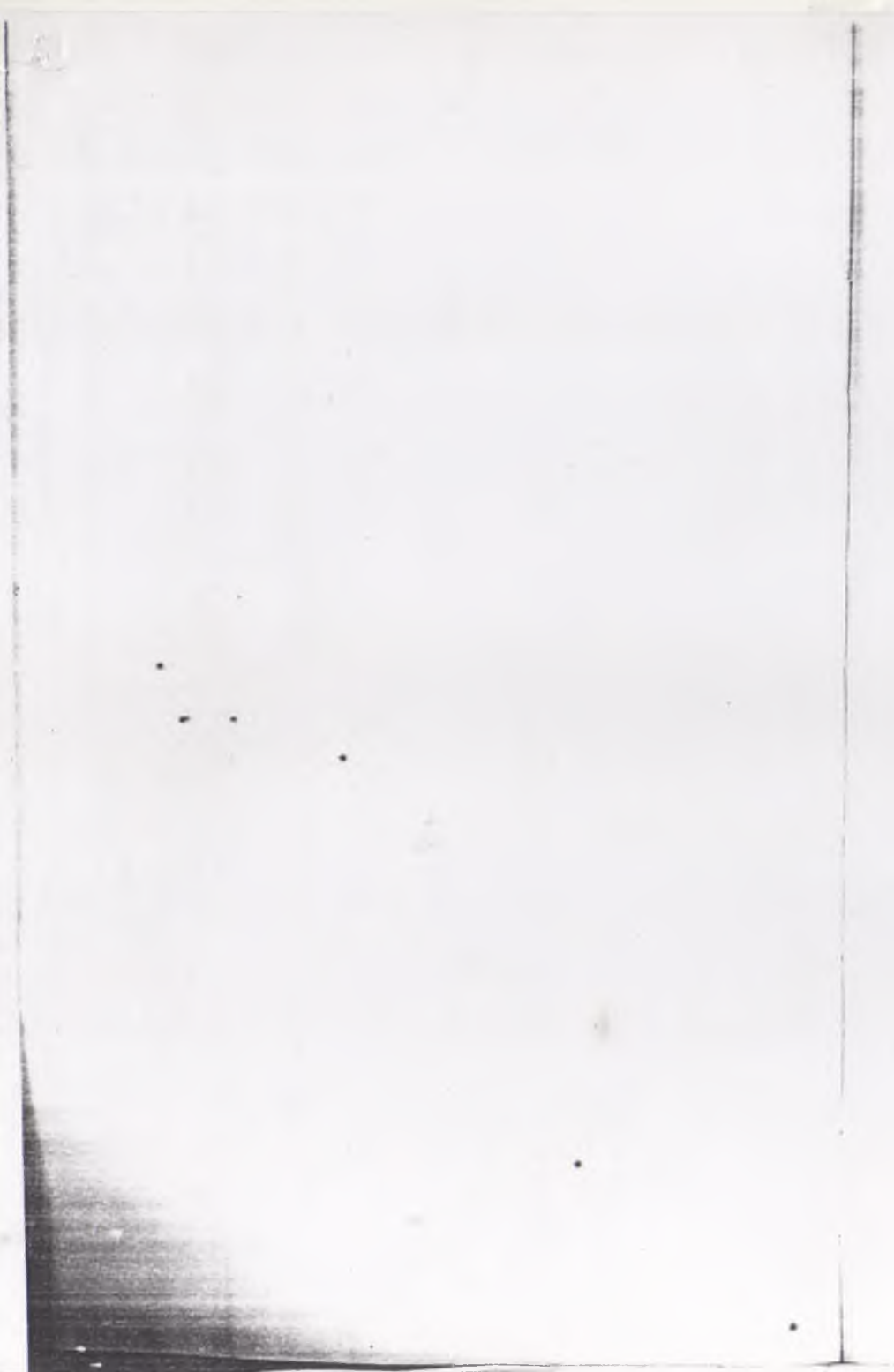
- 46 Alain Touraine, *The Self Production of Society* (Chicago: University of Chicago Press, 1977), pág. 238.
- 47 Herbert Blumer, «Collective behaviour», en Alfred M. Lee, *Principles of Sociology* (Nueva York: Barnes & Noble, 1951), pág. 199.
- 48 Norman Cohn, «Mediaeval millenarianism: its bearing upon the comparative study of millenarian movements», en Silvia L. Thrupp, *Millennial Dreams in Action* (La Haya: Mouton, 1962), pág. 31.
- 49 Cf. J. A. Banks, *The Sociology of Social Movements* (Londres: Macmillan, 1972), págs. 20-1, y *passim*.
- 50 André Gorz, *Farewell to the Working Class* (Londres: Pluto, 1982).

*Notas críticas: «sociología estructural» e individualismo metodológico*

- 1 Cf. Raymond Boudon, *The Uses of Structuralism* (Londres: Heinemann, 1971). Boudon categoriza cierto número de usos divergentes del concepto. Para abordajes de sesgo muy diferente, véase Peter M. Blau, *Approaches to the Study of Social Structure* (Londres: Collier-Macmillan, 1975).
- 2 Walter L. Wallace, «Structure and action in the theories of Coleman and Parsons», en Blau, *Approaches to the Study of Social Structure*, pág. 121.
- 3 Bruce H. Mayhew, «Structuralism versus individualism». Partes 1 y 2, *Social Forces*, vol. 59, 1980, pág. 349.
- 4 *Ibid.*, pág. 348.
- 5 Peter M. Blau, *Inequality and Heterogeneity* (Nueva York: Free Press, 1977); «Structural effects», *American Sociological Review*, vol. 25, 1960; «Parameters of social structure», en Blau, *Approaches to the Study of Social Structure*; «A macrosociological theory of social structure», *American Journal of Sociology*, vol. 83, 1977.
- 6 *Inequality and Heterogeneity*, pág. ix.
- 7 «Parameters of social structure», pág. 221.
- 8 *Inequality and Heterogeneity*, pág. x.
- 9 «Parameters of social structure», págs. 252-3. «Lo que plantea esta amenaza es la posición dominante de organizaciones poderosas en la sociedad contemporánea, como el Pentágono, la Casa Blanca y corporaciones gigantescas. La tendencia ha consistido en una concentración cada vez mayor de recursos económicos y fuerza laboral, y de los poderes que de ello derivan, en organizaciones gigantescas y en sus gerentes directores, lo que implica una consolidación creciente de grandes recursos y formas de poder (. . .)».
- 10 *Inequality and Heterogeneity*, pág. 246.
- 11 «A macrosociological theory of social structure», pág. 28.
- 12 Peter M. Blau, «A formal theory of differentiation in organizations», *American Sociological Review*, vol. 35, 1970, pág. 203.
- 13 Esta tesis se sostiene en Stephen P. Turner, «Blau's theory of differentiation: is it explanatory?», *Sociological Quarterly*, vol. 18, 1977. Algunas de estas cuestiones se ventilan de nuevo en Blau: «Comments on the pros-

- pects for a nomothetic theory of social structure», *Journal for the Theory of Social Behaviour*, vol. 13, 1983. Véase también un trabajo extraordinario de Mayhew, en el mismo volumen, sobre «Causality, historical particularism and other errors in sociological discourse». La contribución de Blau sigue mostrando las insuficiencias que he indicado. 1) Elementos hermenéuticos en la formulación de conceptos de análisis social se dejan de lado en favor del punto de vista de que «el objetivo de la sociología es estudiar el influjo del "ambiente social" sobre las "tendencias observables de la gente"» (pág. 268). 2) La referencia a los motivos, razones e intenciones de los agentes se asimila siempre a una «psicología» que se relega a un campo apartado de los intereses de la «sociología». 3) Se acepta sin cuestionamiento una versión de una filosofía desacreditada de ciencia natural en la que la «explicación» se considera necesariamente relacionada con una «teorización nomotético-deductiva» (pág. 265). 4) No se considera la posibilidad de que aun si fuera aceptable la filosofía de ciencia natural que se da por supuesta, el carácter de las «leyes» en ciencia social podría ser fundamentalmente diferente del de las leyes de la naturaleza. 5) Toda la posición se envuelve en la tesis familiar pero errónea de que la ciencia social, si se la compara con la ciencia natural, se encuentra en las primeras fases de su desarrollo. Blau acepta que no existen, «al menos hasta ahora», «leyes deterministas en sociología» (pág. 266). Pero manifiesta su fe en que un día se las descubra; es que no podemos desechar la posibilidad porque «la teoría nomotética de la estructura social sin duda se encuentra todavía en una etapa en extremo rudimentaria» (pág. 269).
- 14 Citado en Wolfgang Mommsen, «Max Weber's political sociology and his philosophy of world history», *International Social Science Journal*, vol. 17, 1965, pág. 25. Desde luego, es un punto discutible saber hasta dónde los escritos sustantivos de Weber se guiaron por este principio.
  - 15 Max Weber, *Economy and Society* (Berkeley: University of California Press, 1978), vol. 1, pág. 13.
  - 16 Steven Lukes, «Methodological individualism reconsidered», en *Essays in Social Theory* (Londres: Macmillan, 1977).
  - 17 F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (Chicago: University of Chicago Press, 1949), pág. 6.
  - 18 Lukes además define otra connotación de un individualismo metodológico: una doctrina de «individualismo social» que «(ambiguamente) asevera que el fin último de la sociedad es el bien de individuos». Lukes, «Methodological individualism reconsidered», págs. 181-2.
  - 19 J. W. N. Watkins, «Historical explanation in the social sciences», en P. Gardiner, *Theories of History* (Glencoe: Free Press, 1959).
  - 20 Lukes, «Methodological individualism reconsidered», pág. 178.
  - 21 Cf. *NRSM*, capítulo 4.
  - 22 E. P. Thompson, *The Poverty of Theory* (Londres: Merlin, 1978); Perry Anderson, *Arguments within English Marxism* (Londres: Verso, 1980).
  - 23 E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Harmondsworth: Penguin, 1968), pág. 40.
  - 24 CPST, capítulo I, y *passim*.

- 25 Thompson, *The Poverty of Theory*, pág. 148.
- 26 *Ibid.*, pág. 30.
- 27 *Ibid.*, pág. 295. Destacado en el original.
- 28 Thompson, *The Making of the English Working Class*, pág. 9.
- 29 Anderson, *Arguments within English Marxism*, págs. 32-4.



## 6. Teoría de la estructuración, investigación empírica y crítica social

### A. Reiteración de conceptos básicos

En este punto parece conveniente recapitular algunas de las ideas básicas contenidas en los capítulos anteriores. Las resumiré en una serie de puntos; en conjunto, representan los aspectos de la teoría de la estructuración que interesan de la manera más general a problemas de investigación empírica en las ciencias sociales.

1. Todos los seres humanos son agentes entendidos. Esto significa que todos los actores sociales saben mucho sobre las condiciones y consecuencias de lo que hacen en su vida cotidiana. Ese saber no es de un carácter enteramente proposicional ni es un mero resto de sus actividades. Un entendimiento inmerso en una conciencia práctica presenta una complejidad extraordinaria que a menudo se descuida por completo en abordajes sociológicos ortodoxos, en particular los asociados con el objetivismo. Además, los actores son por lo común capaces de explicar discursivamente lo que hacen y las razones de su hacer. Pero en principio estas facultades se instalan en el fluir de una conducta cotidiana. La racionalización de una conducta llega a un ofrecimiento discursivo de razones sólo si otros preguntan a los individuos por qué actuaron así. Y desde luego, esas preguntas normalmente sólo se hacen si la actividad en cuestión es por alguna razón enigmática: si parece o que se burla de la convención o que se aparta de los modos habituales de conducta de cierta persona.
2. El entendimiento de los actores humanos está siempre acotado en parte por lo inconsciente y en parte por condiciones inadvertidas/consecuencias no buscadas de la acción. Entre las tareas más importantes de la ciencia social se incluye la investigación de esos límites, la importancia de las consecuencias no buscadas para una reproducción sistémica y las connotaciones ideológicas que esos límites tienen.
3. El estudio de una vida cotidiana es parte esencial del análisis de la reproducción de prácticas institucionalizadas. Una vida cotidiana

- es consustancial al carácter repetitivo de un tiempo reversible: con sendas trazadas en un espacio-tiempo y asociadas con los aspectos restrictivos y habilitantes del cuerpo. Pero una vida cotidiana no se debe considerar el «fundamento» sobre el que se edifican las conexiones más ramificadas de la vida social. Al contrario, estas conexiones más extensas se deben comprender por referencia a una interpretación de integración social e integración sistémica.
4. Una rutina, que psicológicamente importa para reducir al mínimo las fuentes inconscientes de angustia, es la forma predominante de actividad social cotidiana. La mayoría de las prácticas ordinarias carece de motivación directa. Unas prácticas rutinizadas son la expresión saliente de la dualidad de estructura con respecto a la continuidad de una vida social. En la escenificación de rutinas los agentes sustentan un sentimiento de seguridad ontológica.
  5. El estudio del contexto, o de las contextualidades de una interacción, es inherente a la investigación de una reproducción social. «Contexto» supone lo siguiente: a) los límites espacio-temporales (por lo común tienen marcadores simbólicos o físicos) en torno de urdumbres de interacción; b) la copresencia de actores, que hace posible la visibilidad de una diversidad de expresiones faciales, gestos corporales, elementos lingüísticos y otros medios de comunicación, y c) una noticia y un empleo reflexivos de estos fenómenos para influir o gobernar el decurso de la interacción.
  6. Las identidades sociales, y las relaciones de postura-práctica asociadas con ellas, son «marcadores» en el espacio-tiempo virtual de una estructura. Se asocian con derechos normativos, obligaciones y sanciones que, en el interior de colectividades específicas, dan origen a roles. El uso de marcadores estandarizados, en especial referidos a los atributos corporales de edad y de género, es fundamental en todas las sociedades, a pesar de las grandes variaciones observables entre diversas culturas.
  7. No se puede atribuir un sentido unitario a «constreñimiento» en el análisis social. Los constreñimientos asociados con las propiedades estructurales de sistemas sociales no son sino un tipo entre otros varios tipos característicos de vida social humana.
  8. Entre las propiedades estructurales de sistemas sociales, tienen particular importancia los principios estructurales porque ellos especifican tipos globales de sociedad. Es una tesis importante de la teoría de la estructuración que el grado de clausura de totalidades societarias —y de sistemas sociales en general— es muy variable. Existen grados de «sistematicidad» en totalidades societarias, tanto como en otras formas más o menos inclusivas de sistema social. Es esencial evitar el supuesto de que se podría definir cómodamente

lo que una «sociedad» es, noción que proviene de una época dominada por Estados nacionales con fronteras bien deslindadas que por lo común responden de manera muy estricta a la provisión administrativa de gobiernos centralizados. Aun en Estados nacionales, desde luego, existe una diversidad de formas sociales que atraviesan las fronteras societarias.

9. El estudio del poder no se puede tratar como una consideración de segundo orden en las ciencias sociales. El poder no puede ser así, por así decir, después de formulados los conceptos más básicos de la ciencia social. No existe un concepto más elemental que el de poder. Pero esto no significa que el concepto de poder sea más esencial que cualquier otro, como lo suponen aquellas versiones de ciencia social que han caído bajo un influjo nietzscheano. El poder no es sino un concepto entre varios conceptos primarios de ciencia social, agrupados todos en torno de las relaciones de acción y estructura. El poder es el medio de obtener que se hagan cosas y, como tal, está directamente envuelto en la acción humana. Es un error considerarlo intrínsecamente divisivo, pero no hay duda de que algunos de los conflictos más enconados en la vida social se ven acertadamente como «luchas de poder». Estas luchas se pueden considerar relacionadas con intentos de repartir recursos que brindan modalidades de control en sistemas sociales. Por «control» entiendo la capacidad que ciertos actores, grupos o tipos de actores poseen de influir sobre las circunstancias de acción de otros. En luchas de poder, la dialéctica de control opera siempre, aunque el uso que los agentes situados en posiciones subordinadas puedan hacer de los recursos de que disponen difiere muy sustancialmente en diferentes contextos sociales.
10. No existe mecanismo de organización social o de reproducción social averiguado por analistas sociales que los actores legos no puedan llegar a conocer también y a incorporar en lo que hacen. En muchísimos casos, los «descubrimientos» de los sociólogos son tales únicamente para alguien extraño a los contextos de actividad de los actores estudiados. Como los autores obran, en efecto, por alguna razón, es natural que se desconcierten si observadores sociológicos les dicen que eso que ellos hacen deriva de factores que de algún modo los influyen desde afuera. Por eso las objeciones de los legos a semejantes «descubrimientos» pueden tener una base muy sólida. La reificación en modo alguno caracteriza con exclusividad al pensamiento lego.

Estos puntos sugieren una cantidad de guías para la orientación general de la investigación social.



En primer lugar, toda investigación social presenta por fuerza un aspecto cultural, etnográfico o «antropológico». Esto es una expresión de lo que denomino la doble hermenéutica que caracteriza a la ciencia social. El sociólogo tiene por campo de estudio fenómenos que ya están constituidos en tanto provistos de sentido. La condición para «entrar» en este campo es llegar a saber lo que ya saben —y tienen que saber— los actores para «ser con» en las actividades cotidianas de una vida social.<sup>1\*</sup> Los conceptos inventados por observadores sociológicos son de «orden segundo» porque presuponen ciertas capacidades conceptuales en los actores a cuya conducta se refieren. Pero está en la naturaleza de la ciencia social el que puedan pasar a ser conceptos de «orden primero» si de ellos se apropia la vida social misma. ¿Qué hay de «hermenéutico» en esta hermenéutica doble? La justeza del término deriva del proceso doble de traducción o de comprensión que aquí interviene. Es tarea de las descripciones sociológicas mediar entre los marcos de sentido en cuyo interior los actores orientan su conducta. Pero esas descripciones son categorías de comprensión que también requieren un esfuerzo traductor dentro y fuera de los marcos de sentido que convienen a las teorías sociológicas. Diversas consideraciones referidas a un análisis social se conectan con esto:

1. Un estilo literario no carece de importancia para la precisión de unas descripciones sociales. Esto alcanza mayor o menor importancia según que una determinada pieza de investigación social sea etnográfica, a saber: se haya escrito con el propósito de exponer cierto *medio* cultural a otros que no lo conocen.
2. El especialista en ciencia social es un comunicador; introduce marcos de sentido asociados con ciertos contextos de vida social, para personas incluidas en otros contextos. De este modo las ciencias sociales se inspiran en las mismas fuentes de definición (saber mutuo) de los novelistas u otros que escriben relatos de ficción de una vida social. Goffman puede con toda comodidad intercalar ilustraciones de ficción en descripciones tomadas de investigaciones de ciencia social porque en muchos casos le interesa más «mostrar» las formas tácitas de saber mutuo en virtud de las cuales se ordenan actividades prácticas que el intento de trazar el mapa de la distribución efectiva de esas actividades.
3. Una «descripción espesa» hará falta en ciertos tipos de investigación (sobre todo, en los de índole más etnográfica) pero no en otros. Suele ser innecesaria donde las actividades estudiadas tienen características generalizadas con las que están familiarizados aque-

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 389-91.

llos a quienes se les ofrecen los «descubrimientos», y donde el interés principal de la investigación recae en un análisis institucional donde los actores se consideran en grandes agregados o como «ejemplares» bajo ciertos aspectos definidos como tales para los fines del estudio.

En segundo lugar, es importante en investigación social estar atento a las destrezas complejas que los actores despliegan para coordinar los contextos de su conducta cotidiana. En análisis institucional, estas destrezas pueden ser más o menos puestas entre paréntesis, pero es esencial recordar que esa puesta entre paréntesis es solamente metodológica. Los que creen que un análisis institucional abarca el campo de la sociología *in toto* confunden un procedimiento metodológico con una realidad ontológica. Es posible que el curso de una vida social resulte muy a menudo predecible, como se inclinan a destacarlos esos autores. Pero son actores sociales los que «hacen ocurrir» su predictibilidad en muchos de sus aspectos; ella no ocurre a despecho de las razones que ellos tengan para su conducta. Si el estudio de unas consecuencias no buscadas y de unas condiciones inadvertidas de la acción es una parte importante de la investigación social, debemos destacar empero que esas consecuencias y esas condiciones se deben interpretar siempre dentro del fluir de una conducta intencional. Debemos incluir aquí la relación entre aspectos registrados reflexivamente y aspectos no buscados de la reproducción de sistemas sociales, y el aspecto «longitudinal» de unas consecuencias no buscadas de actos contingentes bajo circunstancias históricamente significativas de algún tipo.

En tercer lugar, el analista social debe mostrarse sensible también a la constitución espacio-temporal de una vida social. En parte, esto es un alegato en favor de una coincidencia entre disciplinas. Los científicos sociales por lo común se limitan a dejar que los historiadores sean especialistas en tiempo, y los geógrafos, especialistas en espacio, en tanto ellos mantienen su propia identidad disciplinaria separada, que, si no consiste en un interés exclusivo por el constreñimiento estructural, se agota en un foco conceptual sobre la «sociedad». Historiadores y geógrafos, por su parte, han tenido la bondad de hacer un guiño de asentimiento a esta disección de la ciencia social en disciplinas. Los especialistas en una disciplina, al parecer, no se sienten tranquilos si no pueden declarar un neto deslinde conceptual entre sus afanes y los de otros. Así, «historia» se puede entender referida a secuencias de sucesos establecidos cronológicamente en el tiempo o quizás, aun más ambiguamente, referida «al pasado». Y la geografía, según gustan sostener muchos de sus representantes, encuentra su carácter definitorio en el estudio de formas espaciales. Pero si, como he señalado, unas rela-

ciones espacio-temporales no se pueden «expulsar» del análisis social sin menoscabo de todo el intento, esas divisiones entre disciplinas inhiben enérgicamente de abordar cuestiones de teoría social que son importantes para las ciencias sociales como un todo. Analizar la coordinación espacio-temporal de actividades sociales supone estudiar las características contextuales de sedes por las que unos actores se mueven en sus sendas diarias y la regionalización de sedes que se estiran por un espacio-tiempo. Como lo destacué muchas veces, este análisis es indispensable para explicar un distanciamiento espacio-temporal y, por lo tanto, para examinar la naturaleza heterogénea y compleja que adquieren totalidades societarias más grandes y sistemas intersocietarios en general.

Para abundar sobre las consecuencias empíricas de las observaciones anteriores, voy a considerar varios ejemplos de investigación distintos. Quiero conservar cierta continuidad con ejemplos que utilicé antes, y emplearé un material ilustrativo relacionado con la educación y con el Estado. Como el Estado moderno emprende dondequiera intentos de registrar una reproducción institucional por la vía de influir sobre la índole de sistemas educacionales, estas dos «áreas» de investigación están en realidad muy unidas. El primer ejemplo es un conocido estudio sobre conformidad y rebelión en una escuela de clase obrera en los Midlands de Inglaterra. Es de carácter sobre todo etnográfico, y en este sentido, lo mismo que por el país de origen, se contrapone al segundo, un estudio de la movilidad educativa en Italia, basado en cuestionarios. Los ejemplos tercero y cuarto se fundan en un material empírico referido directamente a las actividades e intereses de Estados modernos. Uno de ellos presenta no tanto un proyecto de investigación en particular como la obra de un autor que ha intentado combinar un material empírico con una explicación teórica del carácter contradictorio de los «Estados capitalistas». El otro versa sobre una investigación específica: un intento de analizar los orígenes de la contraposición entre la «City» y la «industria», que ha sido un rasgo notable de la sociedad británica desde hace dos siglos o más.

Emplearé cada pieza de investigación para ilustrar sobre ciertas cuestiones conceptuales en alguna medida distintas. En atención, inicialmente, a lo que bajo muchos aspectos considero un informe de investigación ejemplar, detallaré varios de los principales sesgos empíricos que se conectan con las grandes tesis de la teoría de la estructuración. Después me concentraré en tres problemas específicos. ¿Cómo debemos aprender un análisis empírico del constreñimiento estructural? ¿Cómo daríamos carnadura empírica a la noción de contradicción estructural? ¿Y qué tipo de investigación conviene al estudio de la *larga duración* de un cambio institucional?

Dos restricciones importantes es preciso establecer antes de pasar al contenido principal de la discusión. Para especificar algunas de las conexiones entre teoría de la estructuración e investigación empírica, no me interesaré en evaluar las virtudes y los defectos de diferentes tipos de métodos o técnicas de investigación. Esto significa que no buscaré analizar si una indagación etnográfica es o no es superior, por ejemplo, al uso de cuestionarios. Sin embargo, ofreceré algunos comentarios sobre la relación entre la investigación llamada «cualitativa» y la «cuantitativa». Además, trataré de proseguir el debate en una dirección cuyo estrecho vínculo con problemas de la investigación empírica no se suele ver: indicando que una investigación social se relaciona con una crítica social. En las secciones conclusivas de este capítulo procuraré mostrar la razón por la cual la teoría de la estructuración es intrínsecamente incompleta si no se eslabona con una concepción de la ciencia social como teoría crítica.

En la superficie de las cosas, pudiera parecer que estos últimos aspectos del debate se moverían en un plano por entero diferente del que corresponde a una investigación empírica. Pero en realidad están en conexión muy estrecha. Porque no basta considerar los aspectos bajo los cuales un estudio empírico puede ser esclarecido por vía de los conceptos elaborados en las partes precedentes de este libro. Toda investigación se lleva adelante en relación con objetivos de explicación declarados o implícitos y tiene consecuencias prácticas potenciales tanto para aquellos cuyas actividades son investigadas como para otros. No es simple elucidar el carácter de estos objetivos y consecuencias, lo que exige elaborar algunos de los problemas que se plantean cuando se abandona un modelo basado directamente en la seducción de la forma lógica de la ciencia natural. En el examen de estos problemas, procuraré limitar en todo lo posible cualquier incursión en la epistemología. Mi propósito es analizar lo que se sigue de la tesis básica que subtiende a toda investigación social: que el investigador comunica un saber nuevo del que antes no disponían (en el sentido que fuere) los miembros de una comunidad social o sociedad.

### *El análisis de una conducta estratégica*

Según la teoría de la estructuración, en una investigación sociológica son posibles dos tipos de puesta entre paréntesis metodológica. En un análisis institucional, propiedades estructurales se miran como caracteres de sistemas sociales que se reproducen inveteradamente. En el análisis de una conducta estratégica, el foco se pone sobre las moda-

lidades con que unos actores utilizan propiedades estructurales en la constitución de unas relaciones sociales. Como se trata de una diferencia de acento, no existe una línea divisoria que se pudiera trazar entre ellos, y para cada uno es esencial completarse en principio con una atención prestada a la dualidad de estructura. El análisis de una conducta estratégica supone otorgar primacía a una conciencia discursiva y práctica, y a estrategias de control en el interior de límites contextuales definidos. Por expediente metodológico se suponen «dadas» propiedades institucionalizadas de los escenarios de interacción. Desde luego, debemos tomar esto con precaución, porque mirar propiedades estructurales como metodológicamente «dadas» no equivale a sostener que no sean producidas y reproducidas por un obrar humano. Sólo implica concentrar el análisis en la contextualidad de actividades situadas de grupos definidos de actores. Propondré los siguientes puntos que juzgo importantes en el análisis de una conducta estratégica: la necesidad de evitar descripciones empobrecidas del entendimiento de los agentes; un refinado relato sobre motivación; y una interpretación de la dialéctica de un control.

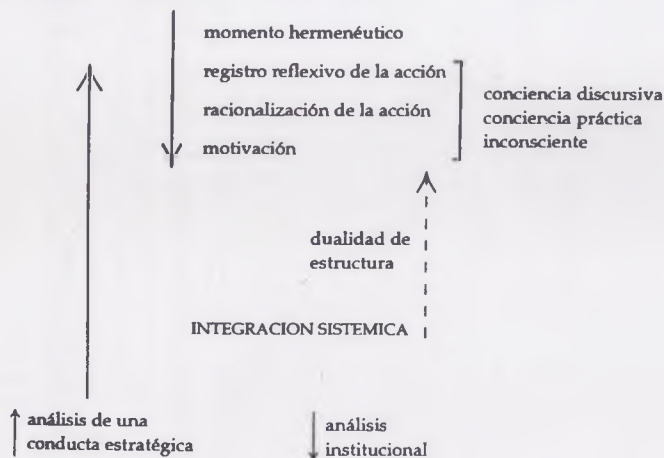


Figura 13

Consideremos la investigación que expone Paul Willis en su libro *Learning to Labour*.<sup>2</sup> Willis se interesó en el estudio de un grupo de niños de clase obrera de una escuela situada en un área pobre de Birmingham. Aunque el grupo estudiado fue muy pequeño, la investigación de Willis convence por su detalle y es sugerente porque extrae consecuencias que rebasan con mucho el contexto mismo en que se

realizó el estudio. Como trataré de mostrar, satisface abundantemente las principales consecuencias empíricas de la teoría de la estructuración. ¿Qué confiere esas cualidades a esta investigación? En parte muy considerable, al menos, la respuesta es que Willis aborda a los niños sobre los que trata como actores que saben mucho, de manera discursiva y tácita, del ambiente escolar en que se encuentran; y que muestra con precisión que las actitudes rebeldes adoptadas por los niños hacia el sistema de autoridad de la escuela tienen ciertas consecuencias precisas no buscadas que afectan su destino. Cuando se van de la escuela, los niños ocupan puestos de trabajo no calificados, mal remunerados, con lo que dan paso a la reproducción de ciertos rasgos generales del trabajo industrial capitalista. En otras palabras, se muestra que el contrerimiento opera con la participación activa de los agentes interesados, y no como una fuerza de la que ellos fueran receptores pasivos.

Consideremos primero la conciencia discursiva y práctica tal como se refleja en el estudio de Willis. Él explica que «los chicos» pueden decir mucho acerca de sus opiniones sobre las relaciones de autoridad en la escuela y sobre las razones de su reacción a ellas. Pero estas capacidades discursivas no se ciñen a la forma de enunciados proposicionales: «discurso» se debe interpretar con inclusión de modalidades expresivas que la investigación sociológica no suele hallar interesantes, como humor, sarcasmo e ironía. Cuando uno de «los chicos» dice de los maestros: «Son más grandes que nosotros, representan a un establecimiento más grande que nosotros. . .»,<sup>3</sup> expresa una creencia proposicional del tipo con el que están familiarizados los investigadores por las respuestas a preguntas en entrevistas. Pero Willis muestra que humor, burla, sarcasmo agresivo —elementos de los recursos característicos de «los chicos»—, son rasgos fundamentales de su «penetración» inteligente del sistema escolar. La cultura jocosa de «los chicos» muestra un entendimiento muy complejo de la base de la autoridad del maestro, y al mismo tiempo la cuestiona directamente por la vía de subvertir el lenguaje en que ella se expresa normalmente. Como señala Willis, ademanes de rechazo, «cuernitos» y gestos de hartazgo son de difícil registro en una cinta magnetofónica y, sobre todo, no es fácil representarlos en los informes impresos. Pero estas y otras formas discursivas que rara vez encuentran acogida en tales informes acaso revelen tanto como las respuestas o los comentarios más directos sobre las maneras de hacer frente a ambientes sociales opresivos:

«El espacio ganado a la escuela y a sus reglas por el grupo informal se usa para plasmar y desarrollar particulares destrezas culturales, dirigidas principalmente a “tener una gastada”. La “gastada” es un imple-

mento multifacético de importancia extraordinaria en la contra-cultura escolar (...) la capacidad de producirla es una de las características que definen ser uno de "los chicos". —"Nosotros los podemos gastar, ellos no pueden gastarnos a nosotros". Pero también se la usa en muchos otros contextos: para disipar el aburrimiento y el miedo, para vencer contratiempos y problemas, como talismán para librarse casi de cualquier cosa. En muchos aspectos, la "gastada" es el instrumento privilegiado de lo informal, como la orden lo es de lo formal (...) la "gastada" forma parte de una mala conducta de pillaje irreverente. Como un ejército de ocupación de la dimensión no vista, informal, "los chicos" hacen correrías por los alrededores en busca de episodios que diviertan, subviertan e irriten». <sup>4</sup>

En el nivel de una conciencia tanto discursiva como práctica pudiera parecer que los niños conformistas —los que más o menos aceptan la autoridad de los maestros y sus metas educacionales en vez de rebelarse contra ellas— serían los más entendidos en el sistema social de la escuela. Pero Willis argumenta de manera convincente en el sentido de que en los dos niveles de conciencia «los chicos» son más entendidos que los conformistas. Por lo mismo que cuestionan activamente las relaciones de autoridad de la escuela, son duchos en averiguar dónde residen las bases de los reclamos de autoridad de los maestros y dónde tienen sus puntos más débiles como guardianes de una disciplina y como personalidades individuales. Su oposición se expresa como una protesta continua ante lo que esperan y demandan los maestros, que por lo común se detiene un paso antes de la confrontación abierta. Así, se espera que en el aula los niños estén sentados tranquilos, callados, y que hagan su trabajo. Pero «los chicos» son todo movimiento, salvo cuando la mirada del maestro deja petrificado a uno de ellos por un momento; charlan a escondidas o hacen entre ellos comentarios en voz alta que lindan la insubordinación directa pero de los que se pueden excusar si los cuestionan; siempre hacen algo distinto del trabajo que se les pide pero enseguida salen con alguna justificación espuria cuando hace falta. Han inventado «experimentos con la confianza», al parecer sin haber leído a Garfinkel: «No le haremos caso cuando venga», «Nos reiremos de todo lo que él diga», «Finjamos no entender nada, y preguntémosle continuamente "¿Cómo dice?"». <sup>5</sup>

¿Cómo debemos apreciar el contenido motivacional de las actividades opositoras de «los chicos»? En cierta medida esto depende de un material que Willis no se propuso investigar directamente. Pero está claro que mirar a «los chicos» como agentes diestros y entendidos sugiere un relato de su motivación muy diferente del implícito en la

visión «oficial» que se ofrece de ellos como «payasos» y «alborotadores» incapaces de apreciar la importancia de las oportunidades educativas que la escuela brinda: la contrapartida del sociologema de «socialización imperfecta». Los motivos que inspiran sus actividades y que animan las razones que tienen para obrar de ese modo no se explican bien si se aduce una deficiente comprensión del sistema escolar o sus relaciones con otros aspectos de los medios sociales que son el telón de fondo de su vida. Al contrario, ellos actúan así porque saben mucho sobre la escuela y los demás contextos en los que se mueven. Ese saber puede tener por portadores, sobre todo, sus actividades prácticas o un discurso que esté muy contextualizado, aunque en el relato de Willis «los chicos» aparecen dotados de una elocuencia mucho mayor de la que otros probablemente les reconocerían. No obstante, son muy estrechos los límites que confinan lo que saben sobre las circunstancias en que viven. Comprenden bien, es cierto, que son escasas sus posibilidades de obtener empleos que no sean inferiores y desvalorizantes, y esa comprensión influye sobre sus actitudes rebeldes hacia la escuela. Pero lo que a lo sumo tienen es una noticia imprecisa sobre aspectos de la sociedad más amplia que influye sobre los contextos de su propia actividad. No obstante, cabe inferir un modelo de motivación general que los mueve —quizás inconscientemente— a tratar de establecer modalidades de conducta que inyecten un poco de sentido y de coloratura a una monotonía de perspectivas de vida que ellos, empero, aunque difusamente, perciben tales como son. No comprenderíamos satisfactoriamente la motivación de «los chicos» si no viéramos que ellos aprehenden, aunque sea de una manera parcial y limitada contextualmente, la naturaleza de la posición que ocupan en la sociedad.<sup>6</sup>

Willis expone con mucha acuidad la dialéctica del control dentro del escenario escolar. Tanto «los chicos» como sus maestros son especialistas en la teoría y la práctica de la autoridad, pero sus respectivas visiones sobre su necesidad y sus objetivos formales son profundamente opuestas. Los maestros comprenden que necesitan del apoyo de los niños conformistas para ahorrarse las sanciones que están a su alcance, y que un poder no se ejerce con eficacia si se está obligado a aplicar con frecuencia sanciones punitivas. El director electo demuestra ser un consumado teórico parsoniano del poder cuando comenta que el funcionamiento de una escuela se basa sobre todo en la existencia de cierto consenso moral, el que no se puede implantar por la fuerza en los niños. Sanciones punitivas se deben emplear sólo como último recurso porque son más un signo del fracaso de un control eficaz que la base de este: «No se puede descerrajar suspensiones continuamente. Es lo que hoy ocurre con los árbitros de fútbol, creo que fra-



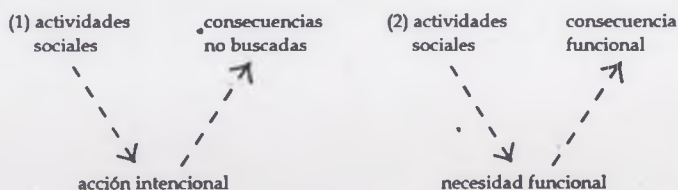
casan porque se ven reducidos enseguida al último expediente, por alguna razón (...) sacan al principio la tarjeta amarilla, y una vez que lo hicieron están obligados a expulsar al jugador de la cancha o a pasar por alto todo lo que después haga durante el juego». <sup>7</sup> Los maestros saben esto, y «los chicos» saben que ellos lo saben. Entonces «los chicos» pueden explotar esto en beneficio propio. En el acto de subvertir la mecánica del poder disciplinario en el aula, afirman su autonomía de acción. Además, el hecho de que la escuela sea un lugar donde ellos pasan sólo parte del día y parte del año es vital para la «contra-cultura» que han generado. Porque es fuera de la escuela, lejos de la mirada de los maestros, donde se pueden hacer libremente cosas que serían anatema en el escenario escolar.

### *Consecuencias no buscadas: contra el funcionalismo*

La investigación de Willis no sólo es un soberbio estudio etnográfico de un grupo informal existente en una escuela; es también un intento de explicar el modo en que las actividades de «los chicos», dentro de un contexto restringido, contribuyen a la reproducción de formas institucionales más amplias. El estudio de Willis es inusual, si se lo compara con buena parte de la investigación social, porque destaca que unas «fuerzas sociales» operan a través de unas razones de los agentes y porque su examen de una reproducción social prescinde por completo de conceptos funcionalistas. A continuación expongo, en términos concisos, su interpretación del *pecho* entre la «contra-cultura» escolar y pautas institucionales más amplias. Las modalidades de conducta opositora de «los chicos» mientras permanecen en la escuela los mueven a abandonarla para ir a trabajar. Anhelan la independencia financiera que el trabajo proporciona; pero al mismo tiempo no tienen particulares expectativas acerca de otros tipos de recompensa que el trabajo ofreciera. La cultura agresiva, jocosita, que desarrollaron dentro del *medio* escolar de hecho se parece mucho a la cultura de planta fabril de las situaciones laborales a las que se suelen trasladar. Por eso les resulta relativamente cómoda la adaptación al trabajo y pueden tolerar las exigencias de desempeñar una labor monótona, repetitiva, en circunstancias cuyo carácter desagradable ellos admiten. La consecuencia no buscada y paradójica de su «penetración parcial» de las limitadas oportunidades de vida que les esperan es la de perpetuar activamente las condiciones que contribuyen a restringir esas mismas oportunidades de vida. En efecto, han dejado la escuela sin calificaciones y han ingresado en un mundo de trabajo manual de escaso nivel, un trabajo que no ofrece perspectivas de hacer carrera y al que son

esencialmente desafectos; es así como se quedan allí varados por el resto de su vida laboral. «Es común que el chico de clase obrera se encuentre con que ya es demasiado tarde en el momento en que se revela la naturaleza traicionera de su anterior osadía. La celebración cultural ha durado, parecería, el tiempo exacto que hacía falta para hacerle trasponer los portones de la fábrica»<sup>8</sup> o, con más frecuencia en la actualidad, para destinarlo a una vida de desempleo o de semi-ocupación.

Ahora bien, todo esto se podría haber formulado en versión funcionalista, y «explicado» en términos funcionales. Así, se podría haber sostenido que el capitalismo industrial «necesita» que un gran número de personas se avenga a un trabajo manual poco remunerativo o pase a integrar un ejército industrial de reserva de desempleados. Su existencia «se explicaría» entonces como una respuesta a esas necesidades, que el capitalismo obtendría por algún camino, quizá como resultado de ciertas «fuerzas sociales» no especificadas que aquellas necesidades convocaran. Los dos tipos de relato se pueden contraponer, de este modo:



En (1), una concepción del tipo de la que elabora Willis, un conjunto dado de actividades sociales (la conducta opositora de «los chicos») se interpreta como una acción intencional. En otras palabras, se demuestra que esas actividades se realizan intencionalmente, por ciertas razones, en condiciones de un entendimiento limitado. La especificación de estos límites permite al analista mostrar que unas consecuencias no buscadas de las actividades en cuestión brotan de aquello que los agentes hicieron con intención. La interpretación parte de una atribución de racionalidad y de motivación a los agentes interesados. Los actores tienen razones para lo que hacen, y lo que hacen tiene ciertas consecuencias especificables que ellos no buscan. En (2) se pone escaso empeño en detallar la intencionalidad de la conducta de los agentes. Se considera probable que la conducta es intencional bajo alguna definición, que tiene —según la terminología de Merton— funciones manifiestas. Pero en las interpretaciones funcionalistas no se suele otorgar a esto un interés especial porque la atención se concentra en atribuir racionalidad a un sistema social, no a individuos. Se admite que deter-

minar una necesidad funcional del sistema tiene valor explicativo, porque aquella desencadena consecuencias que la satisfacen de algún modo. La interpretación funcional que Merton ofrece del ceremonial de lluvia de los hopi (véase la pág. 49) se pliega exactamente a este esquema. Escasa audiencia se concede a los aspectos intencionales de la participación hopi en el ceremonial: el «propósito» del ceremonial de lluvia es hacer que llueva, y no lo consigue. En la superficie de las cosas, la participación en el ceremonial es una actividad irracional. No obstante, podemos determinar una necesidad funcional a la que el ceremonial corresponde, y que genera una consecuencia positivamente funcional. Las pequeñas sociedades necesitan un sistema de valores unitario que las cohesione; la participación en el ceremonial de lluvia refuerza ese sistema de valores porque reúne periódicamente a la comunidad en circunstancias que permiten afirmar públicamente la adhesión a los valores del grupo.

Ya expuse antes por qué (2) es infecunda y por qué no constituye explicación alguna de cualesquiera actividades consideradas. Sin embargo, hace poco tiempo Cohen ha propuesto una ingeniosa manera que permitiría rescatarla.<sup>9</sup> Consiste en postular lo que él denomina «leyes de consecuencia». La interpretación (2) no constituye explicación porque no especifica un mecanismo que ligue la postulación de una necesidad funcional a las consecuencias que presuntamente se seguirían para el sistema social más amplio del que forman parte las actividades por explicar. Para establecer «leyes de consecuencia» definimos generalizaciones de este tipo: cada vez que un ítem social dado es funcional para otro, se comprueba que el primer ítem social existe. La subsunción de un caso particular de actividad social bajo una ley de consecuencia se puede considerar una explicación funcionalista «no elaborada». Pero explicaciones funcionalistas «no elaboradas» en modo alguno son explicaciones, y además tienen la peligrosa propiedad anexa de implicar la existencia de un grado de cohesión más elevado del que acaso impera en los sistemas sociales a que se refieren. Decir que (2) es «no elaborada» equivale a admitir ignorancia de las conexiones causales que ligan el ítem social o las actividades en cuestión a sus consecuencias funcionales. ¿Qué serían esas conexiones si se las descubriera? Serían precisamente de la clase consignada en (1), o sea: una especificación de una acción intencional (o de tipos de acción intencional) que tienen resultados (o tipos de resultados) no buscados. En otras palabras, (2) es viable sólo si se trasmuta en (1). Pero en (1) no es necesario usar para nada el término «función». El término «función» implica alguna clase de cualidad teleológica que se atribuye a los sistemas sociales: respecto de ítems o actividades sociales, se considera que existen porque satisfacen necesidades funcionales. Pero si el hecho

de que produzcan resultados funcionales no explica la razón de que existan —sólo consigue esto una interpretación referida a una actividad intencional y a consecuencias no buscadas—, aquellas actividades se pueden separar de estos resultados con más facilidad de la que sugerirían las «leyes de consecuencia». La conducta de «los chicos» lleva a consecuencias que son funcionales para la reproducción del trabajo asalariado capitalista gracias a la «penetración parcial» que ellos tienen de sus circunstancias de vida. Pero esta muy parcial «penetración» —como sostiene Willis— puede tener un potencial radicalizador para los individuos interesados, en cuyo caso podría llevar a consecuencias desarticuladoras y no ya cohesivas para el sistema social más amplio.

La obra de los autores funcionalistas ha sido muy importante en investigación social justamente porque ha llamado la atención sobre las disparidades entre lo que intentan hacer los actores y las consecuencias que se siguen de lo que hacen. Pero podemos definir las cuestiones abordadas, y tratar de resolverlas, con menor ambigüedad si prescindimos por completo de una terminología funcionalista. Existen tres tipos de circunstancia en los que se suele usar un lenguaje funcionalista. Todos son importantes en el análisis social pero se los puede expresar cómodamente en términos no funcionalistas.

Supongamos que volquemos los descubrimientos de Willis en una versión funcionalista, así: «La educación, en una sociedad capitalista, tiene la función de asignar individuos a posiciones en la división ocupacional del trabajo». En primer lugar, este enunciado es aceptable si se entiende que implícitamente es contrafáctico.<sup>10</sup> Muchos asertos funcionalistas, o pretendidas «explicaciones», se pueden interpretar de este modo. De hecho definen más bien una relación que pide ser explicada, sin ser explicativa ella misma. Podemos expresar aquel enunciado de una manera diferente sin recurrir a una «función», como sigue: «Para que la división ocupacional del trabajo se mantenga, el sistema educacional tiene que garantizar que los individuos sean asignados diferencialmente a posiciones ocupacionales». Aquí, la fuerza del «tener que» es contrafáctica; reclama definir condiciones que se deben satisfacer para que se sigan ciertas consecuencias. Cifre un problema de investigación, y es enteramente legítimo si se lo toma más como una pregunta que como una respuesta. Pero el uso del término «función» es engañoso porque sugiere que el «tener que» denota alguna clase de necesidad que sería una propiedad del sistema social, que por alguna razón generaría fuerzas que producirían una respuesta apropiada (funcional). Acaso diéramos en suponer que hemos resuelto un problema de investigación cuando todo lo que logramos fue de hecho

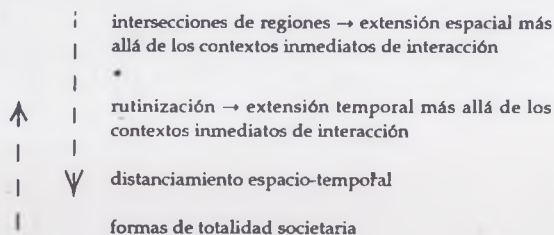
definir un problema que requería investigación. En segundo lugar, se puede interpretar que el enunciado denota un proceso de realimentación que depende por entero de consecuencias no buscadas. Como ya señalé, decir que «La educación (...) tiene la función de asignar individuos...» confunde las diferencias entre aspectos intencionales y no buscados de una reproducción social. Por lo tanto, en esos enunciados no está claro hasta dónde los procesos en cuestión son el resultado de «lazos causales», y hasta dónde forman parte de procesos de lo que antes he denominado auto-regulación reflexiva. Necesidades sociales existen como factores causales empeñados en una reproducción social sólo si las reconocen como tales los interesados en una cuestión y si son actuadas por ellos. El sistema educacional en que «los chicos» están incluidos se instituyó con la expectativa de promover una igualdad de oportunidades. Sus resultados sustantivos, con respecto a una inmovilidad perpetuada, contraría eso, pero no fueron planeados de ese modo por el Ministerio de Educación ni por algún otro organismo rector del Estado. Si lo hubieran sido —si la educación hubiera sido organizada deliberadamente por poderosos estadistas con miras a perpetuar el sistema de clases—, el proceso en cuestión habría sido sustancialmente diferente. Desde luego, es esta una cuestión compleja. Todos los sistemas educacionales modernos incluyen intentos de regulación reflexiva que suelen producir consecuencias que rebotan sobre aquellos que generan las políticas educacionales. Pero omitir el estudio de estas complejidades lleva a desatender las condiciones reales de una reproducción. El resultado puede consistir en alguna forma de objetivismo: todo lo que sucede es el resultado de fuerzas sociales tan inevitables como las leyes de la naturaleza. Pero en otro caso alguien se podría inclinar por aceptar algún tipo de teoría conspirativa. Todo lo que sucede ocurre porque alguien se lo propuso así. Si la primera concepción, característica del funcionalismo, lleva a no acordar suficiente importancia a una acción intencional, la segunda supone no ver que las consecuencias de unas actividades escapan inveteradamente a quienes las generan.

### *La dualidad de estructura*

Considero aclarado por mi anterior exposición en este libro que el concepto de la dualidad de estructura, fundamental para la teoría de la estructuración, interviene en las ramificadas acepciones que poseen los términos «condiciones» y «consecuencias». Toda interacción social se expresa en algún punto en las contextualidades de una presencia corporal y a través de ella. Cuando pasamos del análisis de una con-

ducta estratégica a un reconocimiento de la dualidad de estructura, tenemos que empezar a «tejer hacia afuera» en un tiempo y un espacio. Es decir, tenemos que tratar de ver el modo en que las prácticas que se ejercen en cierto espectro de contextos se insertan en tramos más amplios de tiempo y espacio; en suma, tenemos que intentar descubrir su relación con prácticas institucionalizadas. Para seguir con la ilustración que extrajimos de la obra de Willis: ¿hasta dónde «los chicos», cuando desarrollan una cultura opositora en el interior de la escuela, utilizan reglas y recursos entretreídos más allá de los contextos inmediatos de su acción?

Podemos especificar analíticamente lo que demanda dar el paso conceptual desde el análisis de una conducta estratégica hasta el examen de la dualidad de estructura como lo hacemos a continuación (un análisis institucional partiría del otro extremo, como lo indica la flecha que apunta hacia arriba):



Trasferir un análisis desde las actividades situadas de unos actores estratégicamente colocados supone estudiar, primero, las conexiones entre la regionalización de sus contextos de acción y unas formas más amplias de regionalización; segundo, la inserción de sus actividades en un tiempo —hasta dónde ellos reproducen prácticas, o aspectos de prácticas, de largo arraigo—; tercero, los modos de distanciamiento espacio-temporal que eslabonan las actividades y las relaciones en cuestión con características de sociedades globales o de sistemas intersocietarios.

El propio Willis ofrece una discusión muy perspicaz de algunos de estos fenómenos aunque su terminología sea diferente. La jerarquía formal de la escuela, desde luego, asimila modos de conducta y expectativas normativas que tienen amplia difusión por diferentes sectores de la sociedad, aunque influyan en ellos fuertemente las divisiones de clases. La escuela como sede está separada físicamente del lugar de trabajo y también en el tiempo se separa de la experiencia laboral en los recorridos de vida de los niños. Aunque escuela y lugar de trabajo comparten pautas generales de poder disciplinario, estos no son

meros aspectos de una forma institucional única. Como señala Willis, la disciplina de la escuela tiene un fuerte tono moralizante, que falta en el lugar de trabajo. La disciplina escolar expresa un «paradigma educacional abstracto, que mantiene y reproduce lo que él hace posible»<sup>11</sup> El carácter moral de este eje de autoridad, o las exigencias normativas en las que se concentra, influyen sobre la naturaleza de la subcultura rebelde. En su desdén manifiesto por las minucias de las rutinas escolares, «los chicos» hacen algo más que producir una conducta atípica para lo que de ellos se espera; muestran su rechazo a las prerrogativas morales en que pretende basarse la autoridad de los maestros. Pero los recursos de que el personal dispone para tratar de afirmar su autoridad incluyen al mismo tiempo algo más que esas pretensiones de legitimación. Los miembros del personal son «centros de recursos» para la distribución de conocimiento, visto como una mercancía escasa por los niños conformistas, si no por «los chicos», y ejercen el control más directo sobre la distribución de actividades en un tiempo y un espacio, que constituye la organización de las aulas y del horario de la escuela como un todo. Desde luego, en todo esto el personal de maestros utiliza por vía indirecta fuentes establecidas de apoyo institucional en la sociedad más amplia.<sup>12</sup>

Por su parte, las actitudes y la conducta de «los chicos» no han sido inventadas enteramente *de novo* por ellos mismos; se inspiran en un fondo de experiencia que es parte de su vida fuera de la escuela y que históricamente se ha formado en el interior de las comunidades de la clase obrera en general. Niños que rechacen las normas y la conducta esperada del medio escolar tienen a su disposición ese fondo de experiencia. Así que trasformen elementos de este y los apliquen al medio escolar, contribuirán a reproducir esas mismas características del contexto más amplio, aunque sea cierto que lo usen innovadoramente, no de una manera mecánica. El vecindario y la calle ofrecen además formas simbólicas de cultura juvenil que son, por un camino más directo, fuentes de temas expresados en la contra-cultura escolar. Willis menciona también la influencia de historias relatadas por adultos acerca de la vida en la fábrica, en especial las referidas a actitudes hacia la autoridad. Los padres contribuyen a transmitir a sus hijos una cultura de clase obrera, aunque es cierto que no todos se conducen de manera idéntica ni comparten las mismas opiniones. Además, existe un grado considerable de independencia en la modelación de opiniones entre padres e hijos. Algunos padres expresan actitudes muy similares a las de «los chicos» mientras que otros desaprueban su conducta con fuerza y energía. Y aun otros, que desconfían de los valores de la escuela o son hostiles a ellos, tienen hijos que obedecen puntualmente los patrones esperados de conducta escolar. El intercambio entre las

actividades de «los chicos» y los influjos de la sociedad más amplia, en otras palabras, es «elaborado» por todos los interesados.

Como fenómeno social registrado reflexivamente, el sistema escolar nacional recurre a la investigación sociológica y a la psicología. Ambas han impregnado la organización práctica de esta escuela en particular (sin duda que hoy mismo los maestros ya estarán bien familiarizados con el estudio del propio Willis). Se ha avanzado hacia una concepción en cierto modo más «progresista» con respecto a la organización del *curriculum* y de los métodos de enseñanza en el aula. Uno de los principales contextos donde «los chicos» entran en contacto directo con una investigación académica tomada de la sociedad más amplia es el referido a la orientación vocacional, que todas las escuelas deben ofrecer por exigencia estatutaria. La orientación para la elección de una carrera está influida sobre todo por la teoría psicológica y la aplicación de tests psicológicos, y se la toma en serio en la escuela. Como muestra Willis, a pesar de cierta aura igualitaria, la orientación vocacional está muy influida por valores y aspiraciones de clase media. Centrados en el «trabajo», los puntos de vista sustentados propenden a un contraste más bien enérgico con las actitudes e ideas sobre el trabajo que «los chicos» —según su propia y particular apropiación— han recogido de sus padres y de otras personas del vecindario y la comunidad. Ellos se burlan del material que se ofrece en las lecciones sobre las carreras, o se muestran indiferentes a él. Pero esta respuesta no es meramente negativa. Ellos se consideran en posesión de un entendimiento del verdadero carácter del trabajo, del que carecen los niños conformistas; y quizá sea así. Los conformistas tienen que hacer cosas «por un camino difícil», por ejemplo adquirir calificaciones, porque les falta ingenio para un mejor obrar. La supervivencia en el mundo del trabajo exige tener entrañas, determinación y ojo para la gran oportunidad.

No es difícil ver que estos puntos de vista, recogidos en ambientes estables de clase obrera y elaborados a partir de ahí, contribuyen a sumergir a «los chicos» en esos mismos ambientes tan pronto como abandonan la escuela. Las fuentes de discontinuidad con las normas «oficiales» de la escuela se sitúan en parte en una inoficiosa continuidad con los contextos del trabajo. Es la contra-cultura escolar la que proporciona la orientación rectora que «los chicos» llevan al ámbito del trabajo. Según suelen opinar tanto los muchachos como sus padres, existe una conexión directa entre relaciones de autoridad en la escuela y en el trabajo, y así se establecen entre unas y otras lazos cognitivos y emotivos muy diferentes de lo sacionado «oficialmente» en cada una. Podemos ver en esto una base de experiencia de largo aboengo en el tiempo y muy difundida en el espacio, que bajo diversos aspectos es



renovada por cada generación para la cual existan conexiones entre los mundos dispares y físicamente separados de la escuela y el trabajo. Las opiniones de «los chicos» sobre la escuela los orientan hacia el futuro, pero ellos ven un futuro «chato» —más de lo mismo— que no presenta ninguna de las cualidades progresivas asociadas a la noción de carrera, esencialmente de clase media. No se interesan por elegir oficios en particular, y se dejan ir hacia su quehacer en lugar de considerar con deliberación un espectro de alternativas para optar luego por un puesto. «Los chicos» —como explica Willis— se destinan ellos mismos a una vida de trabajo genérico. No es que tengan en su mente esa noción de «trabajo genérico». Motivados por un deseo de obtener enseguida los mejores salarios, y bajo el supuesto de que el trabajo es esencialmente desagradable, su conducta misma les marca esa destinación.

Si lo miramos dentro de un amplio marco espacio-temporal, por lo tanto, estamos ante un proceso de la regeneración de una cultura de clase obrera que contribuye a engendrar las actividades situadas de grupos como «los chicos» y que es actualizada por estas. Willis comenta:

«Los procesos informales y formales de la escuela son evidentemente vitales para la preparación de una fuerza de trabajo de cierto tipo, pero el hogar, la familia, el vecindario, los medios de comunicación social y la experiencia obrera no productiva en general son no menos vitales para su reproducción continua y su diaria aplicación al proceso del trabajo. De manera recíproca es importante apreciar la medida en que la fábrica, tanto por sus dimensiones objetivas como por la cultura opositora que engendra, reacciona de rechazo sobre los focos no productivos de la reproducción de una fuerza de trabajo y les imprime determinado sesgo tal que, como vimos en el caso de la contra-cultura escolar, pueda existir un círculo invisible y a menudo no buscado de sentido y de orientación que en definitiva obre para preservar y mantener una configuración particular, quizá también en este caso situada sobre una tangente con respecto a las intenciones de una política oficial».<sup>13</sup>

Cuando se plantea la cuestión de la fuerza de trabajo, surge una conexión con las relaciones de transformación/mediación que examiné a modo de ilustración en el capítulo 4. No volveré a tratar la cuestión pero simplemente indicaré la manera en que las relaciones estructurales intervinientes pueden ser elaboradas analíticamente en los términos de las actividades situadas de la contra-cultura escolar. Otros conjuntos estructurales, además de los examinados antes, envueltos en la re-

producción del capitalismo industrial como totalidad societaria global, se pueden representar como sigue:<sup>14</sup>

propiedad privada : dinero : capital : contrato de trabajo : autoridad industrial

propiedad privada : dinero : ventaja educacional : posición ocupacional

Las transformaciones situadas del lado izquierdo del primer conjunto son las mismas que ya analizamos. No obstante, la convertibilidad de las propiedades estructurales hacia el lado derecho se basa en los aspectos bajo los cuales el contrato de trabajo «se traduce» en autoridad industrial. Como lo mostró Marx con gran detalle, la forma del contrato de trabajo capitalista difiere completamente de los lazos de vasallaje que existían entre señor y siervo en el orden feudal. El contrato de trabajo capitalista es una relación económica entre empleador y empleado, el encuentro de dos agentes «formalmente libres» sobre el mercado de trabajo. Un aspecto determinante de la nueva forma de contrato de trabajo es que el empleador no alquila «al obrero» sino a la fuerza de trabajo del obrero. La equivalencia de la fuerza de trabajo es esencial —tal como la provee el dinero como elemento de intercambio unitario— para las transformaciones estructurales que supone la existencia de un capitalismo industrial como tipo genérico de sistema de producción. Un trabajo abstracto se puede cuantificar en unidades equivalentes de tiempo, con lo cual las tareas cualitativamente diferentes que los individuos realizan en las diversas ramas de la industria se vuelven intercambiables para el empleador. El contrato de trabajo se transforma en autoridad industrial por el poder económico que los empleadores, como clase, pueden ejercer sobre los obreros una vez que la gran mayoría de estos ha sido despojada de toda propiedad.

Según Marx, para que existan estas relaciones, «el propietario de dinero tiene que encontrar en el mercado al trabajador libre, libre en el doble sentido de que en su condición de hombre libre disponga de su fuerza de trabajo como de una mercancía propia y, por otro lado, que, no teniendo otra mercancía para vender, carezca de todo lo indispensable para la realización de su fuerza de trabajo».<sup>15</sup> Ahora bien, se podría interpretar el «tener que» como una «explicación» funcional de los fenómenos en cuestión, o inferirla de él, si se entendiera que el enunciado declara la razón por la cual esos fenómenos se producen. Sin duda existen fuertes resonancias funcionalistas en la formulación que Marx ofrece para algunos de los argumentos decisivos en su relato del desarrollo capitalista. Pero acordemos interpretar el «tener que» en el sentido que calificué como inobjetable, el de plantear una pregunta

que espera respuesta. Tales preguntas admiten ser respondidas por referencia no sólo a los tempranos orígenes del capitalismo, sino también a su reproducción continuada como un orden institucional global; no existen fuerzas mecánicas que garanticen esa reproducción de día en día o de generación en generación.

Lo que la investigación de Willis contribuye a mostrar, en los contextos situados de acción de «los chicos», es el modo en que las relaciones estructurales antes definidas se sustentan en esa acción y son reproducidas por ella. A causa de su muy «parcial penetración» del sistema escolar, de su indiferencia hacia la calidad del trabajo, pero de su predisposición a ingresar en el mundo laboral, «los chicos» se constituyen ellos mismos como una «fuerza de trabajo abstracta». El supuesto de que todo trabajo es igual confirma las condiciones de la intercambiabilidad de la fuerza de trabajo, que el contrato de trabajo capitalista implica estructuralmente. Hay lugar a conmisericordia aquí, porque, si el relato de Willis es válido, la cultura opositora de «los chicos» tiene la consecuencia de constatarlos más que a los conformistas, bajo algunos aspectos, con las instituciones de ese mismo orden al que se oponen. Pero en la complejidad misma de esta relación podemos ver la importancia de no reducirnos a «inferir» acción de estructura, o a la inversa; en otras palabras, de no admitir el dualismo de objetivismo y subjetivismo. Las actividades situadas de «los chicos», complicadas como están en orden a la mezcla de consecuencias buscadas y no buscadas, son sólo un minúsculo rincón de un proceso global de reproducción institucional cuya complejidad es enorme. Esta misma conclusión se alcanzará si se considera el lado derecho del otro conjunto estructural, los caracteres institucionales que convergen a la convertibilidad entre ventaja educacional y posiciones ocupacionales diferenciadas. Existen caminos bastante directos para convertir posesión de dinero en ventaja educacional, y esto a su vez se puede traducir en una posición ocupacional privilegiada. Es cierto que se puede comprar una educación privada que proporcione mayores posibilidades de obtener recompensas ocupacionales que las disponibles para los que cursan por el sector educativo estatal. Pero la traducción de lo uno en lo otro en principio incluye circuitos de reproducción mucho más complejos.

La definición de conjuntos estructurales es un auxiliar muy fecundo para conceptualizar algunos de los caracteres principales de un orden institucional dado. No obstante, como antes apunté, estructuras denotan un orden virtual de relaciones, fuera de todo tiempo y espacio. Estructuras existen sólo en su actualización en las actividades entendidas de sujetos humanos situados, quienes las reproducen como propiedades estructurales de sistemas sociales insertos en segmentos

de espacio-tiempo. Un examen de la dualidad de estructura, en consecuencia, supone siempre estudiar lo que antes denominé dimensiones o ejes de estructuración.

### *El problema del constreñimiento estructural*

Ahora quiero pasar al problema del constreñimiento estructural. Me despidió aquí de los muchachos de la escuela de Hammertown. No quiero dar a entender con esto que una investigación etnográfica como la llevada a cabo por Willis no se prestaría a una consideración de aquel problema. Por el contrario, buena parte de lo que Willis sostiene se puede entender precisamente como una indagación sutil, con refinamiento en la teoría y no menor riqueza en lo empírico, sobre la naturaleza de un constreñimiento estructural. Pero tampoco deseo sostener que los estudios etnográficos tengan una suerte de primacía sobre otros tipos de investigación social, y con propósitos de análisis institucional nos interesamos en efecto a menudo (aunque no de manera inevitable) en agregados más vastos que los atendidos cómodamente en términos etnográficos. Cambiaré entonces de país, y de tipo de investigación, y tomaré como base de discusión un estudio sobre oportunidades educativas realizado en Piemonte, en el noroeste de Italia.<sup>16</sup> La investigación informa sobre los resultados de una encuesta realizada por medio de cuestionarios y de entrevistas entre alumnos de escuela secundaria, que abarcó a unos tres mil individuos. Los entrevistados en la mayor de las dos investigaciones fueron todos jóvenes que habían empezado a buscar trabajo no más allá de un año antes del contacto que se tuvo con ellos.

En consecuencia, la investigación versó sobre temas muy similares a los del estudio de Willis, en particular sobre actitudes hacia la escuela y el trabajo. Además ejemplifica aspectos del registro reflexivo de una reproducción sistémica por parte del Estado, que son tan característicos de las sociedades contemporáneas. Los individuos entrevistados aparecían en listas compiladas por imperio de una resolución del Parlamento que llevaba el propósito de ayudar a encontrar empleo a quienes dejaban la escuela. La resolución parlamentaria estatúa beneficios para empleadores que contrataran a jóvenes y contemplaba diversas formas de entrenamiento para los oficios, etc. El mismo proyecto de investigación era parte del intento de las autoridades de influir de manera reflexiva sobre condiciones de una reproducción social. Lo auspiciaba el gobierno local, en parte como respuesta a un resultado más bien sorprendente de unas medidas anteriores que atendían a quienes dejaban la escuela. El gobierno había ofrecido seis-

cientos puestos bien remunerados a graduados desocupados de escuelas secundarias y de licenciaturas universitarias, pero una tercera parte de aquellos a quienes se ofrecieron esos trabajos los habían rechazado. Semejante reacción dejó perplejos a los autores de la medida, quienes sin duda creyeron que los desempleados aceptarían un empleo razonablemente bien remunerado que se les ofreciera. Para investigar la cuestión, financiaron el estudio.

El autor del informe de investigación, Gambetta, analiza su material de modo de plegarlo con mucha firmeza sobre cuestiones de estreñimiento estructural. Se pregunta si, cuando los individuos escogen entre diversas opciones educacionales, ellos son «empujados» o «saltan». ¿En qué sentido existen, si es que esto es cierto, fuerzas afines a las retratadas por «sociólogos estructurales», que impelen a individuos por unos específicos cursos de acción? Gambetta en primer término presenta los resultados de la investigación de un modo semejante a miradas de otros estudios donde se ha adoptado este tipo de punto de vista. Así, por ejemplo, se puede demostrar que el origen de clase influye sobre la índole de la elección educacional. Un niño «de clase alta» tiene cuatro veces más probabilidades de llegar a una educación superior que un niño «de clase obrera». ¿Qué nos dicen estas diferencias? Tal como están, no indican los mecanismos por los cuales se producen las correlaciones observadas; y cualesquiera que sean los influjos responsables, lejos están ellos de tener efectos inequívocos, porque muchos niños de clase alta no llegan a una educación superior, mientras que sí la alcanza cierta proporción de niños de clase obrera. No obstante, lo que en efecto indican estas observaciones es que existen más elecciones educacionales prácticas que factores que se pudieran representar de hecho como un agregado de decisiones tomadas por separado. En una reseña sobre resultados similares para una serie de estudios llevados a cabo sobre todo en América del Norte, Leibowitz demuestra que la varianza «explicada» para años de escolarización completados en función de origen socioeconómico varía entre diez y cuarenta y siete por ciento.<sup>17</sup>

Como es evidente, esas conexiones alcanzan apenas una expresión difusa si se las presenta bajo la forma de correlaciones tan aproximativas. En consecuencia, Gambetta se pone a buscar con más cuidado fuentes de varianza entre clases, para lo cual somete a control estadístico un número de factores que podrían influir. En la cuantificación de diferencias económicas, como las indica el ingreso familiar de cada niño, y de «recursos culturales», medidos por la educación de los padres, los resultados muestran que la ocupación del padre —probablemente el índice empírico más común de origen de clase empleado en la investigación— conserva un efecto considerable sobre el destino

educacional. Los resultados indican también la ocurrencia de un proceso secuencial de efectos. Los niños de clase obrera son más proclives que otros a ser eliminados en un estadio relativamente temprano porque abandonan la escuela a la primera oportunidad que se les ofrece. Pero los que permanecen son más proclives a ir a la universidad que los niños de clase alta que permanecen; en otras palabras, estos últimos son más proclives a abandonar una vez que alcanzaron las fases más avanzadas del proceso educacional. Esto indica que las familias de clase alta quizá se inclinen de una manera más o menos automática a mantener a sus hijos en el sistema educativo más allá de la edad común para abandonar la escuela. O sea que existen influjos que «empujan» hacia arriba, no sólo hacia abajo, a los niños de clase obrera. Los padres de clase obrera no suelen mantener a sus hijos en el sistema educacional si no tienen una razón especial para hacerlo: un hijo excepcionalmente dotado, uno particularmente motivado para seguir estudiando, etcétera.

¿Eran los niños de clase obrera empujados, o saltaban ellos? ¿Eran «sacados de escena» por tener lo que Willis denomina una «penetración parcial» de las posibilidades de vida que los aguardaban? Un análisis estadístico más detallado de su material permite a Gambetta demostrar que, en vísperas de la decisión inicial de permanecer en la escuela o dejarla, los niños de clase obrera son mucho más sensibles a la falta de éxito educacional que los niños de clase alta. Esto indica que las familias y los niños de clase obrera tienen una comprensión realista de las dificultades que enfrentan para «ser con» en el sistema escolar. Podemos al menos conjeturar una interpretación de las razones por las cuales los niños de clase obrera que han permanecido en la escuela suelen ser menos proclives que los otros a abandonarla. Para estos niños, y para sus padres, permanecer exige un mayor compromiso (con valores que son culturalmente «ajenos») que en el caso de los de clases altas. También los costos materiales son más grandes; en efecto, para los padres el costo marginal de mantener un hijo en la escuela es más sustancial que para las familias de clase alta. Una vez aceptado el compromiso, la «inversión» cultural y material por proteger es mayor que en el caso de los niños de clase alta.

Cabe suponer que influyen sobre esas decisiones un conocimiento de los mercados laborales así como actitudes hacia el trabajo en general. En este punto Gambetta examina una concepción de la conducta en los mercados laborales que ha atraído considerable atención en Italia: la «teoría del estacionamiento». Según este punto de vista, la longitud educacional resulta inversamente proporcional a las oportunidades de movilidad social a edades tempranas de abandono de la escuela. El relato motivacional implícito en esta teoría del estaciona-

miento consiste en que, *ceteris paribus*, se prefiere el trabajo a la escuela. Los que propusieron la teoría<sup>18</sup> ofrecieron un relato de los motivos y las razones de los actores que en buena medida es implícito y al mismo tiempo es «tenue». No obstante, la teoría del estacionamiento es interesante porque da lugar a ciertas posibilidades contrarias a la intuición; por ejemplo, indica que la longitud educacional, en determinadas circunstancias, puede estar en relación inversa con el nivel de desarrollo económico de un vecindario o de una región. Así, Barbagli descubrió que, para Italia en su conjunto, el ingreso promedio per cápita se correlaciona positivamente con la tasa de asistencia a la escuela en el grupo de edad de once a quince años. Por otro lado, la tasa de permanencia, pasada la edad a la que es legalmente posible abandonar la escuela, se correlaciona negativamente con el ingreso per cápita y otras mediciones del desarrollo económico provincial. Gambetta infiere que, por las mayores dificultades para encontrar empleo, los que viven en provincias pobres propenden a permanecer en la escuela.<sup>19</sup>

Pero como la teoría del estacionamiento es «tenue» en términos motivacionales, no nos da lugar a considerar diversas interpretaciones posibles de esos resultados. Por ejemplo, ¿sería idéntica esta pauta de permanencia en la escuela si la asistencia más prolongada a ella no prometiera beneficios económicos? En este punto, la teoría del estacionamiento sugeriría conclusiones distintas de las teorías del «capital humano», que analizan las decisiones educacionales en términos de costo-beneficio. Para evaluar estas posibilidades dispares, Gambetta correlacionó la decisión de permanecer en el sistema educativo en el nivel universitario con diferencias económicas en la región del Piemonte. Los resultados muestran que no se trata sólo de una elección negativa, como supone la teoría del estacionamiento: la permanencia es en parte una decisión positiva «empujada» por los atractivos de las oportunidades que una mejor educación ofrece. Pero, por su parte, las teorías del «capital humano» presentan una simplificación excesiva en términos de sus presuposiciones motivacionales, tal como lo muestra la investigación. Además, esas teorías son incapaces de aprehender consecuencias no buscadas de una pluralidad de cursos de acción considerados separadamente. Puede tratarse de consecuencias perversas que resulten sin quererlo de decisiones de permanecer a fin de lograr recompensas ocupacionales máximas. Cada individuo acaso actúe con la expectativa de beneficios más altos, pero si un número excesivo actúa de este modo, los beneficios esperados se evaporan.<sup>20</sup>

La pregunta que Gambetta hizo originalmente —¿eran empujados o saltaban ellos?— lo movió a rebasar los límites usuales de una sociología estructural. Así él se habilita para analizar su material empírico de suerte de pasar de una perspectiva institucional al estudio de una

conducta intencional. Sus sujetos de investigación son más que meros «números sociológicos». Pero en lugar de discutir directamente el análisis que hace Gambetta de sus resultados, seguiré líneas de pensamiento elaboradas en un capítulo anterior. Permítaseme repetir lo que antes dije sobre las restricciones impuestas a la acción. En primer lugar, los constreñimientos no «empujan» a nadie a hacer cosa alguna si no ha sido ya «arrastrado». En otras palabras, un relato de conducta intencional es indispensable aunque los constreñimientos que limitan cursos de acción sean muy severos. En segundo lugar, los constreñimientos son de diversos tipos. Es importante en este caso distinguir entre un constreñimiento que derive de sanciones diferenciales y un constreñimiento estructural. En tercer lugar, estudiar, en algún particular contexto de acción, el influjo de un constreñimiento estructural, implica especificar aspectos significativos de los límites del entendimiento de los agentes.

Consideremos estas cuestiones en orden inverso. Por lo que se refiere al tercer punto, es evidente que buena parte de lo que Gambetta sostiene en realidad se refiere a la determinación de los límites del entendimiento de los agentes. Por ejemplo, dedica una atención bastante considerable a especificar lo que padres e hijos parecen saber acerca de los mercados de trabajo en su área local. Esto es manifiestamente importante. Lo mismo vale para el entendimiento sobre el *medio* escolar. Un estudio de tipo estadístico es incapaz de producir un material con la riqueza de detalle que ofrece el trabajo de Willis. Pero se pueden hacer inferencias —y respaldarlas en el material de investigación, como lo demuestra Gambetta— sobre los tipos de entendimiento que padres e hijos parecen tener acerca del «valor monetario» de la educación.

Con respecto al segundo punto, conviene apuntar que existen varias clases de sanción que afectan la posición de los niños; se las puede distinguir con mucha comodidad de las fuentes de un constreñimiento estructural. La asistencia a la escuela y la edad mínima para abandonarla están fijadas por ley. Padres y niños infringen a veces esta obligación legal, sobre todo en las regiones meridionales de Italia, pero en general ella establece el marco dentro del cual se toman las decisiones del tipo de las que Gambetta analiza. Los niños están además sujetos a sanciones informales de parte de los padres y de otros personajes escolares. Como los padres deben mantener a aquellos de sus hijos que permanecen en la escuela, disponen de una fuerte sanción económica para influir sobre la perseverancia o no de sus hijos en el sistema educacional; desde luego que puede intervenir también un espectro de otros mecanismos sancionadores más sutiles. Estudios como el de Willis demuestran suficientemente que una diversidad de esos mecanismos existe también en el ambiente escolar.



Consideraré por último la primera cuestión. Determinar un constreñimiento estructural en un contexto o en un tipo de contexto específico de acción impone considerar las razones de los actores con respecto a la motivación que se sitúa en el origen de sus preferencias. Si unos constreñimientos estrechan el espectro de alternativas (hacederas) hasta el punto de que un actor tenga ante sí sólo una opción o un tipo de opción, cabe presuponer que el actor no encontrará conveniente hacer otra cosa que acatar. Aquí interviene la preferencia negativa de querer evitar las consecuencias de un no acatamiento. Si el agente «no pudo actuar de otro modo» en esta situación, fue sólo porque existía una sola opción, dadas las necesidades del agente. *Es preciso* no confundir esto, según lo he expuesto consistentemente, con el «no pudo haber hecho otra cosa» que señala el límite conceptual de una acción; exactamente en esta confusión suelen incurrir los sociólogos estructurales. Donde existe una sola opción (hacedera), la noticia de esta limitación, en conjunción con las necesidades, proporciona la razón para la conducta del agente. Porque el constreñimiento —entendido como tal por el actor— es la razón de esa conducta, se hace expedita la elipsis de la sociología estructural.<sup>21</sup> Desde luego que unos constreñimientos cuentan también en el razonamiento de actores cuando entra en consideración un espectro más amplio de opciones. Otra vez debemos poder cuidado aquí. Puede ocurrir, bajo un conjunto particular de circunstancias, que modelos formales de preferencia o de toma de decisiones ofrezcan una vía analíticamente potente para interpretar conexiones entre propiedades estructurales, pero ellos no sustituyen las investigaciones más detalladas del raciocinio de los agentes, como las proporciona una investigación etnográfica. Consideremos una vez más la conducta de «los chicos». Un modelo «económico» sin duda explicaría hasta cierto punto su raciocinio. En vista de que la educación formal tiene poco que ofrecerles en materia de perspectivas laborales, ellos en efecto deciden disminuir su pérdida yéndose a trabajar lo más pronto que puedan. No obstante, esa representación de su conducta no comunica nada de las sutilezas o de la complejidad que el estudio de Willis pone de manifiesto.

El estudio de Gambetta trata del influjo de un constreñimiento estructural en el interior de la situación inmediata de acción a que se enfrentan los que dejan la escuela. Sin duda se justifica circunscribir de ese modo el foco, en vista de que toda pieza de investigación no puede menos que ser circunscrita. Pero es evidente que potencialmente el influjo de constreñimientos estructurales sobre el curso de acción de que se trata se podría examinar a profundidad mucho mayor. Así, se podría investigar si los motivos y procesos de raciocinio de los actores se han visto influidos por su crianza y sus experiencias anteriores, y si

a su vez esos factores recibieron el influjo de rasgos institucionales generales de la sociedad global. No obstante, tales «fuerzas sociales» en principio se pueden estudiar también exactamente como lo fueron los fenómenos considerados de manera directa en la investigación de Gambetta. En otras palabras, los constreñimientos estructurales en todos los casos operan a través de los motivos y las razones de los agentes, e instalan (a menudo bajo aspectos difusos e indirectos) condiciones y consecuencias que afectan a opciones abiertas a otros y a lo que pretendan de las eventuales opciones de que dispongan.

### *La contradicción y el estudio empírico de un conflicto*

Perseguir los temas conectados de la educación y del Estado nos proporciona un hilo continuo de material para pasar a considerar un nuevo espectro de cuestiones que importan a un trabajo empírico. En un capítulo anterior indiqué que el concepto de contradicción admitía una conexión fecunda con nociones de propiedades estructurales y constreñimiento estructural. Mi exposición en ese capítulo fue relativamente sucinta y también abstracta en alto grado. Sostuve que la noción de contradicción puede recibir una acepción clara en teoría social, y que conviene distinguirla del conflicto, donde este último término denota alguna forma de antagonismo activo entre actores y colectividades. Ahora quiero tratar de defender esta tesis en un contexto empírico, para lo cual sólo me interesaré en lo que antes denominé «contradicción estructural». Los más importantes e interesantes intentos recientes por dar al concepto de contradicción un contenido empírico preciso se encontrarán en la obra de autores influidos por la teoría de juegos, que adoptan un punto de vista explícitamente ligado al individualismo metodológico.<sup>22</sup> Uno de estos autores, Boudon, ha escrito por extenso sobre educación y política estatal. La obra de otro, Elster, es una de las principales fuentes en que se inspiró Gambetta en el estudio que acabamos de analizar.

Boudon y Elster asocian contradicción con las consecuencias no buscadas de una acción, una subclase de los «efectos perversos» que pueden ser consecuencia de los actos intencionales de una pluralidad de individuos. Elster distingue dos variedades de contradicción así entendida: la que implica «finalidad contraria» y la que implica «suboptimidad».<sup>23</sup> La primera de estas se relaciona con lo que Elster denomina la falacia de composición: la opinión errónea de que lo posible para una persona en un conjunto dado de circunstancias es necesariamente posible al mismo tiempo para todas las demás personas en esas circunstancias. Por ejemplo, del hecho de que alguien pueda depositar

todo su dinero en un banco y ganar de ese modo intereses no se sigue que todos puedan obrar así.

La tesis de Elster es que muchos ejemplos de la falacia de composición se pueden redefinir diciendo que incluyen relaciones sociales contradictorias. Consecuencias contradictorias se siguen siempre que todo individuo de un agregado de individuos obre algo tal que, si produce el efecto buscado hecho aisladamente, genere un efecto perverso hecho por todos. Si todo el auditorio de un salón de conferencias se pone de pie para ver mejor al conferencista, nadie lo conseguirá. Si cada granjero de un área dada intenta adquirir más tierra abatiendo árboles, con la consecuencia de que el suelo se erosione a causa de la deforestación, todos terminarán con menos tierra de la que tenían al comienzo. Estos son resultados que no sólo nadie busca sino que además contrarían lo que todos desean en esa situación; sin embargo, derivan de una conducta que buscaba satisfacer anhelos, y que lo conseguiría para el caso de individuos si no fuera porque la conducta en cuestión se ha generalizado. Considérese la discusión de Marx sobre la tendencia descendente de la tasa de ganancia en economías capitalistas.<sup>24</sup> En circunstancias en que la economía crece con tal ritmo que absorbe fuentes disponibles de mano de obra, los salarios tienden a aumentar a medida que los empleadores sufren escasez de la fuerza de trabajo que necesitan. Para compensarlo, los empleadores introducen innovaciones técnicas que ahorran costos laborales. Aunque esta respuesta acaso procure mayores ganancias a industriales individuales, el monto total de plusvalor, y por lo tanto de ganancia, declina para el conjunto de la economía, porque se ha elevado la proporción del capital constante sobre el capital variable. Y una vez que todos, en cierto sector de la economía, hayan introducido la misma innovación tecnológica, pueden encontrarse todos en peor situación que antes.

El segundo tipo de relación contradictoria, la suboptimidad, se define en los términos de la teoría de juegos. Es aquel en que todos los participantes de una situación de teoría de juegos optan por una estrategia de solución, conscientes de que los demás participantes harán lo mismo y de que todos ellos podrían haber obtenido tanto y más si se hubiera adoptado otra estrategia. A diferencia del caso de la finalidad contraria, los que intervienen son conscientes de los resultados a que su conducta acaso conduzca en diversas conjunciones con la acción de otros. Supongamos que unos granjeros que producen determinado cereal pudieran obtener mayores ganancias si formaran un cartel. Si se formara un cartel, sería todavía más beneficioso para el granjero individual burlar el acuerdo del cartel para obtener ganancias con ello sin quedar obligado. Como todos los granjeros saben que esto es así, no se establece cartel alguno.<sup>25</sup> Boudon ha aplicado una interpretación, bajo

cierto aspecto comparable, a una investigación sobre educación y movilidad social. En la década de 1960 la educación superior se expandió en casi todos los países industrializados. A medida que se elevaban los niveles educacionales, más personas tomaban ocupaciones para las que, con arreglo a las exigencias formales de la tarea en cuestión, ellas tenían un notable exceso de calificación. En parte como respuesta a la frustración que esto producía, en muchos países se instituyó lo que se denominaría educación superior «de carreras cortas», cursos breves que ofrecían opciones de corto plazo más flexibles. Pero pocos elegían ingresar en esos cursos. ¿Cuál sería la razón? Boudon sostiene que el fracaso de la educación de carreras cortas se puede entender en términos análogos al dilema del prisionero: un resultado subóptimo de decisiones racionales adoptadas por la población estudiantil consciente de su resultado probable. La investigación demuestra que personas que eligieron cursos de estudio de carreras cortas tienen posibilidades de obtener empleos bien remunerados no inferiores a los que eligieron carreras largas, más tradicionales. Parece también que la mayoría de los estudiantes son conscientes de este hecho. Esto intuitivamente nos llevaría a suponer —como hicieron los gobiernos que instituyeron esas carreras— que una elevada proporción de estudiantes elegiría las carreras cortas. Por evidente que parezca —apunta Boudon—, este supuesto sería incorrecto. Las elecciones que hacen los estudiantes se basan, como en el caso del dilema del prisionero, en que cada individuo elige sabiendo que otros hacen elecciones a partir de las mismas alternativas. Los estudiantes de hecho maximizan sus opciones si eligen una educación de carreras largas, aun sabiendo que otros posiblemente piensen igual y aunque algunos individuos extraigan más provecho de la opción por una carrera corta.<sup>26</sup>

Las formulaciones de Elster y de Boudon son atractivas porque permiten dar un sentido claro a la contradicción (aunque Boudon mismo no usa el término) y porque indican un camino para infundir contenido empírico a esta noción. Las consecuencias de actos intencionales son contradictorias cuando esas consecuencias son perversas porque la actividad misma por la cual se persigue un objetivo disminuye la posibilidad de alcanzarlo. No obstante, son asaz evidentes las dificultades que ofrece esta concepción de la contradicción. Se asocia de manera estrecha con el uso de modelos tomados de la teoría de juegos. Ahora bien, no hay duda de que modelos de teoría de juegos pueden ser muy fecundos en una investigación empírica para indicar tanto los problemas por investigar como las interpretaciones de que son susceptibles los resultados de una investigación. La obra de Boudon en la sociología de la educación es un caso ilustrativo. Pero el alcance mismo de la teoría de juegos en su aplicación a las ciencias sociales parece li-

mitado. Aunque modelos de teoría de juegos puedan ser elegantes y satisfactorios cuando se los enuncia en abstracto o en términos matemáticos, su relación con una conducta real suele ser muy tenue.

Es más cómodo defender las aplicaciones empíricas de modelos de teoría de juegos en casos que responden a circunstancias particulares: aquellos en los que se deben tomar «decisiones» definidas; en que es fácil especificar las consecuencias dispares sobrevinientes; y en que las decisiones de que se trata son tomadas aisladamente por un agregado de individuos que no mantienen entre sí comunicación directa. No es infrecuente descubrir esas circunstancias en las sociedades modernas, pero existen muchos contextos de vida social que no son de ese tipo. Mientras que su dependencia de una teoría de juegos es una fuente de limitación para esta clase de abordaje del concepto de contradicción, otra es su afiliación a un individualismo metodológico, que en particular es adoptado de manera explícita por Elster. Acaso esta conexión sea lógicamente contingente, pero no es difícil ver la razón de que aquella y este propendan a ir juntos. Elster sitúa la contradicción en la disyunción entre actos individuales, realizados aisladamente, y la suma de sus consecuencias. En buena parte se limita a lo que he denominado el análisis de una conducta estratégica. Desde ese punto de vista no hay modo de comprender que una contradicción pueda estar implícita en las condiciones estructurales de una reproducción sistémica.

Pero sostengo que justamente esa comprensión es la que alcanza para la teoría social una importancia mayor que la sugerida por Elster y Boudon, y la que ofrece un mayor radio para un trabajo empírico. No quiero poner en entredicho el peso de sus ideas sino más bien complementarlas. Resultados contradictorios del tipo que ellos examinan se pueden suponer ligados sistemáticamente en muchos casos con lo que he denominado contradicción estructural. Deseo comprender el concepto de contradicción menos en abstracto que ellos, además de desgajarlo de las premisas de un individualismo metodológico. O sea: quiero conectar esta noción, de una manera sustantiva, con los tipos globales de totalidad societaria que distinguí antes, de tal suerte que, si bien puede haber muchos ejemplos de contradicción secundaria, estos deriven de las modalidades de contradicción dominantes con arreglo a las cuales se estructuran las sociedades. Sin embargo, tal como las he definido, contradicciones estructurales primarias y secundarias empero conservan el mismo núcleo de sentido que Elster atribuye al término; las condiciones de reproducción sistémica nacen de propiedades estructurales que operan en el sentido de negar los principios mismos en los que se basan.

Como ejemplo de unas reflexiones atinadas sobre la contradicción primaria de los Estados capitalistas, quiero referirme a algunos de los

escritos de Offe sobre la cuestión.<sup>27</sup> Estos presentan compatibilidad lógica y sustantiva —al menos bajo algunos de sus principales aspectos— con las ideas que he propuesto en este libro, y han generado una buena cantidad de trabajo empírico esclarecedor. La forma institucional del Estado capitalista se expone en los términos de los siguientes rasgos (entre otros):

1. «El poder político tiene prohibido organizar la producción con arreglo a sus propios criterios políticos». En otras palabras, vastos sectores de organización económica no son coordinados por el gobierno sino por actividades que se llevan a cabo en el interior de esferas «privadas» de la empresa económica. La base institucional de estas esferas se descubre en la propiedad privada y en la «posesión» secular de fuerza de trabajo.
2. «El poder político depende indirectamente —a través de los mecanismos de recaudación de impuestos y de la dependencia del mercado de capitales— del volumen de la acumulación privada». Esto quiere decir que el Estado se costea con impuestos que derivan de procesos de desarrollo económico que los organismos estatales no controlan de manera directa.
3. «Como el Estado depende de un proceso de acumulación que está fuera de su poder organizar, todo ocupante del poder estatal tiene un interés esencial en promover las condiciones más propicias para la acumulación».<sup>28</sup>

El tercer punto es un importante agregado a los otros dos porque contribuye a evitar una conclusión favorable a un funcionalismo irrestricto. Aclara que los fenómenos definidos en los dos primeros puntos son conocidos por quienes dirigen los organismos estatales, que actúan a la luz de ese conocimiento.

¿Por qué el Estado capitalista, así caracterizado, es una forma social contradictoria? Porque las condiciones mismas que hacen posible la existencia del Estado ponen en juego mecanismos que contrarían un poder estatal, a la vez que nacen de estos. Una «apropiación privada», para usar la terminología tradicional, exige una «producción socializada» al mismo tiempo que la niega. Otro modo de expresar esto —elaborado con mucha potencia analítica por Offe— es decir que mientras el Estado depende de la forma mercancía, simultáneamente depende de una negación de la forma mercancía. La expresión más directa de la mercantilización es la compra y venta de valores; tan pronto como unos valores dejan de ser considerados intercambiables en términos de dinero, pierden su carácter mercantil. La naturaleza contra-

dictoria del Estado capitalista se expresa en el tirono entre mercantilización, des-mercantilización y re-mercantilización. Tomemos como ejemplos la provisión de cuidados de salud y de transportes públicos. La institución de una medicina socializada significa des-mercantilizar aspectos importantes de los cuidados de salud y ponerlos sobre una base que no es la de saber si los individuos que necesitan tratamiento pueden o no pagarlos. Ahora bien, los que tienen menos necesidad de una medicina socializada —los sectores más pudientes de la población, que se inclinan por la medicina privada aunque haya oferta de servicios médicos públicos— tienen que contribuir de manera desproporcionada a pagarla por la vía de impuestos progresivos. En consecuencia se inclinarán a presionar en el sentido de que algunos de los servicios de la medicina pública vuelvan a ser prestados sobre una base comercial. Esto mismo se aplica en buena parte al transporte público. Los que pagan más impuestos, y que contribuyen más a la financiación del transporte público, suelen hacer la mayor parte de sus viajes en automóviles privados. En consecuencia es probable que ofrezcan resistencia a medidas que vean en el transporte público más un bien general para la comunidad que un conjunto de servicios con viabilidad comercial. Como los situados en grupos de menor ingreso propenderán a tener opiniones opuestas, puede ocurrir que la conducción del Estado vacile entre la des-nacionalización y la re-nacionalización de esos servicios según lleguen al poder partidos sucesivos que representen diferentes intereses de clase.<sup>29</sup>

El análisis de Offe plantea de manera incisiva el problema de la relación entre contradicción y conflicto, pero, antes de abordar esto derechamente, quiero perseguir el tema de la contradicción secundaria. Contradicciones primarias se pueden eslabonar bajo una diversidad de aspectos más o menos directos con contradicciones secundarias. Algunas son de carácter muy general, pero otras pueden estar mucho más contextualizadas. Consideremos los ejemplos que siguen, escogidos al azar en la bibliografía sociológica. Hay ejemplos de resultados perversos, pero me parece razonable afirmar que ellos expresan contradicciones.

1. Un estudio sobre los gerontes y la provisión de beneficios complementarios. En los Estados Unidos se introdujeron beneficios complementarios de seguro para mejorar la suerte de personas ancianas de bajos ingresos. Pero tuvieron la consecuencia de elevar el nivel de su ingreso hasta el punto de percibir unos pocos dólares más del máximo para disfrutar de ayuda médica estatal. Por lo tanto, se les negó cobertura médica, con lo que muchos quedaron en peor situación que antes.

2. Un estudio sobre la policía. En la ciudad de Nueva York, para reducir el costo del trabajo extra de los funcionarios que formaban el personal existente, se aumentó el número de los que patrullaban las calles. No obstante, la principal fuente de horas extras para la policía es la atención de los arrestos. Más policías en las calles determinaron un mayor número de arrestos, y esto agravó la situación cuyo remedio se esperaba de los nuevos policías.
3. Un análisis de los motines urbanos de Detroit. A fines de la década de 1960 se hizo un esfuerzo de vasta escala para prevenir la recurrencia de motines en los guetos de Detroit; se aumentaron los recursos de bienestar social y se ofrecieron mayores oportunidades de empleo para los pobladores del centro de la ciudad. Ahora bien, grandes números de personas pobres se vieron atraídas al centro urbano desde las afueras para aprovechar los programas ofrecidos. Muchas de ellas no pudieron encontrar empleo en el centro urbano y así se sumaron a las filas de los desempleados. Otros ocuparon puestos de trabajo que en otro caso habrían correspondido a los desempleados crónicos del centro. De este modo se agravaron y no se atemperaron las condiciones que, según el diagnóstico hecho, eran propicias al estallido de motines.<sup>30</sup>

Estos ejemplos se prestan para convencernos de la probable conexión entre una contradicción estructural, una contradicción como la entienden Elster y Bourdon, y la ocurrencia de un conflicto social. En expresión sintética, sostendré esta tesis: es probable que una contradicción se eslabone directamente con un conflicto cada vez que consecuencias perversas se sigan o que los interesados consideren esperable que se sigan. No quiero decir que contradicciones generen siempre consecuencias perversas, ni que todas las consecuencias perversas sean contradictorias. Pero una contradicción es una especie de perversidad estructural, y es esperable que genere de continuo consecuencias perversas bajo las modalidades en que se manifiesta en la conducta de actores situados. Es esperable que resultados perversos produzcan resentimiento, y en consecuencia una movilización al menos potencial para la lucha, justamente a causa de sus «efectos de rebote». Esto significa que las cosas quedan peor de lo que antes estaban, en circunstancias en que todos los interesados, o la mayoría de ellos, esperaban que mejorarían. El estudio de consecuencias perversas de tipo contradictorio forma por lo tanto un terreno fecundo para el examen de los orígenes de conflictos. Pero se ve claramente que es muy limitante identificar la contradicción con esas consecuencias *per se*; en efecto, por una parte, una contradicción estructural no necesariamente lleva a consecuencias perversas, y, por la otra, consecuencias perversas no son



las únicas circunstancias que se puedan asociar con una contradicción capaz de estimular un conflicto.

Consecuencias perversas, se diría, son resultados contingentes que acaso sobrevengan bajo circunstancias de contradicción estructural. Condiciones más genéricas para la instigación de conflictos se encuentran en la asociación entre una contradicción y unos intereses colectivos. El capitalismo es una sociedad de clases, y la contradicción entre «apropiación privada» y «producción socializada» se aloja en divisiones de clases que a su vez expresan intereses opuestos. Puede variar, desde luego, la articulación entre contradicciones e intereses. Pero es razonable afirmar que mientras mayor sea la convergencia de contradicciones, primarias y secundarias, más prevalecerá un alineamiento de divisiones de intereses, y será más probable que se desarrolle un conflicto abierto a lo largo de la «línea de fractura» de esas contradicciones. Podemos admitir que existen tres conjuntos de circunstancias particularmente propicias para examinar la relación entre contradicción y conflicto: la *opacidad* de la acción, la *dispersión de contradicciones* y la prevalencia de una *represión directa*.<sup>31</sup> Por «opacidad» de la acción entiendo, con términos de Willis, el grado de penetración que tienen los actores sobre las cualidades contradictorias de los sistemas sociales en los que están incluidos. Una comprensión de la naturaleza de ciertas contradicciones puede dar origen a una acción encaminada a resolverlas o superarlas. Pero sería un argumento viciado el que ligara esa comprensión con un cambio social exclusivamente. La contradicción es una fuente de dinamismo, pero el que actores legos lo comprendan puede promover intentos de estabilizar un estado de cosas existente no menos que intentos de transformarlo. La importancia de este punto alcanza una gravitación sustantiva con respecto a los pronósticos de Marx acerca de la presunta transición del capitalismo al socialismo. Marx sostuvo que los miembros de la clase obrera comprenderían cada vez mejor la naturaleza contradictoria de la producción capitalista, y esto los movilizaría para transformarla. No parece haber concedido mucha ponderación a la posibilidad de que grupos dominantes de la sociedad adquirieran una comprensión del sistema lo bastante refinada en parte como para estabilizarlo. Justamente en estos términos se puede ver el papel cada vez mayor del Estado. Es que el Estado no se reduce a verse tironeado por una contradicción primaria; los organismos estatales pueden tratar de registrar las condiciones de una reproducción sistémica con tal de reducir al mínimo los conflictos que de otro modo tenderían a estallar.

El grado de fusión o dispersión de contradicciones tiende a variar con arreglo a dos grandes conjuntos de condiciones. Uno es el del «desarrollo desigual», el otro, el de la regionalización. Es poco lo que hace

falta decir aquí sobre el concepto de desarrollo desigual o sobre sus aplicaciones empíricas. Por lo común se lo asocia con el pensamiento marxista, y en particular con los escritos de Trotsky y de Lenin, aunque su aclaración y aplicación de ninguna manera se circunscribió al marxismo. Pero la noción tiene una aplicación más amplia que la reconocida de ordinario. Por lo común sólo se la pensó relacionada con procesos de cambio de gran escala; no existe razón para que no sea fecunda también en contextos espacio-temporales más restringidos. La idea de regionalización ciertamente es significativa aquí. Un particular «despliegue» regional, unido a tasas diferenciales de cambio, acaso contribuya a producir una promoción de contradicciones y con probabilidad también de consecuencias perversas. Justamente es el tipo de situación, por ejemplo, cuya vigencia diagnosticó Lenin en Rusia a poco de comenzado el siglo XX. Pero otras formas de regionalización tal vez produzcan una difusión o segmentación de contradicciones. Siempre que esto suceda, conflictos que surjan tenderán a ser fragmentados y transversales, de suerte que los resultados de ciertas luchas cancelen los de otras. Por represión directa entiendo el uso de la fuerza o la amenaza de su uso para inhibir la emergencia de una lucha activa. El uso de la fuerza se puede considerar en general justamente una de las expresiones de la ocurrencia de un conflicto, pero la amenaza de su uso, o ciertas exhibiciones tácticas de fuerza, pueden servir de la misma manera para prevenir que fuentes de disenso emerjan como una lucha abierta. El que se incline a argumentar que un control de los medios de violencia no se puede emplear para amortiguar conflictos si estos son profundos y esenciales debería considerar casos como el de Sudáfrica.<sup>32</sup>

### *Estabilidad institucional y cambio*

Por último examinaré una pieza de investigación que, a diferencia de las otras que expuse, estuvo influida en parte directamente por la teoría de la estructuración. El trabajo en cuestión es el reciente estudio de Ingham sobre el papel de la City en Gran Bretaña durante los dos últimos siglos aproximadamente.<sup>33</sup> El problema empírico que Ingham se propone estudiar es averiguar cómo la City, el centro financiero con base en Londres, ha mantenido su preeminencia sobre el capital industrial de Gran Bretaña durante un período tan prolongado. Más en general se interesa por la naturaleza del Estado moderno.

Las organizaciones que colectivamente forman la City, según Ingham, se dedican sobre todo a actividades que se pueden definir como «comerciales». Estas actividades incluyen, entre otras cosas, la finan-

ciación del comercio, los seguros de mercancías y transporte, y transacciones de comercio exterior. No sólo se ocupan de las relaciones entre Gran Bretaña y otros Estados, sino también de las ramificaciones de la empresa capitalista en una escala global. Extremadamente significativo en este aspecto es el papel que la City desempeña en la administración de los medios de pago domésticos como «dinero mundial», un medio de intercambio de validez internacional. Ingham critica teorías para las cuales la City se interesa en el «capital financiero». Es cierto que las actividades de la City son financieras en el sentido de que concierne a la circulación del capital, pero la City se interesa ante todo por la intermediación bajo todas sus formas, por la obtención de ganancias a partir de prestar servicios de intermediación entre los que están directamente empeñados en el uso productivo del capital.

Ingham muestra que para entender correctamente la supervivencia del poder de la City desde fines del siglo XVIII es indispensable dejar de lado el estilo de teorización endógena que dominó en la bibliografía anterior y ver el modo en que organizaciones dirigentes de la City reaccionaron ante sucesos políticos contingentes. Tanto Marx como marxistas posteriores, tal Hilferding, intentaron explicar (o explicarse) el papel de la City principalmente en los términos de concepciones endógenas del desarrollo capitalista. Marx reconoció las cualidades distintivas de la City en la vida económica británica del siglo XIX, y se refirió a ellas: analizó sus orígenes por referencia a algunos de los rasgos de la economía británica en su paso del dominio del capital comercial al del capital industrial. Pero el desarrollo del capitalismo industrial, según la concepción de Marx, pronto desalojaría al capital comercial y bancario de su posición central. A medida que la producción industrial avanzara, el capital productivo alcanzaría el predominio económico y político sobre la «bancocracia» de abolengo más tradicional. En consecuencia, el análisis de Marx sobre la cuestión ofrece escasos esclarecimientos sobre las razones por las cuales el poder económico y político de la City consiguió mantenerse en el largo plazo. El punto de vista de Hilferding, elaborado en fecha posterior, es no menos insuficiente. Según Hilferding, la formación del «capital financiero» —la fusión de la banca con la gran industria— había avanzado con pasos más cansinos en Gran Bretaña que en otras partes. Pero al fin se produciría allí el mismo proceso que había ocurrido en otras sociedades. La supremacía industrial de Gran Bretaña en el siglo XIX permitió que el país se retrasara temporalmente; no obstante, la competencia internacional garantizaba que en definitiva emergiera el mismo modelo.<sup>34</sup>

Pero ese modelo no vio la luz. ¿Por qué no? La tesis de Ingham es que la sociedad británica moderna se singularizó por el hecho de ser

no sólo la primera economía industrial sino también un centro de transacciones comerciales mundiales. Los rasgos más importantes de la City —sostiene Ingham— se deben entender en relación con la naturaleza de los Estados nacionales. Los Estados tienen su propia circulación fiduciaria pero no pueden controlar cómodamente el flujo monetario fuera de su propio territorio; además, los valores y la estabilidad de las diferentes divisas sufren grandes variaciones. La City desde temprano —en parte, aunque de ningún modo enteramente, a causa del poderío industrial de Gran Bretaña en el siglo XIX— se convirtió en un centro para una forma aceptada de «dinero mundial» y en un lugar de *clearing* internacional para la conclusión de transacciones. El virtual monopolio que la City fue capaz de conseguir sobre ciertos tipos de transacción comercial, más la introducción del patrón oro-libra esterlina, brotaron de un espectro de condiciones políticas. Es preciso distinguir estas de las fuentes de la supremacía industrial británica. La importancia de la City, y de la libra esterlina, persistió mucho más allá del punto en que Gran Bretaña fue la primera potencia industrial del mundo. Para el término de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos pasaron a ser la economía más fuerte del mundo, pero, contra las expectativas de muchos en las décadas de 1920 y 1930, Nueva York no suplantó a Londres como primera *clearing house* mundial.

Según el relato de Ingham, estos fenómenos se deben entender en los siguientes términos. A comienzos del siglo XIX, se introdujo en Gran Bretaña una serie de reformas fiscales. La intención de los reformadores era sobre todo atender a las antiguas deudas que el Estado había acumulado, exacerbadas por las guerras napoleónicas. Pero el resultado fue propiciar una concentración de intereses financieros, separados de los empresarios industriales, en las instituciones de la City. La riqueza boyante de la City hizo posible la supervivencia de ciertos sectores de la aristocracia en momentos en que esta enfrentaba la decadencia de la economía agraria que era su base de poder. Como parte de un «intercambio de blasones», mercaderes y banqueros de la City a su vez adquirieron los oropeles de la aristocracia. No fue sólo un tipo definido de poder de clase el que se vio realzado por los especiales procesos que influyeron sobre el desarrollo de la City en el siglo XIX; esos mismos procesos condujeron a perpetuar, e incluso a fortalecer, un capitalismo comercial «pre-industrial». La City estaba físicamente separada del Norte industrial —¡un vivo ejemplo de regionalización!— y se mantuvo separada en lo económico y lo político de los centros del capitalismo industrial. Quedó fuertemente centralizada bajo el control del Banco de Inglaterra, y el sistema bancario se orientó de manera prioritaria a mantener la estabilidad de la libra esterlina como forma «confiable» de dinero mundial.<sup>35</sup> Otro aspecto impor-

tante de este proceso fue la política fiscal del Estado, destinada a garantizar la validez formal de la libra esterlina, que la actividad limitadamente económica de la City no podía garantizar.

Lo importante con respecto a la apreciación de Ingham sobre el desarrollo económico y político de Gran Bretaña, al menos en este contexto, no es tanto determinar si es o no es válida cuanto el punto de vista teórico general que expresa. Por su crítica de los modelos endógenos, el análisis de Ingham evita lo que se podría mirar como el determinismo evolutivo inherente a tantas teorías sobre las sociedades modernas. Me refiero con esto a una manera de pensar el cambio social que cree que para un determinado tipo de sociedad existe sólo «un avance posible» que toda sociedad particular deberá seguir en algún momento si en efecto pertenece a ese tipo. Así, se esperaría que el «capitalismo industrial» presentara ciertos modelos genéricos de desarrollo que se repitieran en todas las sociedades que admitan esa caracterización. Si algunas sociedades no responden a esos modelos, debe de ser porque van con rezago; por alguna razón su desarrollo se retrasó. Es frecuente que esta manera de pensar contenga una particular versión del funcionalismo. Si ciertos procesos de desarrollo son «necesarios» para una sociedad o tipo de sociedad, es porque el orden institucional de esa sociedad los requiere funcionalmente. Las necesidades funcionales implícitas «explican» el «tener que» seguir determinada senda de desarrollo. Conviene insistir otra vez en que el «tener que» se justifica aquí sólo si se lo entiende en un contexto contrafáctico. Cabría sostener entonces que, al despertar el siglo XX, en Gran Bretaña «tiene o tuvo que» suceder una actualización del desempeño comercial «anticuado» de la City en vista de las «necesidades» del capital industrial. Tal argumento es al menos potencialmente esclarecedor si se lo entiende de manera contrafáctica. En otras palabras, podemos formular esta pregunta: ¿qué consecuencias tuvo para el capital industrial el hecho de que se mantuviera la posición de poder de la City? Pero si se atribuye al «tener que» una fuerza explicativa, el resultado es una efectiva barrera para comprender el curso de las cosas, como lo demuestra con transparencia la obra de Ingham.

La investigación consigue sortear otra tendencia que se asocia con los modelos endógenos. Es el presupuesto de que la sociedad más avanzada con respecto a aquellos rasgos sociales que están bajo estudio se pueda considerar como un modelo con propósitos de investigación.<sup>36</sup> Así, la Gran Bretaña del siglo XIX era vista por Marx, entre muchos otros, como si mostrara a otras sociedades una imagen de su propio futuro; por ser el país industrialmente más adelantado, Gran Bretaña presagiaba desarrollos que otros estaban destinados a seguir. Es harto comprensible que pocos quieran mirar a Gran Bretaña bajo

esa luz en las décadas finales del siglo XX. . . ¿Pero el estilo de pensamiento que esta concepción representa ha desaparecido al tiempo que Gran Bretaña se retiraba a una oscuridad económica? En modo alguno. En nuestros días, son los Estados Unidos, como la sociedad más «adelantada económicamente», los que desempeñan un papel comparable en la teoría social y en la investigación, aunque rara vez de manera tan inequívoca como en la versión del evolucionismo de Parsons. Ahora, no niego que pueda ser fecundo, para ciertos fines, clasificar sociedades según su nivel de desarrollo con arreglo a determinados criterios. También es legítimo y necesario el intento de especificar lo genérico en el orden institucional de diferentes sociedades. Pero una «investigación comparativa» debe ser lo que la expresión dice. O sea, es preciso admitir que procesos «típicos» de desarrollo sólo se pueden evaluar por una comparación directa entre sociedades diferentes, no con arreglo al supuesto de que determinada sociedad se puede considerar como un modelo de un proceso de desarrollo endógeno.

El ascenso original de la City a una posición conspicua —explica Ingham— fue en buena parte una consecuencia no buscada de medidas fiscales impuestas por otras razones. En consecuencia, lo que para Marx, y para la mayoría de los marxistas posteriores, sólo correspondía a las fases tempranas del desarrollo capitalista, la intermediación comercial y la usura, pasó a ser un rasgo duradero del capitalismo británico. Precisamente porque la posición dominante de la City se enlazó poco a poco con su papel de intermediaria de transacciones internacionales, el mismo fenómeno difícilmente se repetiría en otra parte. Pero si la posición dominante que la City alcanzó a comienzos del siglo XIX no fue en lo sustancial buscada, muy distinto fue lo que ocurrió después con medidas destinadas a defender y expandir su poder. Desde comienzos del siglo XX, la economía británica enfrentó una competencia mayor de otros países industrializados y en proceso de industrialización. Bajo esas circunstancias, la hegemonía económica de la City se vio seriamente amenazada, en lo interno y en lo externo. En buena parte, como lo revela el análisis de Ingham, las medidas promovidas por grupos de la banca o del Tesoro, o de una y otro, se orientaron de una manera activa y lograda a defender el papel privilegiado de las organizaciones de la City.

La investigación de Ingham muestra una notable y convincente sensibilidad para los problemas de «tiempo mundial». La City alcanzó su forma moderna en relación con una precisa coyuntura de sucesos en la primera parte del siglo XIX. Su persistencia como centro de actividades comerciales se originó en la posición de Gran Bretaña como principal potencia industrial y en la participación del país en una expansión mundial de las relaciones capitalistas. Los que impulsieron las

reformas fiscales de comienzos del siglo XIX creían que los comerciantes, que habían conseguido apoderarse de una buena parte del comercio antes holandés y francés, serían capaces de consolidar la fortaleza económica de Gran Bretaña dada una base que combinara la política de libre comercio con una adhesión al patrón oro. El presidente del Consejo de Comercio, Huskisson, por ejemplo, citó comparaciones con la Venecia de siglos anteriores. Pero esas influencias fueron efectivas sólo en virtud de la particular alianza de clases que Ingham expone. Además, las condiciones de la consolidación inicial del poder de la City —explica— fueron sustancialmente diferentes de las que promovieron el sostenimiento de ese poder en períodos posteriores. En el curso del siglo XIX, el papel de la City en la economía mundial tuvo una base económica directa en el éxito de Gran Bretaña como productor industrial. En el siglo XX, esto dejó de ser cierto; los sectores «industrial» y «comercial» de la economía británica se orientaron hacia diferentes conjuntos de emprendimientos. Fue la posición de la City como intermediaria financiera mundial, para entonces afianzada internacionalmente, la que le permitió mantener su poder. Pero hacia esta época, a causa del cambiante plexo de circunstancias en los planos nacional e internacional, la prosperidad de la City probablemente presupusiera de hecho la declinación relativa de la industria británica.

La obra de Ingham demuestra que las condiciones que influyeron en el ascenso de la City, y que después mantuvieron sus privilegios, fueron, en medida sustancial, políticas. No parece bueno considerar a la City como una «parte» del Estado, pero tanto en lo interno como en lo externo su poder económico nació, en un sentido profundo, de factores políticos. La hegemonía de la City en la economía británica se vio alentada por los estrechos lazos que existieron entre la «bancocracia» y los altos niveles del gobierno. Pero el papel de la City también recibió fuerza vital de su posición focal en actividades de intermediación en una escala internacional. Es evidente que ninguna concepción que viera en el Estado un fenómeno unitario o una especie de actor colectivo sería capaz de atender a los materiales analizados por Ingham. Ciertas dimensiones clave de la política estatal —por ejemplo, las concernientes al patrón oro en la década de 1930— tuvieron fuerte influjo sobre el destino de la City. Y una correcta comprensión de ellas sólo se consigue por referencia a alianzas y coaliciones cambiantes entre grupos de individuos estratégicamente ubicados, que a veces arrojaron resultados no buscados por ninguno de ellos.

En un plano más general, del análisis del Estado moderno se pueden extraer lecciones similares a las que se siguen —según antes indiqué— del estudio de los Estados tradicionales. El estudio de la «formación del Estado» —según intenté demostrar— parece correr un

serio riesgo de extravío si se lo entiende bajo una luz cuasi evolucionista o con arreglo a nociones endógenas. Una «teoría» correcta del Estado tradicional o del Estado moderno llanamente no puede presentar el aspecto que hoy tienen la mayoría de las teorías que predominan en la bibliografía. Por una parte, el nivel de generalidad que es lícito atribuir a esas teorías parece mucho menor que el imaginado por sus sostenedores. Desde luego, para que en efecto exista una categoría general como «Estado agrario» o «Estado capitalista», hacen falta ciertos caracteres institucionales comunes que aquellos compartan, de lo que cabe inferir que compartirán también ciertas tendencias dinámicas comunes. Pero mostrar la índole de estas en modo alguno equivale a explicar secuencias de desarrollo o de cambio sobrevenidas. Puede ocurrir que los tipos de saber que sobre esas tendencias dinámicas posean ciertos individuos o grupos, en particular los más poderosos, pasen a formar parte de aquellas mismas tendencias y puedan actuar para plasmarlas bajo determinados aspectos. Factores que posean una decidida importancia en un tiempo y un lugar, o en una particular coyuntura, acaso se vuelvan relativamente insignificantes en otra parte a causa de esa misma influencia que al comienzo tuvieron. Las condiciones que originalmente dieron nacimiento al dominio de la City sobre la industria no fueron las mismas que alentaron después el mantenimiento de esa posición.

Algunos de los problemas que suscita la naturaleza de las teorías y las generalizaciones serán retomados en las secciones que siguen. Pero, para concluir esta parte de la discusión, acaso convenga hacer una pregunta que quizás han planteado en la mente del lector los estudios empíricos que utilice para ilustrar algunas de las tesis de la teoría de la estructuración. Si la obra de Ingham pudo verse influida en parte por esas tesis, los otros estudios analizados se escribieron con total independencia. ¿Por qué molestarse con nociones farragosas como «estructuración» y el resto si es posible sin ellas conseguir una investigación social excelente? Caben varios comentarios para responder a esto. Las ideas construidas para formar la teoría de la estructuración dan lugar, bajo los aspectos que he intentado mostrar, a diversas críticas y enmiendas básicas que es preciso hacer al trabajo de investigación analizado. Si esto es cierto para lo que considero piezas excelentes de investigación, tales críticas habrían debido ser más enérgicas para investigaciones de calidad inferior. Además, todas las investigaciones analizadas estuvieron animadas por una seria y prolongada reflexión teórica sobre las materias investigadas. Quizá sea particularmente importante destacarlo con respecto a la obra de Willis. Sería cómodo presentarla como nada menos, pero nada más, que una sobresaliente y sensible pieza etnográfica. En realidad, el libro de Willis contiene un



análisis teórico sustancial sobre problemas de reproducción social, y no se puede dudar de que esta fue una inspiración importante para la conducción del estudio así como para su modalidad de interpretación. Como la discusión teórica de Willis sigue líneas semejantes, al menos bajo ciertos aspectos, a los puntos de vista que he elaborado, no sorprende que su trabajo de investigación proporcione una fuente especialmente esclarecedora para el examen de las consecuencias de esos puntos de vista.

Pero hay un punto por destacar más importante que cualquiera de los anteriores. Para quien haga investigación empírica de detalle en cierto escenario localizado no hay, desde luego, obligación de cargar a bordo un conjunto de nociones abstractas que simplemente volverían confuso lo que cabría exponer con economía y en lenguaje llano. Los conceptos de la teoría de la estructuración, como los de cualquier otra perspectiva teórica rival, se deberían considerar artificios sensibilizadores para diversos fines de investigación, y nada más. Es decir, pueden ser fecundos para pensar problemas de investigación y para interpretar sus resultados. Pero suponer que estar teóricamente informado —hasta cierto punto una obligación de cualquiera que trabaje en las ciencias sociales— signifique siempre operar con un revuelto de conceptos abstractos es una doctrina tan extraviada como la que pretendiera que podemos hacerlo todo muy bien sin recurrir nunca a esos conceptos.

### *B. Se reúnen los hilos: teoría de la estructuración y formas de investigación*

En las secciones precedentes examiné una diversidad de formas de investigación social que no es posible reunir bajo un título único. Esto significa que la labor de investigación se emprende en un intento de aclarar cuestiones muy diferentes, en armonía con la naturaleza de los problemas que el investigador se propone esclarecer. Cuando paso a indicar algunas de las consecuencias de la teoría de la estructuración para la investigación empírica, no quiero dar a entender que exista un único formato de investigación cuya adopción fuera obligatoria en lo sucesivo para todos. En parte por eso mismo me centré en estudios que se emprendieron en su mayoría fuera de cualquier influjo inmediato de los conceptos por mí elaborados. Antes declaré que no me proponía analizar el peso de la teoría de la estructuración con referencia a la evaluación de tipos específicos de métodos de investigación: observación participante, encuestas, etc. Sin embargo, es posible y valioso examinar con vuelo más genérico las tareas de una investigación

social informada por la teoría de la estructuración así como las consecuencias que la discusión precedente sobre el trabajo de investigación trae para el debate tradicional entre métodos «cualitativos» y «cuantitativos» en investigación social.

- ▲ Elucidación hermenéutica de marcos de sentido (1)
- | Investigación del contexto y la forma de una conciencia práctica (2)
- | (lo inconsciente)
- | Identificación de los límites de un entendimiento (3)
- ▼ Especificación de regímenes institucionales (4)

La «inserción» metodológica del investigador en algún material que constituya el objeto de estudio se puede producir en cualquiera de los cuatro niveles arriba indicados. Toda investigación social presupone un momento hermenéutico, pero ese presupuesto puede permanecer latente si el estudio versa sobre un saber compartido que no se declara porque investigador e investigación habitan un *medio* cultural común. Los más elamorosos abogados de la investigación cuantitativa desdeñan la esencial de importancia de (1) bajo dos aspectos. O consideran que (1) es más puramente descriptivo que explicativo, o pasan enteramente por alto que (1) entra en la formulación de su propio trabajo de investigación. Pero una investigación interesada en (1) puede ser tanto explicativa como generalizadora. Ella atenderá a responder porqués que nacen de la ininteligibilidad mutua de marcos de sentido divergentes. Desde luego, esos porqués brotan entre los contextos diversos de una sola sociedad y también entre sociedades. Una investigación que gire ante todo sobre problemas hermenéuticos puede alcanzar una importancia generalizada con tal que sirva para dilucidar la naturaleza del entendimiento de los agentes y, por lo tanto, las razones que los mueven a actuar, por un vasto espectro de contextos de acción. Piezas de investigación etnográfica como la de Willis —o, para el caso, el tradicional trabajo de campo de la antropología para comunidades pequeñas— no son en sí mismas estudios generalizados. Pero cómodamente llegan a ser tales si se las cultiva en cierta cantidad, de modo que resulten justificables juicios acerca de su carácter típico.

Aspectos hermenéuticos de una investigación social no necesariamente serán esclarecedores para quienes son los sujetos de esa investigación, puesto que su principal resultado es elucidar escenarios de acción considerados como «*medios* extraños». No es el caso de la investigación de una conciencia práctica. El estudio de una conciencia práctica lleva a investigar lo que los agentes ya saben, pero por definición en

general les resulta esclarecedor si se lo expresa discursivamente en el metalenguaje de la ciencia social. Sólo para la etnometodología es el análisis de una conciencia práctica un «campo» circunscrito de estudio. Para todos los demás tipos de investigación, la interpretación de una conciencia práctica es un elemento necesario, entendido de una manera implícita o declarado explícitamente, de caracteres más generales de una conducta social.

Como lo he destacado consistentemente, es esencial para una ciencia social determinar los límites del entendimiento de los agentes en los contextos variables de un tiempo y un espacio. Pero la investigación de (3) presupone un conocimiento considerable de los niveles (1), (2) y (4). Sin ese conocimiento nos retrotraemos a una forma silvestre de sociología estructural. El estudio de las consecuencias no buscadas y de las condiciones inadvertidas de la acción, tal como lo señalé en mi examen de la investigación de Willis, se puede y se debe llevar a cabo sin empleo de una terminología funcionalista. En modo alguno suele ser una cuestión simple descubrir lo «no buscado» y lo «inadvertido», en cualquier contexto o espectro de contextos de acción. Ningún estudio de las propiedades estructurales de sistemas sociales se puede realizar logradamente, ni sus resultados se pueden interpretar, sin referencia al entendimiento de los agentes que participan, aunque muchos sostenedores de una sociología estructural imaginen que justamente esto define la provincia del «método sociológico».

El nivel (4), la especificación de regímenes institucionales, exige analizar las condiciones de una integración social y sistémica por el camino de averiguar los principales componentes institucionales de sistemas sociales. Tienen la mayor importancia las formas institucionales que, en los términos de unos principios estructurales definidos, se puedan especificar como «sociedades» globales. No obstante, una vez más, debí tomarme algún trabajo para aclarar que sólo con muchas reservas se puede decir que una «sociedad» es la unidad principal de análisis en ciencia social. Es frecuente que regímenes institucionales atraviesen divisiones cualesquiera discernibles entre sociedades globales.

Es en la relación entre (1) y (2), por un lado, y entre (3) y (4), por el otro, donde a menudo se localiza una división entre métodos «cualitativos» y «cuantitativos». Una predilección por los métodos cuantitativos ha sido ciertamente desde antiguo un rasgo de quienes se inclinaban por el objetivismo y la sociología estructural. Según este tipo de punto de vista, analizar condiciones de vida social que se estiren mucho más allá de contextos inmediatos de interacción cualesquiera es el objetivo primero de una ciencia social, y lo mejor para aprehender la naturaleza «cristalizada» de los componentes institucionales de una

vida social es emplear clasificación, medición y métodos estadísticos. Es claro que la idea de que la tarea prevalente de las ciencias sociales es descubrir generalizaciones semejantes a leyes sobre una conducta social se relaciona de manera estrecha con esta proclividad. Hay aquí una fuerte resonancia, deliberada en muchos casos, de la división «macro»/«micro». Los que prefieren métodos cuantitativos para formar la base sólida de lo que hace de la ciencia social una «ciencia» se inclinan a destacar el primado del análisis denominado macrosociológico. Los que abogan por métodos cualitativos para fundar la investigación empírica en las ciencias sociales, por su parte, ponen el acento en (1) y en (2) para dar relieve al carácter necesariamente situado y significativo de una interacción social. Suelen ser directamente hostiles al empleo de métodos cuantitativos en ciencia social, con el argumento de que una cuantificación y el uso de un método estadístico imponen a la vida social una fijeza que ella de hecho no tiene. No es difícil ver en el conflicto entre estas posiciones un residuo metodológico del dualismo de estructura y acción, y mostrar el carácter espurio de ese dualismo nos permitirá desgajar ulteriores consecuencias empíricas de la dualidad de estructura.

Para ver cómo es esto, volvamos otra vez a aquel concepto en un escenario empírico diferente del examinado hasta aquí. La que sigue es una transcripción de un segmento de interacción en un tribunal. Participan un juez, un defensor público (DP) y un fiscal de distrito (FD), y su interacción se refiere a un preso que se ha declarado culpable en una acusación por latrocinio con reincidencia. Lo que se discute es la sentencia que se debe dar al imputado.

*DP:* Su Señoría, solicitamos una sentencia inmediata y esperamos el informe de libertad bajo palabra.

*Juez:* ¿Qué antecedentes tiene?

*DP:* Una entrada anterior por ebriedad y un HGA [hurto grande, automóvil]. Nada grave. Ha sido un caso de llevarse mercadería sin pagar. Entró en K-Mart con intenciones de robar. Pero todo lo que tenemos es un hurto menor.

*Juez:* ¿Qué perjuicios sufrió la gente?

*FD:* Ninguno.

*Juez:* ¿Hay objeciones a una sentencia inmediata?

*FD:* No.

*Juez:* ¿Cuánto tiempo estuvo arrestado?

*DP:* Ochenta y tres días.

*Juez:* Lo declaro una infracción al artículo 17 del CP y lo sentencio a noventa días en la Prisión del Condado con crédito por los días que ya estuvo en la cárcel.<sup>37</sup>

Este segmento de interacción situada, como cualquier otro, puede ser prestamente desmenuzado para mostrar que esto que parece un

intercambio trivial está profundamente envuelto en la reproducción de instituciones sociales. Cada turno en la conversación que mantienen los participantes adquiere sentido para ellos (y para el lector) sólo por la invocación tácita de características institucionales del sistema de la justicia penal. Las invocan todos los hablantes, que (correctamente) presuponen que son un saber compartido también por los demás. Nótese que el contenido de ese saber compartido presupone mucho más que una mera noticia de la táctica del «procedimiento correcto» en tales casos, aunque esto se incluye también. Cada participante sabe mucho acerca de la naturaleza de un «sistema legal», acerca de procedimientos jurídicos normativos, acerca de lo que toca hacer a presos, abogados, jueces, etc. A fin de «conducir» la interacción, los participantes recurren a su saber sobre el régimen institucional en el que están incluidos a fin de que su intercambio se vuelva «significativo». Ahora bien, en el acto de invocar el régimen institucional de este modo —y *no existe otro modo* que permita a los participantes en una interacción volver inteligible y coherente lo que hacen, los unos para los otros—, contribuyen a reproducirlo. Además, es esencial ver que, en el acto de reproducirlo, también reproducen su «facticidad» como una fuente de constreñimiento estructural (sobre ellos mismos y sobre otros). Consideran el sistema judicial como un régimen «real» de relaciones en cuyo interior se sitúa su propia interacción, al mismo tiempo que lo expresa. Y es un régimen «real» (es decir, estructuralmente estable) de relaciones justamente porque ellos, y otros como ellos, en contextos conexos y similares, lo aceptan como tal, no necesariamente en su conciencia discursiva, pero en la conciencia práctica consustancial a lo que hacen.

Es importante no confundir esta observación con la famosa máxima de W. I. Thomas según la cual si unos actores «definen situaciones como reales, entonces ellas son reales por sus consecuencias». La proposición de Thomas sugiere que existen circunstancias que no son de hecho «reales» (es decir, son ficticias o imaginarias) pero que de todos modos son de hecho reales porque la gente cree en ellas. Merton tomó esto como un punto de partida para su formulación de la profecía que se cumple por su sola enunciación, donde un estado de cosas llega a existir en virtud de su solo anuncio. Ahora bien, yo no dudo en absoluto sobre la importancia tanto de la profecía que se cumple por su sola enunciación cuanto de un espectro de fenómenos que con ella se enlazan. Pero no constituye el prototipo de la «facticidad» de propiedades estructurales que la dualidad de estructura contiene. La cuestión es más sutil y más profunda, y enlaza la posibilidad misma de la inteligibilidad mutua y la coherencia de una interacción situada, con una «facticidad» en un nivel institucional de amplias bases.

Nótese también el íntimo y fundamental lazo entre la «facticidad» del régimen institucional y el poder, al cual tanto expresa como abre paso en los detalles de la interacción. En efecto, el «creer-que-es-real» intrínseco a la continuidad mutuamente inteligible de la interacción es el fundamento mismo del sistema jurídico como expresión de modalidades de dominación. A todas luces, un «creer-que-es-real» incorporado en modalidades concretas de procedimiento no significa la misma cosa que un otorgar legitimación discursiva al sistema, aunque desde luego tampoco impide esto último. Como sistema de relaciones de poder, un «creer-que-es-real» tiene consecuencias mucho más extendidas que el poder diferencial efectivo que los agentes participantes consigan introducir en la interacción para hacer valer sus puntos de vista particulares. No obstante, es perceptible que la secuencia de habla no responde a las reglas más «democráticas» que de ordinario dejan traslucir las conversaciones entre pares, y que es reflejo directo de un poder diferencial. En efecto, el juez tiene el derecho de interrumpir lo que dicen los otros, de hacer determinadas preguntas y de controlar la secuencia de habla, derecho que los otros no tienen, al menos en el mismo grado. El hecho de que la conversación no adopte la forma de la observancia acostumbrada de turnos se vuelve inteligible por el reconocimiento mutuo de que el juez posee cierta identidad social institucionalizada que le asigna precisas prerrogativas y sanciones.

Quiero formular esto en un nivel más general para aclarar sus connotaciones. Toda interacción social se sitúa en el interior de un contorno espacio-temporal de co-presencia (se amplíe o no este a través de medios como cartas, llamadas telefónicas, etc.). Su carácter situado, según lo expuse con detalle en los capítulos 1 y 2, concierne de manera directa a la naturaleza déctica de la «conducción» de una comunicación mutuamente inteligible. Pero el carácter situado de una interacción no es una barrera para aquella «fijeza» institucional que unos regímenes institucionales presentan por un tiempo y un espacio. Es su condición misma, tal como la existencia de aquellos regímenes institucionales es la condición aun de las formas más efímeras de encuentro social o conversación. El registro reflexivo de una conducta social es intrínseco a la «facticidad» que revelan las propiedades estructurales de sistemas sociales, no algo marginal respecto de estas o que viniera a sumárseles. Wilson lo ha expresado del siguiente modo. Yo no podría ofrecer un mejor relato sobre el valor del concepto de la dualidad de estructura:

«el mundo social está constituido por acciones situadas producidas en situaciones concretas particulares, que se encuentran a disposición de los participantes para que hagan reconocimiento, descripción y uso de

ellas como unos garantizados fundamentos que les permitirán generar más deducción y acción en esas mismas ocasiones así como en las que sigan. Unas acciones situadas se producen a través de unos mecanismos de interacción social desprendidos del contexto y sensibles a este, y una estructura social es usada por los miembros de una sociedad para volver inteligibles y coherentes sus acciones en situaciones particulares. En este proceso, una estructura social es un recurso esencial para una acción situada y es un producto de esta, y una estructura social es reproducida como una realidad objetiva que parcialmente construye la acción. Es a través de esta relación reflexiva entre estructura social y acción situada como la transparencia de mostraciones [la inteligibilidad mutua de una conducta] se consume por explotación de la dependencia contextual de un sentido». <sup>38</sup>

Una vez entendido cabalmente este punto, se disipa la idea de que exista una división neta o una oposición necesaria entre métodos cualitativos y cuantitativos. Las técnicas cuantitativas serán de uso más común cuando se deba investigar un número grande de «casos» de un fenómeno con respecto a una variedad restringida de características definidas. Pero tanto la recopilación como la interpretación de un material cuantitativo sigue procedimientos que son metodológicamente idénticos a la reunión de datos de índole más intensiva, «cualitativa». Por eso los datos de Gambetta se pueden usar para iluminar algunos de los mismos problemas que son investigados por Willis. Los datos de Gambetta se refieren a un gran número de individuos, el material de Willis, sólo a unos pocos. El trabajo de Gambetta reclama el empleo de una batería de métodos de investigación refinados, mientras que el estudio de Willis consiste por entero en informes etnográficos. Pero la investigación de Gambetta, no menos que la de Willis, presupone aprehender una acción situada y unos significados sin los cuales las categorías formales del metalenguaje teórico empleado por el investigador no tendrían ni sentido ni aplicación. Todos los datos llamados «cuantitativos», si se los inspecciona, revelan estar compuestos de interpretaciones «cualitativas» —o sea, contextualmente situadas y deícticas— tales que han sido producidas por también situados investigadores, codificadores, funcionarios de gobierno, y otros. Los problemas hermenéuticos que surgen de una investigación etnográfica existen de igual modo en el caso de estudios cuantitativos, aunque estos puedan haberlos «sepultado» por la considerable «elaboración» a la que quizá fueron sometidos los datos. Intentos de producir mediciones sobre una escala, de eliminar errores de selección, de presentar consistentes técnicas de muestreo, etc., operan dentro de esas limitaciones. Estas de ningún modo hacen lógicamente sospechoso el em-

pleo de métodos cuantitativos, aunque sin duda nos conducen a dar sobre la índole de los datos cuantitativos una apreciación muy diferente de la que proponen algunos sostenedores de una sociología estructural.

Entonces, (1) y (2) son tan esenciales para comprender a (3) y (4) como estos lo son para comprender a aquellos, y los métodos cualitativos y cuantitativos se deben mirar como aspectos más complementarios que antagónicos de una investigación social. Los unos son indispensables para los otros si es que la naturaleza sustantiva de la dualidad de estructura se ha de representar en un «mapa» que siga las formas de articulación institucional gracias a las cuales se coordinan contextos de interacción en el interior de sistemas sociales más amplios. Pero si existe un punto para destacar con energía, es que los investigadores deben mantenerse en guardia ante los métodos con los que se producen datos cuantitativos. En efecto, a diferencia del movimiento del mercurio dentro de un termómetro, los datos sociales nunca son un mero «indicador» de un fenómeno que se diera independientemente, sino que siempre, al mismo tiempo, son testimonio de aquello «a lo cual» se refieren, a saber: procesos de vida social.

### *Saber mutuo versus sentido común*

Es por sí evidente que una investigación empírica no tiene justificación si no produce en algún sentido un saber nuevo que antes no se tenía. Como todos los actores sociales existen en contextos situados en el interior de grandes segmentos de espacio-tiempo, lo novedoso para algunos de esos actores no lo será para otros, incluidos entre estos otros a los científicos sociales. Desde luego que es en estos «hiatos de información» donde la investigación etnográfica alcanza su importancia específica. Este tipo de investigación es explicativo en un sentido amplio del término, porque sirve para esclarecer enigmas que se presentan cuando los individuos de cierto escenario cultural se encuentran con los que pertenecen a otro escenario que es muy diferente en ciertos aspectos. La pregunta «¿Por qué ellos actúan (piensan) así?» es una invitación a entrar en el *medio* culturalmente extraño y a comprenderlo. Para los que ya se encuentran en ese *medio*, según lo han destacado Winch y muchos otros, puede ocurrir que esa empresa sea no esclarecedora como tal. Sin embargo, muchas investigaciones sociales, por referencia tanto al material empírico que producen como a las interpretaciones teóricas que invocan, tienen connotaciones críticas para creencias sustentadas por los agentes. Si queremos investigar la naturaleza de esas connotaciones debemos averiguar el sentido exacto



en que las ciencias sociales demuestran un saber nuevo y el modo en que este saber se pueda enlazar con la crítica de una creencia falsa. Se trata de cuestiones complejas, y no intentaré atender aquí más que a determinados aspectos de ellas.

Los afanes críticos de las ciencias sociales, como los de la ciencia natural, se dirigen a la adecuación lógica y empírica de observaciones narradas y de teorías que a estas se asocian. Como lo han destacado con toda justicia Schutz y muchos otros, el carácter crítico de una ciencia social suele en este aspecto apartarla muy tajantemente de las creencias y teorías en uso que se entretienen en la conducta de una vida social cotidiana. Todos los actores sociales —se puede afirmar con propiedad— son teóricos sociales que modifican sus teorías a la luz de sus experiencias y son receptivos para una información nueva que acaso adquieran en tanto así obran. Una teoría social en modo alguno es la provincia especial y solitaria de pensadores académicos. Sin embargo, los actores legos se interesan en general sobre todo por la utilidad práctica del «saber» que aplican en sus actividades diarias, y pueden existir caracteres básicos de la organización institucional de la sociedad (la ideología entre ellos, aunque no exclusivamente) que reduzcan o distorsionen lo que ellos consideran un saber.

Es de toda evidencia que el «modelo demostrativo» de la ciencia natural no se puede transferir como tal a las ciencias sociales. Creencias de sentido común acerca del mundo natural son corregibles a la luz de los descubrimientos de las ciencias naturales. No existen dificultades lógicas especiales para comprender lo que ocurre en esas circunstancias, aunque puedan existir barreras sociales para la recepción de ideas científicas.<sup>39</sup> Es decir, unas creencias legas están sujetas a corrección en la medida de lo que haga falta por el aporte de teorías y observaciones científicas novedosas. Las ciencias naturales pueden en principio demostrar que algunas de las cosas que el miembro lego de la sociedad cree acerca del mundo objetivo son falsas mientras que otras son válidas. Pero esto es más complicado en las ciencias sociales, para mejor o para peor. Los «descubrimientos» de las ciencias sociales, como lo he apuntado, no necesariamente son novedades para aquellos a quienes esos descubrimientos se refieren.

Hay que decir que las cuestiones implícitas en esto se han oscurecido mucho a consecuencia del tironeo entre formulaciones objetivistas y comprensivas de ciencia social. Las primeras propendieron a aplicar sin restricciones a las ciencias sociales el modelo demostrativo. Es decir, juzgaron que las creencias de sentido común enlazadas en una vida social eran corregibles no problemáticamente sobre la base del esclarecimiento que las ciencias sociales pudieran producir. En cambio, los influidos por la hermenéutica y la filosofía del lenguaje

usual plantaron enérgicas objeciones a ese punto de vista ingenuo. Las creencias de sentido común, en tanto forman parte de un uso lingüístico y de una acción en la vida cotidiana, no se pueden considerar meros impedimentos para una caracterización válida o verídica de la vida social. Es que nos resulta del todo imposible definir una actividad social si no sabemos lo que sus actores constitutivos saben, así tácita como discursivamente. Empirismo y objetivismo no hacen sino eliminar todo el problema de la generación de definiciones sociales gracias al saber mutuo que observadores sociológicos y miembros legos de una sociedad tienen en común.<sup>40</sup> Lo desdichado es que, tras alcanzar esta conclusión, los que abogan por formas comprensivas de ciencia social encuentran difícil o imposible mantener la postura crítica en que la tradición del signo opuesto insistía con justicia respecto de la yuxtaposición de ciencia social y sentido común. Las tareas de la ciencia social parecen entonces puntualmente limitadas a la etnografía: a la empresa hermenéutica de la «fusión de horizontes».<sup>41</sup> Semejante parálisis de la voluntad crítica resulta tan insatisfactoria en el plano lógico como lo es el empleo irrestricto del modelo demostrativo.

Una salida de este atolladero se puede hallar si se distingue saber mutuo de «sentido común».<sup>42</sup> El primero denota el necesario respeto que el analista social debe tener por la autenticidad de la creencia o por la *apertura* hermenéutica en la definición de una vida social. «Necesario» posee, en esta frase, un valor lógico. La razón por la cual en general tiene más sentido hablar de «saber» que de «creencia» para referirse al modo en que los actores se abren paso entre los contextos de una vida social es que la generación de definiciones pide poner entre paréntesis el escepticismo.<sup>43</sup> Las creencias, tácitas y discursivas, se tienen que considerar un «saber» cada vez que el observador opere en el plano metodológico de caracterizar una acción. Un saber mutuo, concebido como el modo necesario de obtener acceso al «asunto» de la ciencia social, no es corregible a la luz de sus descubrimientos; por el contrario, es la condición de ser capaz de obtener en principio «descubrimientos».

Porque un saber mutuo es en buena parte tácito —se lo alcanza en el nivel de una conciencia práctica—, no resulta evidente que un respeto por la autenticidad de la creencia sea una parte necesaria de cualquier trabajo etnográfico en las ciencias sociales. Es indudable que para esclarecer la naturaleza de un saber mutuo alcanzaron importancia decisiva los ataques que llevaron los influidos por la fenomenología y la etnometodología contra las concepciones más ortodoxas de ciencia social. Pero cuando hablan de manera difusa de «sentido común», o de términos equivalentes, no distinguen analíticamente la cuestión metodológica de la cuestión crítica. Con mi propuesta de dis-

tinguir saber mutuo de sentido común quiero reservar la segunda expresión para denotar las creencias proposicionales implícitas en la conducción de actividades cotidianas. Este distinguir es en buena parte analítico; o sea: un sentido común es un saber mutuo que no es considerado un saber sino una creencia falible. Ahora bien, no todo saber mutuo se puede expresar bajo la forma de creencias proposicionales, o sea, creencias en que se dan unos u otros estados de cosas. Además, no todas esas creencias son susceptibles de formulación discursiva por parte de quienes las sustentan.

Distinguir entre saber mutuo y sentido común no significa que siempre sean fases cómodamente separables de estudio en una investigación social real. Por una parte, el lenguaje de definiciones usado por observadores sociológicos es siempre más o menos diferente del que emplean los actores legos. La introducción de una terminología de ciencia social puede (aunque no necesariamente lo hace) poner en entredicho creencias formuladas discursivamente (o «teorías en uso», si esas creencias aparecen conectadas en un conjunto) que los actores sustenten. Toda vez que los actores estudiados ya empleen definiciones cuestionadas, cualquier definición dada por observadores, aun si recurre a las categorías de los actores, es directamente crítica de otras terminologías disponibles que se podrían haber empleado. Lo que desde una perspectiva es un «movimiento de liberación» puede aparecer, desde otra, como una «organización terrorista». La preferencia por una expresión sobre la otra, desde luego, implica una postura definida por parte del observador. No se advierte tan inmediatamente que lo mismo sucede con la preferencia por una expresión más «neutra»; su uso, sin embargo, indica también una distancia crítica que el observador toma de los conceptos aplicados por los actores que tienen participación directa.

En cualquier situación de investigación pueden existir creencias aceptadas por los participantes tan irritativas para las que sustenta el observador que este exprese una distancia crítica frente a ellas aun en lo que por lo demás constituya un estudio puramente etnográfico. Un antropólogo puede no sentir escrúpulos en afirmar «Los X obtienen sus cosechas sembrando en otoño» porque es de saber mutuo entre él y los miembros de la cultura X que plantar semillas en una época apropiada del año culmina en una determinada cosecha. Pero ese mismo antropólogo acaso diga «Los X creen que su danza ceremonial atrae la lluvia», con lo que indicará una discontinuidad entre lo que él cree y lo que creen los de la cultura X acerca de las condiciones bajo las cuales se produce una lluvia.<sup>44</sup>

Los ejemplos mencionados en el párrafo anterior indican que hasta una investigación social puramente etnográfica —es decir, tal que per-

siga el propósito limitado de una entrevista descriptiva— con frecuencia adquiere una dimensión crítica. Aunque esto no compromete el distingo lógico entre saber mutuo y sentido común, ordena sin embargo especificar de manera más declarada lo implícito en esa dimensión de crítica que en otros tipos de investigación se suele elaborar más francamente.

En este punto tengo que apuntar las dimensiones modestas de la discusión que sigue. Un análisis lógico de lo implícito en la recolección de un saber mutuo así como de lo implícito en la crítica de una creencia de sentido común plantea cuestiones epistemológicas que no cabría examinar exhaustivamente aquí. Las ideas que desarrollo en lo que sigue se proponen apenas ofrecer un esbozo que supone cierta concepción epistemológica sin sustentarla en detalle. Existen dos dimensiones —sostendré— en que una ciencia social importa a la crítica de creencias legas concebidas como sentido común (esto incluye la crítica de la ideología pero sin conferirle una prioridad especial). Las actividades críticas que especialistas en ciencia social toman como núcleo de su quehacer tienen consecuencias directas sobre las creencias que los agentes sustentan con tal que se pueda demostrar que esas creencias sean inválidas o no tengan un fundamento adecuado. Ahora bien, estas consecuencias son especialmente importantes cuando las creencias en cuestión están consustanciadas con las razones que los actores tienen para su obrar. Sólo algunas de las creencias que los actores sustentan o profesan forman parte de las razones que ellos tienen para su conducta. Cuando estas se ven sometidas a crítica a la luz de tesis o descubrimientos de ciencia social, el observador social procura demostrar que aquellas razones no son buenas razones.

La determinación de las razones de los agentes en general se relaciona íntimamente con los problemas hermenéuticos planteados por la generación de un saber mutuo. Dada esta circunstancia, debemos distinguir entre lo que denominaré «criterios de credibilidad» y los «criterios de validez» que interesan a la crítica de las razones en tanto son buenas razones. Los criterios de credibilidad denotan criterios de carácter hermenéutico usados para indicar que la aprehensión de las razones de los autores esclarece exactamente lo que ellos hacen a la luz de esas razones. Los criterios de validez atañen a criterios de prueba fáctica y de comprensión teórica empleados por las ciencias sociales para apreciar que las razones son buenas razones. Consideremos el famoso caso de los papagayos rojos, muy debatido en la bibliografía antropológica. Los bororo del Brasil central dicen: «Somos papagayos rojos». Debatido por Von den Steinen, Durkheim y Mauss, entre otros, este enunciado pareció a muchos o carente de sentido o impenetrable hermenéuticamente. Pero hace poco tiempo la cuestión fue retomada

por un antropólogo que tuvo la posibilidad de reinvestigarla en su fuente, entre los bororo.<sup>45</sup> Descubrió que la frase es pronunciada sólo por hombres; que las mujeres bororo suelen poseer papagayos rojos como mascotas; que en diversos aspectos en la sociedad bororo los hombres son notablemente dependientes de las mujeres; y que un contacto con los espíritus es establecido por hombres y papagayos rojos con independencia de las mujeres. Parece verosímil inferir que «Somos papagayos rojos» es un enunciado con el que los hombres hacen un comentario irónico sobre su deuda hacia las mujeres y al mismo tiempo afirman su superioridad espiritual frente a ellas. La investigación del porqué se pronuncia ese enunciado contribuye a esclarecer la naturaleza del enunciado mismo. La investigación de criterios de credibilidad, al menos con respecto a creencias formuladas discursivamente, parte de aclarar las siguientes cuestiones: quién las expresa, en qué circunstancias, en qué estilo discursivo (descripción literal, metáfora, ironía, etc.) y por qué motivos.

Una apreciación sobre criterios de validez se gobierna exclusivamente por la conjunción de una «crítica interna» y «externa» generada por la ciencia social. Es decir que los criterios de validez son los criterios de crítica interna que en mi opinión son sustancialmente constitutivos de lo que es la ciencia social. La tarea principal de las ciencias sociales en orden a la crítica del sentido común es la de apreciar las razones como buenas razones por referencia a un saber del que los agentes legos simplemente carecen o que ellos imaginan de una manera diferente de la formulada en los metalenguajes de la teoría social. No veo fundamento para dudar de que los patrones de crítica interna en las ciencias sociales desborden directamente en una crítica externa bajo este aspecto. Se trata de un enunciado fuerte, y es justamente en este paso donde se presupone un punto de vista epistemológico específico. El enunciado presupone, y yo presupongo, que es posible demostrar que ciertos artículos de creencia son falsos mientras que otros son verdaderos, aunque se debería examinar lo que «demostrar» significa aquí con no menor precisión que el significado de «falso» y de «verdadero». El enunciado presupone, y yo presupongo, que una crítica interna —los exámenes críticos a que los especialistas en ciencia social someten sus ideas y pretendidos descubrimientos— es intrínseca a lo que la ciencia social es como empresa colectiva. Estoy dispuesto a ganarme el disfavor del lector filosóficamente refinado afirmando, sin más trámite, que a mi juicio estas cosas son así. Pero en un contexto diferente sería indispensable sin duda defender semejantes tesis bien por extenso.

Se puede demostrar —creo— que existe una relación no contingente entre demostrar que una creencia social es falsa, y unas conse-

creencias prácticas en el sentido de modificar una acción ligada con esa creencia. Criticar una creencia significa (lógicamente) criticar cualquier actividad o práctica que se lleve a cabo en los términos de esa creencia, y tiene fuerza de convicción (motivacionalmente) con tal que ella sea una razón para la acción. En caso de que la creencia en cuestión anime un segmento o aspecto de conducta en relación con el mundo natural, mostrar que es falsa causará (*ceteris paribus*) que el agente modifique su conducta en los costados pertinentes. Si esto no sucede, cabe presumir que otras consideraciones prevalecen en la mente del agente, que las consecuencias de la falsedad de la creencia no se comprenden bien o que el actor en realidad no acepta que su falsedad se haya demostrado de manera convincente. Ahora bien, las creencias sociales, a diferencia de las que se refieren a la naturaleza, son elementos constitutivos de aquello mismo sobre lo cual versan. De esto se sigue que una crítica de una creencia falsa (*ceteris paribus*) es una *intervención práctica* en la sociedad, un fenómeno político en el sentido amplio de la expresión.

¿Qué relación guarda esta discusión de la creencia con la tesis de que todos los actores competentes no sólo saben lo que hacen (bajo alguna definición) sino que deben saberlo si es que la vida social ha de presentar el carácter que en efecto tiene? Lo mejor será responder sobre la base de un ejemplo concreto. Consideremos el voto en una situación de «una persona, un voto». Semejante práctica a todas luces supone que todos los votantes potenciales saben lo que es un «voto», que tienen permitido votar una vez sola, que sólo pueden votar en su propio nombre, etc. Sólo si los participantes saben estas cosas, y actúan en consecuencia, podemos hablar de la existencia de un sistema de «una persona, un voto». Es un problema hermenéutico determinar si se puede afirmar válidamente la existencia de ese fenómeno en caso de que sólo cierta proporción de las personas tenga plena conciencia de los conceptos en cuestión. Afirmar que los actores «tienen que» saber lo que hacen para que exista una votación es especificar lo que se considera una definición válida de la actividad. Sin embargo, no hay duda de que *algunas* personas participantes acaso no sepan lo que es votar, o no conozcan todos los procedimientos que supone votar, y de que su actividad puede influir sobre el resultado del voto. Generalizando, podemos afirmar que individuos cualesquiera pueden cometer errores sobre lo requerido en algunos aspectos de una convención social. Pero nadie se puede equivocar la mayor parte de las veces sobre lo que hace, porque de lo contrario esa persona será considerada incompetente por otros actores; y no existe aspecto alguno de una convención sobre el que la mayoría de los actores se puedan equivocar la mayor parte de las veces. Desde luego, tenemos que admitir otras po-

sibilidades. Agentes situados en ciertos sectores de una sociedad pueden desconocer por completo lo que ocurre en otros; algunos actores acaso crean que los resultados de sus actividades son diferentes de lo que son en efecto; y la redefinición de un contexto de acción en los conceptos de la ciencia social quizá represente lo que ocurre bajo aspectos diferentes de aquellos con los que está familiarizado el agente.

Podemos suponer —repetamos— que un saber nuevo elaborado en las ciencias sociales de ordinario tendrá consecuencias transformadoras inmediatas para el mundo social existente. ¿Pero qué esconde el *ceteris paribus*? ¿Bajo qué condiciones no se dará esto?

1. Con toda evidencia, siempre que las circunstancias definidas o analizadas se relacionen con sucesos pasados y denoten condiciones sociales que ya no se cumplen. Por si se creyera que esto nuevamente deja sitio a una distinción neta entre historia y ciencia social, conviene señalar que aun estudios puramente etnográficos de culturas desaparecidas pueden muy bien considerarse circunstancias actuales esclarecedoras, ya por los contrastes mismos que ponen de manifiesto. Es indudable que en principio no podemos afirmar que un saber sobre situaciones que ya no existen sea desdeñable para otros contextos en los que ese saber se pudiera aprovechar de manera transformadora. Un buen ejemplo es la influencia del «cesarismo» en la política francesa del siglo XIX, satirizada por Marx.
2. Siempre que la conducta en cuestión nazca de motivos y razones que no se alteren por la información nueva que llega a estar disponible. Los nexos implícitos en esto pueden ser mucho más complicados de lo que a primera vista parecieran. Los que semejan dos conjuntos de fenómenos independientes (por ejemplo, el enunciado de una generalización y actividades denotadas por esa generalización) pueden estar íntimamente conectados. Se podría pensar que la mayoría de las «leyes» o generalizaciones más conocidas de la economía neoclásica son enunciados cuyo conocimiento no modificará las circunstancias a las que se refieren. O sea, se basan en pautas de motivación y raciocinio sustentadas por agentes legos que difícilmente se alteren no importa cuán consabidas lleguen a ser esas generalizaciones. Pero el desarrollo de la ciencia económica ha desempeñado un papel en la creación de las condiciones mismas en que las generalizaciones en cuestión son válidas, y ha promovido una actitud de cálculo hacia la inversión del capital, etc., fenómeno este cuyo examen retomaré más adelante.
3. Siempre que el saber o la información nuevos se usen para mantener las circunstancias existentes. Desde luego que esto puede ocurrir cada vez que las teorías o los descubrimientos en cuestión

modificarían lo que definen si se los utilizara de cierta manera. Un ejemplo: la apropiación selectiva de un material de ciencia social por parte de los poderosos puede ponerlo al servicio de fines distintos de aquellos a los que habría contribuido si se hubiera difundido más.

4. Siempre que quienes se afanan en aplicar el nuevo saber no se encuentren en condiciones de hacerlo de una manera eficaz. Evidentemente se trata a menudo de un problema de acceso a los recursos que hacen falta para alterar un conjunto de circunstancias existentes. Pero es preciso apuntar también que la posibilidad de una expresión discursiva de intereses suele encontrarse asimétricamente distribuida en una sociedad. Los que están situados en los escalones inferiores de una sociedad son proclives a diversas limitaciones en sus potencialidades para una formulación discursiva de intereses, en particular cuando se trata de sus intereses de largo plazo. Tienen menos posibilidades que los situados en posiciones superiores de trascender el carácter situado —en un tiempo y un espacio— de sus actividades. Esto puede deberse a la menor calidad de sus oportunidades educacionales, al carácter más limitado de sus *medios* típicos de acción (con términos de Gouldner, se inclinan a ser más «locales» que cosmopolitas) o a que los situados en posiciones superiores simplemente tienen a su disposición un espectro más amplio de información accesible. Además, los situados en los escalones inferiores difícilmente tengan acceso a un discurso coherente y conceptualmente refinado cuyos términos les permitieran conectar sus intereses con las condiciones de su realización.
5. Siempre que el pretendido conocimiento resulte ser en parte falso. Es de toda evidencia, ciertamente, que no existe una convergencia necesaria entre la validez de ideas o de observaciones producidas en las ciencias sociales y su apropiación por parte de actores legos. De esto derivan diversas posibilidades, incluida aquella con arreglo a la cual opiniones que originalmente eran falsas se vuelven verdaderas a consecuencia de su propagación (la profecía que se cumple en virtud de su misma enunciación). De ningún modo se sigue inevitablemente de esto que la adopción de descubrimientos inválidos carezca de consecuencias sobre la conducta que pretenden describir.
6. Siempre que el saber nuevo sea trivial o carente de interés para los actores a quienes va referido. Este caso es bastante más significativo de lo que pudiera parecer a causa de las diferencias que quizás existan entre la preocupación de actores legos y la de observadores sociales. Como lo expresa Schutz, los puntos importantes para los especialistas en ciencia social no necesariamente son idénticos a los



- que interesan a los actores cuya conducta aquellos buscan explicar.
7. Siempre que la *forma* de un saber o de una información generada inhiba su aplicación u oculte determinados caminos por los cuales se lo podría aplicar. Con mucho, el caso más importante en este sentido es el de la reificación. Pero las consecuencias que esto envuelve son, otra vez, complejas. Un discurso reificado producido en las ciencias sociales puede tener diferentes efectos según que el discurso de los actores legos esté también reificado o que no lo esté.

### *Generalizaciones en la ciencia social*

\* La vida social no es, en muchos aspectos, un producto intencional de los actores que la constituyen, a despecho de que una conducta diaria se realice inveteradamente de una manera intencional. Es en el estudio de las consecuencias no buscadas de una acción, según lo he destacado muchas veces, donde se encontrarán algunas de las tareas más propias de las ciencias sociales. Es además aquí donde se sitúa el interés dominante de los especialistas en ciencias sociales inclinados al objetivismo y a la sociología estructural. Los que se declaran partidarios de la explicación, como objetivo de las ciencias sociales consustanciado con el descubrimiento de leyes, omiten hacer lo propio cuando los resultados son más o menos completamente intencionales. Por ejemplo, los conductores de automóviles por lo común se detienen cuando las luces de tránsito son rojas y retoman su marcha cuando pasan al verde. Pero nadie sostiene que una detención ante luces de tránsito se pueda presentar como una ley de la conducta social humana. Las leyes en cuestión son de tipo jurídico. Los conductores conocen la finalidad de las luces rojas, la reacción que se espera de ellos con arreglo a los códigos de conducta en el tránsito, y cada vez que se detienen ante la luz roja o arrancan con la verde saben lo que hacen y lo hacen con intención. El hecho de que esos ejemplos no se mencionen como leyes aunque la conducta que muestran sea muy regular es indicativo de que el problema de las leyes en la ciencia social está muy compenetrado con consecuencias no buscadas, condiciones inadvertidas y constreñimiento.

Por «leyes», los sociólogos estructurales de ordinario entienden leyes universales del tipo cuya existencia se postula en las ciencias naturales. Pero se discute mucho sobre si de hecho semejantes leyes existen o no en las ciencias naturales y, en caso afirmativo, sobre su condición lógica. Ahora bien, supongamos que existan y que se plieguen a la interpretación común de su forma lógica. Las leyes universales aseveran que si se da un conjunto de condiciones especificadas

con precisión, se da también un segundo conjunto de condiciones, donde el primer conjunto es causa del segundo. Desde luego que no todos los enunciados causales son leyes, ni todas las relaciones causales se pueden subsumir bajo leyes (conocidas). Tampoco todos los enunciados de forma universal son leyes. Hempel da este ejemplo: «Todos los cuerpos compuestos de oro puro tienen una masa menor de cien mil kilogramos». No existe un caso conocido que invalide este enunciado, pero si no se descubre algún mecanismo causal que explique la razón de esto, es probable que no se lo considere un ejemplo de ley.<sup>47</sup> ¿Existen leyes universales en las ciencias sociales? Si no existen, ¿por qué tantos de los partidarios de la sociología estructural han puesto de manera emblemática todos sus huevos en esa particular canasta de explicaciones? La respuesta llana a la primera pregunta es que no existen. En ciencia natural, o al menos en algunos de los campos principales de ciencia natural, existen muchos ejemplos de leyes que parecen concordar con el tipo de la ley universal. En ciencia social —y yo incluiría en este juicio a la economía no menos que a la sociología— no existe ningún candidato que pudiera aspirar sin controversia a ser un ejemplo de una ley de esas características en el campo de una conducta social humana. Como lo he sostenido en otra parte,<sup>48</sup> las ciencias sociales no son recién llegadas si se las compara con la ciencia natural. La idea de que esas leyes se descubrirán por fin con más investigación es, en el mejor de los casos, notablemente inverosímil.

Si no existen ni existirán nunca en ciencia social, ¿por qué tantos creyeron que las ciencias sociales debían perseguir semejante quimera? En una parte considerable, sin duda, a causa del imperio que unas filosofías empiristas de ciencia natural mantuvieron sobre las ciencias sociales. Pero ciertamente no fue esto todo lo que hubo. También intervino la creencia de que el único saber meritorio en cuya obtención debieran interesarse las ciencias sociales acerca de actores o instituciones sociales era aquel que esos mismos actores no poseían. Esto trajo la inclinación a reducir a un mínimo el saber atribuido a los actores, lo que ensanchó el radio para la operación de mecanismos causales que produjeran sus efectos con independencia de las razones que los individuos tuvieran para su obrar. Ahora bien, si esta concepción no es viable, por razones que he examinado con bastante detalle en este libro, tenemos que considerar de nuevo la naturaleza de las leyes en ciencia social. Que no existan leyes universales conocidas en ciencia social no es mera casualidad. Si es correcto afirmar, como he sostenido, que los mecanismos causales en generalizaciones de ciencia social nacen de las razones de los actores en el contexto de una «mezcla» de consecuencias buscadas y no buscadas de una acción, fácil-

CRIM A)  
Objetivismo  
CRIM A B  
ETIC

mente vemos por qué esas generalizaciones no tienen una forma universal. En efecto, el contenido del entendimiento de los agentes, la cuestión de cuán «situado» es su saber y de la validez de su contenido proposicional: son todos aspectos que influyen sobre las circunstancias en las que aquellas generalizaciones se aplican.

Una vez más a riesgo de disgustar al lector de formación filosófica, quiero simplemente declarar que razones son causas, y acepto que esto sin duda implica una concepción no-humana de la causalidad. Dicho con más propiedad, en la terminología que he introducido: la racionalización de una acción interviene causalmente, de una manera inveterada, en la prosecución de acciones cotidianas.<sup>49</sup> La racionalización de una acción, en otras palabras, es un elemento rector en el espectro de potencias causales que un individuo despliega *qua* agente. Esto se debe a que obrar algo por unas razones supone aplicar un entendimiento sobre «lo que se requiere» en un conjunto dado de circunstancias para plasmar lo que en efecto se obre en esas circunstancias. Tener razones para obrar algo no es lo mismo que obrar algo por unas razones, y es la diferencia entre lo uno y lo otro la que enuncia el influjo causal de la racionalización de una acción. Razones son causas de actividades que el individuo «hace ocurrir» como un carácter intrínseco de su condición de agente. Pero como el registro reflexivo de una acción es limitado, según lo destaqué con frecuencia, existen factores causales que influyen sobre una acción sin que operen a través de su racionalización. De lo dicho antes, se sigue que son de dos clases: influjos inconscientes e influjos que afectan a las circunstancias de una acción, aquellas en que los individuos ponen en práctica su conducta.

Los factores de la segunda clase son de lejos los más importantes a los fines de un análisis social, pero como «circunstancias de una acción» es una expresión asaz general, es preciso explicitarla un poco. Toda acción ocurre en contextos que, para un actor solo cualquiera, incluyen muchos elementos que ese actor no contribuyó a producir y sobre los cuales no ejerce un control significativo. Esos caracteres habilitantes y restrictivos de unos contextos de acción incluyen fenómenos tanto materiales como sociales. Por lo que se refiere a los fenómenos sociales, es preciso destacar que un aspecto del *medio* social que es controlable para un individuo puede ser para otros individuos más bien algo que «ocurre» y no que «hagan ocurrir». Muchos de los aspectos más delicados, sutiles, y que imponen mayor exigencia intelectual del análisis social provienen de esto.

Ahora bien, se puede admitir que todas las generalizaciones abstractas en las ciencias sociales son, explícita o implícitamente, enunciados causales. Pero, como me he empeñado en destacarlo en todo este libro, importa mucho el tipo de relaciones causales que inter-

vienen. Es decir: unas situaciones en que los interesados «hacen que ocurra» un resultado normado difieren sustancialmente de aquellas en que ese resultado «ocurre» de una manera no buscada por participante alguno. Como el saber de los agentes acerca de las condiciones que influyen sobre la generalización tiene importancia causal para esa generalización misma, estas condiciones pueden ser alteradas por cambios en ese saber. La profecía que se cumple por su enunciación misma es un ejemplo, pero sólo uno, de este fenómeno.

La cautela es indispensable aquí. En ciencia natural existen siempre condiciones de contorno para las operaciones de las leyes. Pero tales condiciones no afectan a la relación causal invariante que constituye el núcleo de las tareas de explicación para las cuales la ley puede ser invocada. En el caso de generalizaciones en ciencia social, los mecanismos causales son intrínsecamente inestables, y el grado de su inestabilidad se origina en la proporción en que los seres a quienes la generalización se refiere se inclinan a actualizar modelos corrientes de raciocinio que los llevan a producir clases corrientes de consecuencias no buscadas. Considérese el tipo de generalización indicado por el estudio de Gambetta: «mientras más avanzados estén los niños de origen obrero dentro de un sistema educacional, menos probable será que deserten, por comparación con los niños de otro origen de clase». Aquí las consecuencias no buscadas se concretan para formar una pauta estadística, el resultado es un agregado de decisiones de individuos separados en un tiempo y un espacio. Doy por supuesto que nadie pretendería que esto expresara una ley universal, pero de todos modos se trata de una generalización potencialmente esclarecedora. La relación causal que presupone nace de los tipos de toma de decisiones que Gambetta especifica. Pero, como lo apunta este autor, si los padres o los niños (de cualquiera de las clases) llegaran a tener noticia de la generalización, podrían incorporarla a su evaluación de la situación misma que ella describe y en consecuencia, en principio, restarle validez.

Podemos decir, como muchos otros lo han afirmado, que las generalizaciones en las ciencias sociales son de carácter «histórico» con tal que tengamos presentes las varias acepciones que ese término puede adquirir. En esta particular connotación sólo significa que las circunstancias en que se aplican las generalizaciones están circunscritas en un tiempo y en un espacio, puesto que nacen de precisas mezclas de consecuencias buscadas y no buscadas de una acción. Puesto que ese sea el caso, ¿conviene llamar «leyes» a las generalizaciones en las ciencias sociales? Esto dependerá de la estrictez con la que se quiera interpretar el término «ley». En mi opinión, como en la ciencia natural la «ley» se tiende a asociar con la operación de relaciones invariantes aun en el caso de leyes que no tienen forma universal, es preferible no

usar el término en ciencia social. Comoquiera que fuere, es importante evitar la conclusión de los partidarios de la sociología estructural, a saber, que sólo se descubren «leyes» cuando, con respecto a una serie dada de fenómenos, intervienen en grado significativo consecuencias no buscadas. En otras palabras, las generalizaciones sobre una conducta social humana pueden ser reflejo directo de unas máximas de acción que sean aplicadas a sabiendas por los agentes. Como lo he destacado en este capítulo, investigar hasta dónde es este el caso para cada conjunto especificado de circunstancias tiene que ser una de las tareas principales de la investigación social.

### *Las connotaciones prácticas de la ciencia social*

Las ciencias sociales, a diferencia de la ciencia natural, inevitablemente se enraízan en una «relación sujeto-sujeto» con aquello sobre lo cual versan. Las teorías y los descubrimientos de las ciencias naturales se desgajan del universo de objetos y sucesos a que se refieren. Esto garantiza que la relación entre el saber científico y el mundo de objetos siempre sea «tecnológica» porque un saber acumulado «se aplique» a un conjunto de fenómenos cuya constitución es independiente. Pero no es esta la situación en las ciencias sociales. Como lo explica Charles Taylor: «Aunque es cierto que la teoría en ciencia natural transforma la práctica, no trasforma la práctica a que la teoría se refiere (. . .) La pensamos como una "aplicación" de la teoría». En las ciencias sociales, «la práctica es el objeto de la teoría. La teoría en este dominio transforma a su propio objeto». <sup>50</sup> Las consecuencias que esto tiene son muy considerables e interesan a nuestra apreciación de los logros de las ciencias sociales así como de su efecto práctico sobre el mundo social.

Si admitiéramos la idea de quienes creen que las ciencias sociales deben ser simulacros de las ciencias naturales, no podríamos menos que considerarlas un fracaso. La ciencia social no ha obtenido el tipo de ley exacta que hallamos en las secciones más refinadas de la ciencia natural y, por razones a las que ya me he referido, nunca lo obtendrá. Mirado en la superficie, pudiera parecer que deponer la aspiración a crear una «ciencia natural de la sociedad» liquidaría la idea de que las ciencias sociales alguna vez pudieran influir sobre «su mundo», el mundo social, tanto como las ciencias naturales han influido sobre «sus mundos». Durante generaciones, los partidarios de sociologías naturalistas obraron convencidos de la idea de que la ciencia social necesitaba «alcanzar» a la ciencia natural en lo intelectual y lo práctico. En otras palabras, se sostenía que las ciencias naturales evidentemente habían tomado la delantera sobre las ciencias sociales por sus logros

intelectuales, y, entonces, por sus consecuencias prácticas. Para las ciencias sociales, el problema sería recuperar el terreno perdido y así poder aplicar sus descubrimientos a un gobierno sobre sucesos del mundo social, en paralelismo con la ciencia natural. El programa de Comte respondía a este tipo de punto de vista, el que después se reiteró consistentemente bajo diversas vestiduras.

La que sigue es una formulación característica, de la pluma de un autor que en otros aspectos está lejos de ser un seguidor de Comte:

«Como especialistas en ciencia social, compartimos con todas las personas cultas del mundo el desasosiego de saber que en nuestro campo de estudio el progreso es mucho más lento que en el de las ciencias naturales. Son sus descubrimientos y sus inventos los que producen incontrastables cambios radicales en la sociedad, mientras que los nuestros tienen gravitación mucho menor. Se difunde una sobrecogedora aflicción por el hiato que este contraste denuncia. Mientras que el poder del hombre sobre la naturaleza es cada vez más sólido, y su avance es incluso vertiginoso, el gobierno del hombre sobre la sociedad, lo que quiere decir en primer lugar sobre sus propias actitudes e instituciones, se retrasa. En parte, al menos, esto se debe al menor ritmo del avance en nuestro conocimiento sobre el hombre y su sociedad, el conocimiento que se debería traducir en una acción en favor de una reforma social.»<sup>51</sup>

- A primera vista, nada parece más evidente que este hecho: el efecto transformador de las ciencias naturales ha sido incomparablemente mayor que el de las ciencias sociales. La ciencia natural tiene sus paradigmas, sus descubrimientos universalmente reconocidos, un saber de elevada generalidad que se expresa con precisión matemática. En las ciencias naturales, los «fundadores» han sido olvidados o se los ve como los creadores de ideas que sólo interesan a un anticuario. La fusión de ciencia y tecnología ha dado lugar a formas de transformación material en una escala extraordinaria. La ciencia social, por otro lado, parece inveteradamente plagada de disensos, incapaz de olvidar a sus «fundadores», a cuyos escritos se atribuye una importancia duradera. Es cierto que hoy los gobiernos buscan a veces en las ciencias sociales una fuente de información para tomar decisiones políticas; pero la gravitación de esto parece trivial y marginal si se lo compara con el efecto global de la ciencia natural. El mayor prestigio social de que goza la ciencia natural en comparación con las ciencias sociales se ve asaz acorde con sus logros diferenciales y su influjo material.

¿Pero es correcta esta visión tradicional de la ciencia social como pariente pobre? Como mínimo se puede decir que se vuelve menos

cómodo sostenerla si tomamos en cuenta el alcance de la doble hermenéutica. Las ciencias sociales —repitamos— no están aisladas de «su mundo» tal como las ciencias naturales están aisladas de «sus mundos». Por cierto que esto pone en duda que se alcance un cuerpo de conocimiento especial del tipo que buscan los que toman como modelo la ciencia natural. Pero al mismo tiempo significa que las ciencias naturales entran en la constitución misma de «su mundo» de una manera inalcanzable para la ciencia natural.

Considérese lo siguiente:

«Un hombre hecho príncipe por el favor del pueblo tendrá que trabajar para conservar su beneplácito; y esto le resultará fácil porque el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero un hombre hecho príncipe contra la voluntad del pueblo y por el favor de los nobles deberá ante todo granjearse la voluntad del pueblo; también esto es fácil si lo toma bajo su protección. Cuando los hombres reciben favores de alguien de quien esperaban males, se sienten muy obligados hacia su benefactor; por eso mismo el pueblo en un instante puede mostrarse más amistoso hacia el príncipe que si este hubiera tomado el poder con su ayuda».<sup>52</sup>

El teorema de Maquiavelo no es más que una observación sobre el poder y sobre el apoyo popular en política. Quiso ser, y así se lo entendió, una contribución a la mecánica efectiva del gobierno. Sin exageración se puede afirmar que la práctica del gobierno ya no fue la misma después que los escritos de Maquiavelo alcanzaron difusión. Es cierto que no es cómodo rastrear su influjo. «Maquiavélico» se ha convertido en un término peyorativo, en parte por razones que no guardan relación alguna con el contenido real de los escritos de Maquiavelo; por ejemplo, a causa de la conducta famosa de gobernantes que invocaron para su propia interpretación la enseñanza de él. Principios que los príncipes apliquen también pueden ser aplicados por sus súbditos y por otros que se oponen a ellos. Las consecuencias prácticas de discursos como el de Maquiavelo suelen ser retorcidas y ramificadas. Están muy lejos de una situación donde los descubrimientos de las ciencias sociales se coleccionaran y evaluaran en una esfera (la «crítica interna» de especialistas profesionales) y simplemente «se aplicaran» en otra (el mundo de la acción práctica). Pero son más representativos del destino del conocimiento en ciencia social que este último retrato.

Es cierto que se podría discutir que esté justificado calificar a Maquiavelo de «científico social», con el argumento de que sus escritos son anteriores a la época en que se sistematizó la reflexión sobre la

naturaleza de las instituciones sociales. Pero supongamos que miremos el último período de las décadas finales del siglo XVIII y la parte inicial del siglo XIX. Fue la época en la cual —se podría sostener— se inició una investigación empírica circunstanciada de cuestiones sociales. Algunos han considerado que este período fue la primera fase en que se proveyó a las ciencias sociales de una base de prueba que pudo empezarse a parecerse a la de la ciencia natural. No obstante, lo notable es que las técnicas de investigación elaboradas, y los «datos» generados, inmediatamente se consustanciaron con la sociedad a la que pretendían analizar. La proliferación de estadísticas oficiales es un síntoma y a la vez un resultado material de este proceso. Su compilación se hizo posible por el empleo de métodos sistemáticos de encuesta social. La elaboración de tales métodos fue inseparable de los nuevos modos de control administrativo que la compilación de estadísticas oficiales hizo posible. Una vez instituidas, las estadísticas oficiales dieron cabida a su vez a nuevos tipos de análisis social, por ejemplo, la investigación de pautas demográficas, crimen, divorcio, suicidio, etc. Pero otra vez la bibliografía sobre esos temas fue reincorporada en la práctica de los interesados en la producción de las estadísticas relacionadas con ello. La bibliografía sobre suicidio, por ejemplo, es muy leída por encargados de autopsias, funcionarios judiciales y otros, incluidos aquellos que piensan en actos suicidas o los cometen.<sup>53</sup>

Desde luego, la elaboración de metalenguajes teóricos y la especialización que exige el estudio intensivo de campos específicos de vida social garantizan que las ciencias sociales no se fusionen por completo con su «asunto». Pero tan pronto como se aprehende lo complejo, continuo e íntimo de la asociación entre analistas «profesionales» y legos, se ve cómodamente que el profundo efecto de la ciencia social sobre la constitución de las sociedades modernas pueda ocultarse de la vista. «Descubrimientos» de ciencia social, con tal que sean interesantes, no conservarán mucho tiempo su condición de descubrimientos; mientras más esclarecedores sean, en efecto, más se tenderá a incorporarlos en una acción, con lo que se volverán principios familiares de vida social.

Las teorías y descubrimientos de las ciencias naturales se sitúan en una relación «tecnológica» con su «asunto». Es decir: la información que generan tiene peso práctico como un «medio» aplicado a alterar un mundo de objetos y sucesos independientemente dado y autónomo. Pero las ciencias sociales no se limitan a una relación «tecnológica» con su «asunto», y su incorporación a una acción legítima sólo marginalmente es «tecnológica». Muchas permutaciones posibles de saber y poder nacen de esto. Para demostrar que en efecto es así volvamos al

▷ MARXISMO y gubirnisio sus guplas 10 650



ejemplo de las observaciones de Maquiavelo sobre la naturaleza de la política. Las siguientes son implicaciones y ramificaciones posibles de los escritos de Maquiavelo:

1. Maquiavelo acaso en sustancia se limitó a dar una forma de expresión particular a lo que muchos gobernantes, y sin duda que también otros que no lo eran, sabían ya; y hasta es muy posible que conocieran algunas de esas cosas discursivamente, aunque no parece probable que fueran capaces de expresarlas con tanta riqueza como Maquiavelo.
2. Que Maquiavelo escribiera sus textos introdujo, una vez que estuvieron disponibles, un factor nuevo que no existía antes cuando las mismas cosas eran sabidas, si es que lo eran.
3. «Maquiavélico» pasó a ser un término despectivo entre los que tenían noticia de las ideas adoptadas por Maquiavelo sin que necesariamente tuvieran un conocimiento de primera mano de los textos. En Inglaterra se veía a Maquiavelo como una fuente de perversiones antes que se publicara en 1640 la primera traducción de *El príncipe*.
4. El tipo de discurso empleado por Maquiavelo en sus escritos fue un elemento o un aspecto de cambios fundamentales en los regímenes jurídico y constitucional de los Estados modernos. Pensar en la «política» de un modo particular y sustantivamente novedoso fue esencial para lo que la «política» llegó a ser.<sup>54</sup>
5. Un gobernante que fuera considerado seguidor de Maquiavelo y que intentara gobernar según preceptos maquiavélicos, acaso encontraría más difícil aplicar estos que otro no reputado como tal. Los súbditos de un gobernante, por ejemplo, al tanto del precepto de que un populacho se inclina a ser particularmente receptivo para favores concedidos por alguien de quien se esperaba opresión, acaso sospecharan justamente de esos favores.
6. Maquiavelo tenía plena conciencia de la mayor parte de los puntos anteriores y puso sobre aviso de algunas de sus consecuencias explícitamente en *El príncipe*. Varios de estos puntos, por lo tanto, adquirieron una complejidad todavía mayor cuando una noticia sobre ellos pasó a formar parte de la actividad política misma.

¿Pero por qué las formulaciones de Maquiavelo conservarían importancia hoy y se las discutiría con seriedad por su concernencia a las sociedades existentes si bajo diversos aspectos han sido absorbidas en esas sociedades? ¿Por qué los que trabajan en las ciencias sociales no pueden olvidar a sus «fundadores» como los olvidan los científicos de la naturaleza? La respuesta quizá se relacione precisamente con el

carácter constitutivo de las ideas que formula y a la vez representa un pensador como Maquiavelo. Este nos procura los medios para una ponderada reflexión sobre conceptos y prácticas que en las sociedades modernas han pasado a formar parte de la naturaleza de la soberanía, el poder político, etc. Al estudiar sus escritos obtenemos una percepción de lo específico del Estado moderno porque Maquiavelo escribió en un período relativamente temprano de su desarrollo. Sin duda que además Maquiavelo pone en descubierto principios de gobierno cuya aplicación es muy generalizada en Estados de toda índole, o les da una forma discursiva específica. No obstante, la principal razón por la cual los escritos de Maquiavelo no «pasan de moda» es que constituyen una serie de reflexiones (estilísticamente brillantes) sobre fenómenos que contribuyeron a constituir. Son formulaciones de modos de pensamiento y de acción que importan a las sociedades modernas no sólo en sus orígenes sino también en su forma organizativa más permanente. Una teoría arcaica de ciencia natural carece de interés particular después que aparecieron teorías mejores. Las teorías que pasan a formar parte de su «asunto» (aunque quizá bajo otros aspectos se resistan a esa incorporación) necesariamente conservan un interés que las teorías anticuadas de ciencia natural no poseen.

Propiciar el carácter crítico de la ciencia social significa prohiar una conciencia conceptual elaborada de las connotaciones prácticas de su propio discurso. El hecho de que las ciencias sociales estén hondamente enraizadas en aquello sobre lo cual versan encarga un papel esencial a la historia de las ideas. Así, por ejemplo, los estudios de Skinner sobre el surgimiento de las formas modernas de discurso en el Estado pos-medieval ponen de manifiesto que ellas pasaron a ser constitutivas de lo que el Estado es.<sup>55</sup> En el acto de mostrar que la naturaleza del Estado moderno presupone una ciudadanía que a su vez sepa lo que el Estado moderno es y su modalidad de operación, Skinner nos ayuda a ver lo específico y peculiar de la forma Estado y su entrelazamiento con cambios discursivos que pasaron a formar parte de prácticas sociales legas.

Las ciencias sociales no pueden proporcionar un saber (pertinente) que se pudiera «reservar», listo para inspirar intervenciones sociales oportunas cuando fuera necesario. En ciencia natural, los criterios de prueba que intervienen para decidir entre teorías e hipótesis están a cargo de expertos especialistas (ello en principio, y por lo común también en la práctica, con excepciones como la controversia de Lysenko). Estos pueden dedicarse a su especialidad de sopesar pruebas y formular teorías sin verse interrumpidos desde el universo a que las pruebas y las teorías se refieren. Pero en las ciencias sociales esta situación no se da o, dicho con más precisión: se da menos justamente con respecto a

aquellas teorías y descubrimientos que tendrían más para ofrecer en los términos de su valor demostrativo. Esto explica buena parte de la razón por la cual las ciencias sociales parecen proporcionar mucha menos información valiosa a los estadistas que las ciencias naturales. Las ciencias sociales necesariamente se basan en gran parte sobre lo ya conocido por los miembros de las sociedades que investigan, y presentan teorías, conceptos y descubrimientos que son devueltos al universo que ellas describen. Los «hiatos» cuya existencia se pueda demostrar entre el aparato conceptual del especialista y los descubrimientos de las ciencias sociales, por un lado, y las prácticas entendidas consustanciales a una vida social, por el otro, son mucho menos evidentes que en la ciencia natural. Consideradas desde un punto de vista «tecnológico», las contribuciones prácticas de las ciencias sociales parecen limitadas, y lo son. No obstante, miradas en su impregnación del universo por ellas analizado, las ramificaciones prácticas de las ciencias sociales han sido y son ciertamente muy profundas.

## Notas críticas: ciencia social, historia y geografía

Los historiadores, según he dicho, no se pueden mirar en verdad como especialistas en una dimensión de tiempo, como tampoco los geógrafos se pueden mirar como especialistas en una dimensión de espacio; esas divisiones entre disciplinas, según de ordinario se las concibe, son expresiones concretas de la supresión de tiempo y de espacio en teoría social. Tienen su contraparte en la idea de que la ciencia social se ocupa de leyes de carácter universal o, al menos, general en alto grado. Estamos aquí frente a la tajante separación tradicional entre ciencia social e historia, la una supuestamente empeñada en una generalización indiferente al tiempo y al lugar, y la otra que analiza el despliegue de sucesos situados en un espacio-tiempo. No considero que haga falta, a la luz de las ideas capitales que intenté elaborar en este libro, aplicarme a demostrar que esta idea tradicional es hueca.

Si los historiadores no son especialistas en tiempo, ¿qué decir de la opinión de que son especialistas en el estudio del pasado? Es una opinión que quizás ejerza un atractivo intuitivo, pero que además ha sido defendida por muchos historiadores eminentes, y también por filósofos. Oakeshott explica el término «pasado histórico» como sigue.<sup>1\*</sup> El mundo que un individuo percibe —dice— es «inequívocamente presente». Estoy en la calle sobre la vereda y observo lo que pasa en derredor de mí. Mientras allí estoy, el tiempo pasa, pero yo atiendo a un «presente continuo» donde «el paso del tiempo no se singulariza por un cambio notable ni siquiera por una impresión de movimiento».<sup>2</sup> Veo a un hombre con pata de palo que pasa renqueando. Es parte del «presente continuo» a menos que yo no lo perciba como a un hombre con pata de palo sino como a uno que ha perdido su pierna. Esta conciencia del pasado —arguye Oakeshott— no es introducida por un descuido del presente sino por una particular interpretación del presente que atienda a lo evocado por la palabra «perdido». El presente bajo una comprensión histórica se compone de todo lo que se discierne como supervivencias o relictos de un «pasado conservado»:

«un historiador no tiene otro acceso al pasado que esas supervivencias. Y la primera tarea de una indagación histórica es juntarlas de donde están, dispersas en el presente, para recuperar lo que acaso se perdió, impartir alguna clase de orden a esta confusión, reparar el daño que pudo sufrir, reducir su fragmentariedad, discernir sus nexos, reconocer en una supervivencia su origen, y así determinar su carácter auténtico de conquista pretérita práctica o filosófica o artística, etc.».<sup>3</sup>

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 391-2.

A través de fragmentos sobrevividos del pasado, el historiador intenta recuperar aquellos aspectos del pasado que no sobrevivieron.

Esta interpretación de la naturaleza de la historia se puede comprender bajo dos aspectos algo diferentes; se entendería que la historia se ocupa o de la recuperación de un pasado perdido o de técnicas específicas de hermenéutica textual que bajo algún título son propias del historiador. Según la primera interpretación, la historia tendría un «asunto» deslindado propio de ella; según la segunda, el carácter distintivo de la historia sería ante todo metodológico. Pero no es muy verosímil ni lo uno ni lo otro si se lo mira con un poco más de atención. Por «presente», como está claro por su ejemplo del individuo parado en una esquina, Oakeshott entiende algo próximo a lo que he denominado «presencia». Pero los límites de una presencia son espaciales tanto como temporales. La recuperación comprensiva de un pasado perdido no se puede desgajar cómodamente —ni es conveniente hacerlo— del esclarecimiento comprensivo de diferencias culturales dispersas «lateralmente» sobre la faz de la tierra. Semejante análisis, en efecto, demanda coordinar lo temporal y lo espacial bajo entreveradas y sutiles luces. El lector que no conceda este punto no tendrá mucha simpatía por la teoría de la estructuración según la expuse en las páginas precedentes. Si el punto de vista de Oakeshott se considera metodológico, por otro lado, se entiende que la peculiaridad de la historia reside en las artes del historiador como especialista en la interpretación de textos o relictos que sobreviven de épocas pasadas. Es un hecho que esta idea encuentra mucho favor entre los historiadores, y no sin razón, porque es asaz evidente que el escrutinio experto y la elucidación de textos o relictos materiales es una tarea esencial de la investigación histórica. Entonces, muchos especialistas en ciencia social acaso vean una división del trabajo entre historia y ciencia social siguiendo estas líneas; los actores de que se ocupa el científico social están vivos, y en consecuencia el científico social se puede comunicar con ellos directamente, mientras que no puede ocurrir esto con los actores por los que se interesa el historiador, que están muertos. Esta diferencia es a todas luces importante, no sólo porque el vivo puede responder preguntas mientras que no lo puede hacer el muerto, sino también porque el vivo siempre puede replicar. Esto quiere decir: puede preguntar activamente o alterar su actividad en los términos de «descubrimientos» cualesquiera que se propaguen acerca de él. Ahora bien, no se infiere de esto que se pudiera trazar una división válida entre historia y ciencia social siguiendo estas líneas. En efecto, lo más de la ciencia social se hace en textos y a través de textos y de otros materiales «secundarios», lo mismo que la historiografía. El empeño que un científico social dedique a la comunicación directa con los agentes

que son el asunto de sus investigaciones probablemente sea tenue comparado con el que debe dedicar a la elaboración de materiales textuales. Además, la cuantía de los problemas de comprensión que se deban resolver para explicar textos —para usarlos como ejemplificaciones y como definiciones de cierto contexto de actividad— no nace de una «distancia» en el tiempo sino de lo mucho que sea preciso extraer de poco, y del grado de la diferencia cultural existente.

Si existen dos disciplinas, en consecuencia, cuya intersección interese a los límites de una presencia, ellas son sin duda la arqueología y la hermenéutica: la arqueología porque es la materia por excelencia que se ocupa de relictos o restos, los fragmentos depositados en la ribera de los tiempos modernos y dejados allí al paso que se retiraban las corrientes sociales en cuyo interior fueron creados; la hermenéutica, porque todas las supervivencias de un «pasado conservado» se tienen que interpretar, no importa si se trata de cacharros o de textos, y porque esa tarea de recuperar el pasado es en lo conceptual y en lo metodológico indistinguible de mediar entre los marcos de sentido que se encuentran en culturas coexistentes.

Si la ciencia social no es ni puede ser la historia del presente, y si no se ocupa ni se puede ocupar simplemente de generalizaciones desgajadas de un tiempo y un lugar, ¿qué distingue la ciencia social de la historia? Creo que debemos responder, como lo hizo Durkheim (aunque él haya seguido una línea de razonamiento diferente para llegar a este resultado): nada; a saber: nada que sea conceptualmente coherente o intelectualmente defendible. Si existen divisiones entre ciencia social e historia, se trata de divisiones sustantivas del trabajo; no existe un divorcio lógico o metodológico. Los historiadores especializados en determinados tipos de materiales textuales, lenguajes o «períodos» no están exentos de ocuparse de los conceptos de una teoría social ni de las dificultades inherentes a ellos. Pero del mismo modo, los científicos sociales que se ocupan de las teorías más abstractas y generales sobre la vida social no están exentos de las demandas hermenéuticas de la interpretación de textos y otros objetos culturales. La investigación histórica es investigación social, y a la inversa.

Afirmar esto ha dejado de ser sin duda la herejía que pudo representar antaño. Consideremos primero lo que ha venido ocurriendo desde el lado de la historia. Abrams resume muy bien el estado de cosas cuando afirma acerca de la labor de los historiadores:

«el avance realmente importante de los últimos veinte años ha consistido en la publicación de un sólido cuerpo de trabajo historiográfico lúcido en la teoría, que poco a poco ha invalidado concepciones anteriores de la historia que la veían por alguna razón desinteresada en

principio del universo teórico de las ciencias sociales. Un cambio social es producido por personas que hacen cosas nuevas. Al paso que las obras maestras reconocidas de la disciplina histórica se hacen cada vez más explícitas en materia de teoría, lo que pone cada vez más en evidencia la unidad de método teórico entre historia y sociología, la continuada insistencia de un remanente de historiadores profesionales en que la teoría no es parte de su quehacer no cesa de perder firmeza como base efectiva de la "institución" de la historia y se revela como una nostalgia sin consecuencias.<sup>4</sup>

En esta cita la frase clave es «unidad de método teórico». Los problemas de la teoría social, del obrar, la estructura y las formas de explicación, son problemas compartidos en general por todas las ciencias sociales, no importa la división del trabajo que en otros aspectos pueda existir entre ellas.

Stone ha escrito sensitivamente sobre el influjo de las ciencias sociales en la historiografía para el lapso de las dos décadas mencionadas por Abrams.<sup>5</sup> Stone distingue varios aspectos bajo los cuales los interesados en la «nueva historiografía» se han visto influidos por las ciencias sociales. Los historiadores —concede a Abrams— han adquirido mayor conciencia de su inevitable interés en la teoría social. Es decir, han aceptado que no pueden dejar totalmente implícitos los supuestos teóricos que guían su labor; al hacerlos explícitos ponen sobre el tapete unas cartas que antes quizá preferían guardar ocultas en sus manos. Otros aportes provenientes de las ciencias sociales han sido de carácter más metodológico. Se han aplicado con algún éxito métodos de cuantificación a un espectro de diferentes cuestiones históricas; fenómeno importante este, aunque sólo fuera porque es un paso novedoso en historiografía.

Pero estas contribuciones han recibido una presión contraria de los empeñados en sustentar los reclamos de la denominada «historiografía narrativa». El debate entre los defensores de la «historiografía nueva», por un lado, y los proponentes de una «historiografía narrativa», por el otro, en algunos puntos esenciales se puede ver adecuadamente como la versión para historiadores del mismísimo dualismo de acción y estructura que trabó el desarrollo de la ciencia social en general. Los que prefieren una historia narrativa objetan la manera en que la «nueva historiografía» se inclina a ofrecer relatos de conducta humana que hacen ver esa conducta como el resultado de unas causas sociales fuera del alcance de los actores participantes. Y tienen razón en esto. Porque la fecundidad de importar en la historia estilos de teorización objetados en su fuente no puede menos que ser muy dudosa. Pero proponer una «historiografía narrativa» opuesta a una «historio-

grafía analítica», como si debiéramos optar por una en total desmedro de la otra, es indudablemente un error.

Parece que una historiografía narrativa consistiría en relatar historias, en reconocimiento consciente de la común raíz entre «historiografía» e historias, y del hecho de que *historia* significa ambas cosas. Las historias contadas deben respetar las exigencias de una prueba fáctica, pero lo que las cohesiona y suscita el asentimiento del lector es la coherencia de la trama, el modo en que el carácter intencional de la actividad de los personajes se comunica y en que se describen los contextos de actividad. Así, Elton apunta, en su intento de exponer lo que es una historiografía narrativa: «Para que se comprenda una acción, es preciso poner en evidencia su escenario, sus circunstancias y los resortes de ella»,<sup>6</sup> un enunciado que no es objetable. Como la exponen Elton y otros, una narrativa y lo que antes designé etnografía son más o menos la misma cosa. Pero así como no es cierto que el uso de técnicas etnográficas se asocie de manera inevitable con el subjetivismo, tampoco lo es que una historiografía narrativa presente un nexo lógico con una posición teórica que mande rechazar conceptos estructurales. Los partidarios de una historiografía narrativa tienen todo el derecho de oponerse a la importación indiscriminada de los conceptos de una sociología estructural en la labor de los historiadores. Pero no lo tienen cuando suponen que esos conceptos se pueden desconocer por completo. Lo que hace de una narrativa una «historia» persuasiva no es la mera coherencia de la trama sino, como dice Elton, una comprensión del «escenario, las circunstancias y los resortes» de una acción. Ahora bien, los escenarios y las circunstancias donde una acción ocurre no nacen del aire; ellos también deben ser explicados en el interior del mismo marco lógico con el que se debe explicar igualmente cualquier acción expuesta y «comprendida». Justamente es el fenómeno al que atiende, me parece, la teoría de la estructuración.

Arrojemos una mirada breve a esta cuestión a la luz de elaboraciones recientes de ciencia social, y ciñámonos en particular a la sociología. La sociología, se podría decir, tiene sus orígenes en la historiografía moderna, entendida como el análisis de los orígenes y el efecto del capitalismo industrial en Occidente. Pero toda vez que esos problemas fueron recogidos por los autores sociológicos de la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial, sucumbieron con frecuencia a las formas de evolucionismo que ya me he empeñado en criticar. Ya tiene que estar claro que el evolucionismo propende a ser un enemigo de la historiografía y no el aliado que superficialmente puede parecer. En efecto, alienta un soberbio desprecio hacia cuestiones de detalle historiográfico porque encoge la historia humana para introducirla en unos esquemas prefabricados.



Y donde el evolucionismo no hizo mucho derrotero, hubo una tendencia muy fuerte a identificar la «sociología», y su separación de la «historiografía», en aquellos precisos términos que antes condené por vacíos. Es característica la exposición de Lipset de este punto de vista:

«la tarea del sociólogo es formular hipótesis generales, en lo posible incluidas en un marco teórico más amplio, y ponerlas a prueba (. . .) La historiografía se debe ocupar del análisis de la serie particular de sucesos o procesos. Mientras que el sociólogo busca conceptos que subsuman una diversidad de categorías descriptivas particulares, el historiador debe atenerse a los aconteceres reales y evitar enunciados que, por la vía de enlazar conductas de un tiempo y un lugar con las de otros lugares, introdujeran una distorsión en la descripción de lo ocurrido en el conjunto de circunstancias bajo análisis».<sup>7</sup>

Pero lo que esta división expone es un distingo entre intereses generalizadores y más concretos, no entre sociología e historiografía.<sup>8</sup>

El término «sociología» fue inventado por Comte y, hasta hace muy poco tiempo, conservó en lo esencial una conexión fuerte con el estilo de pensamiento del que él fue tan destacado representante. Muchos de los que desautorizaron al evolucionismo y al funcionalismo empero asociaron la sociología con algunas de las tesis capitales del objetivismo. Las «hipótesis generales» a las que se refiere Lipset se conciben de ordinario tal como antes lo expuse, como leyes que expresan relaciones causales que por alguna razón operan con independencia de la volición de los agentes a cuya conducta se refieren. No es sólo el contraste entre «nomotético» e «idiográfico» lo que suelen tener en mente en este punto los sociólogos. Si, como sostiene una sociología estructural, la especificidad de la sociología se encuentra precisamente en su interés dominante por un constreñimiento estructural, se puede extraer la conclusión de que los historiadores trabajan en estrecho contacto con las actividades contextualizadas de agentes intencionales. Si es así como se entienden los conceptos «sociológicos» cuando se los importa en la historiografía, no es difícil ver la razón por que mueve a los partidarios de una historiografía narrativa a desconfiar de ellos y a defender lo que ellos hacen como «historia», a diferencia de una «sociología». Ambos bandos dan sustento a una dicotomía entre disciplinas que no tiene justificación lógica ni metodológica.

Lo que ha modificado y modifica a la sociología es por cierto, en medida muy grande, la declinación de la hegemonía de que gozaron otrora el objetivismo y el funcionalismo. La remoción del tiempo en la teoría social, tal como la perpetraron los sociólogos, fue claramente también una remoción de la historia: tiempo, historia, cambio social, se

suelen asimilar todos en el funcionalismo.<sup>9</sup> Pero se produjo además un desencanto con los dos tipos de tradición que dominaron el análisis de las sociedades industrialmente avanzadas hasta hace dos décadas: la «teoría de la sociedad industrial», por un lado, y el marxismo, por el otro.<sup>10</sup> En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, ambos adquirieron una fuerte coloración evolucionista, y también presentaron varios de los rasgos secundarios que, según lo he indicado, se asocian al evolucionismo. En particular, propendieron a ser fuertemente europocéntricos. El cuestionamiento que la teoría de la «dependencia» y del «sistema mundial» plantearon a estos esquemas evolutivos desempeñó un papel considerable en el ataque a los supuestos europocéntricos. Pero existen también claros indicios del influjo de la «nueva historiografía», que demostró que en sustancia pueden ser erróneos muchos de los supuestos que los sociólogos hicieron acerca de la Europa precapitalista.<sup>11</sup>

Ahora bien, los sociólogos tienen mucho más para aprender de la labor de los historiadores de lo que se inclinaría a admitir la mayoría de ellos. Podríamos citar como un ejemplo decisivo la obra de Braudel, elogiado entre los «nuevos historiadores» pero todavía en buena parte desconocido para los que se definen como trabajadores de la «sociología». Los escritos de Braudel dejan ver la temprana influencia que la sociología, en particular tal como la espió el grupo del *Année Sociologique*, tuvo sobre el desarrollo de la historiografía en Francia. Sin duda que bajo ciertos aspectos reflejan las insuficiencias de los puntos de vista sociológicos de aquel grupo. Pero también rebasan con mucho las limitaciones de esos puntos de vista en otros sentidos; y no sólo por su contenido sustantivo, sino también por su refinamiento teórico, poseen gran interés para la sociología. El «diálogo entre estructura y coyuntura»,<sup>12</sup> que Braudel desea capturar, es paralelo al que yo trato de representar con más detalle en la teoría de la estructuración. Braudel es el historiador de la *larga duración*, pero también se interesa explícitamente por conectar lo contingente y el corto plazo con instituciones que duran por períodos prolongados de tiempo.

¿Quiénes parecerían más apartados a primera vista que Braudel y Goffman? Personalidades enteramente incompatibles, se diría, y aun mencionarlos en una misma oración parece un capricho de la fantasía. Braudel estudia historia abarcando varios siglos, mientras que Goffman terminantemente evita cualquier análisis del desarrollo de los contextos institucionales en los que ocurre una actividad social. Pero los dos arraigan sus estudios en los sucesos de una vida diaria. Lo que los enlaza es un interés dominante por el tiempo, no como una duración cronológica sino en tanto es inherente a las complejidades de una reproducción social. Tal como intenté demostrarlo, podemos aprender

mucho de Goffman sobre el modo en que se reproducen las instituciones de más honda sedimentación; no es correcto mirar a Goffman como el teórico de lo trivial o de lo efímero. *Per contra*, Braudel no se debe ver como alguien que propusiera el estudio de vastos tramos de una historia donde los actores individuales aparecieran como los juguetes de corrientes sociales irresistibles, una «historia determinista, fatalista». <sup>13</sup> La historia es la estructuración de sucesos en un tiempo y un espacio a través de la interacción continua de obrar y estructura: la interconexión de la naturaleza mundana de la vida cotidiana con formas institucionales que se estiran por inmensos recorridos de tiempo y de espacio.

Cuando apunto unas convergencias importantes entre la obra de historiadores y sociólogos de nuestros días, no quiero indicar sólo que la historia deba hacerse más sociológica, y la sociología, más histórica. Es más que eso lo que está en juego. Recuperar el tiempo y el espacio para la teoría social significa teorizar el obrar, la estructura y la contextualidad como foco de los problemas de investigación en una y otra.

Contextualidad significa espacio tanto como tiempo, y en este punto podemos atender a la relación entre geografía y sociología. La geografía ha sido una materia de prestigio intelectual mucho menor que la historia, y son harto más escasas en la bibliografía las discusiones sobre la relación entre geografía y sociología que las referidas a la historia y la sociología. Muchos sociólogos se empeñaron en averiguar si la «sociología» es o debe ser «histórica» —y bajo diferentes aspectos, según cómo se entendiera cada uno de esos términos—, pero que yo sepa muy pocos experimentaron la misma inquietud con respecto a la geografía. Esto probablemente no se deba sólo a la desigual reputación intelectual de historia y geografía, sino también a la mayor transparencia que el concepto de espacio parece presentar comparado con el de tiempo. Parece cómodo comprender y asir conceptualmente lo que es una distancia en el espacio, no así una distancia en el tiempo. De este raciocinio acaso se infiera que el espacio se puede dejar a los geógrafos y que el estudio de formas espaciales carece relativamente de interés. Pero esta conclusión sería superficial. La frase puede parecer extravagante, pero los seres humanos «hacen su propia geografía» no menos que «hacen su propia historia». Esto significa que las configuraciones espaciales de una vida social son una cuestión de importancia tan fundamental para una teoría social como las dimensiones de la temporalidad, y, como lo he destacado con frecuencia, para muchos fines es conveniente pensar en los términos de un espacio-tiempo en lugar de tratar tiempo y espacio separadamente.

✱ Las raíces de la geografía humana a fines del siglo XIX son en parte compartidas con las de la sociología; lo mismo que la historia, la geo-

grafía humana se vio influida significativamente por Durkheim y los agrupados en torno del *Année Sociologique*. Esto es cierto tanto para Ratzel como para Vidal de la Blache, quizá los dos autores más influyentes en la formación inicial de la geografía. La consigna de Ratzel fue «Die Menschheit ist ein Stück der Erde» [«La humanidad es parte de la Tierra»],<sup>14</sup> pero él destacó también la importancia de una organización social como fenómeno establecido independientemente. Durkheim certeramente vio en la obra de Ratzel un «aliado potencial» para la concepción de sociología que él deseaba elaborar.<sup>15</sup> El concepto de *genre de vie* de Vidal expresa de una manera directa el influjo de Durkheim; tal como fueron recogidas por Lucien Febvre, las ideas de Vidal han ejercido un influjo capital sobre la obra de historiadores franceses, incluido Braudel.<sup>16</sup> La preferencia de Braudel por el área del Mediterráneo en su conjunto, en lugar de ceñirse a las fronteras definidas por los Estados nacionales o a definiciones políticas de «Europa», trae un fuerte reflejo de las predilecciones de Vidal. El influjo de Ratzel y de Vidal en la sociología posterior ha sido, sin embargo, débil. En las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, sociología y geografía siguieron en lo esencial sus propias orientaciones distintas.\*

Pero las cosas han cambiado desde entonces. La convergencia detectable en la investigación acaso no fue tan grande como la observada entre historia y sociología, pero la geografía humana sin duda recuperó buena parte de su estrecha afinidad con la sociología de que supo gozar en generaciones anteriores.<sup>17</sup> La «nueva geografía» de la década de 1960, como la «nueva historiografía», se vio fuertemente influida por la importación de métodos cuantitativos de otras disciplinas en las ciencias sociales. La idea de que la geografía se propone ante todo el estudio de la regionalización pasó a ser desplazada por un sesgo más abstracto puesto en una forma espacial. Como eco del *fluir* de ideas de otra proveniencia en las ciencias sociales, la «nueva geografía» ya ha sucumbido sustancialmente a críticas de empirismo que han tenido un influjo tan fuerte en todo el pensamiento social y político moderno. Pero el resultado es que la labor de los geógrafos hoy tiene tantos aportes que hacer a lo sociología como los sociólogos pueden ofrecerle a cambio. En efecto, la geografía humana ha llegado a contener muchos de los mismos conceptos, y a interesarse en los mismos debates metodológicos, que la sociología.

En los capítulos anteriores he intentado explicar lo que a mi juicio son algunos de los principales aspectos en que conceptos geográficos se pueden incorporar a la teoría de la estructuración. Desde luego que no pretendo sugerir que la obra de Hägerstrand y sus discípulos agote lo que la geografía tiene para ofrecer a la sociología. Pero presenta un particular interés para la teoría de la estructuración por razones que he

intentado especificar. Ofrece unas intelecciones de naturaleza teórica si se las somete a una apropiada ponderación crítica, pero también unas técnicas de investigación susceptibles de aplicación directa en un trabajo empírico.<sup>18</sup> La geografía histórica presenta tres ventajas sobre las técnicas tradicionales de investigación social, con las que llegado el caso, ciertamente, se puede combinar. Una es que sensibiliza la labor investigadora para las contextualidades de una interacción, sobre todo con tal que estas se conecten con los aspectos físicos de los *medios* en que se mueven los actores. La mayor parte de la investigación social tal como la practican los sociólogos ha sido reacia a examinar conexiones entre aspectos físicos y sociales de los *medios*, con las honorables excepciones de la escuela de Chicago y de los teóricos llamados «ecológicos».<sup>18</sup> Otra es que dirige nuestra atención sobre la importancia de una rutinización en las actividades cotidianas que constituyen el núcleo de las instituciones sociales. La tercera es que, por elaborar la idea de una vida cotidiana como una serie de sendas espacio-temporales que se intersecan, la geografía histórica ofrece un método para trazar mapas y hacer análisis de modelos de reproducción social.<sup>19</sup> ✕

El intento de suplantarse la noción de regionalización en geografía por modelos más abstractos de forma espacial me parece en buena parte una empresa equivocada. No creo que sea fecundo tratar de convertir el análisis de la regionalización en el interés específico y peculiar de la geografía. Como he intentado demostrarlo, la de regionalización es una noción a la que se debe discernir un papel rector en teoría social. El mejor modo de entenderla no es considerarla un concepto espacial sino tal que exprese la conglomeración de contextos en un espacio-tiempo. Así, es un fenómeno de importancia asaz decisiva para la sociología, en un nivel tanto teórico como empírico. No existe un concepto aislado que contribuya más a corregir las extraviadas divisiones entre investigación «microsociológica» y «macrosociológica»; ningún concepto contribuye más a refutar el supuesto de que una «sociedad» es siempre una unidad bien deslindada que presenta fronteras definidas con exactitud. En su adopción en sociología, los problemas que presenta la noción de regionalización son, en primer lugar, que se la ha utilizado sobre todo dentro de una sociología urbana; en segundo lugar, que se la aplicó en particular por referencia a vecindarios y, en tercer lugar, que la sociología urbana se entendió tradicionalmente como un «campo» de la sociología entre otros campos.

Es preciso cuestionar cada uno de esos usos. Según he intentado formularla, la regionalización ciertamente no equivale a una «ciencia regional», no obstante lo cual su aplicación es muy vasta. La «sociología urbana» es uno de los principales intereses que han compartido geógrafos y sociólogos, y donde más abundante ha sido el intercambio

entre las dos disciplinas. Hay paralelismos atractivos entre el trabajo de Vidal, basado sobre todo en ambientes rurales, y el de la escuela de Chicago, basado en ambientes urbanos. Park conocía los escritos del estudioso francés de la geografía humana, aunque parece haber elaborado sus conceptos principales independientemente. Es infortunado que Park haya influido sobre todo en el campo de una ecología urbana caracterizada por una concepción formalista del espacio y propiciadora de un punto de vista objetivista. En su obra última, Park abrazó la opinión de que si consiguiéramos «reducir todas las relaciones sociales a relaciones espaciales», podríamos contemplar que «resultara posible aplicar a las relaciones humanas la lógica fundamental de las ciencias físicas». <sup>20</sup> Pero en sus escritos tempranos destacó mucho más el vecindario como un fenómeno contextualizante, ordenado por rasgos sociales definidos como *genres de vie* y expresivo de estos. Es esta orientación la que conviene retener, pero mirada como tributaria más de la regionalización en general que de unos vecindarios urbanos en particular.

La sociología urbana no es una mera rama de la sociología entre otras ramas. Es de primera importancia insistir en esto, y por haberlo reconocido, elaboraciones recientes en teoría urbana han contribuido mejor a pulverizar algunas de las divisiones entre geografía y sociología. Como lo apunté antes, una consideración sobre la naturaleza de las ciudades alcanza peso decisivo para el análisis de cuestiones que se suelen presentar como si fueran de carácter puramente lógico, incluido en especial el problema micro/macro. El término «ciudad» es equívoco en este punto. Si unas ciudades desempeñaron virtualmente dondequiera un papel clave en la organización de sociedades de vasta escala, la ciudad en las sociedades divididas en clases no es la ciudad de la época moderna. Puesto que un urbanismo moderno es expresivo de un nuevo tipo de organización de un espacio-tiempo, él es discontinuo respecto de las ciudades tradicionales, y sus orígenes se superponen con los del tipo de sociedad capitalista industrial. No hace falta concordar con todas las tesis del trabajo de Castells para reconocer que fue gravitante para desplazar el acento en teoría urbana desde una «sociología urbana» hacia una insistencia en la importancia genérica del urbanismo para la teoría social. <sup>21</sup> El análisis del urbanismo, en tanto es la base del «ambiente creado», ciertamente tiene derecho a ocupar una posición privilegiada en cualquier programa de estudios empíricos que la teoría de la estructuración contribuyere a generar sobre las sociedades industrializadas de nuestros días.

¿Qué pueden aprender los sociólogos de la obra de los geógrafos? No sólo la importancia de la regionalización y de las técnicas válidas para estudiarla, sino también la gravitación de lo que los geógrafos

tradicionalmente denominan posición (pero que yo prefiero llamar sede) en la reproducción de unas prácticas sociales. Los escritos de Pred se pueden citar como un ejemplo instructivo porque en efecto combinan el estudio empírico del urbanismo con una perspectiva que ha recibido el influjo tanto de la geografía histórica como de la teoría de la estructuración.<sup>22</sup> Como lo apunta Pred certeramente, el concepto del carácter «situado» de una interacción social sólo admite una adecuada carnadura empírica si comprendemos que la «reproducción en un tiempo y un espacio de instituciones particulares, culturales, económicas y políticas es siempre consustancial a las acciones temporal y espacialmente específicas de individuos particulares, a su bagaje de saber y a la biografía de ellos».<sup>23</sup> La coordinación de las sendas diarias de individuos en el interior de cierto espectro de sedes, más lo que algunos investigadores han denominado un «sentir posicional», son aspectos concretados de la dualidad de estructura. La dialéctica entre «senda diaria» y «senda de vida» es el itinerario en que se expresa y que expresa la continuidad de la biografía del individuo en la continuidad de una reproducción institucional. Un sentir posicional parece tener importancia principal en el mantenimiento de una seguridad ontológica precisamente porque proporciona un lazo psicológico entre la biografía del individuo y las sedes que son los escenarios de las sendas espacio-temporales a lo largo de las cuales ese individuo se mueve. Sentimientos de identificación con sedes más vastas —regiones, naciones, etc.— parecen distinguibles de aquellos que alimentan y refuerzan los contextos localizados de una vida cotidiana. Es probable que estos últimos sean mucho más importantes que los primeros en orden a la reproducción de continuidades institucionales de vasta escala.<sup>24</sup> Pred apunta que la investigación debe examinar el doble sentido que puede adquirir la expresión «tener lugar». Una actividad social tiene lugar en sedes definidas, pero esto no se debe comprender como la mera localización pasiva de esa actividad en el interior de situaciones particulares. Las actividades humanas «tienen lugar» en tanto se apropian de la naturaleza y la transforman, lo que en ninguna parte es tan evidente como en el ambiente creado del urbanismo moderno.

¿Y qué, en devolución, pueden aprender los geógrafos de los sociólogos? Quizá bien poco, puesto que en los últimos años los geógrafos han tomado buena nota de los debates y los problemas actuales de la sociología. Pero un aporte posible es ayudar a quebrar el supuesto de que pudiera existir una «ciencia del espacio» separada. En geografía humana, formas espaciales son siempre formas sociales. Considérese el aserto, representativo de cierto tipo de bibliografía geográfica, de que la geografía se ocupa de establecer «las conexiones espaciales entre conjuntos de hechos por el descubrimiento de leyes espaciales»

y de esclarecer «las conexiones entre las leyes mismas, a través de la construcción de teorías espaciales que son los modelos o sistemas en el dominio de los problemas espaciales». <sup>25</sup> Tales formulaciones, desde luego, expresan una concepción sobre las leyes que ya he desechado por inapropiada; representan un intento de crear una «física social en un contexto espacial». <sup>26</sup> Pero, lo que es más importante, suponen que un espacio posee su propia naturaleza intrínseca, propuesta que es lógicamente discutible y empíricamente infecunda. El espacio no es una dimensión vacía a lo largo de la cual se estructurarán unos grupos sociales, sino que es preciso considerarlo en los términos de su participación en la constitución de sistemas de interacción. La misma tesis sostenida en relación con la historia se aplica a la geografía (humana): ¡no existen diferencias lógicas o metodológicas entre geografía humana y sociología!

## Referencias

### *Teoría de la estructuración, investigación empírica y crítica social*

- 1 Cf. *NRSM*, capítulo 3.
- 2 Paul Willis, *Learning to Labour* (Farnborough: Saxon House, 1977).
- 3 *Ibid.*, pág. 11.
- 4 *Ibid.*, págs. 29-30.
- 5 *Ibid.*, pág. 33.
- 6 Cf. especialmente *ibid.*, capítulo 5.
- 7 Citado en *ibid.*, pág. 64.
- 8 *Ibid.*, pág. 107.
- 9 G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History, a Defence* (Oxford: Clarendon Press, 1978).
- 10 Baso esta exposición en «Commentary on the debate», un debate sobre funcionalismo, en *Theory and Society*, vol. 11, 1982.
- 11 Willis, *Learning to Labour*, pág. 66.
- 12 *Ibid.*, págs. 68 y sigs.
- 13 *Ibid.*, pág. 107.
- 14 Véase *CPST*, págs. 104-6.
- 15 Karl Marx, *Capital*, vol. 1 (Londres: Lawrence and Wishart, 1970).
- 16 Expuesto en Diego Gambetta, «Were they pushed or did they jump?», tesis de doctorado, Cambridge University, 1982.
- 17 A. Leibowitz, «Family background and economic success: a review of the evidence», en P. Taubman, *Kinometrics: Determinants of Socioeconomic Success Between and Within Families* (Amsterdam: North Holland, 1977).
- 18 M. Barbagli, *Disoccupazione intellettuale e sistema scolastico in Italia* (Bologna: Il Mulino, 1974).



- 19 *Ibid.*, citado en Gambetta, «Were they pushed or did they jump?», págs. 225-6.
- 20 *Ibid.*, págs. 243-4.
- 21 NRSM, capítulo 3.
- 22 Jon Elster, *Logic and Society, Contradictions and Possible Worlds* (Chichester: Wiley, 1978); el mismo autor, *Ulysses and the Sirens* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979); R. Boudon, *The Unintended Consequences of Social Action* (Londres: Macmillan, 1982).
- 23 Elster, *Logic and Society*, capítulo 5.
- 24 *Ibid.*, págs. 113-8.
- 25 Es el fenómeno cuyo conocimiento ha difundido Olson; véase Mancur Olson, *The Logic of Collective Action* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1963).
- 26 Boudon, *The Unintended Consequences of Social Action*, capítulo 4; comentarios críticos formula Elster en *Logic and Society*, págs. 126-7.
- 27 Véase en especial el ahora clásico artículo de Offe y Ronge: Claus Offe y Volker Ronge, «Theses on the theory of the state», *New German Critique*, vol. 6, 1975.
- 28 *Ibid.*, pág. 250.
- 29 La investigación del propio Offe se ocupó sobre todo de la educación y los mercados laborales. Su argumento es que las disposiciones políticas educacionales y de formación se ven muy influidas por el afán de facilitar la colocación de la fuerza de trabajo. Compara disposiciones inspiradas en un «dejar hacer» y en una «protección del Estado de bienestar» con una «re-mercantilización administrativa»: véase Claus Offe, *Strukturprobleme des kapitalistischen Staates* (Frankfort: Suhrkamp, 1972); el mismo autor, *Berufsbildungsreformen* (Frankfort: Suhrkamp, 1975).
- 30 Los tres casos se toman de Sam D. Sieber, *Fatal Remedies* (Nueva York: Plenum Press, 1981), págs. 60-1, 67-8, 85.
- 31 CPST, pág. 144.
- 32 Una tesis sostenida por Skocpol; véase Theda Skocpol, *States and Social Revolutions* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), pág. xii.
- 33 G. K. Ingham, *Capitalism Divided? The City and Industry in Britain* (Londres: Macmillan, 1984).
- 34 Rudolf Hilferding, *Finance Capital* (Londres: Routledge, 1981).
- 35 Ingham, *Capitalism Divided?*
- 36 He criticado esta tendencia en varias obras; véase *Capitalism and Modern Social Theory* (Cambridge: Cambridge University Press, 1971), capítulo 15; CSAS, «Introducción»; CPST, capítulo 6.
- 37 El ejemplo proviene de Thomas P. Wilson, a cuyo trabajo sobre este asunto debo mucho. Véase «Qualitative "versus" quantitative methods in social research», Department of Sociology, Universidad de California en Santa Bárbara, 1983 (mimeografiado). Publicado en alemán en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, vol. 34, 1982. Véase también Douglas W. Maynard y Thomas P. Wilson: «On the reification of social structure», en Scott G. McNall y Gary N. Howe, *Current Perspectives in Social Theory*, vol. 1 (Greenwich, Conn.: JAI Press, 1980).

- 38 Wilson, «Qualitative "versus" quantitative methods in social research», pág. 20.
- 39 Cf. CPST, págs. 248-53.
- 40 Peter Winch, *The Idea of a Social Science* (Londres: Routledge, 1963). [*Ciencia social y filosofía*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1972.]
- 41 Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method* (Londres: Sheed & Ward, 1975).
- 42 CPST, págs. 250-3.
- 43 NRSM, págs. 150-3.
- 44 *Ibid.*
- 45 J. C. Crocker, «My brother the parrot», en J. D. Sapis y J. C. Crocker, *The Social Use of Metaphor* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1977); tratado también en Dan Sperber, «Apparently irrational beliefs», en Martin Hollis y Steven Lukes, *Rationality and Relativism* (Oxford: Blackwell, 1982).
- 46 Roy Bhaskar, *The Possibility of Naturalism* (Brighton: Harvester, 1979), págs. 80 y sigs.
- 47 Carl G. Hempel, *Philosophy of Natural Science* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1966), pág. 55.
- 48 «Classical social theory and the origins of modern sociology», en PCST.
- 49 Véase NRSM, capítulo 1, y *passim*.
- 50 Charles Taylor; «Political theory and practice», en Christopher Lloyd, *Social Theory and Political Practice* (Oxford: Clarendon Press, 1983), pág. 74. Cf. también Alasdair MacIntyre, «The indispensability of political theory», en David Miller y Larry Siedentop, *The Nature of Political Theory* (Oxford: Clarendon Press, 1983).
- 51 Gunnar Myrdal, «The social sciences and their impact on society», en Teodor Shanin, *The Rules of the Game* (Londres: Tavistock, 1972), pág. 348.
- 52 Niccolò Machiavelli, *The Prince* (Harmondsworth: Penguin, 1961), pág. 69.
- 53 Véase J. Maxwell Atkinson, *Discovering Suicide* (Londres: Macmillan, 1978).
- 54 Véase Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 vols. (Cambridge: Cambridge University Press, 1978); el mismo autor, *Machiavelli* (Oxford: Oxford University Press, 1981).
- 55 Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*.

*Notas críticas: ciencia social, historia y geografía*

- 1 Michael Oakeshott, *On History* (Oxford: Basil Blackwell, 1983).
- 2 *Ibid.*, pág. 7.
- 3 *Ibid.*, pág. 32.
- 4 Cf. Philip Abrams, *Historical Sociology* (Londres: Open Books, 1982), pág. 300.
- 5 Lawrence Stone, *The Past and the Present* (Londres: Routledge, 1981), págs. 16 y sigs., y *passim*.
- 6 G. R. Elton, *The Practice of History* (Londres: Fontana, 1967), pág. 173.
- 7 S. M. Lipset, «History and sociology: some methodological considera-

- tions», en S. M. Lipset y Richard Hofstadter, *Sociology and History* (Nueva York: Basic Books, 1968), págs. 22-3.
- 8 Cf. Arthur L. Stinchcombe, *Theoretical Methods in Social History* (Nueva York: Academic Press, 1978).
  - 9 Cf. «Functionalism: après la lutte», en SSPT.
  - 10 Véase «Classical social theory and the origins of modern sociology», en PCST.
  - 11 Charles Tilly, *As Sociology Meets History* (Nueva York: Academic Press, 1981), págs. 37 y sigs.
  - 12 F. Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II* (Londres: Fontana, 1973), vol. 2, pág. 757.
  - 13 Stone, *The Past and the Present*, pág. 19.
  - 14 Friedrich Ratzel, *Anthropogeographie* (Stuttgart, 1899), vol. 1, pág. 23.
  - 15 Emile Durkheim, reseña de *Anthropo-Géographie*, vol. 1, *L'Année Sociologique*, vol. 3, 1898-9, pág. 551. Sin embargo, en esta y en otras reseñas, Durkheim se mostró muy crítico hacia Ratzel.
  - 16 Lucien Febvre, *A Geographical Introduction to History* (Londres: Routledge, 1950).
  - 17 Cf., *inter alia*, Derek Gregory, *Ideology, Science and Human Geography* (Londres: Hutchinson, 1978).
  - 18 Véase, por ejemplo, Anson H. Hawley, *Human Ecology* (Nueva York: Ronald Press, 1950).
  - 19 Algunas aplicaciones importantes en este sentido se presentan en T. Carlstein, *Time Resources, Society and Ecology* (Lund: Department of Geography, 1980).
  - 20 R. Park, «Human ecology», *American Sociological Review*, vol. 1, 1936, pág. 2. Es cierto que Park a veces flexibilizó un poco esta posición.
  - 21 Manuel Castells, «Is there an urban sociology?», en C. G. Pickvance, *Urban Sociology: Critical Essays* (Londres: Tavistock, 1976), y otras publicaciones. Cf. también las voluminosas obras de Henri Lefebvre.
  - 22 Véase en especial Allan Pred, «Power, everyday practice and the discipline of human geography», en *Space and Time in Geography* (Lund: Gleerup, 1981); Nigel Thrift y Allan Pred, «Time-geography: a new beginning», *Progress in Human Geography*, vol. 5, 1981; y Allan Pred, «Structuration and place: on the becoming of sense of place and structure of feeling», *Journal for the Theory of Social Behaviour*, vol. 13, 1983.
  - 23 Pred, «Structuration and place», pág. 46.
  - 24 Anne Buttimer y David Seamon, *The Human Experience of Space and Place* (Nueva York: St. Martin's Press, 1980); Yi-Fu Tuan, «Rootedness versus sense of place», *Landscape*, vol. 24, 1980.
  - 25 D. Amedeo y R. G. Colledge, *An Introduction to Scientific Reasoning in Geography* (Nueva York: Wiley, 1975), pág. 35.
  - 26 Derek Gregory, *Ideology, Science and Human Geography* (Londres: Hutchinson, 1978), pág. 73.

## Glosario terminológico de la teoría de la estructuración

Esta lista incluye o neologismos o términos que se emplean en acepciones que difieren del uso común. La intención es la de resumir formulaciones ofrecidas en el texto, no la de esclarecerlas más.

Análisis de una conducta estratégica	Un análisis social que pone en suspenso instituciones socialmente reproducidas y que atiende al modo en que los actores hacen registro reflexivo de su obrar; al modo en que aplican reglas y recursos en la constitución de una interacción
Análisis institucional	Un análisis social que pone en suspenso las destrezas y la conciencia de los actores para considerar las instituciones como reglas y recursos reproducidos inveteradamente
Auto-regulación reflexiva	Lazos causales que tienen un efecto de realimentación en una reproducción sistémica, donde esa realimentación se ve sustancialmente influida por un saber que los agentes tienen sobre los mecanismos de una reproducción sistémica, y que emplean para controlarla
Bordes espacio-temporales	Conexiones, sean conflictivas o simbióticas, entre sociedades de diferentes tipos estructurales

Caracterización episódica	La definición, con fines comparativos, de formas de cambio institucional; episodios son secuencias de cambio que tienen un comienzo especificable, urdimbres de sucesos y de resultados que hasta cierto punto son comparables con abstracción de contextos definidos
Circuito de reproducción	Una serie institucionalizada de relaciones de reproducción, gobernada por lazos causales homeostáticos o por una auto-regulación reflexiva
Conciencia discursiva	Lo que los actores son capaces de decir, o aquello a lo cual pueden dar expresión verbal, acerca de condiciones sociales, incluidas, en especial, las condiciones de su propia acción; una conciencia que tiene forma discursiva
Conciencia práctica	Lo que los actores saben (creen) acerca de condiciones sociales, incluidas en especial las condiciones de su propia acción, pero que no pueden expresar discursivamente; sin embargo, ninguna barrera de represión protege a la conciencia práctica, a diferencia de lo que ocurre con lo inconsciente
Contextualidad	El carácter situado de una interacción en un espacio-tiempo, que incluye el escenario de una interacción, unos actores copresentes y una comunicación entre ellos
Contradicción	Una oposición de principios estructurales con tal que cada uno dependa del otro pero, al mismo tiempo, niegue al otro; consecuencias perversas asociadas con esas circunstancias

Criterios de credibilidad	Los criterios empleados por agentes para aducir razones sobre lo que hacen, aprehendidos de suerte que contribuyan a definir válidamente lo que en efecto hacen
Criterios de validez	Los criterios a los cuales apelan los especialistas en ciencia social para justificar sus teorías y descubrimientos, y evaluar los de otros
Crítica externa	Crítica de las creencias y prácticas de agentes legos, que deriva de las teorías y descubrimientos de la ciencia social
Crítica interna	El aparato crítico de la ciencia social, por medio del cual teorías y descubrimientos se someten a evaluación a la luz de una argumentación lógica y la presentación de pruebas
Dialéctica del control	El carácter de doble vía del aspecto distributivo del poder (poder en tanto control); el modo en que los menos poderosos administran recursos como para ejercer un control sobre los más poderosos dentro de relaciones de poder establecidas
Distanciamiento espacio-temporal	El estiramiento de sistemas sociales por un espacio-tiempo, sobre la base de mecanismos de integración social y sistémica
Dualidad de estructura	Estructura en tanto es el elemento y el resultado de la conducta que ella organiza recursivamente; las propiedades estructurales de sistemas sociales no existen fuera de una acción, sino que están envueltas inveteradamente en su producción y reproducción

Entendimiento	Todo lo que unos actores saben (creen) sobre las circunstancias de su acción y la de otros, y que aplican en la producción y reproducción de esa acción, incluidos un saber tácito así como uno discursivamente asequible
Estructura	Reglas y recursos que recursivamente intervienen en la reproducción de sistemas sociales. Una estructura existe sólo como huellas mnémicas, la base orgánica de un entendimiento humano, y actualizada en una acción
Estructuración	La articulación de relaciones sociales por un tiempo y un espacio, en virtud de la dualidad de estructura
Estructuras	Conjuntos de reglas-recursos que intervienen en el ordenamiento institucional de sistemas sociales. Estudiar estructuras, incluidos los principios estructurales, es estudiar aspectos capitales de las relaciones de transformación/mediación que influyen sobre una integración social y sistémica
Hermenéutica doble	La intersección de dos marcos de sentido como parte lógicamente necesaria de una ciencia social, el mundo social provisto de sentido tal como lo constituyen unos actores legos y los metalenguajes inventados por los especialistas en ciencia social; hay un constante «deslizamiento» entre un marco y otro, inherente a la práctica de las ciencias sociales
Historicidad	La definición de la historia como un cambio progresivo, unida a la utilización cognitiva de esa definición para promover ese cambio. La historicidad supone una particular visión de lo que es «historia», que significa emplear un saber sobre la historia a fin de cambiarla

Integración sistémica	Reciprocidad entre actores o colectividades por un extenso espacio-tiempo, fuera de condiciones de copresencia
Integración social	Reciprocidad de prácticas entre actores en circunstancias de copresencia, entendida como continuidades en encuentros y disjunciones de encuentros
Lazos homeostáticos	Factores causales que tienen un efecto de realimentación en una reproducción sistémica, donde esa realimentación es en buena parte el resultado de consecuencias no buscadas
Modelo de estratificación	Una interpretación del agente humano, que se centra en tres «capas» de cognición / motivación: conciencia discursiva, conciencia práctica y lo inconsciente
Principios estructurales	Principios de organización de totalidades societarias; factores que intervienen en el condicionamiento general institucional de una sociedad o un tipo de sociedad
Propiedades estructurales	Características articuladas de sistemas sociales, en especial características institucionalizadas, que se estiran por un espacio y un tiempo
Racionalización de la acción	Las potencialidades que actores competentes tienen de «no perder de vista» los fundamentos de lo que ellos hacen, tal como ellos mismos lo hacen, de suerte que, si otros les preguntan, puedan aducir razones para sus actividades



Recursos de asignación	Recursos materiales empleados en la generación de poder, incluidos el ambiente natural y artefactos físicos; los recursos de asignación derivan del dominio humano sobre la naturaleza
Recursos de autoridad	Recursos no materiales empleados en la generación de poder, que derivan de la posibilidad de aprovechar las actividades de seres humanos; los recursos de autoridad nacen del dominio de unos actores sobre otros
Regionalización	La diferenciación temporal, espacial o espacio-temporal de regiones en el interior de sedes o entre estas; la de regionalización es una noción importante para contrarrestar el supuesto de que las sociedades son siempre sistemas unificados, homogéneos
Registro reflexivo de la acción	El carácter deliberado o intencional de una conducta humana, considerada en el interior del fluir de actividad del agente; una acción no es una sucesión de actos discretos que contenga un agregado de intenciones, sino un proceso continuo
Rutinización	El carácter habitual, y que se da por supuesto, del grueso de las actividades de una vida social cotidiana; la prevalencia de estilos y formas familiares de conducta que sustentan un sentimiento de seguridad ontológica y que reciben sustento de este
Saber mutuo	Un saber sobre «el ser con» en formas de vida, compartido por actores legos y observadores sociológicos; la condición necesaria para conquistar un acceso a definiciones válidas de actividad social

Sede	Una región física que interviene como parte del escenario de una interacción, con fronteras exactas que contribuyen a concentrar de algún modo una interacción
Seguridad ontológica	Certeza o confianza en que los mundos natural y social son tales como parecen ser, incluidos los parámetros existenciales básicos del propio-ser y de la identidad social
Sistema	El diseño de relaciones sociales por un tiempo y un espacio, entendido como prácticas reproducidas. Los sistemas sociales se deben considerar en gran medida variables por referencia al grado de «sistemidad» que presentan, y raramente poseen el tipo de unidad interna que se puede encontrar en sistemas físicos y biológicos
Sistemas intersocietarios	Sistemas sociales que cortan transversalmente las líneas divisorias que puedan existir entre sociedades o totalidades societarias, incluidas aglomeraciones de sociedades
Sociedad dividida en clases	Estados agrarios en los que existe una división en clases discernible pero donde esa división en clases no es la base capital del principio de organización de la sociedad
Tiempo mundial	Coyunturas de historia que influyen sobre la naturaleza de episodios; los efectos que la comprensión de unos precedentes históricos tiene sobre unas caracterizaciones episódicas